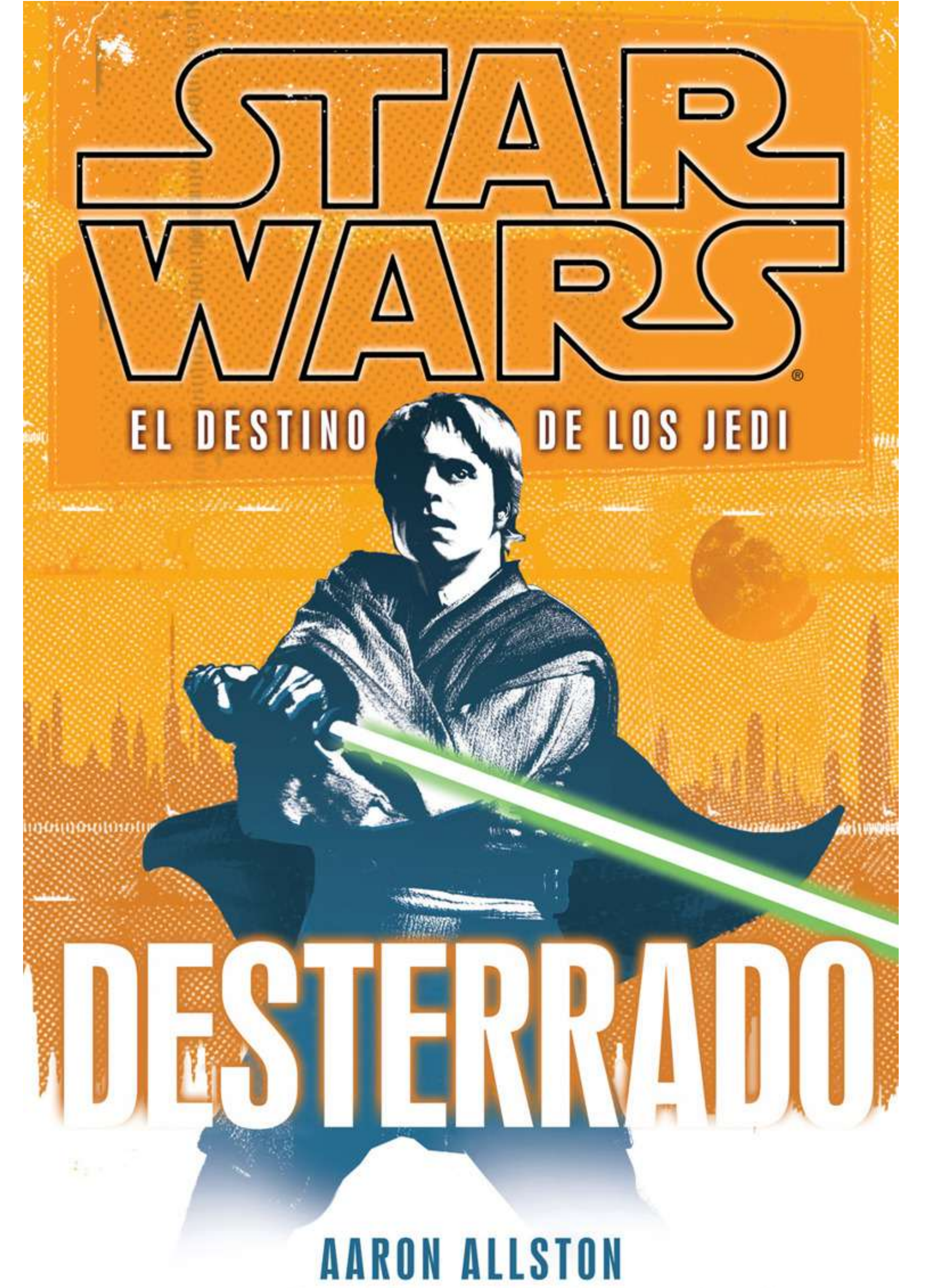

STAR WARS
EL DESTINO DE LOS JEDI
DESTERRADO
AARON ALLSTON
Autor de éxitos de ventas del New York Times Star Wars: El Legado de la Fuerza: Traición

¿Un nuevo comienzo para la Alianza Galáctica significa el principio del fin para la Orden Jedi?

Después de una guerra civil violenta, y la devastación causada por el ahora caído Darth Caedus, la Alianza Galáctica está en crisis y necesitada. Desde todos los rincones, políticos, agentes de poder y líderes militares convergen en Coruscant para una cumbre crucial para restablecer el orden, negociar diferencias y determinar el futuro de sus mundos unificados. Pero aún más crítico, y mucho más incierto, es el futuro de los Jedi.

En un movimiento impactante, la Jefe de Estado Natasi Daala ordena el arresto de Luke Skywalker por no evitar el giro de Jacen Solo hacia el lado oscuro y el posterior reinado del terror como Lord Sith. Pero es solo el primer golpe en una reacción anti-Jedi impulsada por un gobierno hostil y un público sospechoso. Cuando el Caballero Jedi Valin Horn, vástago de una familia políticamente influyente, sufre un misterioso brote psicótico y se convierte en un fugitivo peligroso, los Jedi se convierten en el objetivo de una caza de brujas impulsada por los medios de comunicación. Enfrentando una condena por los cargos, Luke solo tiene una opción. Debe hacer un trato con la calculadora Daala, su libertad a cambio de su exilio de Coruscant y de la Orden Jedi.

Ahora, aunque tiene prohibido intervenir en los asuntos Jedi, Luke está decidido a evitar que se repita la triste historia. Con su hijo, Ben, a su lado, Luke se propone descifrar la impactante verdad detrás de la corrupción y caída de Jacen Solo. Pero los secretos que descubre entre los enigmáticos místicos de la Fuerza del lejano mundo Dorin pueden llevar su búsqueda, y la vida tal como la conoce, a un final repentino. Y mientras tanto, otro Caballero Jedi, consumido por la misma locura que Valin Horn, se dirige a Coruscant en una temible misión que podría condenar a la Orden Jedi… y devastar toda la galaxia.



Libro 1

Desterrado

Aaron Allston



LEYENDAS

Esta historia forma parte de la continuidad de Leyendas.

Título original: *Fate of the Jedi: Outcast*

Autor: Aaron Allston

Arte de portada: Ian Keltie

Publicación del original: 2009

 43 años después de la batalla de Yavin

Traducción: Nedara

Revisión: Yhori

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.0

04.07.20

Base LSW v2.22

Declaración

Todo el trabajo de traducción, revisión y maquetación de este libro ha sido realizado por admiradores de Star Wars y con el único objetivo de compartirlo con otros hispanohablantes.

Star Wars y todos los personajes, nombres y situaciones son marcas registradas y/o propiedad intelectual de Lucasfilm Limited.

Este trabajo se proporciona de forma gratuita para uso particular. Puedes compartirlo bajo tu responsabilidad, siempre y cuando también sea en forma gratuita, y mantengas intacta tanto la información en la página anterior, como reconocimiento a la gente que ha trabajado por este libro, como esta nota para que más gente pueda encontrar el grupo de donde viene. Se prohíbe la venta parcial o total de este material.

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

Agradecimientos

Gracias a:

Troy Denning y Christie Golden, compañeros en un trío de ala para escribir.

Shelly Shapiro, Sue Rostoni, Keith Clayton y Leland Chee, los mejores ayudantes con el lazo que un participante en rodeos podría pedir.

Y a mi agente, Russel Galen.

Dramatis Personae

Ben Skywalker; Caballero Jedi (humano)
Corran Horn; Maestro Jedi (humano)
Han Solo; capitán del *Halcón Milenario* (humano)
Jagged Fel; Jefe de Estado del Remanente Imperial (humano)
Jaina Solo; Caballero Jedi (humana)
Kenth Hamner; Maestro Jedi (humano)
Leia Organa Solo; Caballero Jedi (humana)
Luke Skywalker; Gran Maestro Jedi (humano)
Mirax Horn; empresaria (humana)
Natasi Daala; Jefa de Estado de la Alianza Galáctica (humana)
Valin Horn; Caballero Jedi (humano)

La oscuridad era eterna, todopoderosa e inalterable.

Ella la miró, sin parpadear y sin tener miedo. Estaba decidida a no dejar que la reclamara. Había resistido durante todos estos años.

Resistiría para siempre, sin desesperarse nunca.

Era inalterable, pero el cambio tendría lugar. La Fuerza así lo dijo.

Capítulo Uno

LANZADERA DIPLOMÁTICA DE LA ALIANZA GALÁCTICA, ORBITA SUPERIOR DE CORUSCANT

Una a una, las estrellas sobre sus cabezas empezaron a desaparecer, tragadas por alguna enorme oscuridad que se interponía por encima y por detrás de la lanzadera. Notablemente puntiaguda en la parte delantera, ensanchándose hacia atrás, la avalancha de negrura avanzaba, borrando más y más el campo de estrella fijas, hasta que la oscuridad era todo lo que se veía.

Entonces, a lo largo y ancho de la siniestra forma, las luces se encendieron, luces de posición azules y blancas, pequeñas luces rojas de escotillas y de seguridad, repentinos brillos desde el interior de los ventanales de transpariacero y una larga blancura dibujada por los escudos de atmósfera. Las luces mostraron que el vasto triángulo era la parte inferior de un destructor estelar, pintado de negro, prohibido hacía un momento y ahora comparativamente alegre en su apropiada configuración operativa. Era el *Gilad Pellaeon*, recién llegado del Remanente Imperial y sus oficiales claramente sabían cómo montar un espectáculo.

Jaina Solo, sentada con los otros en el compartimento de pasajeros débilmente iluminado de la lanzadera VIP del gobierno, vio todo el despliegue a través de la cubierta de transpariacero por encima de su cabeza y se rió en alto.

El bothan en el asiento suntuosamente acolchado al lado del suyo le dirigió una mirada curiosa. Su pelo veteado rojo y marrón claro se crispó, o por suprimir la irritación o por vergüenza ante el arrebato de Jaina.

—¿Qué encuentra tan divertido?

—Oh, la obviedad y la habilidad con la que fue ejecutada. Es tan «Solíais pensar que éramos oscuros y dábamos miedo, pero ahora sólo somos vuestros aliados elegantes». —Jaina bajó la voz de manera que su siguiente comentario no le llegase a los pasajeros sentados detrás—. A la prensa le encantará. Esa imagen se repetirá en las emisiones de noticias constantemente. Recuerde mis palabras.

—¿Ese pequeño espectáculo ha sido cosa de Jagged Fel?

Jaina inclinó la cabeza, considerándolo.

—No lo sé. Podría habérsele ocurrido, pero normalmente no malgasta el tiempo planeando exhibiciones o sucesos. Cuando lo hace, sin embargo, normalmente son bastante… efectivos.

La lanzadera se elevó hacia la bahía de aterrizaje principal del *Gilad Pellaeon*. En pocos momentos, había atravesado la barrera cuadrada del escudo de atmósfera y se desplazaba de lado para aterrizar en la cubierta cercana. El lugar de aterrizaje estaba claramente marcado. Cientos de seres, la mayoría llevando los uniformes imperiales grises o las distintivas armaduras blancas de los soldados de asalto imperiales, esperaban

en la bahía y el lugar circular donde no había nadie era simplemente del tamaño justo para la lanzadera de la Alianza Galáctica.

Los pasajeros se levantaron mientras la lanzadera se colocaba en su lugar. El bothan se estiró la túnica, de un alegre azul y decorada con un patrón de espinas doradas que sugerían garras.

—Hora de ponernos a trabajar. No dejará que me maten, ¿verdad?

Jaina dejó que sus ojos se abrieran por la sorpresa.

—¿Es eso lo que se suponía que estoy haciendo aquí? —preguntó con tono divertido—. Debería haber traído mi sable láser.

El bothan le ofreció un suspiro de sufrimiento y se volvió hacia la salida.

Descendieron por la rampa de entrada de la lanzadera. Sin deberes que cumplir aparte de mantenerse alerta y ser la cara Jedi en este encuentro preliminar, Jaina fue capaz de quedarse atrás y observar.

Se sorprendió por la irrealidad de todo aquello. La sobrina y la hija de tres de los más famosos enemigos del Imperio durante la Primera Guerra Civil Galáctica de unas décadas antes, ahora era testigo de los sucesos que podrían traer al Imperio Galáctico, o el Remanente Imperial como se le llamaba en todas partes fuera de sus propias fronteras, al seno de la Alianza Galáctica de manera permanente.

Y en el centro del plan estaba el hombre, flanqueado por oficiales imperiales, que ahora se aproximaba al bothan. Ligeramente más bajo que la media, aunque mucho más alto que la diminuta Jaina, tenía el pelo oscuro, con una barba acicalada y un bigote que le daban una apariencia elegante y era guapo de un modo que se volvía más pronunciado cuando él brillaba. Una cicatriz en la frente le subía hasta la línea del nacimiento del pelo y parecía seguir como un mechón de pelo blanco a partir de ese punto. Llevaba ropas de civil caras pero de un negro tenue de la cabeza a los pies, que serían discretas en cualquier lugar de Coruscant, pero que destacaban entre los uniformes grises y blancos, las armaduras blancas y las coloridas ropas de la Alianza que le rodeaban.

Él tuvo un momento para mirar Jaina. La mirada probablemente parecería neutral a los espectadores, pero para ella llevaba sólo un centelleo de humor y un toque de exasperación por que los dos tuvieran que soportar todos estos retrasos. Entonces un funcionario de la Alianza, notable por su afabilidad, hizo las presentaciones.

—Jefe de Estado Imperial, el muy honorable Jagged Fel, permítame presentarle al senador Tiurrg Drey'lye, jefe del Comité de los Preparativos de la Unificación del Senado.

Jagged Fel estrechó la mano del senador.

—Es un placer trabajar con usted.

—Y yo estoy encantado de conocerle a *usted*. La Jefa de Estado Daala envía sus saludos y espera con impaciencia reunirse con usted cuando llegue a la superficie.

Jag asintió.

—Y ahora, creo, el protocolo insiste en que abramos una o una docena de botellas de vino y tengamos algunas discusiones preliminares sobre seguridad, protocolos de presentaciones y esas cosas.

—Afortunadamente por el vino y desafortunadamente por todo lo demás, tiene usted razón.

Al final de dos horas estándar completas (Jaina lo sabía por las consultas regulares y subrepticias a su crono), Jag fue capaz de convencer al senador y su comitiva que aceptara una visita por el *Gilad Pellaeon*. También fue capaz de pedir una consulta privada con la única representante presente de la Orden Jedi. Momentos después, la sala de conferencias de paredes grises estaba vacía excepto por Jag y Jaina.

Jag miró hacia la puerta.

—Sellado de seguridad, acceso limitado a Jagged Fel y la Jedi Jaina Solo, identificación de voz, activada.

La puerta siseó en respuesta mientras se sellaba. Entonces Jag devolvió su atención a Jaina.

Ella dejó que una expresión de furia y acusación cruzara su cara.

—No estás engañando a nadie, Fel. Estás planeando una invasión imperial del espacio de la Alianza.

Jag asintió.

—He estado planeándola durante bastante tiempo. Ven aquí.

Ella se acercó a él, se sentó en su regazo y repentina pero no inesperadamente estuvo atrapada en su abrazo. Se besaron urgente y ávidamente.

Finalmente Jaina se apartó y le sonrió.

—Esto no va a ser una parte rutinaria de tus consultas con todos los Jedi.

—Uh, no. Eso causaría algunos problemas aquí y en casa. Pero realmente *tengo* asuntos con los Jedi que no tienen que ver con la Alianza Galáctica, al menos no inicialmente.

—¿Qué clase de asuntos?

—Tanto si el Imperio Galáctico se une a la Alianza Galáctica como si no, creo que debe haber una presencia oficial de los Jedi en el Imperio. Un segundo Templo, una rama, una filial, lo que sea.

Para proporcionar consejo y comprensión al Jefe de Estado.

—¿Y protección?

Él se encogió de hombros.

—Eso es menos importante. Lo llevo bien. Dos años en este puesto y todavía no estoy muerto.

—El emperador Palpatine duró casi veinticinco años.

—Creo que eso le convierte en mi héroe.

Jaina resopló.

—No digas eso ni en broma… Jag, si el Remanente no se une a la Alianza, no estoy segura de que los Jedi *puedan* tener presencia allí sin la aprobación de la Alianza.

—La Orden todavía tiene sus instalaciones de entrenamiento para los más jóvenes en espacio hapano. Y los hapanos no han vuelto a unirse.

—Suenas enfadado. ¿Los hapanos todavía te están dando problemas?

—No hablemos de *eso*.

—Además, volver a traer la escuela a espacio de la Alianza es simplemente una cuestión de tiempo, logística y fondos. No hay duda de que ocurrirá. Por otra parte, es muy posible que el gobierno deniegue el permiso para una rama Jedi en el Remanente, sólo por rencor si el Remanente no se une a ellos.

—Bueno, hay cosas como una presencia *no oficial*. Y hay cosas como escuelas rivales, ramas escindidas y lugares a los que antiguos Jedi van cuando no pueden estar en el Templo.

Jaina volvió a sonreír, pero ahora había suspicacia en su expresión.

—Sólo quieres tener esto para que *yo* sea asignada a ir al Remanente y lo levante.

—Ese es un motivo, pero no el único. Recuerda, para los Moffs y para gran parte de la población imperial, los Jedi han sido el tío del saco desde que Palpatine murió. En último caso, no quiero que estén inapropiadamente asustados de la mujer de la que estoy enamorado.

Jaina guardó silencio durante un momento.

—¿Hemos hablado suficiente de política?

—Eso creo.

—Bien.

HABITACIONES DE LA FAMILIA HORN. HOSPEDERÍA DE VACACIONES EL SUEÑO DE KALLAD. CORUSCANT

Bostezando, con el pelo revuelto, ataviado con un batín azul, Valin Horn sabía que no parecía para nada un Caballero Jedi experimentado. Parecía como un soltero sin afeitar y desgreñado, lo que también era. Pero aquí, en estas habitaciones alquiladas, sólo le vería la familia, al menos hasta que hubiese desayunado, se hubiese afeitado y se hubiese vestido.

Los Horn no vivían aquí, desde luego. Su madre, Mirax, era el ancla de la familia inmediata. Gerente de una variedad de negocios interconectados (comercio, finanzas interplanetarias, juego y recreo y, si los rumores eran ciertos, todavía un poco de contrabando aquí y allá), mantenía su hogar y la dirección de sus negocios en Corellia.

Corran, su marido y padre de Valin, era un Maestro Jedi, que había pasado gran parte de su vida en misiones lejos de la familia, pero su auténtico hogar estaba donde residía su corazón, donde quiera que Mirax viviera. Valin y su hermana, Jysella, también Jedi,

vivían donde les enviaban sus misiones y también contaban a Mirax como el centro de la familia.

Ahora Mirax había alquilado unas habitaciones temporales en Coruscant de manera que la familia pudiera reunirse en una de sus raras ocasiones, esta vez para la Cumbre de Unificación, donde Corran y ella estarían haciendo deposiciones por separado sobre las relaciones entre los estados confederados, el Remanente Imperial y la Alianza Galáctica en relación con las actividades Jedi y el comercio. Mirax había insistido en que Valin y Jysella dejaran sus habitaciones en el Templo y se quedaran con sus padres mientras estos sucesos estaban teniendo lugar y pocas fuerzas en la galaxia podían oponerse a su decisión. Luke Skywalker sabía con toda certeza que era mejor no intentarlo.

Yendo del baño a la cocina y al comedor, Valin apartó un mechón de pelo castaño de sus ojos y sonrió. A pesar de que podía hacer una exhibición pública de protesta, el joven independiente que no necesita que sus padres dirijan sus acciones o le digan dónde dormir, difícilmente le importaba. Era bueno ver a la familia. Y tanto Corran como Mirax eran mejores cocineros que los del Templo Jedi.

No había ruido de conversaciones en la cocina, pero se oía el entrechocar de cacerolas, así que al menos uno de sus padres todavía debía estar presente. Mientras salía del pasillo hacia el comedor, Valin vio a su madre, con la espalda vuelta hacia él mientras trabajaba en la hornilla. Él apartó una silla de la mesa y se sentó.

—Buenos días.

—¿Una broma, tan temprano? —Mirax no se volvió para estar de cara a él, pero su tono era alegre—. Ninguna mañana es buena.

Recorro años luz desde Corellia para estar con mi familia, ¿y qué pasa? Tengo que mantener un horario Jedi para verles. ¿No sabéis que soy una ejecutiva? ¿Y una ejecutiva vaga?

—Lo olvidé. —Valin tomó aire profundamente, saboreando los olores del desayuno. Su madre estaba haciendo tortitas al estilo corelliano, acompañadas de salchichas embutidas de nerf, y el caf se estaba haciendo. Durante un momento, Valin fue transportado de vuelta a su infancia, a los desayunos familiares que habían sido de alguna manera más comunes antes de que vinieran los yuuzhan vong, antes de que Valin y Jysella hubieran empezado a ir por el camino Jedi—. ¿Dónde están papá y Sella?

—Tu padre ha salido para conseguir alguna información clandestina de otros Maestros Jedi para su deposición. —Mirax sacó un plato de un armario y empezó a colocar tortitas y salchichas en él—. Tu hermana se fue temprano y no me dijo lo que estaba haciendo, lo que asumo que significa que o es un asunto Jedi del que yo no puedo enterarme o que está viendo a algún hombre del que *quiere* que yo no sepa.

—O ambas cosas.

—O ambas cosas.

Mirax se volvió y se movió para colocar el plato ante él. Ella dejó los cubiertos a su lado.

El plato estaba hasta arriba de comida y Valin retrocedió con una mueca de horror.

—Maldita sea, mamá, estás alimentando a tu hijo, no a un escuadrón de gamorreanos.

Entonces vio la cara de su madre y de repente ya no estuvo de humor para hacer bromas.

Esta no era su madre.

Oh, la mujer tenía los rasgos de Mirax. Tenía la cara redonda que sus admiradores habían llamado «mona» mucho más a menudo que «bonita», para disgusto de Mirax. Tenía los generosos y curvados labios de Mirax que sonreían tan fácil y expresivamente y los brillantes y vivos ojos marrones de Mirax. Tenía el pelo de Mirax, de un negro lustroso veteado de gris, cortado a la altura de los hombros para encajar fácilmente bajo un casco de piloto, incluso aunque pilotaba mucho menos a menudo en estos días. Era Mirax en cada peca y en cada hoyuelo.

Pero no era Mirax.

La mujer, quien quiera que fuera, vio la confusión de Valin.

—¿Ocurre algo?

—Uh, no.

Conmocionado, Valin bajó la vista hasta su plato.

Tenía que pensar, lógica y correctamente y *rápido*. Podía estar en grave peligro justo ahora, aunque la Fuerza actualmente no le daba ninguna indicación de un ataque inminente. La auténtica Mirax, donde quiera que estuviera, podría tener problemas serios o algo peor. Valin intentó en vano ralentizar los latidos de su corazón y acelerar sus procesos de pensamiento.

Hecho: Mirax había estado aquí pero había sido reemplazada por una impostora. Presumiblemente, la auténtica Mirax había desaparecido. Valin no podía sentir a nadie excepto él mismo y la impostora en las cercanías. La impostora se había quedado atrás por alguna razón que tenía que estar relacionada con Valin, Jysella o Corran. No podía ser para capturar a Valin, dado que podía haberlo hecho con drogas u otros métodos mientras él dormía, así que la comida probablemente no estaba drogada.

Bajo la preocupada mirada de No-Mirax, él tomo un bocado indeciso de embutido y le dirigió una sonrisa a ella que no sentía.

Hecho: Crear una impostora tan perfecta debía haber requerido una fortuna, una increíble cantidad de investigación y una voluntaria que dejara que sus rasgos fueran permanentemente alterados para parecerse a los de otra. O quizás esta era un clon, criada y entrenada con el propósito de simular a Mirax. O tal vez era un droide, una de esos droide replica humanos muy caros y muy raros. O tal vez era una cambiante. Fuera lo que fuese, la simulación era casi perfecta.

Valin no había descubierto el engaño hasta…

¿Hasta *qué*? ¿Qué le había alertado? Tomó otro bocado, sin registrar ni el sabor ni la temperatura de la salchicha y manteniendo una sonrisa que hacía que le doliera la cara mientras intentaba recordar el detalle que le había alertado de que esta no era su madre.

No pudo descubrirlo. Era simplemente una comprensión repentina, demasiado rápida para recordarla y demasiado abrumadora para rechazarla.

¿Sería capaz Corran de ver el engaño? ¿Lo sería Jysella? Seguro que tenían que ser capaces de hacerlo. ¿Pero qué pasaba si no podían? Valin acusaría a esta mujer y ellos pensarían que él estaba loco.

¿Estaban Corran y Jysella todavía en libertad? ¿Todavía *vivos*? En este momento, los colegas de No-Mirax podían estar llevándoselos lejos con la auténtica Mirax. O Corran y Jysella podían estar tendidos, sangrando, en el fondo de un pozo de acceso, con sus vidas escapándoseles.

Valin no podía pensar bien. La situación era demasiado abrumadora, el misterio demasiado profundo y la única persona aquí que conocía las respuestas era la que llevaba la cara de su madre.

Él se puso en pie, haciendo caer la silla hacia atrás y fijo una mirada dura en la falsa Mirax.

—Espera un momento.

Y se lanzó hacia su habitación.

Su sable láser todavía estaba donde lo había dejado, en la mesilla de noche junto a su cama. Lo cogió y le hizo un examen casi instantáneo. La carga de la batería todavía era óptima. Y no parecía que lo hubieran alterado.

Volvió al comedor con el arma en la mano. No-Mirax, claramente confundida y empezando a parecer un poco alarmada, estaba junto a la hornilla, mirándole.

Valin encendió el sable láser, con su *chasquido-siseo* de activación alarmantemente alto, y clavó la punta de la brillante hoja de energía en la comida de su plato. Las tortitas se arrugaron y ennegrecieron en contacto con el plasma del arma. Valin le dirigió a No-Mirax un asentimiento aprobador.

—La carne hace lo mismo bajo las mismas condiciones, ya sabes.

—Valin, ¿qué *pasa*?

—Puedes dirigirte a mí como Jedi Horn. No tienes derecho a utilizar mi nombre personal. —Valin giró su sable láser a modo de práctica, permitiendo que la hoja pasara a unos pocos centímetros de la barra luminosa fijada al techo, de la pared, de la mesa del comedor y de la mujer con la cara de su madre—. Probablemente sabes de tus investigaciones que a los Jedi no nos preocupan mucho las amputaciones.

No-Mirax se encogió para alejarse de él, con ambas manos en el borde de la hornilla tras ella.

—¿Qué?

—Sabemos que un miembro amputado puede ser reemplazado fácilmente por una prótesis que parece idéntica a la auténtica. Las prótesis ofrecen sensaciones y hacen todo lo que puede hacer el miembro de carne y hueso. Son sustitutos ideales en todos los sentidos, excepto en que requieren mantenimiento. Así que no nos sentimos demasiado mal cuando tenemos que cortarle un brazo o una pierna a una persona muy mala. Pero te lo aseguro, esa persona muy mala recuerda el dolor eternamente.

—Valin, voy a llamar a tu padre ahora mismo. —Mirax se deslizó hacia el bolso de cuero de bantha que había dejado en un lado de la mesa.

Valin colocó la punta del sable láser directamente bajo su barbilla.

A la distancia de medio centímetro, su campo de fuerza de contención evitaba que ella sintiera el calor de la hoja, pero un ligero movimiento por parte de Valin podía mutilarla o matarla instantáneamente. Ella se quedó helada.

—No, no vas a hacerlo. ¿Sabes lo que vas a hacer en su lugar?

La voz de Mirax vaciló.

—¿Qué?

—¡Vas a *decirme qué has hecho con mi madre*!

Las últimas palabras salieron como un rugido, motivado por el miedo y la furia. Valin sabía que parecía tan enfadado como sonaba.

Podía sentir la sangre enrojeciendo su cara, podía incluso ver como el rojo empezaba a cubrirlo todo en su visión.

—Chico, baja esa espada.

Esas no eran las palabras de la mujer. Venían de detrás. Valin se giró, levantando su hoja hasta una posición defensiva.

En la puerta había un hombre, de mediana edad, afeitado, con el pelo castaño que encanecía. Era más bajo que la media y sus ojos eran de un verde sorprendente. Llevaba las ropas marrones de un Jedi. Sus manos estaban colocadas en su cinturón, con su propio sable láser todavía colgando de él.

Era el padre de Valin, el Maestro Jedi Corran Horn. Pero no lo era, no más de lo que la mujer tras Valin era Mirax Horn.

Valin sintió que le atravesaba una oleada de desesperación.

Ambos padres habían sido reemplazados. Cada vez había más posibilidades de que los auténticos Corran y Mirax ya estuvieran muertos.

Sin embargo la voz de Valin era suave cuando habló.

—Pueden haberte convertido en un doble virtual de mi padre.

Pero no pueden darte su experiencia con el sable láser.

—No quieres hacer lo que estás pensando, hijo.

—Cuando te parta por la mitad, esa será toda la prueba que cualquiera necesitará jamás de que no eres el auténtico Corran Horn.

Valin atacó.

Capítulo Dos

Valin giró su espada en un círculo tan rápido como el rayo, desde abajo y atrás hacia arriba y delante, un movimiento que cortaría al impostor en dos verticalmente.

La hoja del sable láser de No-Corran estaba viva de repente y se elevó horizontalmente, bloqueando su golpe. Como la del auténtico Corran, brilló con un color plateado. Quizás el hombre se había hecho con el arma del auténtico Corran. Desde luego parecía idéntica. Valin sintió que su corazón se hundía más.

Lanzó una serie de pequeñas cuchilladas a la cara de No-Corran, a su hombro izquierdo y a su lado derecho, pero su oponente bloqueó cada una con un movimiento mínimo de su brazo, con poco esfuerzo.

Entonces la bota marrón del impostor se estrelló contra el pecho de Valin, lanzándole hacia atrás y hacia su derecha. Valin se estrelló dolorosamente encima del fregadero lleno de agua, con las costillas magullándose contra el grifo y su glúteo derecho rompiendo los platos en remojo. Desorientado, giró su hoja en un círculo defensivo.

Pero No-Corran no fue tras él inmediatamente. En su lugar, estaba gritando «Mirax, *fuera, ahora*» y la mujer que suplantaba a su madre dejó la habitación corriendo a toda velocidad, llorando y confundida, con una expresión de dolor en su cara.

Valin salió del fregadero, con el trasero húmedo y aterrizó en pie.

Apuntó su hoja hacia No-Corran, un saludo informal de respeto a regañadientes.

—Has estudiado. ¿Dónde?

—Baja la espada, chico. No sé qué estás viendo o sintiendo, pero podemos hacer que venga aquí gente en quien confíes. Podemos hacer que venga incluso Luke Skywalker.

—Claro, gustosamente te daré tiempo para que pidas refuerzos.

Tácticamente, esa es una buena solución para mí.

—Entonces haz *tú* las llamadas.

Valin se detuvo como si dudara pero se tomó un momento para evaluar sus opciones.

No-Corran era al menos tan buen espadachín como Valin, y No-Mirax claramente estaba pidiendo más ayuda. Dentro de poco, Valin estaría superado en número.

A la derecha de Valin estaba el fregadero y la hornilla, con los armarios encima y la pared detrás. A la izquierda estaba la pared entre él y el salón. Junto a ella estaba un aparador y la pequeña mesa donde descansaba el bolso de Mirax. Hacia delante era el único camino para salir de esta habitación y No-Corran se interponía en su camino.

Bueno, eso estaba bien. En habitaciones alquiladas como estas, construidas a la ligera para que fuera fácil remodelarlas y por el bien del ahorro, Valin no necesitaba una puerta.

Se lanzó hacia la izquierda y amplificó su velocidad con un toque de la Fuerza. Se lanzó hacia el lugar abierto entre la mesa y el aparador y la pared de repente se convirtió en escombros que llenaban el aire de polvo blanco, cayendo en pedazos y apenas registrando el impacto contra el cuerpo de Valin. Cedió tan fácilmente como lo haría una barrera de plastifino ante un hombre normal.

Ahora estaba en el salón principal. Delante había un sofá. En la pared tras él había un ventanal con una gran vista de una cascada real que caía hasta varios metros más abajo. A la derecha estaba la puerta de salida y otra ventana a su lado…

También a la derecha había un borrón, No-Corran en movimiento con la velocidad de la Fuerza, paralelo a él, ahora entre él y la puerta.

Valin no alteró su trayectoria. Se lanzó hacia delante hacia el ventanal, contando con que los gastos mínimos en la construcción de esta propiedad significara que el transpariacero era delgado, o que el marco que lo sujetaba a la pared no era de los más fuertes…

Tenía razón en ambas cosas. De nuevo apenas sintió el impacto mientras atravesaba el ventanal. El delgado transpariacero se plegó a su alrededor. Juntos saltaron a la luz del sol, a través del agua de la cascada y hacia el aire que había más allá.

Este era un distrito de veraneantes, con las vastas líneas de rascacielos ocupados principalmente por hoteles, restaurantes, spas y otros negocios que satisfacían las necesidades de los viajeros y celebrantes de todo Coruscant y de la Alianza. El hueco que separaba esta fila de torres de la que estaba enfrente era de alrededor de treinta metros de ancho, más lejos de lo que su salto le llevaría, pero había varios ríos de tráfico de deslizadores por encima y por debajo.

Mientras caía, se fijó en un deslizador a rayas azules y amarillas que se aproximaba por debajo. Se retorció, orientándose hacia él y cayó en el capó del vehículo, aterrizando completamente en cuclillas.

La parte delantera del deslizador se hundió vertiginosamente bajo la fuerza de su impacto. El piloto era un ortolano, rotundo y de piel azul, con sus grandes orejas y su hocico retorcido por el viento.

Valin vio abrirse mucho los ojos del piloto. El repulsor del deslizador gritó bajo la repentina demanda impuesta por el aterrizaje de Valin. E intentó volver a subir el morro del deslizador.

Tuvo éxito y, mientras lo hacía, Valin se lanzó hacia arriba y hacia delante, saltando hasta la línea de tráfico opuesta. Allí cayó encima de un gran autobús, que no rebotó bajo su peso. Valin se lanzó otra vez hacia delante, haciendo una pirueta, y esta vez aterrizó en la cubierta de un transporte de turistas abierto que estaba siendo llenado con veraneantes que lo abordaban por una pequeña rampa desde el patio de la hospedería adyacente. Los veraneantes miraron con sorpresa la repentina aparición de un Jedi empapado e insuficientemente vestido con un sable láser encendido en su mano.

Valin no pudo evitar que la furia y un poco de pánico se reflejaran en su voz.

—Necesito un comunicador, *rápido*.

Y alargó su mano.

Los pocos segundos que siguieron pasaron como una eternidad pero le dieron a Valin tiempo para pensar, para hacerse preguntas.

Los veraneantes y turistas que abordaban este vehículo eran, según su apariencia exterior, seres ordinarios de clase media. La mayoría de ellos estaban vestidos con

ropajes mucho más coloridos, mucho más reveladores o ambas cosas de los que llevarían en casa. Parecían normales, ¿pero cuántos de ellos podrían también ser impostores? No tenía en absoluto idea de la escala de este engaño.

Uno de ellos, una bella mujer twi'leko de piel roja, terminó de forcejear para desenganchar algo de su blusa blanca sin mangas. Ella extendió el objeto hacia Valin, con la mano abierta. Él lo cogió.

No-Corran cayó en la cubierta sobre los hombros y rodó para ponerse de pie a cuatro metros de Valin. Su propio sable láser estaba en su mano pero sin encender. Su voz, elevada de manera que todos en el vehículo pudieran oírle, sonaba triste, dolorida.

—Que todo el mundo retroceda. Este hombre es… no está bien.

Yo me encargaré de esto.

Valin hizo un gesto hacia No-Corran.

—*Eres tú* quien no está bien. Estás conspirando contra la Orden Jedi y deberías saber que ese es un error peligroso y normalmente fatal.

Invocó a sus recursos interiores, a recuerdos de los resultados de batallas que había sufrido y ganado. Dejó que esos recuerdos le llenaran y apartaran el pánico y la angustia que había estado sintiendo. Con una nueva calma que tranquilizaba y le daba profundidad a su voz, habló.

—De acuerdo. Es tu decisión. Tu destino. Sólo voy a abrirme camino a través de ti y luego iré a descubrir quién está detrás de esto.

Y de nuevo corrió hacia el hombre que no era su padre.

Esta vez, ninguna preocupación por la autopreservación afectó a sus tácticas. Continuó completamente a la ofensiva y con la única meta de hacer pedazos a No-Corran. Lanzó golpe tras golpe con la velocidad de un láser que parpadea, haciendo retroceder a No-Corran hasta la barandilla del vehículo y luego por la rampa hasta el patio del restaurante de la hospedería que se abría más allá. Los clientes del restaurante se dispersaron, dejando las mesas llenas de comidas y bebidas a medio terminar y de maletas.

No-Corran no se aprovechó de un par de aperturas que las tácticas de Valin le ofrecían. Valin sintió una oleada de optimismo. La adherencia de No-Corran a las lealtades del auténtico Corran claramente significaba que no haría pedazos a Valin. Valin no sentía la misma consideración por su enemigo.

Y aunque Valin se estaba cansando, No-Corran lo llevaba peor: el hombre más viejo estaba empezando a sudar.

No-Corran se lanzó hacia atrás hacia la parte más alejada de una mesa redonda y blanca hecha de duracero ligero. Mientras aterrizaba, le dio una patada a la mesa para enviarla en dirección a Valin. Valin ignoró los platos y la comida lanzados hacia él. Le dio un tajo a la propia mesa, partiéndola en dos. De haber poseído todos los poderes Jedi, podría haberla lanzado hacia un lado con un esfuerzo de telequinesis, pero como su padre, era deficiente en esa habilidad.

No-Corran ahora estaba a cinco metros de distancia, respirando pesadamente, con su espada en una mano, bajada en un ángulo defensivo.

Valin le dirigió una mirada de admiración a regañadientes.

—¿Sabes?, exhibir todas las habilidades Jedi pero contenerte para no utilizar la telequinesis de manera que puedas mantener la interpretación demuestra mucha dedicación. Es una pena que no logres nada. Es una pena que tengas que morir.

—Chico, esto *tiene* que acabar.

No-Corran levantó su mano libre como si finalmente hiciera un ataque telequinético. Valin dudó, sin estar seguro de hacia qué lado saltar. Entonces se dio cuenta de algo malo.

No-Corran no había utilizado todavía ningún poder de la Fuerza, pero, con su gesto, había dejado congelado a Valin donde estaba durante un instante. Valin sintió una sensación de peligro inminente.

Entonces le golpeó, un impacto desde detrás, un shock sentido por cada parte de su cuerpo. Sus rodillas cedieron. Cayó hacia delante, con su visión nublándose.

Pero antes de perder la consciencia completamente, vio, más allá de la balaustrada del pórtico, un deslizador aéreo flotando, el deslizador de su madre, con No-Mirax en el asiento del conductor con su pistola láser de calidad militar en sus manos apuntada hacia él. Las lágrimas fluían de sus ojos como si reflejara la cascada artificial que la enmarcaba desde treinta metros más atrás.

EDIFICIO DEL SENADO, CORUSCANT

Luke Skywalker encontró sorprendente que hubiera una sala así de grande que él no había visto jamás en el Edificio del Senado. Tenía seis pisos de altura y era lo bastante ancha y profunda como para albergar a dos mil espectadores. Los bancos de asiento permanente estaban llenos hasta casi el límite de su capacidad y los que llegaban tarde se movían por los pasillos y buscaban ansiosamente con los ojos para encontrar sitios libres. A la cabecera de la sala había un enorme estrado con dos mesas cubiertas con telas, con sillas giratorias tras ellas, y un atril entre ellas. Sobre el suelo alfombrado ante el estrado había mesas redondas con sillas colocadas para que miraran a la parte delantera de la habitación. Se parecía mucho a una enorme sala de un juzgado preparada para un grupo de jueces, pero más informal en su disposición y muchísimo menos sombría en su estilo decorativo: las alfombras, los asientos y los respaldos de los bancos eran de tonos tranquilizadores azules y púrpuras, las paredes eran de un blanco sucio con los emblemas de la Alianza Galáctica pintados en ellas y la decoración de la parte delantera era de un amigable dorado y tostado.

Y Luke nunca antes había visto este lugar. ¿Había estado siempre allí? ¿Había muchas más salas como esta en este colosal edificio?

Las mesas del estrado estaban totalmente ocupadas y el hombre bothan que se sentaba en la silla más cercana al centro, con su pelo rojo y marrón claro ondulando por las

implicaciones del momento, asintió a un ayudante que acababa de susurrarle algo. El bothan se puso en pie y se acercó al atril al lado de su silla.

—Sólo cuarenta y cinco minutos de retraso —dijo y su voz amplificaba retumbó por toda la sala—. No está mal para un evento de la Alianza Galáctica, ¿no?

Su comentario provocó una débil risa en la multitud. Animado, continuó.

—Soy el senador Tiurrg Drey'lye, miembro del Comité de los Preparativos para la Unificación y organizador de este evento.

Durante los próximos días, tanto en sesiones públicas como privadas, examinaremos las relaciones entre la Alianza Galáctica, los estados de la Confederación, el Imperio Galáctico y los planetas-estado individuales con el objetivo de restaurar nuestra gran unión planetaria hasta unos niveles de fortaleza y seguridad que igualen, e incluso superen, a aquellos que disfrutamos antes de la reciente guerra.

Ben, el hijo de dieciséis años de Luke, estaba sentado a la izquierda de Luke. Pelirrojo y atlético, estaba vestido con la túnica y los pantalones negros que eran su seña de identidad cuando el uniforme Jedi no era absolutamente necesario. Ahora frunció el ceño, curioso.

—¿Qué pasa con los hapanos? Los invitaron.

Luke le hizo un gesto a Ben para que bajara la voz, aunque el comentario no había sido lo bastante alto para que se escuchara más allá de la mesa Jedi.

—Fueron invitados, pero fueron invitados *incorrectamente*, de manera que no vinieron.

—¿Huh?

La reanudación del discurso del bothan detuvo la réplica de Luke durante un momento.

—Esta mañana, oiremos comentarios de apertura de algunos de los organizadores de la sesión y de algunos conferenciantes ofreciendo una sensación de lo que esperamos conseguir…

Luke dejó de prestarle atención y se volvió hacia Ben.

—A los hapanos se les envió una invitación, pero su lenguaje sugería muy débilmente que su presencia era menos crítica que la del Remanente y la Confederación. Ellos no podían estar de acuerdo con asistir sin parecer que aceptaban un estatus más bajo que el de los otros. Así que, sabiendo que más adelante habrá una Cumbre de Unificación donde pueden ser las estrellas, alegaron que tenían un compromiso anterior.

Ben frunció el ceño.

—¿Por qué fue la invitación formulada de ese modo? ¿Fue un accidente?

Leia Organa Solo, la hermana de Luke, sentada a la derecha de Luke, miró hacia el padre y el hijo. Siendo una mujer pequeña de pelo oscuro y ligeramente encanecido vestida con ropajes Jedi marrones, no llamaba la atención en ese momento entre sus acompañantes, pero como antigua Jefa de Estado de la Nueva República, podría haberse vestido como el político presente más extravagante y nadie hubiese pensado mal a causa de ello.

Ella le ofreció a Ben una significativa sonrisa.

—Ninguna invitación escrita enviada a un importante líder tiene accidentes como ese. Desde luego, los cuerpos diplomáticos de la Alianza claman que no se pretendió insultar. Claman «Una lamentable malinterpretación de la forma de expresión», lo que sutilmente hace recaer la culpa sobre los hapanos por ser susceptibles.

—Todavía no entiendo por qué la Alianza no los querría aquí para esto —presionó Ben.

Luke se encogió de hombros.

—En realidad, no tengo ni idea.

Leia asintió hacia el estrado, haciendo un gesto hacia la mesa de la derecha, la que estaba a la izquierda del bothan.

—No quieren que diluyan la presencia imperial o interfieran con la cooperación imperial.

Sorprendido, Luke le dio otra ojeada a la mesa.

La Jefa de Estado de la Alianza Galáctica Natasi Daala estaba sentada en una esquina de la mesa. Una mujer al final de la mediana edad, tenía el pelo cobrizo y unos rasgos adorables que su rígida postura militar hacía menos atractivos. Llevaba un uniforme blanco de almirante con anchas ringleras de medallas en su túnica. La que una vez había sido la protegida del Gran Moff Wilhuff Tarkin del Emperador, y muchos asumieron cruelmente que había conseguido su rango militar a causa de que también era su amante, desde hacía dos años era la líder de la Alianza Galáctica y había hecho un buen trabajo mesurado para restaurar las economías y las redes de alianzas políticas de la unión que se habían roto por la reciente guerra.

A su derecha se sentaba Jagged Fel, el joven Jefe de Estado del Remanente Imperial. Criado entre los chiss y probado en batalla como piloto de combate en la Guerra Yuuzhan Vong, era un líder reacio que había mostrado ser adepto a mantener a los moffs imperiales bajo control y a mantener las difíciles relaciones imperiales-hapanas.

A la derecha de Jag, inmediatamente al lado del bothan que seguía hablando, estaba Turr Phennir, Comandante Militar Supremo de la Confederación. Era lo más cercano a un líder global que tenía la imprecisa alianza de planetas. Pálido, aristocrático, con una cicatriz que llegaba desde la mitad de su mejilla izquierda hasta la comisura de su boca, al igual que Fel era un antiguo piloto de combate. La reputación que se había ganado al principio de su carrera de clásico político imperial que apuñalaba por la espalda y que combatía salvajemente había cambiado con los años hasta la de tener una carrera de servicio pragmático y honorable.

Y hasta ahora, Luke no había pensado conscientemente en el hecho de que estos tres, los políticos más eminentes en Coruscant en este momento, eran todos imperiales. Esa comprensión le cayó como un cubo de agua helada. Él había luchado contra los imperiales durante décadas, había jugado un papel en derrotar todas su operaciones más importantes durante esa época y aquí estaban ellos, a cargo de… todo.

Leia miró divertida a Luke.

—Sentí eso.

—No lo miré en conjunto hasta ahora. He estado pensando en los tres como *ellos mismos*, no como imperiales. El destino de la galaxia, está, de repente, en las manos *de imperiales*.

—Sí.

—¿Cuándo te diste cuenta *tú*?

—Hace dos años, cuando Daala y Fel tomaron posesión en un periodo de tiempo corto el uno del otro.

—No me lo mencionaste.

Ella se encogió de hombros.

—No había nada que yo pudiera hacer. O que *debiera* hacer. El simbolismo de que todos son imperiales de un modo u otro no es nada comparado con quiénes son en su interior. Quiero decir, la Rebelión estuvo formada mayormente por antiguos imperiales. Crix Madine. Mon Mothma. Jan Dodonna. Yo soy una antigua senadora imperial.

—Es cierto. Y los tres líderes de esa mesa son gente honorable.

—Sí. Pero eso no significa que quieran lo que nosotros queremos.

O que puedan ver las consecuencias de sus decisiones del modo en que podemos verlas nosotros. —La sonrisa de Leia se volvió distintivamente irónica—. Apuesto a que el fantasma de Palpatine se está riendo de nosotros en este momento.

Luke se forzó a relajarse. Con el paso de los años había llegado a convencerse de que, en ausencia de Palpatine y sus sucesores inmediatos tales como Ysanne Isard y Sate Pestage, lo que significaba ser un imperial había cambiado. Los moffs, gobernadores de sector, tendían a ser tan intrigantes e interesados como lo eran cuarenta años antes, pero el ejército, una fuerza incluso más potente que ellos en el Remanente, estaba mayormente constituido por hombres y mujeres que simplemente preferían una sociedad más ordenada y más gobernada que la que se encontraba en la Alianza. El Imperio ya no era un símbolo de tiranía o de genocidio planetario.

Pero la extrañeza de la situación no abandonó a Luke. Y él le echó un vistazo a su mesa para ver si los otros allí presentes estaban similarmente afectados.

Kyp Durron estaba de frente al estrado y tenía una expresión que sugería que estaba en algún otro lugar, manteniendo una falsa muestra de interés que no era otra cosa que educada apariencia.

Jaina, tan bella como su madre, Leia, pero incluso más peligrosa, se concentraba en los del estrado, especialmente en Jag Fel. Han Solo, desgarbado, curtido y vital, sentado a la derecha de Leia, llevaba puestos su chaleco y sus pantalones tradicionales, los últimos decorados con las Marcasdesangre corellianas, siendo su modo de vestir informal un desafío a los protocolos del evento. Miraba al conferenciante con los ojos casi cerrados por el desinterés. Kam y Tionne Solusar, sin signos visibles de las salvajes mutilaciones a las que habían sobrevivido durante la reciente guerra, ignoraban el discurso del bothan y susurraban entre ellos.

Y los Horn…

Luke parpadeó. ¿Dónde *estaban* Corran y Mirax? Testificarían ante grupos de expertos separados más tarde ese mismo día y habían anunciado que estarían presentes en estas ceremonias de apertura.

Luke sonrió amargamente para sí mismo. Corran Horn era un aliado leal y se mantendría a su lado ante cualquier peligro, pero obviamente era lo bastante astuto como para evitar la amenaza de morir de aburrimiento.

Dos horas después, aquellos que habían estado sentados en la mesa Jedi salieron en grupo del Edificio del Senado a la luz del sol que brillaba en la plaza de fuera. Inmediatamente Luke sintió el calor del sol impregnando sus ropajes oscuros de Gran Maestro.

Han se desperezó, dando como resultado una serie de crujidos de sus brazos y hombros.

—Creo que he muerto un par de veces durante los discursos. —Su voz era un rugido—. Leia me pinchaba y volvía a hacer latir mi corazón otra vez. Apuesto a que es alguna técnica de la Fuerza del lado oscuro.

Leia sonrió burlonamente y le pinchó en las costillas con dos dedos.

—¿Así?

Han se encogió para apartarse.

—Aug. Y sí. Y creo que tal vez deberías haber dejado que me quedara muerto. Porque simplemente sé que hay más discursos que están por venir y tengo que estar en algunos de ellos.

Leia le dirigió una mirada que era desaprobadora y divertida.

—No fue tan malo. Ni los pinchazos ni los discursos.

Luke sonrió y sacó su comunicador. Como todos los comunicadores llevados a la sala ceremonial, este había sido apagado como cortesía hacia *el* evento. Ahora él lo encendió. Inmediatamente pitó múltiples veces, indicando que tenía que escuchar varios mensajes y devolver varias llamadas.

El de Jaina estaba haciendo lo mismo. Ella hizo una mueca.

—Nos espera un día ocupado.

Luke lo sintió primero, una ondulación en la Fuerza, no exactamente de amenaza sino de inquietud. Miró alrededor de la plaza, viendo a los miembros de la multitud ostentosamente vestidos continuar saliendo del Edificio del Senado. El tráfico de deslizadores se confinaba a sus líneas de tráfico apropiadas a cierta distancia…

No, eso no era completamente verdad. Cuatro deslizadores de transportes de personal azul noche, viajando en una fila apretada y a velocidad moderada justo por encima de la altura de las cabezas de los peatones, se movían hacia esta entrada del edificio. Esta no era una imagen inusual en los distritos del gobierno de Coruscant. A menudo se traían tropas para ofrecer seguridad a un evento. Pero tales movimientos normalmente tenían lugar antes de que el evento empezara, no después de que terminara.

Los otros Maestros presentes sintieron la inquietud y se volvieron más alerta, pero no mostraron ningún signo exterior. Entonces Jaina se dio cuenta. Colocó su mano en su sable láser.

—Ben. —Luke mantuvo su voz baja—. Quédate atrás, fúndete con la multitud. Llama a Nawara Ven.

Ben miró a su alrededor y vio los transportes. Su mandíbula se tensó. Parecía como si quisiera discutir, pero simplemente se quedó parado, desapareciendo de entre los otros Jedi mientras ellos continuaron moviéndose hacia delante. Sacó su comunicador y lo encendió.

Los cuatro transportes de personal rompieron la formación, con uno de ellos cruzando por detrás del grupo de Jedi y girando hacia su lado izquierdo, y otro acercándose y aterrizando en su lado derecho.

El tercero se deslizó en su lugar entre ellos y el Edificio del Senado, mientras que el cuarto se posó inmediatamente delante de ellos. La maniobra, suave y aparentemente bien practicada, dejó a los Jedi y a Han en una gran caja de vehículos de esquinas abiertas. La aproximación segura y sin prisas no alarmó a los ciudadanos de la plaza, pero muchos obviamente sintieron curiosidad sobre lo que estaba pasando y empezaron a abrirse camino hacia los vehículos.

Los lados de los transportes que miraban hacia los Jedi se abrieron. Eran largas puertas deslizantes y de cada vehículo salieron dos escuadrones completos de hombres y mujeres con uniformes y cascos azules de la Seguridad de la Alianza Galáctica. Llevaban la armadura negra antidisturbios en el pecho, los antebrazos y las partes inferiores de las piernas y llevaban rifles láser.

También había civiles a bordo de cada transporte, si los cazarrecompensas, como sospechaba Luke que eran estos seres, contaban como civiles. Uno era un hombre quarren con ropajes azules y verdes, llevando sobre el hombro un arma cilíndrica que parecía como si llevara misiles suficientes para hacer caer edificios de tamaño medio. Su piel como engomada y sus tentáculos faciales estaban rígidos por la concentración. Otra era una mujer pequeña con un largo pelo negro, que llevaba ropajes oscuros hechos deliberadamente para que se parecieran a los de los Jedi. Llevaba un sable láser sin encender en su mano. Luke nunca la había visto antes.

Un tercero, poco común en esta época, era un skakoan, con su cuerpo encerrado en traje robótico de esquinas redondeadas y color de bronce.

Había más cazarrecompensas, dos o tres en cada transporte. Luke notó sus posiciones, pero no reaccionó.

De los agentes de seguridad, que se separaron en una línea que circundaba a los Jedi, Luke sintió emociones mezcladas. Unos pocos estaban expectantes, ansiosos por luchar. Muchos estaban preocupados, incluso temerosos, y determinados a no mostrarlo delante de sus compañeros. Unos pocos estaban muy, muy frustrados.

Luke miró a sus compañeros.

—Manteneos calmados. Sabíamos que esto iba a pasar desde hace algún tiempo.

Lo cual era verdad. Unas pocas semanas antes, habían llegado rumores hasta los aliados políticos de Luke de que el gobierno de la Alianza estaba preparando un caso legal contra él, un cargo de negligencia en el cumplimiento del deber como resultado de sus acciones durante la guerra con la Confederación. Liderando una unidad de InvisiblesX como parte del ejército de la Alianza en una batalla crucial, Luke había retirado a sus Jedi del campo de batalla y luego los había retirado completamente de la cadena de mando de la Alianza, liderándolos más tarde en asaltos contra Jacen Solo. Tal acción constituiría traición en otras circunstancias, pero nadie en la Alianza acusaría de un cargo capital a alguien que lo había arriesgado todo para oponerse al coronel Solo. Sin embargo, alguien en el gobierno de la Alianza se sentía claramente ofendido por la deserción y pretendía sacar alguna satisfacción legal de Luke.

Uno de los oficiales de seguridad, un hombre con la insignia de capitán en su uniforme, con su prominente mandíbula casi ridículamente cuadrada y sus ojos casi ocultos bajo el visor blindado y parcialmente levantado de su casco, lideraba a un grupo de otros cuatros miembros del personal de seguridad hacia los Jedi. Luke se volvió para estar de frente a ellos.

—Maestro Luke Skywalker. —La voz del capitán era profunda y sombría. Se detuvo a dos metros de Luke. Los miembros de su unidad, despistados por su repentina parada, derraparon un poco para asegurarse de que no chocaban contra su superior—. Soy el capitán Savar, de la Seguridad de la Alianza Galáctica. —Alargó una tarjeta de datos negra, pequeña en su palma enguantada—. Esta es una orden de arresto contra usted. Ahora la llevo a cabo. Por favor, no ofrezca resistencia.

Luke pudo sentir a Han y Jaina alarmándose, pero los otros Jedi permanecieron calmados. También podía sentir a Ben, a metros de distancia, agitado y determinado.

Luke puso una ancha sonrisa de bienvenida.

—No se me ocurriría darle problemas, capitán. ¿Puedo desarmarme yo mismo?

—Con cuidado.

El capitán claramente no estaba desalentado por la sumisión de Luke, pero Luke sintió decepción en algunos de los soldados de seguridad y en la mayoría de los cazarrecompensas.

Y, curiosamente, en muchos de los observadores más allá del círculo de soldados. Luke les dirigió una mirada. Muchos de ellos, muchos más de los que habría si la multitud de la plaza hubiesen sido simplemente visitantes aleatorios llegando o marchándose del Edificio del Senado, sostenían equipos de holocámaras, muchos de ellos de calidad profesional.

Lentamente, Luke cogió su sable láser de su cinturón. Pero mientras Savar dio un paso hacia delante para alargar la mano hacia él, Luke se lo pasó a Leia. Ella lo enganchó a su cinturón junto con el suyo propio.

Savar se detuvo de repente. Su expresión se volvió de desaprobación.

—Eso, Maestro Skywalker, no constituye una completa cooperación.

Leia volvió una mirada ceñuda hacia el capitán.

—Le apostaré el salario de un mes, el suyo, no el mío, dado que yo no recibo salario, que su orden no menciona su sable láser. Las órdenes de detención casi nunca lo hacen. ¿Sabe por qué? Sospecho que no. Es porque el daño causado con cada uno es indistinguible del daño de cualquier otro, así que casi no son de utilidad como prueba forense. Ahora, ¿especifica su orden su sable láser?

Savar la miró pero ignoró la pregunta. Y devolvió su atención a Luke.

—Por favor, vuélvase y coloque las manos en la espalda. Tengo instrucciones de esposarle.

Luke le complació, volviéndose para estar frente a sus compañeros. Él mantuvo su comportamiento alegre. No ayudaría que las holocámaras le vieran pareciendo irritable, ya que cualquier grabación de una respuesta aparecería en las noticias.

El capitán Savar cogió la muñeca derecha de Luke y cerró una esposa alrededor de ella.

Han no era tan cordial como Luke.

—¿Tus órdenes son tratarle como a un criminal común, cerebro de bantha?

Luke sintió engarrotarse a Savar, sintió un arrebato de frustración, furia y, sí, *culpabilidad* en el oficial. Eso sorprendió a Luke.

Claramente, este no era un lacayo de la fiscalía disfrutando del arresto, sino alguien que lo lamentaba.

—¡Se está resistiendo!

La voz era apagada y acuosa. Luke supo que tenía que ser el quarren el que hablaba. Luke giró, con su brazo derecho todavía sostenido por el capitán, a tiempo de ver al quarren colocando su arma del hombro en línea, apuntando a Luke.

Durante un momento, las cosas sucedieron con rapidez. Cinco sables láser, sin estar el de Luke entre ellos, *chasquearon-sisearon* al encenderse de manera colorida y zumbante y fueron levantados contra posibles ataques. Un agente de seguridad, que parecía ser un chico de alrededor de la edad de Ben, se crispó y disparó, probablemente de manera inadvertida. El disparo corrió hacia Luke.

Él se inclinó para apartarse del disparo, sin sentirse amenazado, pero Kam lo recibió en su hoja y lo hizo rebotar casi directo hacia el permacreto.

Han, de repente con una pistola láser en sus manos, un modelo poderoso y civil, no su DL-44 de siempre, disparó y el disparo cortó a través del rifle del chico, arrancándole el arma destruida de sus manos.

El quarren no disparó. Ahora tenía la punta de un sable láser colocada directamente bajo su cuello. La hoja no pertenecía a ninguno de los Jedi. La mujer de pelo oscuro la sostenía, con su mano firme como la roca y una curiosa sonrisa en su cara. La mirada del quarren estaba ahora fija en ella más que en Luke.

Las tropas de seguridad levantaron sus armas, con varias de ellas apuntando a Han y a los Jedi, pero, como operativos disciplinados, no abrieron fuego pendientes de la orden de su capitán.

Savar, con una fea expresión, se volvió hacia el quarren.

—Nyz, ¿simplemente no entiendes las palabras *papel de apoyo*?

¿O eres lo bastante estúpido para violar mis órdenes deliberadamente?

El quarren dudó.

—Usted se agarrotó. La única conclusión razonable era que utilizó una técnica Jedi contra usted.

—La única conclusión razonable es que eres un idiota. Y no veo que estés bajando tu arma.

Ante las palabras de Savar, medio escuadrón de operativos apuntó al quarren, aunque estaba claro que la mujer con el sable no necesitaba ayuda.

El quarren bajó el aparato de mala gana. Miró entre la mujer y las tropas que le cubrían.

—No deberíais apuntarme con armas. Eso no mejora vuestras perspectivas de supervivencia.

La expresión de Savar se volvió desdeñosa.

—Ahora estás registrado por amenazas. Pensándolo mejor, por amenazas gastadas, petulantes y lloronas.

Se volvió para enfrentarse de nuevo a Luke.

Los Jedi, ante el asentimiento de Luke, desactivaron y guardaron sus sables láser. Lo mismo hizo la mujer del pelo oscuro. Han metió su pistola láser en una cartuchera en la parte de atrás de su espalda.

Los soldados finalmente bajaron sus rifles, aunque varios siguieron vigilando al quarren.

—Bonito disparo —le susurró Luke a Han.

La expresión de Han era agria.

—Es un pedazo de chatarra de cañón corto. Le estaba apuntando a la nariz.

—Seguro que sí.

Savar llevó a Luke hasta el transporte de personal que había aterrizado directamente delante de ellos. Su tripulación de tropas de seguridad, más la mujer de los ropajes Jedi oscuros y el skakoan, también entraron. Leia insistió en que alguien acompañara a Luke y Savar eligió a Han.

—No un Jedi —fueron su palabras.

Con Han Solo a un lado y un asiento vacío al otro, Luke esperó, escuchando mientras Savar, fuera, se dirigía a los miembros de su unidad.

—Bessen, eres el soldado más estúpido que he tenido jamás el disgusto de tener bajo mi mando. ¿Quién te dijo que le dispararas al prisionero?

—Nadie, señor, yo no… no pretendía…

—Buena respuesta. «No pretendía hacerlo, sólo soy incompetente». ¿Eres lo bastante competente para hacerme doscientas flexiones?

El tono del chico se volvió uno de abatimiento.

—Sí, señor.

—Bien. Sargento Carn, venga a vigilar que haga doscientas flexiones y luego consiga un transporte y vigile que él *corra* de vuelta hasta el fortín a pie.

—Y pensar que originalmente escogí una carrera militar —susurró Han.

—Tuviste una carrera militar. Llegaste al rango de general y luego te retiraste.

—No me lo restriegues.

—¿Puedes hacer doscientas flexiones?

—Cállate.

Los soldados miraban, con los ojos abiertos por la sorpresa, mientras dos de los humanos más famosos de la galaxia, uno de ellos arrestado por felonía, tenían su pequeña charla.

Savar, entrando, cerró las puertas laterales del transporte tras él, dejándolos a todos iluminados por el débil azul de las barras luminosas. Se sentó al lado de Luke.

Mientras el transporte despegaba, Han miró a los soldados.

—¿Quién quiere jugar al sabacc? Utilizaré mis ganancias para la fianza del Maestro Skywalker.

Capítulo Tres

FORTALEZA DE SEGURIDAD DE LA ALIANZA GALÁCTICA, DISTRITO DEL GOBIERNO

Luke fue llevado a un edificio de la Seguridad de la AG, donde fue separado de Han, que permaneció en el atestado vestíbulo principal del edificio, haciendo ya llamadas por su comunicador. Los soldados empujaron a Luke hasta una sala trasera donde fue cacheado y liberado de sus posesiones personales y luego fue brevemente holograbado con el propósito de identificación.

Después de eso, fue llevado a otra habitación, ésta decorada con una mesa desnuda y sillas, donde el capitán Savar le preguntó si consentiría en responder a las preguntas sin que su abogado estuviera presente. Luke lo declinó.

Su siguiente parada fue una solitaria celda de confinamiento, una especial. Más allá de las barras de transpariacero estaban los brillos de los escudos de energía de calidad militar. Allí a Luke le quitaron las esposas y le dejaron solo.

Pasó un tiempo considerable, Luke no pudo estar seguro de cuánto había pasado, dado que su crono era una de las cosas que le habían quitado, y entonces le llevaron una visita. El hombre era un twi'leko de piel verde, ancho de hombros, ricamente vestido con ropas negras y gris de oficina de un estilo común en Coruscant. Sus *lekku*, sus colas cerebrales, estaban envueltos alrededor de su cuello.

El surco de su ceño a menudo dejaba sus ojos rojos en una profunda penumbra. La furia de su cara y la rigidez con la que se conducía le convertían en una imagen imponente.

Pero Luke estaba encantado de verle. El twi'leko, un piloto durante los gloriosos años del Escuadrón Pícaro del Wedge Antilles, había perdido su pierna derecha por debajo de la rodilla en un enfrentamiento y subsecuentemente volvió a la práctica de la ley.

Con su miembro reemplazado por uno protésico, había actuado en numerosos lugares por toda la galaxia y ahora era una cara familiar en los litigios de Coruscant, entremezclando casos en los que se pagaban mucho con la defensa de pilotos o asuntos de leyes constitucionales.

Luke se puso en pie mientras hacían pasar al twi'leko a través de la puerta de la celda. Mientras los escudos se reactivaban más allá de los barrotes, él alargó su mano.

—Nawara. Finalmente ocurrió.

Nawara Ven estrechó la mano de Luke, pero su expresión no se iluminó.

—No, no ocurrió. No del modo en el que esperábamos.

—¿Qué quieres decir?

—Tal vez sería mejor que te sentaras. —Hizo un gesto hacia el camastro que constituía la mitad de la decoración de la celda.

—Estoy bien, gracias.

—Nos engañaron, Maestro Skywalker, y me estoy sintiendo bastante tonto por dejar que me engañaran. No miramos más allá de los rumores de que todo esto se trataba de que lideraste a los Jedi fuera del campo de la Alianza y emprendiste una guerra privada contra el coronel Solo hace dos años.

—¿*No* se trata de eso?

Nawara negó con la cabeza.

—El gobierno realmente sostiene que, al no reconocer la moral degenerativa y los cambios éticos de Jacen Solo, el único modo en el que pueden decir «descenso al lado oscuro» de manera legal, estabas descuidando tu deber como Gran Maestro Jedi y fuiste parcialmente responsable por cada consecuencia de su subsecuente abuso de poder. En otras palabras, te están culpando de una parte de cada muerte, cada acto de tortura, cada derecho legal pisoteado, cada exceso militar llevado a cabo por la Alianza Galáctica durante la última guerra.

Luke sintió que el aire abandonaba sus pulmones. Se sentó.

—No hablas en serio.

—Mortalmente en serio. —Nawara frunció el ceño, oscureciendo la sombra que proyectaba sus cejas—. Estoy seguro de que están guardando un cargo relacionado con la traición como un punto de negociación. La sentencia máxima posible para eso es, desde luego, la muerte.

Luke inspiró y luego dejó salir un suspiro de dolor. Tenía que aceptar que una parte de la acusación era válida. *Debería* haber reconocido conscientemente los excesos de Jacen mucho antes de lo que lo hizo. Que no lo hubiera reconocido, que casi nadie en su círculo inmediato no lo hubiera reconocido, era un tributo al poder del autoengaño y la negación.

Desde luego, otros habían reconocido antes la caída de Jacen.

Ben, a quien Luke no había escuchado. La esposa de Luke, Mara, que había mantenido su propia opinión… y había muerto al hacerlo.

Si había una muerte de la que Luke era parcialmente culpable debido a su negación a aceptar la realidad, era la de ella. Mientras que su pena se había retirado de su vida diaria, el dolor todavía se elevaba en momentos inesperados para apuñalarle en el corazón. Era casi un dolor físico, como un puñetazo en las entrañas. Volvió a tomar aire profundamente.

Nawara arrastró la otra pieza del mobiliario, una silla de metal extremadamente débil, hacia delante y se sentó al revés, descansando los brazos encima del respaldo.

—También podemos ganar este cargo. Será más duro que la pelea que estábamos anticipando. Requerirá que lancemos una considerable cantidad de barro. *Todo el mundo* asociado con Jacen tiene la misma responsabilidad, lo que significa mucha gente en el gobierno durante la guerra, y sin embargo no han sido acusados.

Podemos demostrar que estás siendo señalado sólo porque eres un Jedi. Porque eres la cara de la Orden Jedi.

—¿Es eso cierto? ¿Es eso por lo que estoy siendo acusado?

—Hasta donde puedo decir por las pistas que he recogido desde tu arresto y por los favores que he pedido mientras esperaba para verte, así es.

—Explícame eso.

Nawara consideró sus palabras.

—Debes entender que yo aprecio a los Jedi. Lo que hacéis, lo que arriesgáis, lo que conseguís. Pero no todo el mundo lo aprecia. Sois impredecibles. Desde un punto de vista militar, que también entiendo, sois concebiblemente la fuerza más irritante de la galaxia.

Eso llevó una breve sonrisa a la cara de Luke.

—Cierto. —Él asintió, impenitente—. Tenemos una especie de alianza flexible con las cadenas de mando y los precedentes legales.

Seguir órdenes no es tan importante como conseguir las metas.

—A los líderes militares y ex-militares de la Alianza les disgusta intensamente un recurso que no pueden controlar completamente.

—¿Entonces está el ejército detrás de eso o lo está Daala?

—La Jefa del Estado, pero muchos en el ejército la apoyan. —Nawara hizo una pausa como si estuviera poco dispuesto a continuar—. Realmente *pueden* ganar esta guerra legal incluso si les hacemos pedazos en algunas batallas. Si montamos una defensa legal exitosa, removeremos tanto la suciedad que los Jedi perderán mucho apoyo público y del gobierno, comparado con lo que consigues si los Jedi y el gobierno de repente deciden trabajar mano a mano otra vez. O quizás tienen un caso que es demasiado fuerte para nosotros. Por una parte, podrían ofrecerte un trato: quedar en libertad y manejar a los Jedi bajo sus términos. Por otra parte, podrían simplemente condenarte. Entonces vas a prisión… o haces lo que ellos preferirían que hicieras, correr a ocultarte y demostrar tu falta de credibilidad y tu naturaleza criminal.

Luke se recostó contra los barrotes detrás de su catre y silbó.

—Hoy sigue volviéndose mejor y mejor.

—Han estado reuniendo esto durante cierto tiempo. Algunas de mis fuentes sugieren que la orden para hacer este caso se remonta posiblemente a hace un año o así, quizás más.

Luke pensó en ello.

—¿Entonces por qué promulgar ahora la orden de arresto? ¿Les llevó todo este tiempo reunir el caso?

—No. El momento, tu arresto teniendo lugar en un sitio público el primer día de la Cumbre de Unificación, obviamente no es una coincidencia. Es para enviar un mensaje.

—Para los grupos considerando volver a unirse a la Alianza.

—Sí.

Luke se rascó la mandíbula y lo pensó.

—Están diciendo al Remanente Imperial: «*Le estamos poniendo una correa a la gente que os dio tantos problemas a lo largo de los años. Es seguro volver*».

—Eso creo.

—Y le están diciendo a la Confederación: *«Vosotros y los Jedi tuvisteis un enemigo mutuo durante la guerra, pero ahora nosotros les controlamos a ellos, lo que es otra buena razón para volver a unirse»*.

—Mis ideas igualan a las tuyas.

—También es otra buena razón para excluir a los hapanos esta vez. La Reina Madre Tenel Ka no habría reaccionado favorablemente a la acción contra mí. Si ella no participa hasta la siguiente cumbre, esta situación podría estar resuelta para entonces y ella habría tenido tiempo para calmarse. —Luke se puso en pie y empezó a pasearse. Su estómago se agitó, por la tensión o por el hecho de que no había comido desde su arresto y utilizó sus reservas internas de calma para calmarlo—. Nawara, no estoy seguro de que podamos cambiar la manera en la que operamos dentro de la Alianza, o que debiéramos hacerlo. Servimos a una causa más alta.

La vida, la calma y el progreso hacia un futuro justo y sereno. El interés propio y la clase de pragmatismo que sacrifica vidas inocentes no nos motivan del modo en el que pueden motivar a las autoridades civiles y políticas.

Nawara le ofreció una sonrisa infeliz.

—La Historia, como la interpretan los no Jedi, demuestra que estás equivocado. En los archivos, los Jedi a menudo demuestran esos impulsos egoístas y destructivos. Simplemente dejan de llamarse a sí mismos Jedi. Como hizo Jacen Solo.

—Auch.

—Tu vista preliminar es en dos horas. Puedo hacer que te entreguen un traje diferente si prefieres aparecer ante el juez con algo limpio o más colorido.

Luke bajó la vista hacia sus ropajes negros de Gran Maestro. Hizo una mueca, considerando cómo podrían recordarle al juez las ropas que prefería Jacen Solo.

—Manda a buscar mis túnicas blancas y marrón claro, ¿quieres?

—Hecho.

SALAS DEL JUZGADO, CORUSCANT

En la vista preliminar, Leia, Han y Ben esperaban entre el público, que aparte de eso parecía estar formado enteramente por la prensa, todos con las holocámaras encendidas.

Un juez duros de piel gris, elegido por la rotación estándar de los jueces de la Alianza resultó ser favorable a los Jedi. Escuchó los cargos, ignoró la aseveración del fiscal de que corría el riesgo de que Luke se fugase, ordenó a Luke que se presentara a las audiencias que seguirían a esta y le liberó bajo su propia palabra. Minutos después, Luke, su familia y Nawara Ven salieron del edificio por una puerta que Nawara conocía pero que no conocía la prensa. Salieron a la pasarela a la altura del piso cuarenta, al aire fresco y a la oscuridad nocturna aliviada por las luces peatonales y los ríos de tráfico.

Luke abrió la bolsa que el capitán Savar le había dado al final de la vista preliminar y empezó a guardarse en los bolsillos sus efectos personales.

—Ese fue un mal día. Espero con impaciencia algo de meditación.

Con la cara sombría, Leia le entregó su sable láser.

—No creo que tengas oportunidad. Las cosas siguen poniéndose mejor y mejor.

TEMPLO JEDI, CORUSCANT

El centro médico del Templo Jedi era un hospital completo, aunque compacto: sala de operaciones, habitaciones de recuperación privadas, pabellones comunes, salas de bacta, salas de terapia, habitaciones de atmósferas selladas para simular los ambientes de varios planetas, laboratorios, y Valin Horn era ahora la pieza central del laboratorio de neurología. Atado a una camilla repulsora desactivada que estaba descansada en una plataforma construida para acomodarla, él ponía a prueba sus correas, sin hablar. No había nadie presente para que él le hablara.

Ellos le miraron desde una sala adyacente a través de una plancha de transpariacero que era reflectante en el lado del laboratorio y transparente en el lado de los observadores. Luke estaba con la Maestra Cilghal, la Maestra Jedi mon calamari que era la principal experta médica del Templo. También estaban cerca los otros tres miembros de la familia Horn, Leia y Ben. Jysella Horn, la hermana de Valin Horn, una mujer delgada a la mitad de sus veintitantos, tenía una apariencia de apropiada calma Jedi resuelta, pero las zonas rojas alrededor de sus grandes y expresivos ojos sugerían que había estado llorando. Su madre, Mirax, parecía sombríamente determinada y parecía incapaz de apartar la mirada de Valin.

Cilghal, con la voz tan grave como la de la mayoría de los mon cals, habló clínicamente.

—El paciente no es racional y no coopera. Continua insistiendo en que todos los que conoce, a quienes ve ahora, han sido reemplazados por impostores. Está paranoico y tiene alucinaciones.

La cara de Leia se tensó.

—Como Seff, sólo que de diferente manera. Seff hablaba de mandos.

No mucho antes, mientras viajaba a bordo del *Halcón Milenario*, Leia y Han se había encontrado con el Caballero Jedi Seff Hellin, que había exhibido una manía tan penetrante como la que Valin parecía experimentar. Seff había dejado su compañía antes de poder ser evaluado.

La similitud de sus comportamientos sonaba a Luke lamentablemente como algo que uno podía haber contraído del otro, o como algo que podían haber desarrollado por la exposición a una fuente común.

—La presión sanguínea es alta, a un nivel consistente con su estado de ansiedad —continuó Cilghal—, y hay niveles más altos de lo normal de hormonas de estrés en su sangre. Los informes de toxicología, virología y bacteriología están en sus fases preliminares pero no han sugerido ninguna respuesta. Las pruebas neurológicas básicas no sugieran daño, pero no hemos sido capaces de emplear escáneres más avanzados.

Luke la miró.

—¿Por qué no?

—Te lo enseñaré.

Cilghal se movió hacia un monitor fijado a la altura de la cabeza en la pared al lado del ventanal. Delicadamente, porque sus manos más grandes que las de un humano estaban mal equipadas para la tarea, presionó un número de teclas bajo el monitor.

La pantalla del monitor se encendió, mostrando una serie de cinco líneas angulosas, como simples representaciones gráficas de cordilleras extremadamente escarpadas, una encima de la otra.

—Esto —explicó Cilghal—, es un escáner cerebral, fijado para mostrar las formas de las ondas cerebrales. Puede fijarse para mostrar muchos tipos de datos en diferentes tipos de representaciones gráficas. Este es el escáner de un ser normal, yo misma, de hecho.

»Ahora te mostraré el primer escáner de Valin.

Ella pulsó otra serie de botones.

La imagen de la pantalla se borró, reemplazada por barras de líneas angulosas de altos picos y grandes bajadas tan juntas, tan extremas y salvajes que Jysella involuntariamente dio un paso atrás para alejarse de la pantalla.

—Ningún miembro vivo de ninguna especie que conozcamos podría mostrar formas de ondas como estas y sobrevivir durante mucho tiempo —continuó Cilghal—. Unos cuantos minutos después de que tomáramos esto, tomamos otra lectura. Esta, y las subsecuentes, tienen esta forma.

La imagen del monitor se volvió a borrar. Luke pensó durante un momento que no había sido reemplazada, porque la pantalla estaba casi en blanco. Pero todavía había barras de medida a la derecha y a la izquierda de la pantalla. Simplemente no había líneas en medio. Ni una.

Cilghal parpadeó en dirección a la imagen.

—Este es el escáner cerebral de una persona muerta. Valin Horn está, demostrablemente, no muerto. No hay manera de que una lectura de Valin pudiera arrojar un resultado como este. Pero lo hizo.

—He visto esto antes. —Luke miró curiosamente a la pantalla y luego miró a Valin, que estaba mirando al ventanal. Aunque incapaz de ver a través de él, parecía estar mirando a Luke. Quizás podía sentir la distintiva presencia del Gran Maestro—. Hace años.

Cilghal apagó el monitor.

—Es cierto. —Su voz sonó reflexiva—. Quizás deberías explicárselo a los otros.

—Jacen podía hacer eso. Deliberadamente, como una técnica de la Fuerza. Lo hizo una vez durante la crisis de los killiks.

—¿Es una técnica que tú conoces, Maestro Skywalker?

Luke negó con la cabeza.

—Asumo que fue algo que aprendió durante sus viajes entre todos los grupos de la Fuerza que visitó. —Volvió su atención hacia los Horn—. ¿Pero dónde la aprendió Valin?

Corran negó con la cabeza.

—Nunca lo mencionó. Y esperaría eso de él, sólo para divertirse.

«Mira lo que puedo hacer y que mi viejo no puede», esa clase de cosas. —Miró a su hija—. Jysella es más su confidente. Ella puede saberlo.

Jysella miró de su padre a Luke.

—Valin y yo conocimos a Jacen, desde luego. Pero él era unos cuantos años mayor que Valin y eso marca una gran diferencia cuando eres un adolescente. Jacen estaba fuera luchando en la guerra contra los yuuzhan vong mientras Valin y yo estábamos atrapados en las Fauces, en el Refugio, durante la última mitad de la guerra. No le vimos para nada durante los años que pasó de viaje y no le vimos mucho más después de eso.

Luke frunció el ceño. No sonaba como la clase de relación en la que Jacen enseñaría a Valin una oscura técnica de la Fuerza.

—¿Qué hay de Valin y Seff?

Jysella negó con la cabeza, causando que su pelo castaño oscilara.

—No eran íntimos. Todos estudiamos juntos en el Refugio y después de eso, pero una vez que nos convertimos en aprendices, siguiendo a nuestros respectivos Maestros de un lado a otro, difícilmente coincidimos jamás. Ocasionalmente uno y otro de nosotros se encontraba con él en misiones. Éramos conocidos, colegas, pero no éramos amigos sociales.

Luke lanzó un suspiro.

—Pero las similitudes son demasiado llamativas para ser una coincidencia. Seff también sabía una oscura técnica de la Fuerza que no podemos explicar. Otra que Jacen exhibió, una parálisis basada en la Fuerza. Hay demasiados espacios en blanco en lo que sabemos de los viajes de Jacen, incluso en su procesos mentales. Tanto si tiene alguna relación con Valin como si no, en algún punto necesitaremos llenar tantos detalles como podamos sobre en lo que anduvo metido en los años anteriores a la crisis de los killiks.

Corran cruzó la mirada con Cilghal.

—¿Hay algo que puedas hacer por él? ¿Para devolverle a la realidad?

—Nada en este momento. Necesitamos psicólogos expertos para que evalúen las grabaciones que le hemos hecho. Necesitamos recibir los resultados toxicológicos completos del laboratorio.

Necesitamos encontrar una manera de completar un escáner cerebral… Hasta donde podemos decir, sea lo que sea lo que está haciendo para evitar el escáner funciona incluso cuando duerme.

Ojalá no hubiese despertado del disparo aturdidor de Mirax antes de que intentáramos hacerle el escáner la primera vez.

Ella presionó otro par de botones en el panel de control. Un panel opaco se deslizó hacia abajo delante de la ventana, cortándoles la visión de la malevolente mirada de Valin. Mirax comenzó a andar y entonces reticentemente se volvió hacia los otros.

—Vayamos arriba —dijo Luke—. Sentémonos, tomemos algo de caf y planeemos que hacer sobre esto. Y sobre otros problemas. Ben, quiero que ejercites tus habilidades

investigadoras y veas qué información puedes conseguirme sobre los cazadores de recompensas que nos encontramos hoy.

—Lo haré.

—¿Estará bien, si le dejamos solo? —El tono de Mirax era suave y lleno de dolor.

—Está siendo vigilado constantemente por los monitores por mis empleados. —Cilghal sonó confiada, tranquilizadora—. También le verán personalmente entre cada media hora o una hora. No es lo bastante fuerte para romper sus ataduras y, como sabes, al igual que su padre carece de fortaleza con la telequinesis. No puede liberarse de ese modo.

Ella les precedió a la salida de la cámara.

Luke le dio unas palmaditas a Corran en la espalda mientras se marchaban.

—¿Tuviste algún problema con las autoridades?

—No las esperamos. Simplemente lanzamos al chico al deslizador de Mirax y vinimos derechos aquí…

Valin pudo sentir su partida. Las brillantes luces en la Fuerza, de algún modo aproximándose a aquellas de su familia y sus respetados profesores, volviéndose más distantes.

Sonrió para sí mismo. No eran ni de cerca tan listos como pensaban que eran, sin importar cuánto habían investigado. No conocían todos sus secretos, incluido el que iba a liberarle.

Cerró los ojos y buscó otras luces en la Fuerza, luces pequeñas en huecos y en filas. Individualmente no contenían mucha vida, pero su biomasa colectiva excedía a la de todos los seres inteligentes de Coruscant.

Eran insectos, y aunque no había hecho esto en años, recordaba cómo ser su amigo. Ahora él necesitaba que ellos vinieran aquí.

Necesitaba que ciertas especies que podía convencer de que se arrastraran fuera de cavidades en las paredes del Templo, subieran marchando hasta su camilla y consumieran simplemente una pequeña porción de una de las ataduras que le retenían.

Una correa y entonces cuando su enfermera viniera en una visita en persona, una embestida. Valin escaparía y encontraría su camino hasta donde estaba la gente real.

Una alarma musical de dos tonos despertó a Luke. Él se sentó, mirando alrededor de sus oscurecidas habitaciones en el Templo, y vio su monitor encendido, con la cara de Cilghal en la pantalla.

—Maestra Cilghal. ¿Qué hora es?

—Es medianoche. Valin Horn ha escapado.

Luke suspiró ante la inevitabilidad de esas palabras.

—Este día… ¿Cuánto hace?

—Veinte minutos o así. Su enfermera nocturna, la aprendiz Romor, no está malherida pero tiene una contusión.

—¿Tenemos alguna pista de adónde fue Valin?

—Mejor que eso. Tenemos un aparato localizador que implante bajo su piel en previsión de que tal cosa ocurriera. Empezará a sentirlo cuando la anestesia local que le inyecté allí empiece a desaparecer, pero eso nos da todavía unas cuantas horas.

Desafortunadamente, parece estar pasando cierta cantidad de tiempo viajando por la ciudad inferior, así que nuestra señal es intermitente.

Luke se levantó y empezó a ponerse su túnica blanca.

—Alerta a los otros Maestros. Reúne a todos los Caballeros Jedi presentes que el Templo se pueda permitir. Deja que Han y Leia lo sepan. Estaré en el Gran Vestíbulo en tres minutos.

—¿Y los Horn?

—No necesitan saberlo.

Capítulo Cuatro

PLAZA DEL EDIFICIO DEL SENADO, CORUSCANT

Seha estaba sentada en la oscuridad con las piernas cruzadas en el duro y frío permacreto en el centro de la plaza, mirando al Edificio del Senado ante ella. Una chica delgada de veintipocos, estaba vestida como una Jedi, con su largo pelo pelirrojo recogido hacia atrás en una cola con bandas elásticas.

Miraba porque nada estaba ocurriendo. Los ayudantes senatoriales y los trabajadores de oficinas llegaban a pie en esta hora anterior al amanecer, un goteo constante y eso no era gran cosa.

Ninguno lanzó una mirada a la oscuridad donde Seha esperaba.

Nadie se parecía a Valin Horn.

A su lado, tendida a todo lo largo en el permacreto, envuelta contra el frío en una capa larga con capucha, descansaba la Maestra Octa Ramis. Una humana de constitución ancha y musculosa, estaba tendida con los ojos cerrados como si estuviera dormida. La pálida piel de su cara, rodeada como estaba por su pelo oscuro y su capa oscura, era todo lo que se podía ver de ella desde un par de metros.

Ahora ella sonrió sin abrir los ojos.

—No estás calmada, Seha.

—Lo sé, Maestra.

—Mientras menos calmada estés, menos alerta estás.

Seha hizo un gesto al pequeño localizador que descansaba en el permacreto ante ella.

—Sólo tengo que vigilar esto. Brilla lo mismo tanto si estoy calmada como si no.

—Hablando como una auténtica y apropiada aprendiz perezosa.

¿Por qué, de nuevo, te dejé escoger dónde tendríamos nuestro lugar de vigilancia?

—Porque he estado en una misión con Valin. Quiero decir, el Jedi Horn.

—¿Y tú nos trajiste aquí porque?

Seha frunció el ceño, por confusión más que por irritación. Ya había explicado su lógica una vez.

—Porque él está pensando de manera extraña, quizás está pensando como un animal. Encontrar un nido, lamerse las heridas, recuperarse. Yo le llevé por la ciudad inferior hasta aquí hace un par de años. Ahora hay más seguridad, pero puede encontrar montones de lugares para ocultarse. Y si sale a la superficie aquí, puede utilizar sus poderes Jedi para robar vehículos muy buenos o quizás secuestrar a políticos prominentes.

—Muy bien. Es tan buena razón para elegir este lugar de observación como cualquiera. Utilizaste tu mente y tu lógica para traernos hasta aquí. ¿Y ahora estás dispuesta a abandonarlas simplemente y mirar a un localizador porque eso es simplemente tan bueno como *pensar*?

Seha suspiró. Como siempre, había poca recompensa en discutir con su profesora.

—No, Maestra.

Intentó tranquilizar sus pensamientos.

—¿Estás enamorada de él?

Seha le dirigió a Octa una mirada dolorida. Iba a ser una de esas conversaciones en las que ningún secreto estaba a salvo.

—Sí, Maestra. Bueno, lo estuve una vez.

—¿Te avergüenzas de ello?

—No. Me avergüenzo de haberme enamorado de Jacen Solo.

—No te avergüences. Fue un Jedi bueno y considerado durante muchos años. Y uno muy guapo. Siguió el ejemplo de su padre. Yo me enamoré de su padre en otro tiempo.

Seha sonrió.

—No lo hiciste.

—Sí. Y piensa simplemente en las tareas diarias que te encontrarás haciendo si le mencionas eso a alguien.

—No debería permitirme a mí misma enamorarme, al menos de un Jedi. Me enamoro de Jacen Solo y se vuelve oscuro y muere. Me enamoro de Valin Horn y se vuelve loco.

La sonrisa de Octa se desvaneció pero no desapareció completamente.

—Una vez, estuve más que enamorada de un Jedi. Él fue torturado por los yuuzhan vong y luego se ahogó en agua helada luchando contra ellos. ¿Debería haber dejado de amar? ¿De sentir?

¿De sentirme atraída?

—No…

—Entonces tú tampoco deberías.

El aparato a los pies de Seha se encendió, con la parte superior bulbosa brillando con un débil pulso de luz ambarina. El pulso se intensificó, se desvaneció y luego se volvió estable.

Octa debió haber sentido la excitación de Seha. Se sentó, con los ojos abiertos, y miró al localizador.

—Bien hecho, Seha.

—Gracias, Maestra.

—Llámales. Luego vamos a echar un vistazo.

Enneth Holkin, ayudante de protocolo del honorable Denjax Teppler, co-Jefe de Estado de Corellia, despidió a su conductor más allá del punto de control de vehículos que marcaba la distancia más cercana a la que los vehículos civiles se les permitía acercarse al Edificio del Senado. Tenía mucho que hacer esta mañana. Una larga caminata tranquilizaría su mente. Por el bien de la seguridad, mantuvo el pulgar sobre el anillo de pánico en su abrigo. No sería bueno que a un funcionario corelliano le cogiesen con un arma en la cumbre, pero el anillo de pánico era perfectamente legal e igualmente podría salvarle la vida en caso de secuestro o de un encuentro prolongado con un criminal.

Cuando no estaba mucho más allá del puesto de control y empezaba a cruzar la plaza, oyó un débil sonido inmediatamente detrás, un roce de cuero sobre el permacreto. Se volvió y vio la puntera de una bota justo antes de que se estrellara contra su mandíbula.

Valin, descansado y calmado, bajó la mirada desapasionadamente hacia el ser que acababa de asaltar. El hombre era aproximadamente de su peso y tenía su color de piel y pelo, lo que resultaría útil.

Empezó a aliviar al hombre inconsciente de las ropas y el maletín de documentos. No se preocupó de coger el curioso anillo de metal, con unos pocos centímetros de fino cordel negro que colgaba de él y que circundaba el pulgar izquierdo del hombre.

A más de doscientos metros de distancia, en una claustrofóbica oficina de seguridad en lo más profundo del edificio del Senado, un puesto de seguridad recibió una transmisión de emergencia automatizada en la banda de comunicadores de los dignatarios de visita. La programación automatizada eligió a un oficial de seguridad de los varios que estaban de guardia y mandó los gráficos a su monitor. Datos relevantes de Enneth Holkin, incluyendo su nombre, afiliaciones políticas, mundo natal y asociados conocidos aparecieron en la pantalla. A continuación vino la holograbación de su cara y una copia de su archivo criminal, que consistía en robar una desvencijada moto deslizadora para dar una vuelta cuando era un adolescente en Corellia. Entonces llegó un listado con las coordenadas de su localización actual, que estaba, curiosamente, no muy lejos.

El agente de seguridad, un hombre delgado y calvo que después de veinte años trabajando en las calles, estaba más que feliz de ganarse la vida detrás del terminal de un ordenador, bostezó y tecleó una instrucción de localización en su teclado.

Fuera en la plaza y en la pared exterior del Edificio del Senado, las holocámaras giraron desde sus lugares usuales monitorizando patrones y apuntándose hacia las coordenadas de localización.

Mientras el agente calvo cambiaba de una imagen a otra, las holocámaras de ultravioleta mostraban todas la misma escena: un hombre humano de piel pálida, tendido bocarriba en una de las porciones más oscuras de la plaza, con los ojos cerrados, sin llevar nada excepto la ropa interior. Las lecturas de las holocámaras de infrarrojos indicaban que la temperatura del cuerpo era más o menos estable, sugiriendo que todavía estaba vivo.

El agente incrementó el código estándar de amenaza del sistema del ordenador de verde a amarillo para la alerta. El sistema de seguridad respondió haciéndose con el control de las holocámaras internas y externas, anotando la localización de cada individuo que detectaba, sacando caras de los bancos de datos cuya utilidad había sido

vastamente mejorada durante los años recientes de la Guardia de la Alianza Galáctica. Cada senador, ayudante, funcionario, político de visita, acompañante contratado, conserje, conductor, guardaespaldas y celebridad dentro del área de escaneo de repente hacía cola para una identificación de alta prioridad.

Segundos después, señales de advertencia aparecieron en la pantalla del agente. Avedon Tiggs, actor, músico y libertino frecuentemente arrestado, estaba saliendo con el senador de Commenor. Gerhold Razzik, miembro de la delegación del Remanente Imperial que no tenía nada que hacer en la Rotonda, estaba allí, boquiabierto como un turista y probablemente grabando todo lo que veía con una holocámara disfrazada. Valin Horn, Caballero Jedi, estaba en el nivel 2, moviéndose confiada y regularmente por lo que debía haber sido un corredor seguro. Octa Ramis, Maestra Jedi, en compañía de una mujer más joven también vestida como una Jedi, se aproximaba a la entrada este principal.

El agente de seguridad no tenía instrucciones especiales respecto a músicos díscolos o espías imperiales, pero tenía órdenes muy recientes y muy específicas sobre los Jedi.

Activó su comunicador y solicitó hablar con la oficina de Operaciones Especiales de la Jefa de Estado.

—Tienes que dejarnos entrar —dijo Octa.

La mujer de seguridad uniformada y con casco que estaba delante de las puertas cerradas de la entrada este se encogió de hombros.

—Realmente, no tengo que hacerlo.

—No, realmente, tiene que hacerlo. —Octa hizo un gesto sutil con una mano y vertió conciliadores sentimientos de paz y obediencia en la agente de seguridad—. Es un asunto Jedi, muy importante.

La mujer le dirigió a la Maestra Jedi una sonrisa. Quizás habría sido un fruncimiento de ceño de irritación si Octa no hubiera estado tranquilizándola con soñadora bondad a través de la Fuerza.

—Primero, las puertas simplemente se han sellado. Se llama aislamiento. Ocurre todo el tiempo, no hay nada de lo que preocuparse, no hay nada que ver aquí. Estoy segura de que la oficina nos dirá en un minuto porqué. Segundo, no, no sólo no puedo dejarlas entrar hasta que el aislamiento termine, realmente no tengo que hacerlo.

Exasperada, Octa se volvió y volvió al lado de su aprendiz unos cuantos pasos más atrás.

—Necesitamos otra entrada. Una con un guardia de voluntad apropiadamente débil.

Los ojos de Seha estaban desenfocados como si mirara a una pared blanca de un edificio.

—Se está moviendo. Buscando algo. Ascendiendo, creo.

—Un vehículo. Tiene que estar buscando un vehículo de escape. —Octa se volvió hacia la guardia y elevó la voz—. Tú, ¿dónde están las salidas del hangar de este edificio?

—Eso es clasificado.

—¡Algunas son públicas!

—Todo es clasificado durante un aislamiento.

Octa hizo un ruido ahogado y se volvió hacia Seha.

—Odio los guardias buenos. Son lo más inconveniente del universo.

—Felicidad. Está entusiasmado.

—¿Puedes sentirlo?

—Quizás. Quizás a él no le importa. Está a punto de escapar.

—Agrúpate conmigo. Dame una sensación de él de manera que pueda identificarle.

Seha se extendió a través de la Fuerza, con una tentativa expresión de poder. Llevaba años de retraso con otros estudiantes Jedi de su edad, muchos de los cuales ya eran Caballeros Jedi. Pero ella ejecutó la técnica perfectamente y Octa pudo sentir sus emociones y sentir las características distintivas del ser vivo que Seha estaba intentando seguir.

Era más fácil para la Maestra.

—Arriba alrededor de diez metros, por aquí.

Comenzó a trotar hacia el norte, a lo largo de la pared que gradualmente se curvaba hacia la entrada norte. Seha la siguió.

Octa pudo sentir como se tomaban las decisiones.

—Está considerando dos vehículos. No, está *cogiendo dos* vehículos. ¿Cómo puede coger dos vehículos?

—¿Uno dentro de otro?

Lo descubrieron segundos después. Cien metros más allá, oyeron un tremendo chirrido de metal procedente de delante y arriba. Una lanzadera con emblemas kuati salió del edificio, a través de un portal cerrado, con el impactó lanzando trozos de piedra artificial y puntales de duracero a decenas de metros. Pasar a través de una salida inexistente, que era demasiado pequeña para el generoso perfil de la lanzadera, causó que las alas levantadas del vehículo se arrancasen y cayesen a ambos lados. La lanzadera, inclinándose hacia abajo, se dirigió hacia el permacreto de la plaza. Octa no podía ver ni detectar a un piloto en la cabina de la lanzadera.

Los repulsores de la lanzadera no eran los únicos que se oían.

Antes de que las alarmas del edificio se apagaran, con sus rugidos ahogando todos los demás ruidos, Octa oyó otro grupo más familiar de repulsores creciendo en volumen procedente del interior del hangar.

Ella utilizó un estallido de velocidad ayudado por la Fuerza y entonces saltó, intentando conseguir tanta altitud y distancia como pudiera.

—¡Impúlsate! —gritó mientras saltaba.

Su aprendiz, aunque poco confiada y poco entrenada, era lista y la telequinesis era algo en lo que era buena. Octa sintió el esfuerzo de Seha no como un soplo a su espalda

sino casi como una especie de ráfaga de viento, una corriente de poder que la inclinaba y la impulsaba.

Mientras el ala-X gris salía el hangar a través de la puerta destruida, Octa chocó contra el lado de estribor del fuselaje, con su brazo derecho arañando el morro justo delante de la cabina. El impacto le golpeó en las costillas.

Valin Horn, en el asiento del piloto, inapropiadamente vestido con las ropas de un hombre de negocios, pareció sorprendido. Él miró a Octa, con la boca abierta.

Sin ser vista, tras Octa en la distancia, la destrozada lanzadera bajó hacia la plaza con un ruido como toneladas de metal y cerámica que se negaban a que un gigante negligente las dejara caer. El ruido se convirtió en un grito y un raspar mientras la lanzadera resbalaba hacia delante, todavía impulsada por sus propulsores.

Octa sabía las tácticas preferidas de Valin tan bien como él. Él necesitaba inclinarse y girar, causando que ella cayera. Pero, a medio emerger por la abertura irregular, no podía, aun no. Hacerlo así mutilaría o incluso arrancaría las alas de ataque del caza estelar, convirtiendo al ala-X en un deslizador aéreo caro, incómodo y feo.

En su lugar, Valin hizo una mueca y se lanzó suavemente hacia delante, emergiendo dos metros más al aire de antes del amanecer.

A Octa la cogió a mano cambiada con el sable láser y se las arregló para desengancharlo. Ella lo encendió y empujó con el arma hacia la cabina. No hacia Valin, sino al punto más cercano a su brazo derecho, donde la cubierta encajaba en su lugar contra el fuselaje.

La punta de su arma, dirigida en un ángulo extraño por su mano menos practicada, resbaló sobre el transpariacero y hacia arriba, sin infligir nada más que una cicatriz a la cubierta.

Ella lo intentó de nuevo. Valin, coordinando su acción con el ataque de ella, conectó los impulsores sólo un poco, desequilibrándola. Ella no cayó, pero la hoja de energía hizo un agujero a través de la cubierta a centímetros por detrás del cierre. La hoja, justo por encima de las manos de Valin sobre la palanca de control, golpeó el otro lado de la cubierta y también hizo un agujero allí.

Ahora el ala-X estaba totalmente fuera de la puerta del hangar.

Valin le dirigió a Octa una sonrisa burlona, elevó el morro del caza estelar y conectó los impulsores a máxima potencia. El ala-X salió disparado hacia arriba en un ángulo pronunciado de despegue.

Octa sintió su mano derecha deslizándose por el fuselaje. Ella se deslizó más hacia abajo por el lado de la cabina, moviendo salvajemente su brazo izquierdo y el sable láser para equilibrarse, y entonces intentó otro golpe. Su ataque no tenía ni precisión ni poder.

Golpeó la cubierta por encima de la cara de Valin, muy alejado del punto de impacto que ella pretendía y de nuevo dejando nada más que una cicatriz.

Valin debería haberle dado la vuelta al ala-X a estas alturas, pero no lo hizo y Octa perdió un precioso segundo o dos intentando averiguar por qué.

Entonces lo entendió. *Me está llevando tan alto como pueda… de manera que yo muera cuando choque contra el suelo*. Ella se tomó un momento para mirar a su alrededor, pero desde luego no había ningún deslizador por debajo o cerca. El tráfico no autorizado estaba prohibido tan cerca del Edificio del Senado y el tráfico autorizado era raro a esta hora.

Valin le dirigió una última mirada triunfante. Él giró la palanca de control y el ala-X se estremeció. La mano de Octa se deslizó hasta soltarse y ella cayó.

Ella sintió un toque de remordimiento. Las técnicas de la Fuerza para ralentizar la caída eran de poca utilidad en espacios abiertos a altitudes como esta. Iba a ser una asquerosidad, una asquerosidad muerta, cuando golpease el suelo.

Desactivó su sable láser y lo enganchó en su cinturón. No sería bueno hacer que cortara a algún peatón inocente que corriera a causa de la lanzadera, que, ardiendo ahora, había ido a descansar contra el edificio del gobierno en el lado más alejado de la plaza.

Octa se preparó para el impacto.

Cuando Octa despertó, supo que sólo habían pasado unos momentos.

Las alarmas del Edificio del Senado todavía estaban rugiendo. Las sirenas anunciaban la llegada inminente de otros vehículos oficiales.

También había un persistente repiqueteo en su cabeza.

No estaba tan malherida. Rápidamente, cuidadosamente, flexionó sus miembros, movió su cuerpo y se exploró a sí misma con la Fuerza.

No tenía ni siquiera un hueso roto.

Abrió los ojos y Seha, enmarcada por las estrellas, estaba arrodillada sobre ella, pareciendo preocupada y cabizbaja.

—¿Maestra?

—Estoy bien. —Octa luchó por sentarse. Bueno, no estaba completamente bien. Cada músculo le dolía y estaba segura de que tenía una contusión—. ¿Me cogiste? ¿Con la telequinesis?

—Parcialmente. Aun así chocaste con bastante fuerza.

—No con tanta fuerza. —Octa se las arregló para soltar una risa convulsiva—. Lo hiciste muy, muy bien.

—Pero perdimos. Él escapó.

—*Ganamos*. Está vestido con ropas de calle y su cubierta no es hermética. Así que no puede llegar al espacio. Y está al aire libre, así que su aparato localizador proporcionará su localización continuamente. Le hemos abochornado. —Poniéndose en pie, estiró la espalda, intentando permitirse un poco de alivio—. Otros tendrán que hacerle bajar al suelo.

Capítulo Cinco

—Virando a curso dos-sies-nueve.

Han, siguiendo las indicaciones de su mujer, inclinó al *Halcón* hacia un lado y se dirigió hacia el distrito gubernamental. Leia, en el asiento del copiloto, tenía su comunicador personal junto a su oreja.

El panel de comunicaciones del *Halcón* se conectó con la Seguridad de Coruscant y los monitores de tráfico advirtiéndole a Han que volviera a las líneas de tráfico designadas para las naves o sería objeto de arresto. Él gruñó y cambió la cosa al modo silencioso.

—¿Le han encontrado?

—Le han encontrado. Está en un ala-X con un agujero en la cabina.

—¿Armado?

—Un cincuenta por ciento de probabilidades. Estaba en el Edificio del Senado, así que o es un vehículo totalmente funcional de seguridad o es un vehículo desarmado, recuerdo de juventud de un senador. Tengo la esperanza de que sea la segunda opción.

—Yo también.

—Vira a dos-cinco-nueve.

—Nah.

Han llevó al *Halcón* en un pronunciado descenso. Su estómago se removió y la pantalla del sensor se llenó con los pequeños objetos haciéndose más grandes, pequeños vehículos de tráfico y más abajo la parte alta de los edificios. Centelleando hacia abajo a una velocidad aterradora e ilegal, giró los controles a la derecha y a la izquierda, esquivando ágilmente los vehículos civiles mucho más pequeños.

—Han, ¿qué crees que…?

Entonces estaba completamente entre ellos, con los ríos de tráfico por encima al igual que por debajo. Él lo sacó del descenso a doscientos metros por debajo de la altura media de los edificios.

—¿… estás haciendo?

—Por aquí, estamos fuera de los mayores paneles de los sensores.

Sólo los vehículos que nos vean se quejarán.

—Entiendo *eso*. Quiero decir, ¿por qué no viraste a dos-cinco-nueve?

—Sus cambios de curso sólo son para engañarnos, para confundirnos. *Yo* sé adónde va.

—¿Adónde?

—Al espaciopuerto, justo al borde del distrito gubernamental.

Robó un caza estelar. Eso significa que quiere llegar al espacio. Está dañado, así que no puede. Necesita otro. ¿Correcto?

—Correcto.

—Cuando se trata de pilotar y de pilotos, soy un sabelotodo.

Leia puso una dulzura artificial en la voz.

—Nunca volveré a discutir contigo otra vez.

Han resopló e incrementó la velocidad. Un deslizador de la Seguridad de Coruscant siguiéndole a su estela se retrasó, dejado atrás como si de repente estuviera quieto.

Luke y Ben, en el ágil deslizador aéreo rojo de Ben, recibieron la transmisión con las especulaciones de Han sobre el espaciopuerto.

Luke, en los controles, negó con la cabeza, sin estar complacido.

El espaciopuerto, comparativamente plano y construido a una altitud más baja que las zonas residenciales, financieras y gubernamentales que lo rodeaban, no estaba situado realmente, como suponía la mayoría, al nivel del lecho de roca. Por debajo había muchos niveles de maquinaria, hangares de reparación, bunkers de emergencia de la era del Imperio, instalaciones para los empleados del espaciopuerto y accesos de reparación.

Si Han tenía razón y Valin se dirigía en esa dirección, incluso si no tenía éxito en robar otro vehículo digno de llegar al espacio, podría escapar por aquellas regiones subterráneas, haciendo difícil o imposible encontrarle antes de que detectara su aparato localizador y lo destruyera.

Su deslizador salió de entre los rascacielos y de repente estaba por encima de la región más llana que rodeaba el espaciopuerto. Estaba principalmente dedicada a aparcamiento de deslizadores, aunque tenía elementos decorativos, incluidas zonas de hierba donde se veían árboles y un pequeño lago artificial.

Y estaciones de sensores. Casi inmediatamente, el panel de comunicaciones del deslizador empezó a vociferar instrucciones para que se volvieran, para que se mantuvieran lejos del espacio aéreo restringido.

—Diles quienes somos. —Luke tuvo que levantar la voz hasta un grito para hacerse oír.

—Apuesto a que no funciona. ¿Quién está en las noticias como un criminal sospechoso? Tú.

—Hazlo de todos modos.

Luke puso el deslizador en un patrón de espera, manteniéndose cerca del círculo de rascacielos, sin aproximarse al propio puerto.

Las autoridades bien podrían decidir dispararle a un deslizador sospechoso, pilotado o no por un criminal sospechoso, dirigiéndose directamente hacia una fuente inestimable del gobierno y del transporte civil. El sabotaje y los ataques terroristas habían tenido lugar tan recientemente como la guerra, dos años antes.

Ben levantó la vista del panel de comunicaciones, sorprendido.

—No somos los únicos.

—¿Qué?

Luke escaneó el espacio aéreo sobre el espaciopuerto.

Había *montones* de pequeños vehículos allí ahora, la mayoría de ellos deslizadores aéreos de un tamaño u otro. Algunos eran vehículos comerciales más grandes, muchos de ellos con letras y símbolos en los lados.

Del compartimento utilitario, Ben sacó un par de macrobinoculares y se los llevó a los ojos.

—Ese es un vehículo de la prensa. Con una holocámara montada en la torreta superior. Ese… hey, esa es Jaina. El grande y verde… oh, kriff.

—Ese lenguaje. ¿Qué pasa?

—Tiene una enorme cabina del conductor de un taxi y ese skakoan va en él.

Luke frunció el ceño. De repente todo el mundo sabía que Valin venía para acá, incluidos la prensa y los cazarrecompensas. Eso significaba que los canales abiertos de comunicación estaban siendo monitoreados y que la gente que estaba aquí a la que no le incumbía esto estaba al tanto. La gente de Daala tenía que estar haciendo esto.

Entonces lo vio, casi a nivel del suelo, un ala-X pintado en los grises clásicos de la Primera Guerra Civil Galáctica. Sus luces de posición estaban apagadas. Estaba iluminado sólo por los brillos de las luces de los postes del área de aparcamiento. Volaba por debajo de la altitud de las propias luces.

—Agárrate.

Luke empujó la palanca de control hacia delante, enviando al deslizador en una zambullida precipitada.

Los labios de Ben se replegaron en una mueca, quizás porque ningún adolescente quería que nadie más pusiera en peligro su vehículo temerariamente, siendo esa la propia prerrogativa del adolescente, pero habló.

—El *Halcón* se acerca.

—Bien. —Luke puso el deslizador en un curso de intercepción, o un curso de colisión si algo iba mal, y conectó el piloto automático. Soltó el cinturón de seguridad de su asiento y se deslizó hacia Ben—. Toma los controles.

Fue gratificado con la imagen de los ojos de su hijo abriéndose por la sorpresa, pero Ben hizo lo que se le había dicho. El chico se desabrochó el cinturón, se deslizó bajo su padre, asió los controles y desconectó el piloto automático.

Luke se puso en pie en el asiento, extrayendo energía de la Fuerza para mantenerse anclado en su lugar a pesar de las ráfagas de viento que amenazaban con arrancarle del sitio.

Contaba con que Ben sabía qué hacer y su hijo no le falló. Ben se niveló a la misma altura del ala-X, completando la maniobra sólo a unos metros por detrás del caza y se colocó a lo largo del lado de babor del vehículo.

Luke saltó a través del agujero que separaba su asiento de la cabina. El viento amenazó con arrastrarle, pero un aumento de la energía de la Fuerza le llevó hasta el fuselaje justo cuando Valin Horn se estaba dando cuenta de que tenía un vehículo que seguía su paso. Luke aterrizó a horcajadas sobre el morro, de cara a popa, mirando directamente hacia los rasgos sorprendidos de Valin.

Valin tiró hacia arriba de los apoyabrazos del ala-X. La cubierta se abrió de repente, rompiéndose hacia atrás, y se perdió, y Valin fue lanzado hacia el cielo, con su silla de piloto propulsada por un tosco cohete de un solo uso.

—¡Maldita sea! Ha saltado. —Han golpeó su palanca del timón.

Leia parecía tan exasperada como se sentía Han.

—¿Puede el rayo tractor de carga…?

—No es lo bastante fuerte. No puede compensarse para un objetivo que se mueve muy rápido.

—Entonces tenemos que ir tras Valin.

Han negó con la cabeza.

—La eyección no le habrá dejado suficientes controles a Luke para aterrizar el ala-X. Él podría elevarlo o empujarlo hacia abajo con la Fuerza… ¿pero aterrizarlo sin controles? No. Tenemos que ayudarle.

Él lo persiguió, lanzándose hacia el ala-X.

—Ha saltado.

Jaina renuentemente apartó su atención de Luke, que desaparecía hacia el espaciopuerto en un ala-X descontrolado, y la devolvió a Valin, que todavía ascendía en su silla de eyección. Ella se inclinó y se dirigió hacia el Jedi renegado.

En el asiento del pasajero, el Maestro Kyle Katarn, de alrededor de la edad de Luke, de pelo oscuro y con barba oscura, se desperezó como si despertara de una siesta.

—¿Planeas maniobrar por debajo y cogerle?

—Exacto.

Katarn apuntó hacia otro deslizador, un transporte remolcador grande con figuras en pie en la batea para la carga. Este vehículo se elevó hacia la posición de Valin desde una posición mucho más cercana.

—Y ellos también.

El asiento de Valin alcanzó su altitud máxima y empezó a caer.

Inmediatamente el repulsor de corto alcance dentro de la silla se activó, frenando su descenso.

Sintió como si hubiese recibido un tremendo impacto en lo alto de su cabeza, sin hacer daño pero comprimiendo su espina dorsal debajo de ella. Las eyecciones siempre eran así: malas, pero mejores que la alternativa.

Y siempre saborearía la imagen de la cara de No-Luke cuando él había eyectado. No había tenido precio.

Un remolcador maniobró hacia su camino de descenso.

Gruñendo, cogió su sable láser en una mano, cogiendo el broche del cinturón de seguridad de su asiento en la otra.

Mientras el remolcador se acercaba por debajo, en lugar de esperar a que el asiento se posara, Valin se soltó las correas y saltó hacia delante, aterrizando sobre sus pies momentos antes de que el asiento aterrizara.

En la batea de carga, tres individuos esperaban: un quarren con una vasta arma grandísima, un brillante droide cuya construcción tenía un ligero parecido con un esqueleto humano y una alta mujer rubia cuya chaqueta negra de cuero de bantha estaba decorada con un vasto número de garras y dientes de diferentes tamaños y colores, cosidos en sus lugares. Ella llevaba una ballesta wookiee.

Valin les sonrió, pero no de una manera amistosa.

—Dos inadaptados que quieren ser cazarrecompensas y su engalanado droide de protocolo.

—Ríndete —dijo el quarren—. Dolerá menos.

Levantó su ridícula arma hasta su hombro.

—Tírate a un fuego.

Valin ignoró completamente a los dos seres orgánicos. Mantuvo su atención en el droide, un droide de combate CYV 1, una de las máquinas más peligrosas que se podían encontrar en cualquier lugar.

Ahora incluso las máquinas le estaban dando malos presentimientos. Y podía detectar una forma de vida dirigiéndose hacia él justo desde arriba…

Levantó la vista para ver un coche deslizador pasando sobre su cabeza y tacones de botas, una capa Jedi ondeando y un sable láser iluminado descendiendo hacia él a una velocidad normal de caída.

En su visión periférica más abajo, vio a los tres cazarrecompensas levantar la vista para ver al Jedi que descendía. Valin aprovechó la oportunidad para actuar: cogió su abandonada silla de eyección y saltó con ella por la parte trasera del remolcador.

* * *

Jaina aterrizó en cuclillas justo donde Valin había estado en pie. Él se había ido. Ella se levantó para mirar a los cazarrecompensas.

—No os preocupéis.

—No estamos aquí para hacerte daño —dijo el droide CYV, con sus tonos completa y confiadamente humanos.

Jaina miró a la cosa, desconcertada.

—¿Exactamente para qué has sido programado?

Ella sintió un cosquilleo en la Fuerza, una advertencia de un ataque inminente, y vio el dedo del quarren apretar el gatillo. Ella saltó hacia un lado mientras él disparaba.

Eso no le hizo ningún bien. El misil que salió del arma centelló hasta convertirse en una neblina que la envolvió, pegándose por todos lados. Le llevó una fracción de segundo reconocerlo como una red de malla de metal saliendo de algún paquete cilíndrico.

Entonces la primera sacudida eléctrica de dolor le alcanzó.

Sobresaltada, repentinamente separada de sus poderes de la Fuerza, se movió hacia el borde del remolcador y cayó al espacio vacío que había más allá.

Valin se agarró a su silla eyectora y bajó en ella otros veinte metros.

El siguiente vehículo que se le aproximó no tenía copias Jedi ni impostores que él pudiera ver. Era un deslizador rectangular azul, con el logo de Noticias 9 Galaxia pintando en amarillo a su lado.

Este se movió a su lado, con su piloto manteniendo hábilmente el paso con la velocidad de descenso de Valin.

Una mujer de piel oscura se inclinó fuera de la ventanilla del lado del pasajero.

—¡Jedi Horn! ¿Es cierto que están en inmerso en una violencia destructiva?

Valin saltó de su silla, estrellándose contra el lado del deslizador, agarrándose a la puerta de la mujer para evitar caerse. Ella se retiró, sorprendida, pero él le dirigió una sonrisa amistosa.

—Sáqueme de aquí, lejos de esa gente, y le daré la mayor exclusiva que ha tenido jamás.

Los ojos de la mujer se abrieron por la sorpresa. Ella se volvió para darle una breve orden a su piloto y luego se volvió, toda sonrisa.

—Déjeme ayudarle a entrar…

—Me quedaré colgado aquí, gracias. —El deslizador de las noticias se inclinó, perezoso, y se dirigió hacia el distrito financiero—. ¿Cómo sabía que yo era Valin Horn?

—Una orden de arresto fue cursada hace un poco por la oficina de la Jefa de Estado…

El quarren miró, sorprendido, mientras Jaina Solo se desvanecía sobre el borde.

La mujer de la chaqueta negra le dio unas palmaditas en la espalda.

—Bonito movimiento, cabeza de pez. Ella no es…

Sus palabras murieron mientras un deslizador aéreo, pintado de un elegante gris plateado, se hundió más allá de la cabina del remolcador, sin alcanzarle por menos de un metro.

El piloto del remolcador reaccionó instintivamente, virando hacia estribor y hacia abajo. La repentina maniobra inclinó bruscamente la batea de carga.

El quarren se tambaleó hacia la izquierda y cayó por el borde del remolcador. La mujer rubia también se tambaleó, pero cayó, giró con la habilidad de un acróbata y subió para ponerse a salvo apoyándose en la barra baja al lado de la batea de carga.

El droide CYV no se movió.

Luke se lanzó dentro de la cabina y bailó involuntariamente durante un momento hasta que sus dos pies encontraron áreas en el suelo que no estaban supercalentadas en el compartimento todavía humeante.

Miró a los controles e hizo una mueca. Todas las pantallas estaban fuera de servicio. Experimentalmente, movió la palanca de control y descubrió que no respondía. Esto sería difícil, si no totalmente imposible.

A menos que…

Se volvió. Allí, en el hueco circular detrás de la cabina, descansaba un astromecánico R2 gris y rojo.

—Hey, ahí. ¿Puedes pilotar esta cosa?

El R2 pitó, terminando con una nota triste.

—Olvídate del timón. ¿Puedes apagar los impulsores pero dejar funcionando los repulsores?

El R2 ofreció una serie de notas que sonaban curiosas. Luke oyó los sistemas del caza estelar bajar y elevarse por la energía, fluctuaciones que duraron una fracción de segundo cada una y entonces el R2 pitó una afirmación.

—Hazlo. Ejecuta. Problema resulto.

Luke se volvió hacia babor. Ben todavía estaba allí, a unos cuantos metros de distancia, manteniendo el paso con él con una habilidad considerable.

Luke volvió a saltar hasta él, colocándose en el asiento del pasajero.

—¿Has seguido la pista a Valin?

—Treinta grados arriba, veinte a babor, a trescientos metros.

—Abróchate el cinturón y llévanos allí.

Leia negó con la cabeza mientras veía a Luke abandonar el ala-X.

—No estoy segura de cómo, pero él cree que está resuelto.

—Probablemente persuadió al astromecánico. A mí mismo me llevó un segundo pensar en eso.

Han no apartó la vista del deslizador gris plateado, que momentos antes había igualado la precipitada caída de Jaina que estaba envuelta en una red. Entonces el piloto hizo un gesto, atrayendo a Jaina hasta el asiento a su lado con un esfuerzo a través de la

Fuerza y salió de su descenso. Han miró a su mujer, que, mirando a Luke, no había visto nada de esto.

Él negó con la cabeza. Jaina no debía de haberse alarmado, dado que Leia ni siquiera detectó su breve emergencia. Él llevó al *Halcón* en una curva cerrada, apuntándolo hacia el deslizador que ahora alejaba a Valin y el pesado remolcador que lo perseguía.

—Ese droide CYV podría ser malas noticias. ¿Quieres ocuparte los láseres de la parte inferior?

—Lo haré.

Leia estaba con las correas desabrochadas y en pie en un instante, dirigiéndose hacia la parte trasera y hacia la escotilla de acceso a la torreta láser.

Jaina, indefensa, tuvo otro espasmo mientras otro shock eléctrico la recorrió.

—Quítame esta cosa de encima.

—Estoy conduciendo, y es *«Quítame esta cosa de encima, por favor, Maestro Katarn»*.

Ella le ofreció un rugido muy propio de Han Solo como respuesta.

Cayendo casi hasta el nivel de los deslizadores aparcados, Kyle puso su nave en persecución del transporte de Valin y el remolcador.

El remolcador ahora parecía estar arrastrando algo al final de un cable. Le llevó un momento reconocer al quarren. Un cable se extendía entre su arma y la cola del remolcador y el quarren se agarraba a su arma con ambas manos como para salvar su vida.

Mientras el remolcador aumentaba la velocidad, el quarren fue arrastrado en un ángulo menos marcado.

Ausentemente, sin apenas mirar, Kyle cogió su sable láser de su cinturón, lo encendió y dio un tajo contra el cilindro de metal unido a la red de Jaina donde estaba rebotando en la parte trasera del deslizador. Su golpe cortó el objeto sin arañar la pintura del deslizador que había debajo.

—¿Mejor?

—En realidad sí. —Jaina se quedó allí unos cuantos momentos más y entonces empezó a luchar con la red. Esta se había relajado, sin apretar o pegarse ya, y ella fue capaz de desenvolverla en unos momentos—. Shocks eléctricos.

—Interfiriendo con tu control de la Fuerza. Lo que te convierte de Jedi en una gimnasta bastante débil con un problema de espasmos.

—Ese es un modo de exponerlo.

El deslizador de Noticias 9 Galaxia alcanzó el borde del distrito financiero antes de que algunos de los vehículos que lo perseguían le alcanzaran. Este salió disparado por la hendidura entre rascacielos que constituían el final de la zona del espaciopuerto y cayó hacia las líneas de tráfico inferiores.

El remolcador de los cazarrecompensas lo seguía, descendiendo en un ángulo no recomendable para un vehículo tan grande y torpe, todavía arrastrando al quarren, que parecía crecientemente desesperado. Luego venían Jaina y Kyle en su deslizador, el *Halcón*, Luke y Ben y finalmente un río de deslizadores con Jedi, la seguridad del espaciopuerto, la prensa y más cazarrecompensas mezclados.

—Guau.

Kyle llevó al deslizador en una maniobra evasiva de lado a lado un instante antes de que el droide CYV en el remolcador abriera fuego. Ríos de fuego láser centellearon al lado de su puerta, luego justo por encima de la cabeza de Jaina y luego inmediatamente debajo del fuselaje.

Un pulso de fuego láser, cuatro brillantes ríos rojos convergiendo tan cerca que parecían ser uno, cruzaron por encima y desde detrás del deslizador para golpear al droide CYV justo en el centro de su pecho. El droide fue catapultado y atravesó la parte trasera de la cabina de control del remolcador, desapareciendo completamente.

El humo salió de la cabina y el remolcador empezó a inclinar el morro hacia delante hacia un descenso poco profundo.

Jaina estiró el cuello hacia atrás para ver al *Halcón*, igualando el paso del deslizador a una altitud más alta. Ella le hizo señas a su madre, claramente visible en la torreta inferior.

—Gracias, mamá.

—La mayoría de las madres sólo empaquetan un almuerzo. —Kyle aumentó la velocidad, acelerando hacia el deslizador de las noticias—. ¿Quieres intentar otro salto?

—Supongo.

Jaina comprobó su sable láser y luego lo enganchó en su cinturón.

Otro deslizador, negro con rayas blancas con puntas de flecha en los lados y descapotable, corrió más allá del de Kyle. No era un vehículo civil. El rugido de sus motores era similar al de una vaina de carreras. Tenía dos asientos y el piloto era la cazarrecompensas que se vestía como una Jedi. Junto a ella había un hombre que Jaina apenas había visto en el arresto de Luke, un rodiano que sostenía un rifle láser inusualmente largo, enorme, en sus manos. Mientras les adelantaban rugiendo, la mujer saludó con la mano a Kyle y Jaina.

El corredor de las rayas se lanzó hacia abajo y pasó al deslizador de las noticias momentos después. Jaina vio al pasajero volverse, levantar su arma y disparar al vehículo de las noticias.

No era un disparo destructivo. Fue quirúrgico. El humo empezó a salir del deslizador de las noticias. Este se bamboleó, probablemente debido a un reflejo de miedo por parte del piloto. Momentos después, las ventanillas de todo el vehículo se abrieron, permitiendo que el humo saliera por todas partes.

Luke se tomó un momento para evaluar la visión que tenía ante él. El deslizador de las noticias claramente estaba condenado, así que Valin lo abandonaría tan pronto como fuera posible.

—Llévame hacia él, justo hacia un lado.

Ben asintió y aumentó la velocidad. Apiñándose en el borde de la línea de tráfico, pasó por debajo del *Halcón* y luego por encima del Maestro Katarn y de Jaina. Acercándose al deslizador de las noticias, mantuvo su altitud más alta pero se deslizó de lado hacia babor, colocando a Luke directamente sobre el techo del deslizador.

De nuevo Luke bajó la vista hasta la cara de Valin Horn. Saltó sobre el lado y aterrizó en la parte trasera del techo del deslizador, estabilizándose a través de la Fuerza.

Valin saltó hacia el techo.

—Ojalá hubieras tardado más con ese ala-X.

Luke hizo un gesto hacia el sable láser que llevaba Valin. No era el de Valin, era un cilindro muy simple de acero brillante.

—¿Eso pertenecía a tu enfermera?

—Sí. —Valin lo encendió—. No es muy elegante, pero…

—Ya es suficiente.

Luke avanzó, activando su propio sable láser. Valin levantó el suyo en un bloqueo preliminar. Luke golpeó, tirando de la hoja para sacarla de la línea de ataque más obvia y la hoja cortó en dos la empuñadura del arma de Valin, sin hacerle daño a él.

La hoja de Valin se apagó mientras la mitad inferior del arma caía al oscurecido abismo urbano de más abajo. Valin dio un paso atrás, el último paso que podía permitirse antes de caer por la parte delantera del deslizador, pero el avance de Luke fue casi instantáneo.

El Gran Maestro estrelló la parte trasera de su propia arma contra la sien de Valin.

Valin Horn cayó como un bantha en el matadero. Luke le cogió por la solapa del abrigo, evitando que siguiera al resto del sable láser a las profundidades.

Capítulo Seis

Ni el piloto ni el deslizador de las noticias necesitaban que Luke les metiera prisa. Él escogió el lugar de aterrizaje plausible más cercano, una porción de una pasarela peatonal a la altura del vigésimo piso lo bastante ancha como para que dos cazas estelares aterrizaran el uno al lado del otro, y se posó.

Inmediatamente, todos los vehículos perseguidores se posaron en un lado u otro del deslizador. Todos excepto el *Halcón*, que se elevó, buscando un área de aterrizaje más amplia.

Jaina, Kyle y Ben se reunieron con Luke. Ante su orden instantánea, se colocaron en las cuatro esquinas del deslizador de las noticias, con los sables láser sin encender pero en la mano e hicieron gestos a los soldados de seguridad que se acercaban, a la prensa y a los curiosos para que retrocedieran. Los soldados de seguridad, sin ningún oficial de rango presente, dudaron ante la resistencia no amenazadora pero armada de los Jedi y simplemente formaron en línea, manteniendo a la prensa y a los observadores bajo control, bloqueando los caminos de salida de los Jedi.

Kyp Durron y el Caballero Jedi Doran Tainer llegaron momentos después, aumentando las filas Jedi, y Luke pudo ver a otros deslizadores Jedi llegando para hacer aterrizajes ágiles e ilegales.

Luke negó con la cabeza.

—Esto va a ser un auténtico lío.

—¿Va a ser? —Kyp parecía asombrado—. ¿Estás intentando conseguir algún record galáctico por la subestimación del suceso?

La cazarrecompensas de pelo oscuro y su compañero rodiano llegaron, mostraron su identificación a los oficiales de seguridad del espaciopuerto y cruzaron sus líneas, confrontándose con Luke. La mujer sonrió con lo que parecía ser un buen humor genuino.

—¿Le importa entregarnos al prisionero? Le ahorrará problemas a todo el mundo.

Luke negó con la cabeza.

—Nosotros nos encargaremos de esto. *Usted* puede ahorrarle un montón de problemas a todo el mundo convenciendo a las fuerzas de seguridad de que retrocedan y nos dejen con nuestros asuntos.

Ella negó con la cabeza.

—La Jefa de Estado nos ha ordenado que nos llevemos al Jedi renegado bajo custodia. Seguramente usted ha oído hablar de ella.

Natasi Daala.

—He oído hablar de ella, pero no he oído hablar de *usted*. ¿Quién es?

Ella le ofreció una ligera inclinación de cabeza.

—Zilaash Kuh. No a su servicio, me temo.

—No es usted Jedi.

Ella asintió.

—¿Y puedo presentarle a Kaddit?

El rodiano ofreció una mirada en dirección a Luke, pero claramente tenía los ojos fijos en el creciente número de Jedi y de personal de la Seguridad de la AG.

El ruido era increíble: los repulsores del *Halcón* rugiendo, la gente gritando.

—¡Retrocedan! ¡Retrocedan! ¡La Seguridad de la AG tiene jurisdicción aquí!

—Entreguen al prisionero. Esta no es su jurisdicción.

—¡Dé un paso más y tendrá que hurgarse en la nariz con una prótesis!

—¡Luke! ¡Luke! ¿Cuándo se dio cuenta por primera vez de que era un criminal?

La Maestra Cilghal estaba entre los últimos Jedi en llegar. Las tropas de seguridad le dejaron entrar y ella le inyectó a Valin suficientes sedantes como para mantener a un wampa inconsciente durante un par de días. Pero las tropas de seguridad y los cazarrecompensas claramente no iban a apartarse para permitir que los Jedi se llevasen a Valin. Zilaash y Kaddit aprovecharon la oportunidad para retirarse hasta las líneas de seguridad.

Han y Leia se abrieron camino a la fuerza hasta el círculo de Jedi.

Han miró a las líneas de soldados de seguridad que aumentaban y negó con la cabeza.

—Esto se está poniendo fuera de control, viejo amigo.

Luke asintió.

—La Seguridad de la AG tiene jurisdicción legal aquí, aquellos otros tienen un motivo económico y todo lo que tenemos nosotros es el hecho de que tenemos razón. Nadie va a retroceder hasta que alguien salga herido.

Ben hizo un gesto hacia alguien en las líneas de seguridad.

—Ahí hay una cara familiar.

Luke giró en esa dirección. El capitán Savar estaba allí, haciendo gestos a los hombres y mujeres de seguridad a su alrededor en silencio.

—Esto podría ayudar —dijo Luke.

La expresión de Leia era de irritación.

—Desde luego no va a hacer daño.

Luke calculó las posibilidades y los recursos. Ahora tenía a veinte Jedi aquí, incluidos seis Maestros. Si la violencia estallaba, las tropas de seguridad serían masacradas, o quizás no, dependiendo de lo bien que sus dos aliados cazarrecompensas se las arreglaran.

Luke hizo gestos hasta que captó la atención del capitán Savar. El oficial se dirigió hacia él, ignorando las armas a su espalda y los sables láser delante de él, hasta que se detuvo frente a Luke.

—Vaya lío que ustedes, los Jedi, han montado aquí.

Luke negó con la cabeza.

—Habría sido mucho peor sin tenernos a nosotros aquí. ¿Hay alguna manera de que pueda meter a esos cazarrecompensas en un barril de combustible vacío o algo?

—Ojalá. Eso no está en la lista de opciones.

Luke se sintió tan sombrío como parecía el hombre.

—Bueno, tendremos que planear algo. Un tic como el que tuvo su chico ayer y vamos a tener disparos láser, brazos y piernas y quién sabe qué más volando por todas partes.

—Entonces entréguenos a Valin Horn.

—¿Cómo sabe su nombre?

—Fue captado por una holocámara e identificado cuando robó un caza estelar clásico y estrelló una lanzadera kuati en el Edificio del Senado.

—Le diré qué vamos a hacer, nos conduce a todos al Templo Jedi y le dejaremos tener un observador a mano cuando estudiemos al Jedi Horn para ver qué le pasa.

—¿Por qué querríamos que *ustedes* estudien a *nuestro* prisionero?

Han y Leia, separándose tras una sesión de consultas rápidas, caminaron hacia delante. La voz de Leia era su voz más diplomática.

Esta era la voz que había utilizado ella para todos sus discursos como Jefa de Estado.

—Gran Maestro, capitán, creo que mi marido y yo podemos ofrecer una solución que calmará la situación inmediata.

El capitán Savar le dirigió una mirada que no era completamente esperanzada.

—Por favor.

—El Centro Médico Memorial Mon Mothma está bastante cerca de ser equidistante del Templo y del Edificio del Senado. Eso le convierte en una especie de punto a medio camino de las respectivas jurisdicciones. Llevemos al Jedi Horn allí. Es una instalación segura y un espacio cerrado, de manera que podemos limitar el número de personas con acceso a la situación… digamos, seis Jedi y seis agentes de seguridad.

Han asintió.

—Y nada de cazarrecompensas ni prensa. Ninguno vivo, en todo caso.

Savar lo consideró, le echó una ojeada al creciente número de periodistas y curiosos que llegaban y asintió. Miró hacia atrás por encima de su hombro.

—¡Carn! Requise un vehículo civil adecuado para llevar a quince personas o más. Con un conductor civil. Lo necesitamos aquí, *ahora*.

—¡Sí, señor!

Un soldado varón de hombros anchos se abrió paso a empujones entre las filas de soldados de seguridad y de curiosos y luego echo a correr a toda prisa.

Era casi una recreación de los sucesos del día anterior en el centro médico del Templo, pero con un reparto mayor y más diverso. Jedi, soldados y los Horn esperaban el informe de los médicos mientras Valin descansaba inconsciente. Las noticias del alboroto se propagaron como un fuego en un bloque de pisos por las redes de noticias. Y los Jedi tuvieron poco que hacer excepto ver la cobertura de las noticias durante las primeras horas.

No era bueno. Grabaciones de aficionados mostraban la paranoia de Valin vestido con el batín fuera de la hospedería la mañana anterior. Los comentaristas preguntaban por

qué los Jedi no lo habían entregado entonces a las autoridades, lo que habría evitado el escándalo de hoy. El arresto de Luke fue cubierto brevemente, con muchos puntos de vista de los Jedi, con los sables láser encendidos, pareciendo amenazadores. Había grabaciones de seguridad de Valin anulando la seguridad del ala-X y de la lanzadera, seguidas por escenas gloriosamente detalladas de la lanzadera derribando la pared para salir del Edificio del Senado y estrellándose cerca.

Y luego el alboroto final de Valin, cubierto con detalles exactos por holograbadores de alta calidad y demasiados miembros de la prensa.

Los analistas presentaban a la Orden Jedi bajo la apariencia de superhumanos desgobernados y sin principios dispuestos a complacerse a sí mismos sin importar el coste que esto pudiera tener para la población común, con cada Jedi convertido en un potencial Jacen Solo. Tal estigma no se aplicaba a Luke Skywalker. Su benevolencia era demasiado bien conocida y estaba demasiado arraigada en la consciencia pública. En su lugar, era presentado como un autócrata que había perdido el contacto con la realidad, amable pero peligrosamente inocentón, dedicado a una cultura de privilegiados que se remontaba décadas en el tiempo.

Después de la novena repetición del ciclo de noticias, Leia dejó escapar un pesado suspiro.

—Puedo sentir al público volviéndose contra nosotros desde aquí.

Las mentes se están cerrando como puertas de turboascensores que funcionan mal.

Luke le dirigió una mirada sombría de acuerdo.

—¿Alguna recomendación?

—Los maestros de la reinterpretación de Daala ya tienen al público medio convencido de que el único modo de salvar a la civilización es atar en corto a los Jedi. Necesitas prepararte para una pelea.

Los médicos civiles que estudiaban a Valin informaron justo lo mismo que Cilghal: altos niveles de estrés, ninguna anomalía física, ninguna evidencia de envenenamiento o drogas y ninguna manera de evaluar sus funciones neurológicas. La técnica de Jacen para confundir al escáner seguía siendo efectiva mientras Valin permanecía fuertemente sedado. Al siguiente día, Luke y el capitán Savar habían llegado al acuerdo de reducir el número de observadores de cada bando, sin que los Horn contaran en el total del bando Jedi. Luke volvió a sus deberes.

El gobierno preparó un caso contra Valin Horn y limpió la lista de casos para adelantar la primera vista de Luke. Nawara Ven confirmó que los fiscales se estaban aprovechando de las acciones de Valin en todo lo que valían. La situación era muy, muy mala para el caso de Luke.

—El público todavía está herido por una guerra donde todo el mundo sufrió y nadie ganó, una guerra empeorada por un Jedi —tal y como le explicó Nawara—. Están

bastante furiosos. Quieren que *alguien* se haga responsable de Jacen Solo. Quieren un cambio que puedan señalar, un cambio que signifique que problemas como Jacen Solo y Valin Horn nunca volverán a pasar. Puedes decirles todo lo que quieras sobre que atar a los Jedi en corto no arreglará las cosas.

Es lo que ellos quieren y se están volviendo contra ti.

Era verdad. Los Jedi en misiones ordinarias eran abucheados. La gente ordinaria que trataba con ellos de repente no ayudaban, dejando atascadas las investigaciones y no sólo en Coruscant. Las noticias, propagándose por todo el espacio de la Alianza, causaron que un sentimiento anti-Jedi creciera como una ola en un estanque que nunca parecía desvanecerse. Jaina, asignada por petición propia a ser el enlace entre los Jedi y el Remanente Imperial, sufrió pitadas e incluso le tiraron porquerías cuando estaba en compañía de Jag.

Compromisos de conferencias públicas para los que los Jedi habían sido solicitados meses antes fueron cancelados. Una tesis académica de hacía varios años que proponía que la interacción con la Fuerza contribuía a una tendencia hacia la locura fue descubierta y redistribuida, y su autor, ahora un oscuro profesor de filosofía en Corellia, de repente fue el niño mimado de los programas de entrevistas.

Valin durmió durante todo ese tiempo, estudiado sin éxito por los doctores y descrito por la prensa.

La Cumbre de Unificación continuó, relegada a un segundo plano en la cobertura de las noticias. Quizás la repentina ausencia de focos era un regalo. Los analistas políticos informaban de respuestas prometedoras del Remanente Imperial y la Confederación.

Una semana después del alboroto de Valin, Luke se fue a la cama, se quedó tendido y sin dormir durante tres horas y luego se levantó y se vistió de nuevo. Caminó por las salas del Templo durante las horas siguientes. Los Jedi con los que se cruzaba sentían su profunda inmersión en sus pensamientos y no le molestaban. Ben le observó durante la hora que se paseó por el Gran Vestíbulo. Luego, preocupado pero incapaz de ayudar, se fue a sus habitaciones para pasar su propia noche sin dormir.

Dos horas antes del amanecer, Luke utilizó el comunicador de sus habitaciones para hacer una serie de llamadas rápidas.

No mucho después, a pie, se aproximó al Edificio del Senado. En unas cuantas horas, los participantes en la Cumbre de Unificación se reunirían de nuevo, pero por ahora todavía era un edificio de oficinas.

Fue saludado con cortesía en la entrada principal y le escoltaron a la planta donde estaban localizadas las oficinas de la Jefa de Estado.

Fuera de esas oficinas, otro grupo de guardias le ofrecieron la misma cortesía pero le pidieron que entregara su sable láser y se sometiera a un breve escáner corporal completo, lo cual hizo.

Entonces, finalmente, fue conducido a una gran oficina interior, oscurecida y sin ocupar en esta hora anterior al amanecer. Un ayudante activó las luces del techo y le ofreció caf. Él lo declinó y el ayudante se fue.

La oficina mostró que esta Jefa de Estado tenía sensibilidades estéticas diferentes de Jacen Solo o Cha Niathal, quienes habían precedido a Daala en este puesto. Jacen había preferido maderas naturales y tonos paisajistas, aunque sus gustos se habían graduado hacia una decoración incluso más oscura en sus últimos meses.

Niathal, una mon calamari, había preferido temas militaristas en azules o verdes.

Daala, según parecía, eligió rodearse con la parafernalia del viejo Imperio. Su oficina personal brillaba en blanco, con escritorios, sillas y equipamiento informático que podía haber sido todo transferido recientemente del puente de un destructor estelar.

La puerta tras él siseó al abrirse y Luke se volvió para ver entrar a Daala. La Jefa de Estado estaba de nuevo vestida con el uniforme blanco de almirante. Los guardias esperaban fuera en el vestíbulo, con sus expresiones amenazantes, dirigidas a Luke, desvaneciéndose mientras la puerta se cerraba.

Daala extendió su mano.

—Maestro Skywalker.

Luke se levantó y la estrechó.

—Jefa Daala.

Ella le rodeó para sentarse en el escritorio principal.

—Por favor, siéntese.

Él lo hizo. Era un poco extraño. Había esperado sentir algo en ella, furia o resentimiento o un deseo de venganza, pero no pudo detectar emociones fuertes ni agresión.

—¿Quiere algo de beber?

Él negó con la cabeza.

La Jefa de Estado apoyó los codos en su escritorio y descansó su barbilla encima de los dedos entrelazados.

—Cuando mis empleados me dicen que el Gran Maestro Jedi desea verme, me lo tomo como un asunto serio, incluso si *estamos* envueltos en una batalla legal. Y asumo, cuando el mensaje no indica el propósito de la reunión, que es uno que se expresa mejor cara a cara. Así que aquí estamos, cara a cara. ¿Qué puedo hacer por usted… o usted por nosotros?

—Realmente no estoy seguro al cien por cien. Esta noche más temprano, tuve la sensación de que debíamos reunirnos. Un presentimiento en la Fuerza.

—¿Qué significa eso?

—No estoy seguro, pero *sospecho* que significa que, en algún lugar, ahora tengo el argumento que le convencerá que abandone el caso. Tanto si esto es verdad o no, tengo que estar aquí. Realmente podría significar que necesito estar en su presentica cuando alguien haga un ataque contra usted.

—Quizás la Fuerza estaba diciéndole que necesita estar aquí para descubrir de repente que sólo soy una impostora con la cara de Daala y que necesita hacerme pedazos.

—No.

—Bueno, entonces, esperemos y descubrámoslo.

—Sí.

—Avíseme si cambia de idea sobre el caf.

—Sí.

—O sobre los pastelillos.

Luke suspiró. El impulso que le había traído aquí no parecía más cerca de revelarse a sí mismo y Daala claramente pensaba que estaba malgastando su tiempo.

—Mientras estamos esperando a que la Fuerza anuncie su presencia —dijo ella—, querría decir algo. Quiero que comprenda que este proceso judicial no es personal. Incluso cuando estábamos en lados opuestos, representando a fuerzas enemigas, tenía muchísimo respeto por usted. Al revisar su archivo, se vuelve claro para mí que usted ha tenido un efecto significativo y beneficioso sobre la galaxia.

Luke levantó una ceja.

—Pero todavía necesita tantísimo convertir a los Jedi en una rama obediente y sin mente del gobierno que está buscando un juicio.

—No se trata de obediencia.

—Oh, eso está bien. Se trata de detectar a un Jedi volviéndose malvado. Lo que deberíamos ser capaces de hacer mucho más fácilmente que, digamos, notar que un líder imperial volviéndose tan cruel que aniquilaría completamente un mundo inocente para convencer a otros mundos de que obedezcan.

Daala se volvió muy serena. Su cara no traicionaba ninguna emoción, pero Luke pudo sentir, sólo durante un momento, el dolor que ella había experimentado hacía tanto cuando su amor, su respeto e incluso su comprensión por el Gran Moff Wilhuff Tarkin se marchito y desapareció como consecuencia de las atrocidades que él había cometido en nombre del Emperador.

Luke se arrepintió por hacerla revivir eso. Pero claramente ella quería intercambiar golpes y Luke no estaba desarmado en este encuentro.

Ella recuperó su compostura un momento después.

—Tampoco se trata de eso. Usted es tan culpable de no detectar el cambio hacia la maldad de Jacen Solo como los otros lo fueron de no controlar los excesos de los oficiales imperiales. Pero eso no es por lo que está usted siendo juzgado. Ese es sólo un argumento que nos permitirá condenarle.

—¿Entonces por qué esto siendo juzgado? Deme la siguiente capa de verdad. O la siguiente capa debajo de esa.

—Tiene que ver con la justicia y la responsabilidad y el gobierno de la ley.

—Cosas que los Jedi siempre hemos apoyado.

—Cosas a las que los Jedi siempre se han insubordinado, al menos bajo su liderazgo.

Luke no pudo evitar que su sorpresa se notara en su cara y en su voz.

—Eso es ridículo.

—Déjeme darle un ejemplo hipotético. Un bar andrajoso en los subniveles de Coruscant. Dos clientes deciden que no les gustan las pintas de un tercero. Ellos le asaltan. Un Jedi interviene, se sacan pistolas láser y un sable láser, *whoosh, whoosh*, brazos cortados llenan el suelo del bar. Se llama a los agentes de orden público, el Jedi les da una declaración concisa y luego se marcha a su siguiente aventura.

Luke asintió.

—Ese es un modo simplista y demasiado colorista de ponerlo, pero, sí, ocurre.

De hecho, le había ocurrido casi exactamente de esa manera a él, con Luke en el papel de cliente a punto de ser asaltado, antes de ser un Jedi, muchos años antes.

—¿No ve nada malo en el modo en que se resolvió la situación?

—En realidad no.

—Primero, está la mutilación de los sospechosos. ¿Habría sido posible para el Jedi haberles derrotado sin contarle los brazos?

Luke asintió.

—Posiblemente. Probablemente. Pero una vez que las pistolas láser salen de sus cartucheras, la situación se vuelve mucho más peligrosa para todo el mundo, clientes y Jedi incluidos.

—¿Podría el Jedi haberles desarmado con algún uso de la Fuerza?

—Eso ocurre. Pero sabemos que el Jedi de su ejemplo tomó la decisión correcta.

—¿Cómo es eso?

—No sólo estaba reaccionando a lo que veía con sus ojos y sabía de su experiencia. Estaba en armonía con la Fuerza. La Fuerza le alertó del auténtico nivel de peligro y respondió apropiadamente.

—Es una pena que a la Fuerza nunca se le pueda tomar juramento para que testifique sobre las sugerencias que le ofrece a los Jedi.

—Cierto.

—O a los Sith. La Fuerza le habla también a los Sith, ¿verdad?

Luke parpadeó.

—El lado oscuro de la Fuerza, sí.

—Usted no dijo que sus Jedi sólo estaban escuchando al lado brillante…

—El lado luminoso.

—Sí, gracias. Usted sólo dijo la Fuerza. Pero estipulemos que la Fuerza buena es la única que nuestro hipotético Jedi escucha.

Todavía sugiere que hay que mutilar una gran parte del tiempo.

—Eso es difícilmente una condena de por vida de desfiguración y minusvalía. Las prótesis modernas son indistinguibles de la carne y hueso.

Él alargó su propia mano protésica, moviendo los dedos hacia ella, como evidencia.

—Aunque alguien tiene que pagarlas, a menudo el gobierno, cuando el amputado pertenece a las clases bajas, y luego tiene que ser mantenida, costando créditos y

habilidades técnicas por encima del mantenimiento nulo de un brazo ordinario de carne y hueso.

—Concedido. —Luke suprimió un suspiro impaciente—. ¿Entonces es de esto de lo que va el proceso judicial? ¿De una percepción de que se están cortando brazos a un porcentaje superior al que recomienda el gobierno?

—No, se trata del Jedi dando una declaración superficial a los agentes del orden público y luego marchándose. O largándose sin ni siquiera dar una. O simplemente negándose a responder a una pregunta crucial que hace el oficial de la investigación. Y, en cada caso, saliéndose con la suya.

—Entonces todavía no lo entiendo.

—Entonces se lo explicaré. Los oficiales aparecen y hacen preguntas, el Jedi hace una declaración de cincuenta palabras, el oficial dice: «Gracias, ahora necesitamos volver a la comisaría del barrio para una declaración completa», el Jedi dice: «Lo siento, tengo lugares a los que ir» y se va. ¿Respondió el Jedi con la fuerza apropiada? Usted cree que sí, pero a nivel del gobierno nunca lo sabemos, porque poco después él está en Commenor tratando con una familia del crimen organizado, luego en el Clúster de Hapes…

—Normalmente los Jedi hacen declaraciones completas.

Cooperan en cualquier grado que requieran las autoridades locales.

—Normalmente, sí. Tengo aquí un informe de un Caballero Jedi llamado Seff Hellin que asaltó a oficiales de la ley hace sólo unas cuantas semanas. Fuera lo que fuese que tenía que hacer para necesitar salir corriendo, nunca volvió para ofrecer su completa cooperación a las autoridades. ¿Verdad?

Luke suprimió la urgencia de moverse inquieto. Se encontró deseando que Nawara Ven estuviera aquí, aunque la propia Daala no estaba siendo respaldada por un abogado.

—Puedo ver que los informes y las investigaciones incompletas serían frustrantes para el gobierno. Pero tiene que confiar en que tomamos la decisión correcta en el momento adecuado. Eso es para lo que hemos sido entrenados.

La sonrisa que ella le dirigió era tan helada como cualquier cosa que Luke hubiese visto en las planicies desiertas de Hoth.

—Tengo que confiar, ¿no? Volveremos a eso. Gran Maestro, el incidente hipotético que describí muestra un nivel muy menor y muy frecuente de que los Jedi están *por encima* de la ley.

—No es cierto. Cualquiera en la situación del bar que describió podría haber intervenido con una fuerza letal para salvar a la víctima de la paliza.

—Y entonces habría sido obligado a rellenar un informe completo y a mantenerse en contacto hasta que se resolviera la investigación.

Los Jedi no respetan la ley, o ninguna ley que encuentren inconveniente. Y la elección de cortar brazos está peligrosamente cerca de una sentencia judicial siendo ejecutada en el momento de la intervención. Juez, jurado, ejecutor: Jedi.

—Siento que tenga esa impresión. —Luke frunció el ceño—. Vine aquí esperando poder persuadirla de que dejara el caso. Pero ahora me estoy preguntando si debería pasar por todo el proceso sólo para demostrarle al público que *cooperamos* con las autoridades.

Que no nos consideramos por encima de la ley.

Daala asintió, con expresión conforme.

—Hablemos sobre Kyp Durron.

—El Maestro Durron es un buen Jedi responsable.

—No estoy hablando del Jedi que es ahora. Estoy hablando del adolescente que destruyó la mayoría de la vida en el sistema Carida hace todos esos años.

Luke, sin tener ya su compostura intacta, se removió incómodamente.

—Estaba bajo la influencia del lado oscuro de la Fuerza en ese momento, afectado por las órdenes mentales de un Lord Sith muerto hacía mucho. Y en los años que han pasado desde entonces, ha demostrado ser valiente, un defensor de la vida…

—Sí, lo ha demostrado. No estoy cuestionando eso. Pero quiero que vuelva a hace poco más de treinta años, poco después de que él matara a todos los que no se las arreglaron para evacuar Carida en las dos horas que él, generosamente, le dio a la población. Desde luego, el sistema solar que destruyó era un sistema imperial, vuestro enemigo en aquella época, lo que mitiga su crimen a vuestros ojos.

¿Es eso por lo que le protegió, le escudó de las ramificaciones legales, le entrenó?

—No.

—¿Por qué lo hizo?

—Porque pude mirar en su corazón y ver que había arrojado la sombra de Exar Kun, que ya no era un agente del lado oscuro, que se había arrepentido.

—Dijo que lo sentía y lo decía en serio y eso fue suficiente justicia para los millones que murieron en Carida.

—Está simplificándolo demasiado. Yo *sabía* que volvía a estar en el camino correcto.

—Porque usted tiene el poder de ver eso. Porque eso es para lo que los Jedi han sido entrenados.

—Sí.

Daala suspiró.

—Y porque eso es para lo están entrenados, para mirar en los corazones de la gente, para distinguir la verdad de las mentiras, para mirar en el futuro dónde el criminal se ha reformado y ha vuelto a una vida de coger flores, pueden decidir a quién se le debe dar las gracias y quién debe ser hecho pedazos, quién debe ser perdonado y quién debe ser dejado para que los oficiales de la ley ordinarios lo condenen. Protegen al ciudadano de a pie pero no responden ante él.

No pagan por sus errores. Obedecen las leyes del gobierno cuando esas órdenes se ajustan a su código moral y no las obedecen cuando no se ajustan. *Y eso está mal*. Cualquier otro grupo que exhibiera tal grado de arrogancia, que exhibiera tal indiferencia por el gobierno de la ley, sería clasificado como una organización criminal. Eso, en última instancia, es de lo que va este caso.

Ella estaba equivocada. Y sin embargo estaba mayormente equivocada desde una perspectiva Jedi. Elimina la Fuerza de la ecuación y de repente ella tenía razón. Eso estaba irritando a Luke.

Era tan difícil ahora para él recordar cómo era no tener siempre a la Fuerza contribuyendo a las decisiones que tenía que tomar.

Fue entonces cuando lo detectó: la maldad que la Fuerza le había traído aquí para ver. No lo veía como una persona o un objeto, sino como un proceso, una tendencia… de la que él era parte.

Entendiendo las cosas tanto como podía desde la perspectiva de Daala, desde la perspectiva del ciudadano de a pie, la verdad que podía discernir era que si la galaxia pensaba que los Jedi estaban por encima de la ley, era seguro que los abusos brotarían de esa noción como las semillas tóxicas creciendo rápidamente de una pila de estiércol.

Los jóvenes Jedi, viendo la facilidad con la que sus Maestros escapaban de las responsabilidades cívicas comunes pero inconvenientes, *llegarían* a pensar que tal comportamiento era su derecho. Unos cuantos, en los límites de la frontera entre el lado luminoso y el lado oscuro, *percibirían* que Kyp Durron había escapado de cualquier consecuencia visible de sus acciones en Carida… *aceptarían* la aseveración de Luke de que Darth Vader había sido redimido, de que había muerto siendo un Jedi en lugar de un Sith a pesar de sus muchos asesinatos y no comprenderían el verdadero significado de la historia.

La respuesta cayó sobre Luke como un manto de plomo. Para evitar que esta maldad creciera, él tenía que perder este caso, tenía que ser castigado. Eso era para lo que la Fuerza le había traído aquí para que entendiera.

Él volvió a cruzar la mirada con la de Daala.

—¿Procesará usted al Maestro Durron a continuación?

—*Yo* no lo procesaré. Pero podría autorizar su extradición al Remanente Imperial para que se enfrente a sus cargos de genocidio planetario. El Jefe de Estado Jagged Fel me ha presentado bastante a desgana una proposición del Consejo de Moff sobre este mismo asunto. Pero tal cosa podría evitarse, desde luego, si ya hemos dado otro ejemplo decisivo.

Luke le dio un lento asentimiento con la cabeza.

—Vine aquí esperando que, cara a cara, sin abogados susurrándonos en el oído, podríamos negociar un trato. Ahora, habiendo escuchado lo que usted tenía que decir, estoy seguro de que podemos hacerlo.

—Dígame.

Capítulo Siete

JUZGADO NÚMERO NUEVE, CORUSCANT

Esta era realmente una sala del tribunal, un lugar donde se dispensaba justicia y, durante regímenes como el de Jacen Solo, también se dispensaba injusticia. Las paredes eran de paneles de madera oscura. Las mesas y el estrado elevado del juez eran de un bello y oscuro mármol antiguo de color caf de Ithor.

Luke vio el proceso judicial desde un ligero estado de desapego, provocado por su falta de sueño y el aire de irrealidad que su propia decisión había creado.

La jueza, una mujer falleen de mirada severa, con su pálida piel verde contrastando enormemente con sus oscuras ropas judiciales, estaba sentada en su estrado, estudiando los documentos que Nawara Ven y el fiscal del gobierno le habían dado a su llegada. La audiencia en el fondo de la sala bullía de pequeñas conversaciones y Luke pudo sentir la expectación de ellos por encima del nivel del ruido.

Aquí estaba, la primera sesión del juicio de Luke Skywalker y ellos estaban presentes para ver salpicar la sangre, metafóricamente hablando.

Finalmente, la jueza levantó la vista y miró a Luke y a los abogados.

—En el caso de la Alianza i griega-cero-cero-cuatro-guión-diecisiete mil catorce, *La Federación Galáctica de Alianzas Libres contra Luke Skywalker*, tenemos un acuerdo negociado, aceptado en este día por la fiscalía, la defensa y por mí misma.

Un débil lamento se elevó de entre partes de la audiencia. Luke pudo sentir la fuente de su consternación. Semanas de vistas judiciales, historias de las acciones asesinas de Jacen Solo y revelaciones vergonzosas estaban a punto de acabar antes de que pudiera tener lugar su gloriosa explotación en las noticias, borradas de un plumazo por una petición de acuerdo.

Debería haber sido divertido. Pero Luke no sentía que fuera para nada gracioso.

—Póngase en pie el acusado.

Luke y Nawara se levantaron.

—Una vez revisada la lista de cargos, ahora consistente en un único cargo, poner imprudentemente en peligro a la población, ¿cómo se declara?

Luke se aclaró la garganta.

—Culpable, Señoría.

—Ha sido declarado culpable de los cargos. Por favor, siéntese. —Una vez que Luke y Nawara se hubieron sentado, ella continuó—: De este modo termina la fase del juicio de este proceso judicial.

Ahora vamos con la fase de la sentencia.

»Durante un periodo de tiempo, empezando mañana una hora antes de la medianoche en la actual zona horaria y continuando durante no menos de diez años de Coruscant, está exiliado de Coruscant. Mantendrá una distancia no inferior a cinco años-luz de este mundo.

»Durante el mismo periodo, no actuará como Gran Maestro de la Orden Jedi, ni desempeñará ningún cargo de autoridad o asesoría dentro de la Orden.

»Durante el mismo tiempo, no visitará o se aproximará a menos de un año-luz de cualquier planeta en el exista un Templo de la Orden Jedi, una escuela Jedi o cualquier otra instalación del Templo Jedi.

»Durante el mismo tiempo, se abstendrá de establecer cualquier Templo de la Orden Jedi, escuela de la Orden Jedi o cualquier otra instalación del Templo Jedi, o cualquier institución que estructural u organizativamente se parezca a los que nos ocupan y que de ese modo puedan fácilmente convertirse en tales después de que se cumpla su sentencia.

»Nombrará al Maestro Jedi Kenth Hamner para que realice los deberes de líder de la Orden Jedi y posteriormente no ejercerá influencia alguna sobre él durante la duración de su condena.

»Cualquier violación de las restricciones anteriores incurrirá en un castigo más severo: el encarcelamiento en una institución penitenciaria de máxima seguridad de la Alianza durante el resto del periodo de diez años.

»Por los términos de este acuerdo, su sentencia se puede conmutar o se puede dictar un perdón si puede convencer a una mesa de revisión de que ha determinado la naturaleza de los sucesos y otras causas que llevaron a los comportamientos aberrantes y destructivos del coronel Jacen Solo que llevaron a la Segunda Guerra Civil Galáctica y durante ese periodo, y la mesa de revisión debe estar formada por un miembro destacado de cada una de una de las siguientes organizaciones: la Rama Judicial de la Alianza Galáctica, la Asociación Médica de la Alianza Galáctica y las Fuerzas Armadas de la Alianza Galáctica, cada uno de esos miembros individuales serán elegidos por la Oficina del Jefe de Estado de la Alianza Galáctica.

»¿Entiende estos términos?

Luke asintió.

—Sí, Señoría.

Los entendía muy bien. Daala y él los habían negociado, punto por punto, sólo horas antes. Pero aunque había jugado un papel en elegirlos, Luke todavía se sentía como si la situación fuera un sueño que era triste y agotador.

—Así se ordena. La fase de la sentencia se ha completado y, a mi orden, este caso queda cerrado.

La jueza se puso en pie y todos los demás en la sala hicieron lo mismo para verla irse por su salida privada tras el estrado.

Cuando ella se hubo ido, la sala del tribunal estalló en conversaciones, gritos y peticiones de los miembros de la prensa para que Luke les dedicara unas pocas palabras.

Él mantuvo la espalda hacia esa parte de la sala. Los soldados de seguridad dejaron pasar a los Jedi y a los miembros de la familia de Luke al área de la sala reservado para los abogados y sus clientes, y de repente Luke estaba siendo abrazado por Leia, Han, Ben y Jaina, mientras que los otros Jedi se posicionaron como una pared viviente entre Luke y la audiencia.

—Diez *años* —dijo Ben. Parecía como si le hubiesen golpeado en la cabeza con una moto deslizadora.

—Lucharemos contra esto —le dijo Leia.

—¿*Kenth Hamner*? —Este era Han, que parecía confundido—. ¿Fue elegido porque es el Jedi más aburrido que ha habido jamás? Dice dos frases y deja dormidos a los mono-lagartos kowakianos.

Luke respondió primero al comentario de su hermana.

—No lucharemos contra esto. Yo lo negocié. Estuve de acuerdo con ello.

—Sin el beneficio de un abogado. —Este era Nawara Ven, hablando en voz baja, pero justo lo bastante alto para que le oyeran los Jedi.

—Y no serán diez años completos —le dijo Luke a Ben—. Has oído las condiciones de conmutación al final.

Han negó con la cabeza.

—Amiguito, Daala nombra tu tribunal. Si todavía estuvieran vivos, escogería a Palpatine, Lumiya y Shimrra Jamaane para que fueran tus jueces.

Luke hizo un gesto para desechar la objeción.

El capitán Savar se acercó. Llevaba el uniforme de gala de la Seguridad de la AG, con expresión sombría y quizás incluso triste.

—La jueza Zudan dejó dicho que podía marcharse de la sala del tribunal por su puerta y por los corredores de atrás si quiere evitar a la prensa.

Luke asintió.

—Por favor.

—Por aquí.

Esa tarde, Luke convocó una conferencia del Consejo de Maestros Jedi.

—Haré que sea breve —les dijo él—, dado que tengo muchos preparativos que hacer antes de mañana por la noche y en interés de no provocar un suceso desagradable.

»Primero, me retiro de mis deberes como Gran Maestro de la Orden Jedi hasta el momento en el que mi sentencia se haya cumplido, se haya conmutado o se haya anulado. Esto se hará efectivo durante mi partida de Coruscant.

Kyp Durron sonrió.

—Por primera vez en todo este lio, me has dado algo de esperanza.

Luke le miró, curioso.

—¿Cómo es eso?

—No *dimitiste* como Gran Maestro. Claramente, planeas volver y reasumir tu posición.

—Planeo hacerlo. Eso *espero*. Así que mientras estoy fuera, nada de fiestas salvajes en las Salas de los Maestros. —Se sentía bien poder hacer una broma, incluso una tan

vieja—. Segundo, nombro al Maestro Kenth Hamner como Maestro gobernante de la Orden.

Hamner, un hombre alto y rubio con rasgos que hablaban de generaciones de riqueza y gobierno familiar, con su postura perfectamente militar, le ofreció a Luke una pálida sonrisa.

—Y yo ni siquiera tuve la oportunidad de negociar antes de que la sentencia se *me* impusiera.

—La Jefa de Estado Daala y el ejército tienen fe en ti. —Luke le dirigió una mirada compasiva—. Es culpa tuya por tener una vida de experiencia militar.

—Serviré lo mejor que pueda, Gran Maestro.

—¿Qué vas a hacer mientras estás lejos, Maestro Skywalker? —pregunto la Maestra Octa Ramis, recuperada de las heridas menores que había recibido durante el alboroto de Valin.

—Planeo hacer lo que negocié con la Jefa de Estado. Entender qué llevó a Jacen al lado oscuro y luego fijar los protocolos para evitar que le ocurra lo mismo a otros Jedi. Si tenemos suerte, esto también puede ser relevante para lo que le ha ocurrido a Valin y Seff.

Empezaré desandando, hasta donde pueda, los viajes que emprendió Jacen antes de la crisis de los killiks. Espero que la respuesta se encuentre en algún lugar a lo largo de su viaje.

El Maestro Hamner colocó sus manos juntas y miró sobre ellas hacia Luke.

—Dado que eso es distintivamente en beneficio de la Orden Jedi, incluso aunque no puedes aconsejarnos de ningún modo significativo hasta que termine tu condena, y dado que los términos de tu sentencia no entran en vigor durante otro día, no me siento culpable al ofrecerte cualquier recurso que necesites para completar tu misión.

Simplemente tenemos que transferirlos todos antes de un día.

—Utilizaré el yate de Mara como transporte principal y como mi hogar. Así que los viajes no son un problema. Pero lo son los fondos de operaciones. No tengo exactamente ahorros.

Hamner asintió.

—Abriré una cuenta para ti. No una cuenta corriente, ya que eso sería prueba del apoyo de la Orden Jedi después de que empiece tu sentencia. Una suma que constituya la paga de cuarenta y tres años estándar, creo.

Luke sonrió, divertido.

—Y por favor, en un banco que esté en algún mundo que no sea parte de la Alianza Galáctica, o que probablemente vaya a unirse a ella dentro de poco.

—Considéralo hecho. Tendrás todos los detalles a mano para el desayuno.

—Eso es todo lo que tengo que decir. —Luke miró entre los Maestros. La tristeza amenazaba con descender sobre él, con constreñir su corazón, pero la mantuvo a raya por un acto de voluntad—. Cualquier cosa de la que necesitéis que me ocupe como Gran Maestro, necesitáis presentármela tan pronto como sea posible.

Kyp Durron asintió.

—Lo resolveremos.

Cilghal fue la primera en levantarse. Mientras se aproximaba a Luke, su acción actuó como señal para los otros, que se pusieron todos en pie. Ella envolvió a Luke durante un momento en sus elásticos brazos.

—Cuidaremos de tu casa hasta tu regreso —le dijo ella—. Que la Fuerza te acompañe, siempre y en cualquier lugar.

—Voy contigo —dijo Ben caminando junto a Luke de vuelta a sus habitaciones.

Luke se las arregló para poner otra sonrisa.

—No lo creo.

—¿Por qué no?

—Bueno, primero, no eres un criminal convicto y no necesitas cumplir la sentencia de uno. Segundo, ningún adolescente que haya conocido jamás, incluido yo mismo, podría sobrevivir a estar en compañía constante de uno de sus padres durante diez años.

—Te he pillado en uno de tus puntos lógicos. —Ben levantó un dedo, pareciendo ridículamente un Maestro Jedi que se dirigía a una habitación llena de niños—. Ningún adolescente puede seguir siéndolo durante diez años.

—Concedido. Sin embargo, Ben, creo que deberías quedarte aquí.

Ben apretó la mandíbula. Ahora, como era normal tan a menudo cuando su tendencia a la testarudez aparecía, se parecía realmente a su madre.

—Tú eres mi Maestro y yo soy tu estudiante.

—Ahora eres un Caballero Jedi completo, incluso si hay muchos lugares en la galaxia donde no puedes votar o beber legalmente. Sin duda no has olvidado tu ascenso. Sólo has hablado de ello durante dos años.

—No fui *tan* malo. Y tú tienes un rango por encima de Maestro, así que deberías tener un estudiante con un rango por encima de aprendiz.

—Una lógica interesante.

—Papá, esta también es mi misión. —La voz de Ben de repente ya no era la de un adolescente zalamero—. Fui el aprendiz de Jacen.

Al final, él me torturó e intentó convertirme en un Sith. Mató a mamá. ¿Crees que voy a ser capaz de descansar, *jamás*, sin entender por qué?

Luke se calló mientras consideraba las palabras de Ben. Sin hablar, bajaron en el turboascensor hasta el nivel residencial superior. Mientras llegaban a su puerta, Luke tomó una decisión.

—Tienes razón. Haz las maletas y despídete.

Ben se encogió con alivio.

—Gracias, papá.

A la mañana siguiente, Luke reflexionó que una de las virtudes de vivir como un Jedi era que hacer las maletas era realmente fácil. Un sable láser, una bolsa para unas cuantas mudas de ropa, su kit de herramientas, repuestos y medidores para el mantenimiento de su mano artificial, un cuaderno de datos lleno de datos y literatura popular y no sólo había hecho las maletas sino que sus habitaciones también estaban casi vacías. Él miró a su alrededor en su dormitorio y lo encontró casi vacío. Todo lo que quedaba eran las propias estanterías, los holos de su vida con Mara, las chucherías que había adquirido durante sus años de viajes o que le habían enviado los admiradores y unas cuantas prendas de ropa que había decidido dejar atrás.

La idea de que la habitación pudiera permanecer vacía, sin cambiar, durante toda su condena, que la habitación se podría necesitar y ser reasignada, siendo el resto de sus cosas empaquetado en una pequeña caja y almacenado, eliminando su presencia del Templo como una última mancha, era deprimente. Tenía que irse, y pronto, y ese hecho solo era suficiente para hacer que quisiera quedarse.

El timbre de su puerta sonó. Respondió «Adelante» y fue hacia el salón.

La puerta principal se abrió, revelando a Cilghal. La Maestra mon calamari asintió como signo de respeto. Entró, permitiendo que la puerta se cerrara tras ella.

—Cuando no estudiaba los resultados de las pruebas de Valin, he pasado el tiempo en los últimos días buscando referencias a comportamientos extraños que encajaran con los de Valin o Seff. Y he encontrado algo. —Ella inclinó la cabeza como si recordara y sus siguientes palabras tenían un tono diferente de voz. Luke sospechó que estaba citando—. Aunque he vivido entre humanos durante muchos años, algunas de las diferencias en nuestras costumbres eligen no desvanecerse en la irrelevancia. El electroencefalograma, por ejemplo, se consideraría una intrusión grave y muy personal por mi pueblo. Afortunadamente, mi orden sabe una manera de mantener incluso eso bajo control. Desafortunadamente, cuando se utiliza, no podemos demostrar que tenemos cerebros que funcionan.

Luke resopló, divertido.

—¿A quién estás citando?

—Al Maestro Jedi Plo Koon.

Luke lo consideró. Plo Koon había sido un Jedi en los últimos días de la Antigua República. Había muerto, de hecho, alrededor de la época en la que Luke nació, una de las muchas víctimas de la Orden 66 del emperador Palpatine. Era un kel dor, un miembro de una especie que no se veía a menudo a lo largo de la galaxia. No eran respiradores de oxígeno y tenían que llevar unas máscaras respiratorias especiales cuando visitaban la mayoría de mundos habitados.

—¿Por qué fue tan difícil de encontrar esta cita?

Con todos los demás, le habría preocupado que esta pregunta sonara como una crítica, pero Cilghal no tenía la neurosis humana que le haría tener tendencia a interpretar los comentarios improvisados como quejas.

—No estaba transcrita como datos investigables en nuestros archivos. Era una grabación de una entrevista entre Plo Koon y un Caballero Jedi que estaba haciendo un proyecto de documentación de las especies representadas dentro de la Orden. Él, también, fue una víctima de la purga y su proyecto quedó inconcluso. He estado utilizando software de traducción vocal en los materiales holograbados, buscando una lista de palabras clave relacionadas con la situación de Valin y la pasada de esta mañana indicó la palabra *encefalograma* en esta entrada.

—Buen trabajo. ¿Había algo más que fuera útil en esa entrevista?

Cilghal retorció su cuerpo de un lado a otro, una simulación mon calamari de una negación con la cabeza humana.

—Eso parece haber sido, para Plo Koon, un inciso gracioso y el tema no se exploró más.

—Dijo «Mi orden conoce un modo». ¿A quién se estaba refiriendo? No podría haber sido a la Orden Jedi, dado que no hemos encontrado otra referencia de la técnica y dado que estaba hablando con otro Jedi…

—Habría dicho *nuestra Orden*.

Cilghal inclinó la cabeza. Acostumbrado a sus maneras, Luke lo tomó como un gesto de autocomprensión. Algunos matices humanos de los discursos todavía le resultaban difíciles, incluso después de todos los años que había pasado entre ellos.

—Sí.

Luke sacó su cuaderno de datos del bolsillo de su cinturón y lo abrió. Mientras lo usaba para acceder a los ordenadores de los archivos del Templo, se dio cuenta, con una punzada, que esta podía ser la última vez que lo hiciera, durante muchos años o quizás para siempre.

Ojeó la hoja de servicio de Plo Koon. Ya conocía muchos de sus detalles. Sus propios estudios le habían hecho familiarizarse con la carrera de su propio primer Maestro, Obi-Wan Kenobi, y los profesores y confidentes de Obi-Wan. El Maestro de Obi-Wan, Qui-Gon Jinn, había sido un amigo íntimo de Plo Koon. Pero el historial de Plo Koon ofrecía pocas pistas. No mencionaba otra orden a la que pudiera haber pertenecido el largamente fallecido Maestro, aunque Luke sabía que había una posibilidad más probable que ninguna otra.

Luke cerró su cuaderno de datos de golpe.

—Imagino que se estaba refiriendo a los Sabios Baran Do. Podría haber estudiado con ellos antes de unirse a la Orden, lo que significa que es una pista que se enfrió hace ochenta o cien años. Yo podría también hacer que los Sabios fueran la primera parada en mi gran viaje. —Frunció el ceño—. No hay registros de que Jacen les visitara, pero sus viajes apenas están documentados. Voy a esperar lo mejor. Pero ojalá tuviera tiempo para seguir los movimientos de Valin para ver si ha tenido algún contacto con ellos.

—Yo tengo tiempo. Y tengo acceso a todos los archivos de la Orden.

—No puedo pedirte eso. Y como exiliado, se supone que no tengo acceso a los recursos de la Orden.

—Tú no lo pediste. *Yo* decido para quién soy *yo* un recurso. Y tu sentencia dice que no puedes aconsejar, no que no se te pueda aconsejar a ti.

Confundido durante un momento por el tono resuelto de Cilghal y su decidido rechazo de los deseos del gobierno de la Alianza Galáctica, Luke dio un paso hacia delante y cogió una de las anchas manos de Cilghal entre las suyas.

—A veces olvido, con nuestro muy ordenadísimo sistema de rangos y deberes, que tengo amigos.

—Estableciste esta Orden con lógica y haces amigos con el corazón. La Orden actúa de acuerdo con tus órdenes. Tus amigos actuamos de acuerdo con tus necesidades.

La puerta se abrió, revelando a Ben, vestido con su acostumbrada ropa negra, con una bolsa cilíndrica verde oscura colgada sobre su hombro.

—Lo siento. No pretendía interrumpir.

Luke negó con la cabeza.

—No lo hiciste. Estábamos acabando algunas cosas. ¿Está listo el deslizador?

—Está listo.

—Entonces vayamos para abajo.

—Arriba.

Luke levantó una ceja en dirección a su hijo.

—Creí que te había dicho que nos consiguieras un deslizador y lo tuvieras preparado en el hangar inferior.

—Lo hiciste, pero recibí nuevas órdenes mientras tanto.

—¿De quién?

—Del Maestro Hamner.

Luke suspiró. Kenth podía haber esperado hasta que Luke dejara el edificio antes de empezar a contravenir sus órdenes.

—Vamos, entonces.

El turboascensor les llevó hacia arriba y para la sorpresa de Luke, que de nuevo ocupado con su conversación con Cilghal no había prestado atención a lo que Ben le había dicho al controlador del turboascensor, se abrió en el nivel del Gran Vestíbulo.

Los tres salieron a una sala abarrotada y la conversación, que había sido expectante por el tono, se silenció.

Parecía como si cada Jedi en Coruscant, y quizás algunos actualmente destinados en sistemas estelares cercanos, estaba presente, al igual que muchos no Jedi. Algunas caras estaban tristes, unas cuantas incluso estaban surcadas por las lágrimas e incluso los que mantenían una apropiada calma Jedi tenían una atmósfera de tristeza, de resignación.

El siguiente comentario de Ben llego como un susurro seco.

—No creo que jamás haya visto tantas capas marrones reunidas en un lugar. Es como un pase de modelos del fabricante textil más aburrido del mundo.

Luke reprimió un resoplido.

—Tranquilo.

El Maestro Hamner se aproximó, de manera que Luke dio un paso hacia delante, extendiendo su mano.

—Kenth, ¿esto fue idea tuya?

—La de Leia, la mía, la de todos y cada uno de los miembros del Consejo y además la de muchos otros. Muchos tienen mensajes, mensajes que te entregarán personalmente mientras te abres camino hasta la parte delantera de la sala, pero todos ellos tienen un mensaje en común. —Kenth le puso un brazo sobre los hombres de Luke y le hizo girar hacia la distante entrada principal y luego hizo un gesto con su mano libre abarcando toda la extensión de Maestros Jedi, Caballeros Jedi, aprendices y amigos—. Hace cuarenta años, había un Jedi practicante en toda la galaxia y la Orden y el Templo eran sólo nociones mal formadas tomadas de rumores reprimidos. Hoy, lo que ves ante ti… tú has hecho esto, Maestro Skywalker.

A pesar de sí mismo, Luke sintió que su garganta intentaba cerrarse.

—No lo he hecho solo.

Sus palabras eran sólo un poco roncas.

Kenth asintió.

—No lo has hecho solo. Pero elimina cualquier otra contribución del proceso y el resultado final parecerá sólo un poco diferente.

Elimínate a ti y todo esto desaparece, como un holodrama apagado a mitad de una escena. —Suavemente, tomó la bolsa de Luke de su mano. Entonces le dio a Luke un pequeño empujón hacia delante—. Haré que pongan esto en tu deslizador.

Esa fue la señal para los otros en el salón, que se acercaron hacia delante de uno en uno o en pequeños grupos, estrechando la mano de Luke, ofreciéndole abrazos o besos de despedida, algunos de ellos con las lágrimas brillando sobre sus mejillas. Ben, también liberado de su bolsa, recibió también aquellas atenciones, siempre presente en la periferia de la consciencia de Luke.

Allí estaban Kyp y Octa, Kam y Tionne, Saba Sebatyne en toda su majestad de reptil, Kyle Katarn, la doblemente triste familia Horn, visitantes tales como Jag Fel y Talon Karrde. Allí estaba la flor y nata de los veteranos del Escuadrón Rojo y del Escuadrón Pícaro con los que Luke había volado tantos años antes y desde entonces, siendo Wedge Antilles el más destacado de ellos. Había Caballeros Jedi y aprendices a los que menos conocía, lo que era un cambio con lo sucedido años antes cuando había entrenado personalmente a cada miembro de la Orden Jedi, un cambio satisfactorio y un poco inquietante.

Leia, Han y Jaina estaban entre los últimos que le interceptaron y le entretuvieron más.

—Pronto estarás en casa —le dijo Leia, forzando un tono alegre para ocultar la miseria que claramente estaba sintiendo.

Luke le sonrió.

—Define *pronto*.

Ella negó con la cabeza.

—Respuestas informativas no son el modo Jedi.

—Hey. —Ben, envuelto en el abrazo de su prima Jaina, sonaba ofendido—. Me has robado esa frase.

—Yo la dije por primera vez veinte años antes de que tú *nacieras*.

Antes incluso de que *yo* fuera Jedi.

Han cogió la mano de Luke y le atrajo a un abrazo parecido al de un wampa.

—Ya sabes, en cualquier lugar de la galaxia en que estés, dame un grito por el holocomunicador o dale a Leia un graznido a través de la Fuerza y el *Halcón* estará allí.

—Lo sé. ¿Cuidaréis de Erredós-Dedós por mí mientras estoy fuera?

Han sonrió.

—¿Estás de broma? Tener a Erredós con nosotros significa que Ce-Trepeó sólo nos hablará la *mitad*. Debería pagarte.

Jaina se metió bajo el brazo de Luke para dar los últimos pasos para salir del Gran Vestíbulo.

—Daala va a arrepentirse de hacer esto.

Luke le frunció el ceño.

—Eso suena sospechosamente como un pensamiento de venganza.

—No lo es. Simplemente sé cómo funcionan las cosas.

Inevitablemente aparecerá algún lío que ella no pueda solventar, que ningún otro Jedi pueda solventar, y sabrá el error que ha cometido.

—Sé caritativa. —En los últimos pasos fuera de la sala, bajo la luz del sol de la tarde que descendía en brillantes columnas inclinadas a través de la irregular cubierta de nubes sobre sus cabezas, Luke hizo una pausa para darle a Jaina un último abrazo—. Está intentando hacerlo lo mejor que puede para la Alianza, del único modo que sabe.

—Bueno, no es muy brillante.

—Eso no es «caritativo».

—Oh. Pensé que querías decir «honesta».

El deslizador aéreo que había sido adquirido para la partida de Luke y Ben no era el deslizador usual del Gran Maestro o el deslizador rojo de Ben. Era una enorme gabarra blanca, un modelo con un cerebro droide en su interior que devolvería el vehículo a su hogar cuando sus actuales usuarios hubieran acabado con él. Luke dejó que Ben se hiciera cargo de los controles durante el viaje hasta el espaciopuerto mientras él echaba lo que podría ser su vistazo final a Coruscant. En esta última hora de la tarde, las sombras de los cañones entre edificios tan altos como montañas ya eran oscuras como de noche, las miles sobre miles corrientes de tráfico de deslizadores ya estaban encendiendo sus luces de navegación nocturnas y el sol, con su parte inferior atisbando por debajo de la

capa de nubes en el oeste, parecía más grande y más naranja que en ningún otro momento del día. Lo guardó todo en su memoria, sabiendo que lo echaría de menos.

Pasaron el viaje hasta el espaciopuerto en casi un completo silencio hasta que salieron de los distritos altos y entraron en una de las líneas de tráfico que se dirigían a la parte del hangar del espaciopuerto.

—¿Crees que nos harán dar la vuelta? —preguntó Ben.

Luke le dirigió una mirada curiosa.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Porque casi hacemos pedazos ese lugar hace unos cuantos días.

—Exageras. La lucha ni siquiera pasó a las zonas seguras.

—Es cierto.

Bastante pronto, se posaron fuera del hangar donde estaba atracada la *Sombra de Jade*.

Luke introdujo el larguísimo código de acceso en la consola de seguridad al lado de las puertas principales y luego miró dentro del sensor óptico para darle una lectura de su retina. Finalmente las grandes puertas se abrieron, recibiendo una bocanada de aire rancio y permitiéndole a Luke ver la nave de su difunta esposa.

Había empezado su carrera como un yate estelar de la clase *Horizonte* de los principales fabricantes de naves SoroSuub, pero con el paso de los años había sido modificada por Mara, la familia y los amigos hasta convertirse en un vehículo de combate que era rápido y poderoso para su tamaño. Baja y larga, con líneas lisas y curvadas, tenía unas alas montadas en la parte superior que se curvaban hacia abajo en ambos lados y terminaban en una carcasa externa para un motor de iones. Delante de estas, vigas del estilo de los estabilizadores salían del fuselaje y se curvaban hacia abajo para sostener los emplazamientos de armas externos. Las líneas orgánicas de la nave le daban la apariencia de alguna bestia marina a la que le habían quitado la concha y su superficie gris mate hacía que su nombre fuera apropiado.

No recordaba tanto a la apariencia de Mara como a su conducta cuando iba de caza. Era práctica e implacable. Seguramente no era la clase de nave apropiada para convertirse en el hogar de un viudo de mediana edad y su hijo adolescente, pero era lo que tenía.

Luke activó remotamente la rampa de entrada y los sistemas de soporte vital, dejándola abierta y permitiendo que expulsara la atmósfera rancia mientras Ben y él sacaban sus posesiones del deslizador aéreo. Luke le dio al cerebro droide del deslizador la orden de que podía irse y este despegó, acelerando mientras se alejaba hacia el cielo que se oscurecía, con su brillante recubrimiento blanco haciendo que fuera visible desde una distancia considerable.

No les llevó mucho a Luke y a Ben completar la comprobación de prevuelo. Los circuitos y el software de autodiagnósticos de la *Sombra de Jade* eran de primera, como lo eran las habilidades técnicas de los Skywalker. Los motores habían perdido sólo un poco de la energía almacenada en los muchos meses que el yate había permanecido sin utilizarse. Los diferentes compartimentos dentro del yate estaban un poco polvorientos,

pero aparte de eso estaban limpios. La nave personal de Mara, su Z-95 Cazacabezas, un predecesor viejo pero digno de confianza de los alas-X, descansaba en su pequeña bahía de lanzamiento. Aunque era más pequeño y más lento que su descendiente más famoso, el Z-95 de Mara, como su yate, había sido modificado y optimizado hasta el centímetro toda su vida y era un caza mucho más peligroso que otros de su estilo y edad.

Mientras que las comprobaciones de prevuelo se estaban haciendo, un deslizador de entregas llegó. Su tripulación descargó dos enormes cajas llenas de suministros: comida fresca y preservada, agua y bebidas embotelladas, paquetes de baterías de repuesto y barras luminosas. Ben firmó por los bienes y comenzó a cargarlos en los compartimentos de carga de la *Sombra*.

Y entonces todo estuvo hecho. No tenían más razones, ni excusas adicionales para esperar. Era hora de dejar Coruscant.

Solemnemente, Luke se abrochó las correas del asiento de piloto y Ben las del asiento del copiloto. Después de un breve intercambio de palabras por comunicador con el centro de control de vuelo del espaciopuerto, Luke sacó suavemente el yate de su amarradero. A muchos metros del hangar, sobre el permacreto abierto, lo elevó sobre los repulsores y luego lo apuntó hacia las estrellas y conectó los aceleradores.

Los compensadores de inercia del yate evitaron que la aceleración fuera una experiencia aplastante, pero Luke corrió hacia arriba lo bastante rápido para que los dos quedaran presionados contra sus asientos acolchados. Detrás, en la vista de la holocámara trasera, la brillante luz del hangar de Mara se apagó y sus puertas se cerraron lentamente.

Momentos después, habían pasado la capa de nubes e iban en dirección a las estrellas.

Capítulo Ocho

Las cosas ocurrieron rápidamente después de la partida de Luke.

Valin fue liberado del Centro Médico Memorial Mon Mothma y volvió a la custodia Jedi. Cilghal le volvió a colocar en su propia instalación médica, en una habitación más segura, y le dejó recuperarse de la sedación. Aunque no estaba ansiosa por enfrentarse a los intentos de huida que tenía toda la razón para creer que llegarían, sabía que una sedación sin fin tendría un efecto dañino sobre la salud de Valin.

Los cazadores de recompensa fueron mencionados en las noticias, no como cazadores de recompensas, sino como una fuerza de misión especial que respondía ante la Oficina de la Jefa de Estado, siendo oficialmente parte de su destacamento de seguridad. Sus nombres no se mencionaron. Jaina, que había heredado la tarea de Ben de reunir datos sobre ellos, anotó esos detalles y copió la emisión para su propia referencia.

La mañana después de la partida de Luke, el Maestro Hamner convocó una reunión de los Maestros Jedi. También invitó a varios Jedi que no eran Maestros pero que tenían influencia en la Orden, incluyendo a Leia y Jaina. Se reunieron en la Sala de los Maestros, sentándose entre el círculo de sillas que una vez utilizó el viejo Consejo Jedi. Asientos adicionales habían sido llevados allí para la reunión. Había, por la Cumbre de Unificación y la despedida de Luke, más Maestros en Coruscant de los que se podrían acomodar rutinariamente.

El Maestro Hamner empezó sin preámbulos.

—Parece claro que algunos de nuestros problemas recientes, la reacción pública que dio al gobierno gran parte de su poder en su acción contra el Gran Maestro, se originaron a causa del estado de ignorancia del público en general concerniente a la Orden Jedi.

Hubo algunos asentimientos entre los Maestros ante esta declaración.

—Es mi intención desmitificar la Orden Jedi para el público tanto como sea razonable. Sin perjudicar nuestra efectividad.

»Me gustaría que uno de los Maestros se ofrezca voluntario para ser objeto de un reportaje para un documental. Ese Maestro y su aprendiz estarán acompañados en una misión o dos por un equipo del documental. La historia que produzcan será emitida con, espero, el resultado de hacer a los Jedi más favorables para el ojo público.

¿Voluntarios?

Ninguna mano se levantó.

—Ezta es quizás demasiado feroz para un documental que verán los niños —dijo Saba Sebatyne.

—Creo que quizás tengas razón, Maestra Sebatyne. ¿Nadie? Ah, Maestra Ramis. Gracias. —El Maestro Hamner consultó su cuaderno de datos—. Un productor independiente ha contactado con nosotros por un plan para crear un holodrama sobre los Jedi. Suena como una aventura tonta y extravagante, lo que ordinariamente me provocaría algo a medio camino entre la apatía y el desprecio, pero en nuestra actual situación creo que funcionará en nuestro favor. He denegado sus peticiones bastante

cándidas de consultar nuestros Archivos y grabar ciertas secuencias en el Templo… —Hubo suspiros de alivio entre los Maestros—… pero le he prometido que plantearía la petición de que un Maestro Jedi sirva como consultor técnico y le daré mi permiso al que lo haga. Aquí, también, ¿tenemos un voluntario? No insistiré… Ah, Maestro Durron. Acabas de hacerme ganar cincuenta créditos. Gracias.

Sentado en una de las sillas permanentes de la sala, Kam Solusar, obviamente el perdedor de la apuesta, frunció el ceño.

Ahora los modales del Maestro Hamner se volvieron más graves.

—Finalmente, tenemos algunas malas noticias a las que enfrentarnos. Hemos sido informados por la Oficina de la Jefa de Estado de que, con efectividad inmediata, los Jedi serán acompañados por observadores del gobierno.

Varios Maestros, al igual que ambas Solo, levantaron las voces en protesta.

—¿Están intentando paralizar nuestra efectividad? —dijo Leia.

Hamner hizo un gesto para que se tranquilizaran.

—Un observador será asignado a cada pareja Maestro-aprendiz y uno a cada Jedi operativo solo… mis disculpas, Leia, Jaina, quiero decir a cada Jedi operativo sin compañero. Su objetivo indicado es actuar como un suave recordatorio para los Jedi de las leyes locales y de la Alianza. No tendrán acceso a las áreas seguras del Templo, pero aparte de eso serán capaces de acompañar a sus Jedi la mayor parte del tiempo, particularmente fuera del Templo.

Kyp Durron dejó escapar un suspiro pesado.

—Ahí va mi vida social.

La expresión de Jaina era un fruncimiento de ceño fijo.

—Por favor, dime que no vamos a hacer esto.

Hamner se encogió de hombros.

—En realidad, vamos a hacerlo. Por ahora. Pero he mantenido la compañía del abogado del Gran Maestro, Nawara Ven, para que inicie un pleito legal, con la intención de anular esta medida del gobierno. Hasta que tengamos algún progreso ahí, sin embargo, simplemente tenemos que soportar esta inconveniencia. Los observadores serán asignados por fases durante los próximos días, los Maestros primero, empezando mañana.

Mientras la asamblea dejaba la sala, Jaina todavía llevaba su fruncimiento de ceño.

—Soy demasiado joven para empezar a hablar de los buenos y viejos tiempos.

Leia le revolvió el pelo a su hija.

—Ya vas de camino. Sólo espera, lo siguiente de lo que hables será de esos malditos niños.

—Mamá…

HABITACIONES DE LA FAMILIA SOLO, CORUSCANT

—Digo, Amo Han, Señora Leia, lo siento tan *terriblemente*.

Han abrió un ojo. Aunque le estaban despertando antes de que sonara su despertador, lo que significaba que era demasiado temprano para los estándares de cualquiera, todavía no había decidido dispararle al atormentador que le despertaba, C-3PO, y por lo tanto no necesitaba todavía ambos ojos.

Directamente a su lado estaba Leia, despertando justamente igual de a disgusto del sueño, con su pelo en un revoltijo enmarañado esparcido por su cara y la almohada.

La voz de Han emergió como un rugido ronco.

—¿Dónde está mi pistola láser?

—Bajo tu almohada, como siempre. —La voz de Leia era casi igual de ronca.

—Señor, no. —C-3PO, colocado en el lado de la cama de Leia, enmarcado por el ventanal con cortinas que, cuando estaban abiertas, ofrecía una vista del tráfico aéreo de Coruscant y de la parte superior de los rascacielos, movió las manos torpemente como para aplacar a Han—. Tiene una llamada del Amo Calrissian.

Han se rascó entre los ojos.

—Escucharé el mensaje por la mañana.

—Señor, es una transmisión de holocomunicador en vivo desde fuera del planeta.

Eso atrajo la atención de Han. Él se sentó. Leia también se sentó.

Lando Calrissian era un hombre rico y uno generoso, pero no malgastaba los créditos en maniobras como llamadas de holocomunicador sólo para mostrar su riqueza. Hasta donde sabía Han, Lando no estaba cerca de Coruscant. Esto tenía que ser importante.

—Dile que vamos para allá.

—Sí, señor. Gracias, señor. Por no dispararme a esta hora de la mañana, señor.

Momentos después, envueltos en batines blancos pero todavía no fortificados por el caf, Han y Leia se sentaron en la consola del comunicador de sus habitaciones y conectaron la pantalla principal.

La imagen cambió del gris a una claridad de colores completos.

Lando estaba sentado en una silla de oficina de respaldo alto, con paredes gris industrial y una puerta cerrada tras él.

De piel oscura y bien vestido, la imagen le mostraba llevando una túnica marrón a la moda y una capa hasta la cadera negra y centelleante, Lando, admitió Han de mala gana, estaba envejeciendo casi tan bien como el propio Han. Su pelo había enralecido y retrocedido un poco pero seguía siendo oscuro y sus rasgos, aunque más arrugados, todavía eran bellos y elegantes. Y todavía eran idóneos para llevar expresiones de suave confianza en sí mismo o de cómica consternación.

Mirando a un lado mientras se encendía la imagen, Lando devolvió su atención a la holopantalla y sonrió.

—¡Han! ¡Leia! Me alegro de veros. Oh… ¿ahí es por la mañana?

Leia, sujetándose el pelo hacia atrás con una gomilla elástica, le miró.

—No soy una jugadora, pero te apostaré mil créditos a que sabías exactamente la hora que era cuando llamaste.

—Y yo soy un jugador, así que no aceptaré esa apuesta. Tendrías razón. —Lando le dirigió una mirada de disculpa—. Necesito ayuda.

Ayuda Jedi, creo, al igual que ayuda de los amigos. Eso significa Han y tú. Y sobre la hora, después del último… *suceso*, nosotros decidimos que no había tiempo que perder.

—¿Qué clase de suceso? —Han se volvió hacia C-3PO, que esta atentamente hacia un lado y movió los labios para formar la palabra *caf*. Entonces se volvió de nuevo hacia Lando—. ¿Y quién es *nosotros*?

—Nien Nunb y Tendra y yo. Aquí, déjame que os lo enseñe.

Lando alargó los brazos hacia delante, con sus manos desapareciendo a cada lado de la imagen, mientras evidentemente cogía su monitor. Le dio la vuelta, apartando de él la vista de la holocámara. Han esperaba que esta se centrara en Tendra, la esposa de Lando, o en Nien Nunb, su administrador sullustano, pero en su lugar se posó en una vista de otra pared gris, esta decorada con un holo de un brillante y esquelético droide de combate CYV, que era fabricado por una de las compañías de Lando, Armas Tendrando.

Pero no era la imagen tridimensional del droide amenazante lo que atrajo la atención de Han. Era la grieta angulosa en la pared de detrás, que se alargaba de arriba a la derecha hasta abajo a la izquierda, pasando más allá del campo de visión del holocomunicador en ambas direcciones.

Leia resopló.

—¿Qué causó eso? ¿Un hutt sentado en tu tejado?

Lando giró el monitor otra vez para que estuviese frente a él.

—Temblores. Temblores de tierra, unos horribles. Están incrementando su fuerza y su frecuencia y los científicos que he traído no pueden entender por qué.

Han frunció el ceño. Nien Nunb era el administrador de las minas de especia glitterstim de Lando, lo que fuertemente sugería dónde debía estar Lando ahora.

—¿Estás en Kessel?

Lando asintió.

—Estoy en el centro de comunicaciones auxiliar de mi edificio de oficinas principal. El centro de comunicaciones principal fue destruido en el último temblor.

Han hizo una mueca.

—Lando, deshazte de él. Kessel es un mundo condenado.

Kessel, un planeta de tamaño menor de lo normal, era notorio por muchas cosas. Era el origen del glitterstim, una droga con tantas aplicaciones legales como ilegales, y la fuente de gran parte del contrabando. Sus minas de especia tenía mala fama, al haber sido trabajadas por los convictos durante tanto tiempo que, décadas después de que el sistema hubiera cambiado, «ir a las minas de Kessel» todavía era un destino que se les prometía a los niños para convencerles de que se comportaran. El planeta también era uno de los puntos marcados para el contrabando y la ruta de la carrera que llevaba su nombre, la Carrera Kessel.

Con el tiempo, el planeta de baja gravedad estaba vertiendo atmósfera al espacio. Las antiguas plantas generadoras de atmósfera luchaban crecientemente para equilibrar las

pérdidas, pero estaban fallando gradualmente. El mundo finalmente se convertiría en un ambiente sin vida.

Lando negó con la cabeza.

—Todavía es una operación rentable y la única fuente de glitterstim que hay. Los esfuerzos para trasplantar las colonias de arañas de energía que producen esa cosa no han tenido mucho éxito.

Han se sentó muy recto.

—¿Estás intentando cogerlas para que sobrevivan en otros planetas?

—Sí, pero simplemente dejan de alimentarse y mueren…

—¡Bien!

Lando hizo un gesto para calmar su arrebato.

—Necesitamos más tiempo para trabajar sobre el problema.

Montones de tiempo más.

Han reprimió un estremecimiento. Una vez, durante sus días de contrabandista, antes de que hubiese conocido a Luke y a Leia, se había desecho de una carga de glitterstim en vez de ser atrapado con ella por los investigadores imperiales, una decisión que había dado como resultado el ser perseguido durante años por mercenarios del dueño de la especia, Jabba el Hutt. Mucho más tarde, había pasado algún tiempo en aquellas minas, entre los convictos, y había sido uno de los primeros en sobrevivir al ataque de una araña de energía y en revelar la existencia de la especie a la galaxia. La experiencia no le había dejado buenos recuerdos.

—Necesitas a un Jedi. —Le dirigió a Lando un asentimiento favorable—. Necesitas a Kyp Durron. Es un Maestro, ha pasado mucho más tiempo en esas minas que yo…

Lando remedó su tono.

—Es imposible tratar con él, odia Kessel más que tú, no es amigo mío…

—Desde luego que ayudaremos —dijo Leia.

Han la miró.

—No, no, no. Espera hasta que hayas tomado algo de caf. Tus centros de razonamiento se conectaran…

—Silencio. —Ella devolvió su atención a Lando—. Saldremos hoy.

Lando suspiró, aliviado.

—Bendita seas, Leia —dijo a su modo imposiblemente suave y gracioso—. Y tú también, Han.

Han se las arregló para evitar que sus dientes se cerraran con fuerza.

—No es nada. Te lo haremos saber cuando estemos en ruta, viejo amigo.

Él apagó la conexión del holocomunicador.

Entonces se volvió a mirar a su mujer.

Ella le dirigió una mirada que era toda inocencia.

—¿Qué?

—¿No tienes que aclarar las cosas como estas con el Templo antes de largarte?

—Teóricamente, sí. Pero esta vez no. Es mejor ayudar a un amigo y aceptar tu castigo a que te nieguen el permiso y no ser capaz de ayudar.

—Vale, ¿qué hay de esto: *Kessel*?

—Seres inocentes viven en Kessel. Incluso las arañas de energía no merecen morir sólo porque te asustaron.

—Nada me asusta.

—Entonces no te importará volver.

—Me importa. ¿Te has olvidado de Allana?

Por el modo en que Leia se quedó helada, estaba claro que se *había* olvidado de Allana, quizás sólo porque Leia estaba medio dormida. Allana, conocida por todo el mundo excepto por Han y Leia como Amelia y a la que nunca se referían por su nombre real excepto en la más absoluta intimidad, era la hija de Jacen Solo y Tenel Ka, concebida antes de los recientes esfuerzos de Jacen por conseguir la dominación de la galaxia. Era la nieta de Han y Leia, criada durante sus primeros cinco años por Tenel Ka, Reina Madre del Consorcio de Hapes. Al final de la guerra entre la Alianza y la Confederación, Tenel Ka anunció falsamente la muerte de Allana para protegerla de aquellos que podrían querer matarla para conseguir el trono hapano. Tenel Ka había entregado con pesar el cuidado de su hija a Han y Leia. La niña, que ahora tenía siete años, vivía estos días bajo el nombre de Amelia, la hija adoptada de los Solo.

Si Han y Leia corrían a Kessel, tendrían que llevársela con ellos o dejarla atrás con gente que eran casi extraños. La tía de Allana, Jaina, no era una extraña, pero su vida como Jedi era activa y peligrosa. Luke y Ben se habían ido. No había nadie más a quien pudieran confiarle a Allana.

—Nos la llevaremos con nosotros. —La voz de Leia era firme.

—No te enfades conmigo sólo para cubrir el hecho de que se te olvidó. —Han apuntó un dedo acusador hacia ella—. Estuvimos de acuerdo en sentar la cabeza, tanto como fuera posible, por su bien.

Estuvimos de acuerdo en que no podíamos arrastrar a una niña pequeña por la galaxia mientras intentamos estúpidamente arreglar los problemas estúpidos de otra gente estúpida.

—Eso es justo de lo que se trata. —Había una nota de desesperación en la voz de Leia—. No fuimos capaces de hacer *nada* por Luke. No podemos hacer nada para detener la catástrofe diplomática que está cayendo sobre la Orden Jedi justo ahora. Pero podríamos ser capaces de ayudar a un amigo.

Han lo consideró. Cuando ella lo ponía así… nunca se había arrepentido de casarse con una mujer que podía ganarle en cada discusión, pero a menudo le incomodaba.

—Desde luego, si simplemente despegamos esta mañana sin decirle a nadie adónde, no se te asignará tu propio espía del gobierno.

—Observador. Y tienes razón. No estaríamos acompañados por un intruso ruidoso que te incomode a ti tanto como a mí.

—Y Allana no tendría que aguantar a un extraño.

—También es correcto.

—Ya perdemos mucho tiempo personal criando a una niña pequeña. Añádele un espía del gobierno y perderemos el resto.

Leia asintió, animándole a continuar por esa línea de razonamiento.

—Y eso podría aplazarse incluso más si el hipermotor del *Halcón* fuera a fallar en algún lugar ahí fuera…

—Ha ocurrido antes.

—Sabotaje, siempre sabotaje. —Él le sonrió—. Vas a tener tantos problemas con Kenth Hamner cuando vuelvas.

—Para eso es para lo que te tengo cerca. Para que me metas en problemas.

—Uh, huh. Lo que tú digas.

Han se inclinó hacia delante buscando un beso.

—Amo Han, su caf. ¿Amor Han? ¿Señora Leia? Oh, cielos.

DISTRITO RESIDENCIAL CERCA DEL TEMPLO JEDI, CORUSCANT

—¿Cómo te las arreglaste para librarte de tus petimetres de Jefe de Estado? ¿Y de los guardaespaldas? —preguntó Jaina.

Jag se inclinó contra el quicio de la puerta a la que acababan de llegar. Era una a mitad del rascacielos residencial. La pasarela y sus paredes decoradas con rombos marrones sobre un fondo tostado hablaban de un estilo decorativo de hacía varios años, pero estaban meticulosamente limpias. Incluso ahora, un droide ratón fijado encima de un accesorio limpiador circular se deslizaba por el pasillo, quitando la suciedad de la alfombra y enviando un débil olor dulce a limpiador al aire.

—La mayor parte de lo que hace mi delegación es negociar locamente puntos detallados. —Jag parecía como si encontrara esa perspectiva casi tan atractiva como un bol lleno de gusanos—. Dejo que mis consejeros y abogados lo hagan y al final del día veto todas las decisiones que han tomado. Así es como se mantiene el equilibrio de poder entre el gobernante y la burocracia. Mientras tanto, paso mi día *contigo*. Y le digo a mi guardaespaldas que tú me estás protegiendo. Ahí es donde tu feroz reputación Jedi me ayuda.

Jaina negó con la cabeza.

—El sistema está inimaginablemente dañado.

Ella presionó el botón al lado de la puerta. Más allá de la puerta, sonó débilmente un timbre.

—Pero es divertido —dijo Jag.

La puerta se abrió pero no había nadie allí. Sólo había un corto pasillo verde más allá y una puerta abierta y brillantemente iluminada en la parte más alejada. Jaina percibió el olor de hierba recién cortada, si su nariz no la engañaba. Le dirigió a Jag una mirada curiosa y le precedió al entrar. La puerta se cerró tras ellos.

El pasillo se abrió hacia una sala grande que probablemente se había pretendido que fuera un salón o una sala para la familia. Pero donde las barras luminosas del techo brillarían normalmente de manera cómoda y plácida, había apliques de luz más brillante, emitiendo con lo que Jaina sospechaba que era la frecuencia exacta de la luz del sol. Donde debían estar muebles cómodos y acolchados, en su lugar había muebles de exterior resistentes al agua de soportes de duracero ligero y espumado y de fuertes colores. Había sillas, sillones, incluso una mesa de jardín con una gran sombrilla encima.

La imagen de un ventanal, tan alto como un humano adulto y el doble de largo, admitía la luz y la vista de los edificios a cincuenta metros de distancia, que se alargaban hacia arriba y hacia abajo hasta donde se podía ver desde la posición de Jaina. Ríos de tráfico de deslizadores aéreos justo a la altura de este apartamento añadía un poco de color en rápido movimiento.

Tahiri Veila, antigua Jedi y antigua aprendiz Sith, se levantó de un sillón mientras ellos entraban. Rubia y atractiva, llevaba un mono simple y ajustado gris. Estaba, como siempre, descalza. Su sable láser no estaba a su alcance, pero descansaba cerca, sobre la mesa de jardín. Su expresión era sólo un poco insegura. Las cicatrices de su frente, ganadas durante la Guerra Yuuzhan Vong, no eran visibles.

Jaina dudaba de que pudieran haberse desvanecido en los pocos meses que habían pasado desde que había visto a Tahiri, así que probablemente estaban ocultas por el maquillaje.

Tahiri asintió en dirección a ellos.

—Jedi Solo, coronel… quiero decir, Jefe de Estado Fel.

Jag habló de forma brusca.

—Tahiri.

—Por favor, sentaos. ¿Puedo traeros algo? Caf, agua…

—No, gracias.

Jaina cogió una de las sillas ligeras y se sentó de cara a Tahiri. Jag hizo lo mismo. Tahiri se volvió a sentar en su sillón.

Jaina hizo un gesto a la hierba.

—Por favor, dime que tu baño no tiene un suelo de porquería.

Eso se abrió paso a través de la incomodidad de Tahiri y ella sonrió.

—No, tiene baldosas perfectamente normales. —Ella miró a su alfombra verde y viviente—. Siempre he preferido estar descalza a llevar zapatos… pero la mayoría de los lugares no son tan cómodos.

Permacreto supercalentado, alfombras donde te miran por dejar pisadas sucias… Ahora que tengo algunos créditos para gastar, decidí que quería una casa donde pudiera estar cómoda. Y esto es mucho más agradable que la arena del desierto de Tatooine.

—Ahora que tienes créditos y no estás viviendo bajo las reglas de nadie más —la corrigió Jaina.

—Exacto.

Jag se inclinó hacia delante.

—Estamos aquí para hacerte unas cuantas preguntas sobre Jacen Solo.

La apariencia incierta de Tahiri regresó.

—Realmente no necesitas decir Jacen *Solo*. Cuando su hermana viene a hablar con su antigua aprendiz y se menciona a Jacen, no voy a suponer que quieres decir algún Jacen que trabaja de camarero.

—Desde luego. —Jag le dirigió a Jaina una mirada dolorida—. En circunstancias informales, realmente soy redundante y tedioso, ¿verdad?

Jaina asintió.

—Sí, pero eres mono. —Ella devolvió su atención a Tahiri—. Has oído lo del Gran Maestro y su sentencia.

Tahiri asintió.

—Oí lo de su despedida. Pensé en ir, pero estaba bastante segura de que no sería bienvenida.

—No por todos… Estamos intentando tener una idea mejor sobre los procesos de pensamiento de Jacen. Qué le hizo cambiar. *Cuando* cambió. Todo esto es parte de un esfuerzo para ayudar al Gran Maestro, para ayudar al tío Luke, a montar un caso para su retorno a Coruscant.

—La gente ha estado intentando entender a Jacen desde hace dos años. —Tahiri se encogió de hombros como si la tarea fuera imposible—. No, la gente ha estado intentando entenderle desde que éramos aprendices. Desde que vosotros dos y Anakin erais niños.

Han estado viniendo a mí desde que murió. Los Jedi y los investigadores del gobierno y los médicos y la prensa.

Jaina le dirigió una mirada de comprensión.

—¿Algunos amigos entre ellos?

Tahiri dudó y luego negó con la cabeza.

—No estoy segura de que tenga amigos. No es que culpe a nadie por eso. A nadie excepto a Jacen y a mí misma.

Jaina resistió la urgencia de unirse a las críticas contra Tahiri y darle a la mujer más joven una paliza verbal. Eso no ayudaría en esta situación.

—Tampoco es probable que hagas ninguno como cazarrecompensas. Necesitas volver a la Orden, Tahiri.

—No hasta que sepa quién soy. *Qué* soy. —Tahiri apartó un mechón rebelde de pelo rubio de su mejilla—. He sido más cosas de las que puedo contar. Chica de Tatooine, adoptada por los Tusken Raiders, Jedi, hibrida yuuzhan vong, aprendiz Sith, adicta… Tengo que librarme de todo ello por un tiempo. Aprender cómo oírme a mí misma pensar.

Jag asintió.

—Entonces piensa en Jacen. ¿Qué te has comprendido de él que no le has dicho a nadie? Detalles demasiado sutiles o aparentemente inconsecuentes, información que nadie más te preguntó.

—No puedo deciros cuándo se convirtió en un Sith. —La expresión de Tahiri se volvió desenfocada—. Sólo que podría no ser importante cuándo lo hizo, o incluso *que* lo hiciera. Creo que Sith fue solo otra cosa, otro grupo de armas y armaduras y disfraces que él puso encima de Jacen. Como «Jedi» o «Solo». Él siempre fue Jacen… hasta que también rechazó eso y se convirtió Caedus.

Jaina negó con la cabeza, sin comprenderlo.

—¿Estás diciendo que no *importa* cuándo se convirtió en Sith?

—Algo así. —Tahiri volvió de golpe al aquí y el ahora—. Creo que importa más cuando *se rompió* Jacen. Quizás se rompió cuando Vergere le torturó durante todo aquel tiempo. Quizás se rompió cuando era un niño, cuando él y tú y Anakin seguisteis siendo entregados a niñeras y protectores mientras que vuestra madre y vuestro padre estaban fuera haciendo otras cosas. —Tahiri levantó las manos para anticipar una respuesta mordaz de Jaina—. No les estoy criticando. Fueron empujados en demasiadas direcciones a la vez, por demasiadas responsabilidades, y cuando eso ocurre, se pierde algo. —Ella frunció el ceño, intentando explicar algo—. Creo que quizás se rompió en algún otro momento, cuando fuera que decidiera que la galaxia era un lugar enorme y sucio que tenía que ser domado. Fuera lo que fuese lo que le dio esa idea, le dejo una impresión tan horrible que tuvo que convertirse en algo incluso más horrible para enfrentarse a ello.

Jag pareció dudar.

—No crees que Lumiya le rompiera.

—Creo que ella le *modeló*. —Ahora Tahiri parecía vulnerable, mucho más abierta que cuando Jaina y Jag entraron en su presencia al principio—. Me he roto. Los yuuzhan vong me rompieron. Me rompí cuando Anakin murió. Y de nuevo cuando aprendí que podía estar con él de nuevo, en pequeños momentos. Cada vez que te rompes, fuerzas externas pueden modelarte y no puedes hacer nada para detenerlas. No, no creo que importe cuándo se convirtió Jacen en un Sith. Creo que importa cuando se rompió.

Jaina y Jag intercambiaron una mirada.

—Esa es una teoría interesante —dijo Jaina.

Tahiri se las arregló para dejar escapar una pequeña risita amarga.

—El modo de hablar de los Solo para decir *Esa es la cosa más estúpida que he oído nunca*.

—No, hablo en serio. Se la haré llegar al Gran Maestro. Acertada o equivocada, sugiere algunas avenidas de investigación que no habíamos considerado.

—Oh. —Apaciguada, Tahiri se relajó—. Gracias.

Cuando se marchaban, Jaina, invadida por un repentino impulso, abrazó a Tahiri, algo que no había hecho en años, y Tahiri le devolvió el abrazo.

—Me temo que no puedo encontrar un modo de perdonarla tan fácilmente —dijo Jag de camino al ascensor—. Ella asesinó a un hombre a quien yo respetaba mucho.

Jaina asintió.

—Yo también sentía mucho respeto por el almirante Pellaeon.

¿Pero quién le mató en realidad? ¿La mujer con la que acabamos de hablar, que está intentando encontrar su camino de vuelta desde un lugar muy oscuro, o la mujer de hace dos años?

—Una desciende de la otra. Están inextricablemente unidas. —Deteniéndose delante del turboascensor, Jag presionó el botón para llamarlo—. ¿Se despoja alguien de toda responsabilidad por lo que ha hecho cuando de repente decide que estaba mal?

—Ninguno de nosotros se ha roto jamás como ella. —Jaina descubrió que su voz era inusualmente suave—. Quizás estamos demasiado endurecidos o somos demasiado estúpidos, o simplemente no hemos pasado por nada que pudiera dañar el núcleo de nuestras personalidades del modo que le ocurrió a ella. ¿Cómo sabes qué habríamos sido capaces de hacer en su situación?

Jag pensó en ello y meramente se encogió de hombros.

—Los Jedi tenéis más fe en la redención que yo. No estoy diciendo que mi manera de hacer las cosas sea mejor. Sólo que no estoy seguro de que pudiera hacer lo que hacéis vosotros. Perdonar algo tan monstruoso.

—Entonces espero no cometer jamás un error realmente grande en tu presencia.

Capítulo Nueve

TEMPLO JEDI, CORUSCANT

Como Caballero Jedi de alto rango, que, según se decía, estaba siendo considerada para el rango de Maestra, Jaina tenía garantizadas habitaciones privadas cuando estaba en el Templo.

Eran pequeñas y desnudas, pero le ofrecían más paz que los dormitorios reservados para los Caballeros Jedi más jóvenes y los aprendices.

En su escritorio, estudiaba la información reunida para ella sobre los cazadores de recompensas de la Jefa de Estado.

El quarren era casi con toda seguridad Dhidal Nyz, un inventor especializado en tecnologías de encarcelación y captura. Había conseguido parte de su fortuna capturando fugitivos de alto valor, algunos de contratos militares y patentes.

La mujer del pelo oscuro le había dado su nombre, Zilaash Kuh, a Luke y a la prensa. No había mención de ella en los archivos Jedi y no tenía un historial criminal. Los holos que mostraban su sable láser habían sido ampliados y laboriosamente analizados, sólo para revelar que su empuñadura parecía haber sido modelada como la del último sable láser de Obi-Wan Kenobi, el que el legendario Jedi había llevado a bordo de la *Estrella de la Muerte* en su última misión, un arma que se pensaba razonablemente que se había perdido cuando la nave espacial del tamaño de un asteroide había sido destruida.

El skakoan era un valor seguro. Hrym Mawaar era un cazador de recompensas con décadas de experiencia y se le conocía por volver a su sistema natal y pasar años como miembro electo de la autoridad policial entre sus largas temporadas como cazador de recompensas.

El droide CYV, el cuarto en la lista de Jaina, era el que le causaba más preocupación. No era para nada un droide. Vrannin Vaxx, un mercenario humano de Dorvalla, se había distinguido durante la Guerra Yuuzhan Vong pero había sido quemado y mutilado horriblemente cuando una lanzadera de personal se estrelló al final de la guerra. Eligió no reemplazar los dos tercios de su cuerpo que había sido irreparablemente destruido con prótesis. En su lugar, su familia, un rico clan minero, de alguna manera había conseguido un droide CYV 1 en el mercado negro y había hecho que lo readaptaran como cuerpo cibernético para Vaxx. Todo lo que quedaba de su yo humano estaba metido en el torso del droide.

Sólo porque no había mucho sitio dentro del caparazón de Vaxx como había en los droides CYV genuinos, él estaba menos formidablemente armado que un auténtico droide Cazador y él lo compensaba con la experiencia y la ingeniosidad humana. Jaina había recibido el informe de que había sobrevivido al ataque láser de Leia y ya estaba reparado y de nuevo de guardia.

Jaina abrió el archivo del siguiente cazador de recompensas, el francotirador rodiano, pero el timbre de su puerta sonó.

—Adelante —dijo ella ausentemente.

La puerta siseó al abrirse y su hermano Anakin, muerto durante dieciséis años, entró.

Jaina se quedó helada, con un escalofrío bajando por su espalda.

Este no era Anakin tal y como lo recordaba, con dieciséis años y vestido con ropajes Jedi. Era mayor, un adulto completo, y más alto, quizás incluso un centímetro más alto de lo que lo había sido Jacen.

Llevaba ropas de calle rojas y negras y tenía un holograbador de calidad profesional atado alrededor de su cuello.

También tenía la sonrisa de Anakin mientras avanzaba hacia ella con la mano alargada.

—Jedi Solo.

—Uh.

Ella se puso en pie y automáticamente estrechó su mano. Cuando sus palmas se unieron ella se dio cuenta, con distraída vergüenza, que la suya estaba sudando.

—Probablemente no me recuerda. Han pasado más de quince años. —Él se secó ausentemente la palma de su mano en su túnica—. Mi nombre es Dab Hantaq.

—Dab Hantaq. —Algún elemento familiar en el nombre estimuló el cerebro de Jaina—. Conozco ese nombre.

—Durante la guerra, la Guerra Yuuzhan Vong, quiero decir, fui secuestrado por la senadora Viqi Shesh…

Jaina se encogió sólo un poco por el alivio, por haber resuelto el misterio.

—… y fuiste utilizado en su complot para intentar secuestrar a mi primo Ben.

—Exacto. Puede recordarme mejor como Tarc, el nombre que ella me dio.

—Cierto, cierto, el pequeño Tarc. —Jaina se sentó e hizo un esfuerzo para reunir su destrozada calma Jedi—. Siéntate.

Dab miró a su alrededor. No había otra silla. Él volvió a sonreír.

—Me quedaré en pie, gracias.

—¿Qué puedo… qué estás…?

—He sido asignado a usted. —De su cinturón, él desenganchó una pequeña carpeta de identificación y la abrió. En el lado izquierdo estaba el escudo circular de un alguacil de la Alianza. En el derecho había una tarjeta de identidad con un holo de su cara, su nombre y sus datos personales—. En realidad soy un documentalista, pero también soy un investigador con licencia porque eso ayuda y hay una loca lucha por contratar a gente con ciertas habilidades y experiencia con los Jedi…

—¿Tú eres mi *observador*?

Él asintió y volvió a engancharse la carpeta de identidad a su cinturón.

—Toda esa cosa del alguacil de la Alianza es una cuestión de comodidad, en realidad. Me lo dieron de manera que pudiera abrirme camino a la fuerza a través de toda clase de obstáculos cuando la siga por ahí. Yo soy más, realmente, de capturar el momento…

—Esto nunca funcionará. Nunca, nunca.

Él le dirigió una mirada comprensiva.

—A causa de mi parecido con su hermano. Supe cuando su nombre salió para mí en la rotación aleatoria que iba a crear problemas. Dado que le va a causar desasosiego, haré que me vuelvan a poner en la lista.

—Sí. Quiero decir, no. No quería decir que me causaría desasosiego. —Ella se deprimió, incómodamente consciente de que ya le había causado mucho más desasosiego del que admitiría jamás—. Quiero decir, todo este asunto nunca funcionará. En general.

—Oh. —Se tocó el holograbador en la cinta—. ¿Me dejaría grabar una opinión suya sobre todo este programa de observadores, algo que exprese sus pensamientos?

—¡No! Eso no es parte de tu papel de observador, ¿verdad?

—Bueno, no.

—No estás grabando nada para uso personal o profesional, ¿verdad? Todo lo que grabes tiene que ser entregado al gobierno, ¿correcto?

—Uh, claro.

Ella le miró.

—Mira, estoy en medio de una gestión documental aquí…

—Lo entiendo. El Maestro Hamner ha preparado una sala de espera para nosotros los observadores en una sala junto al Gran Vestíbulo. Las aulas para jóvenes viejas, las llamó. ¿Quería decir jóvenes viejas o viejas aulas? No importa. Estaré allí. Tendrá que contactar conmigo cuando decida dejar el Templo para que pueda acompañarla. Y tengo que ponerme en contacto con usted a intervalos para asegurarme que no, ya sabe, se pierde. Lo siento.

Impresionada, ella simplemente asintió. Dab esperó unos momentos para asegurarse de no se iba a decir nada más y entonces se retiró. La puerta se cerró tras él, dejando a Jaina en un compasivo silencio.

Hasta que ella volvió a hablar.

—Una rotación aleatoria y un cuerno. Esta es la idea de alguien de una broma y quien quiera que sea se va a encontrar lanzado a un compactador de residuos.

DISTRITO RESIDENCIAL CERCA DEL TEMPLO JEDI, CORUSCANT

Tahiri pulsó el botón para abrir la puerta de su apartamento. Esta se deslizó hacia un lado, revelando a un hombre alto y muy viejo de pie al otro lado. Su pelo era blanco y fino, con unos ojos de un azul sorprendentemente claro. Llevaba una túnica blanca holgada atada a la cintura con un cinturón, junto con pantalones y botas negros.

Extrañamente, aunque su brazo izquierdo era protésico, no se había hecho ningún intento de disfrazar ese hecho. Era un repuesto viejo, de unos tres cuartos de siglo de viejo al menos, distintivamente mecánico a pesar de sus líneas gráciles y humanas. Era del color del duracero pulido desde las puntas de los dedos hasta donde cubría la manga blanca.

Él le dirigió a Tahiri una sonrisa breve y cordial.

—¿Tahiri Veila?

—Sí.

—Soy el comandante Trinnol Makken, de la Armada Imperial, retirado. Soy su observador nombrado por el gobierno.

Ella se rió. Y entonces cerró la puerta.

El timbre de la puerta volvió a sonar y ella pudo oír la voz velada del comandante.

—Esto no es una broma. Tengo una identificación legal.

Ella volvió a abrir la puerta.

—He oído a mis amigos, quiero decir a mis contactos, hablar de esta cosa de los observadores. Comandante, no soy una Jedi.

—También se aplica a los Sith, cuando pueden ser identificados.

—Tampoco soy una Sith.

Él sostuvo una tarjeta de datos en su mano de carne y hueso.

—No obstante, su nombre está en el documento.

Ella miró la tarjeta. Esta se elevó un par de centímetros en el aire.

Se retorció como si luchara y entonces se partió en dos. Los pedazos cayeron sobre la palma de la mano de él.

Ella fijó en él una mirada que ya no era amistosa.

—No Jedi —explicó como si lo hiciera a alguien que sólo hablara unas cuantas palabras en básico—. No Sith. ¿Vuela? ¿Impulsores en el brazo de metal? ¿Impulsores en las aletas de la nariz?

Sombrío, él negó con la cabeza.

—Entonces no vuelva hasta que lo haga, porque podría encontrarse cayendo doscientos pisos por una ventana.

Ella cerró la puerta.

Esta vez, el comandante no llamó al timbre.

TEMPLO JEDI, CORUSCANT

Jaina y el Maestro Hamner se encontraron fuera de la Sala de los Maestros. Ambos fruncieron el ceño.

—¿Has visto a mi nuevo observador? —preguntó Jaina.

—¿Puedes decirme dónde está tu madre?

—Ha ido abajo a las viejas aulas para los jóvenes, que él parece creer que es una clase para chicas viejas.

El Maestro Hamner caminó al lado de ella.

—¿Es ahí donde está tu madre?

—No, ahí es donde está él —dijo Jaina—. Y ya sabes, la culpa no es suya.

—Quizás sabes dónde está *tu padre*, y podrías decírmelo, y él sabría dónde está tu madre.

—No es culpa suya que se parezca a mi hermano Anakin.

—¿Tu padre? Desde luego que no es culpa suya que se parezca a tu hermano. Creería que eso le aliviaría. Alivia a la mayoría de los padres.

—Maestro Hamner, por favor, *concéntrate*. Tener un observador que se parece a mi hermano no puede ser una coincidencia. Es una broma cruel o un insulto, y si mi madre y mi padre le ven, eso les va a hacer sentirse muy mal.

—Ah. Excelente. ¿Dónde podrían estar tu madre y tu padre, que podrían verle?

Se detuvieron en la puerta de las antiguas aulas de los niños. Las puertas eran dobles de ancha y estaban abiertas. Dentro, la sala estaba principalmente desocupada. Mesas redondas habían reemplazado a algunos de los asientos contiguos de las aulas. En algunas de las mesas había hombres y mujeres, muchos de ellos más viejos y ex militares por las apariencias y los otros de una mezcla de edades, todos ellos aparentemente muy aptos.

Ella apuntó a su nuevo observador, que estaba sentado con otros dos, comiendo una ensalada y hablando.

—Ese. Tarc.

El Maestro Hamner miró e inclinó la cabeza.

—Se *parece* a Anakin Solo.

—¿Entonces crees que es una coincidencia?

—También tendrás que preguntarle a tu padre sobre eso.

—No, no, que fuera asignado a mí.

—Oh. —Él se encogió de hombros—. De verdad, no podría decírtelo. Las asignaciones las maneja la oficina de la Jefa de Estado.

—Bueno, quiero que lo cambien por algún otro.

—Entonces tendrás que contactar con la oficina de la Jefa de Estado. Estoy seguro de que será receptiva a la sugerencia. Los Jedi *están* entre su gente favorita.

Jaina se alarmó.

—¿Tienes algunos parientes muertos que te gustaría que te siguieran por ahí?

Él le tomó la mano y la llevó lejos de la puerta a paso tranquilo.

—¿Sabes?, tienes la boca de tu madre. Con eso no quiero decir que la configuración de tu barbilla y tus labios se parezcan a los de ella, aunque se parecen desde ciertos ángulos, sino que las cosas que salen de tu boca, las palabras, la inventiva, los insultos, tienen un distintivo sabor de la familia Organa.

—Gracias. ¿Qué me estabas preguntando sobre mamá?

—Dónde está.

—En casa, sospecho.

Hamner negó con la cabeza.

—Parece que el *Halcón Milenario* despegó en dirección al espacio esta mañana justo después del amanecer, con tu padre, tu madre y tu hermana adoptiva a bordo.

—Oh, bueno, quizás querían llevar a Amelia a un viaje de campo.

—Al espacio.

—Eso es bastante normal para mi familia.

—La grabación del comunicador de sus habitaciones, respondiendo a mi código, dijo que pidiera contactar directamente con la oficina de Lando Calrissian, Armas Tendrando.

—Bueno, ahí está tu respuesta.

—Y la oficina de Armas Tendrando dice que no saben dónde está Lando Calrissian, pero que entregarán el mensaje. Así que me estaba preguntando si tenías algún otro medio de ponerte en contacto con tu madre, algún método secreto.

—No, me temo que no.

Eso era una simple mentira, pero ella la había practicado tan bien y durante tantos años que dudaba que el Maestro Hamner fuera capaz de detectar el engaño en la Fuerza.

Él pareció satisfecho.

—Muy bien.

—Me disculpo, Maestro Hamner. Unos padres como los míos, que están fuera a todas horas, que nunca te cuentan adónde van, que te guardan secretos… Me están haciendo envejecer antes de tiempo.

El Maestro parpadeó y Jaina sintió que, en algún lugar bajo su calma Jedi, él estaba resistiendo la urgencia de estrangularla.

—*Muy* parecida a tu madre —fue todo lo que dijo.

—Necesito salir y contactar con la oficina de la Jefa de Estado.

¿Puedo ayudarte con algo más?

—No, gracias, he tenido toda la ayuda que puedo soportar.

Capítulo Diez

KESSEL

Incluso desde una gran altura, estaba claro que las minas de Kessel de Lando habían cambiado sustancialmente en las décadas que habían transcurrido desde que Han había sido un trabajador involuntario dentro de ellas, antes de que Lando hubiera sido el dueño. Cuando Chewbacca y él fueron capturados y presionados para que prestasen servicio aquí, la entrada principal había sido un enorme hoyo abierto rodeado por anchas planicies saladas y unos cuantos edificios administrativos. Ahora el agujero estaba cubierto, con un edificio bajo, cuadrado y gris colocado encima de él, y los edificios inmediatamente a su alrededor eran muchísimo más numerosos, aunque no más atractivos. El sentido personal del estilo de Lando claramente no había tenido influencia en la abigarrada colección de recintos prefabricados grises, blanco roto y marrones claros.

Un par de edificios más grandes y varios más pequeños eran ahora montones de ruinas, testimonio del poder de los terremotos recientes en esta área.

Siguiendo la baliza de navegación de Lando, Han se encontró mirando a un círculo del *tamaño* del *Halcón* de planicie salada blanca rodeada por escombros irregulares de sintopiedra marrón, probablemente sacados de los edificios derribados. Bajó con la velocidad dada por la confianza, ajustando ausentemente la longitud de las extensiones de los patines de aterrizaje del *Halcón* de manera que el transporte quedara perfectamente nivelado sobre el terreno irregular. Ajustando los impulsores y repulsores hasta cero, permitiendo que el *Halcón* se posara completamente en sus patines de aterrizaje, él sonrió. Podría estar de nuevo en Kessel, pero al menos su aterrizaje había sido perfecto.

—¿Cuándo *podré yo* hacer eso? —preguntó, a su lado y sentada en el regazo de Leia en la silla del copiloto, Allana.

—¿Hacer qué? ¿Un aterrizaje?

Ella asintió con los ojos muy abiertos.

—Uh, huh.

—Cuando crea que mi corazón sobrevivirá a la experiencia.

Han le dirigió una mirada a Leia como para decir: *«O quizás cuando tenga suerte y me muera antes de eso»*.

Leia le dirigió una sonrisa que era en parte divertida malicia. Ella bajó la mirada hacia su nieta.

—Pronto, creo que es lo que quiere decir.

Para cuando Han bajó la rampa de acceso, Lando y Nien Nunb estaba en su base, esperando, llevando las máscaras respiratorias necesarias para sobrevivir en la fina atmósfera de Kessel durante más que unos cuantos minutos. Nunb, el administrador de Lando en esta empresa, era sullustano, con un cabeza que parecía extrañamente como si se le hubiesen formado capas derretidas sobre los hombros.

A diferencia de la mayoría de su especie, sólo era ligeramente más bajo y rollizo que el adulto humano medio.

Lando corrió por la rampa arriba con el vigor de un hombre de la mitad de su edad.

—¡Han! Has llegado en poco tiempo.

Han le dio un abrazo rápido.

—Nos perseguía la burocracia en Coruscant. Tú eras el menor de dos males.

—Normalmente lo soy. —Lando les ofreció una de sus sonrisas gallardas, obviamente complacido de ser todavía considerado una mala influencia—. Vamos dentro. Tendra y Oportunidad están allí. —Levantó la vista hasta lo alto de la rampa—. ¡Hey, Erredós! Ha pasado mucho tiempo.

La sala de conferencias estaba dispuesta con un almuerzo ligero y bebidas. La sala no parecía como si perteneciera a este mundo sucio y que moría lentamente. La mesa ovalada en el centro tenía una tapa del mejor mármol azul y blanco, las sillas estaban recubiertas de cuero oscuro y perfecto y toda la atmósfera daba la sensación de estar haciendo negocios en lo más alto del distrito financiero de Coruscant.

Pero el enorme ventanal que se veía en la pared más larga mostraba las instalaciones poco prometedoras de las minas y la blancura polvorienta y estéril en la que nada podía crecer. A una distancia cercana estaba aparcado el *Halcón*. Más lejos había un edificio oscuro de paredes marrones y sin rasgos sobresalientes.

Cada pocos minutos, una bocanada de gas salía de él, enviando los muy necesitados oxígeno y nitrógeno al cielo rosa de apariencia insana. A lo lejos sobre cuestas artificiales había un edificio de tremendo tamaño, gris y marrón claro, con sus paredes exteriores inclinadas en diagonal con hileras de duracero y transpariacero brillante. Han sabía que ese era la vieja Institución Correccional Imperial, la prisión desde la que los antiguos señores de Kessel habían sacado a los trabajadores para las minas.

Han, Leia, Lando, Tendra y Nien Nunb se sentaron a la mesa. En la sala adjunta, a la que habían dejado la puerta abierta para que les llegara el sonido, Allana y Oportunidad jugaban en compañía de los droides, no sólo C-3PO y R2-D2, sino también el droide niñera del pequeño. El autómata de cuatro brazos con su cara redonda y sonriente y su voz casi la de una mujer humana parecía idéntica a Nanna, el feroz droide defensivo fabricado de un droide niñera y un droide de combate CYV 1 para cuidar y proteger a Ben Skywalker durante sus primeros años. Leia se preguntó ociosamente si este sería el mismo.

Tendra, la mujer de Lando, una mujer delgada, de pelo oscuro y con muchos años menos que su marido, estaba vestida con un top parecido a una chaqueta de color azul perla que sugería un mundo de arenas distantes y duelos entre animales y hombres. La blusa bajo él era de un gris iridiscente y su larga falda alternaba capas de esos dos

colores. Tendra esperó hasta que la cháchara para ponerse al día terminó antes de meterse en negocios.

—Creo que debo ofreceros algo de contexto.

Han asintió tristemente mientras comía tiras de filete de bantha asado de una brocheta.

—Esa es definitivamente la aproximación de una mujer de negocios. ¿Tienes un plan impreso para darnos?

Ella sonrió.

—Tú, tranquilo. Lando ha tenido estas minas desde hace alrededor de treinta años. Yo compré una parte cuando nos casamos.

Nien Nunb, quien administra la instalación, y podría añadir que muy bien, compro acciones gradualmente como parte de su contrato. Los tres somos los únicos dueños del negocio.

Leia asintió.

—Y dado que el gobierno de Kessel consiste básicamente en lo que los dueños del mayor negocio quieren que sea, no hay nadie para sacaros del apuro si un desastre os arruina el negocio.

Lando pareció infeliz.

—Exacto. Y mientras por una parte lo único que podríamos perder es dinero, es *mucho* dinero. Y por otra parte, si este negocio se vuelve inviable, para nosotros o para algún otro, la cantidad de glitterstim disponible en la galaxia cae hasta cero. Todos los usos médicos legítimos de la droga desaparecen.

Nien Nunb habló en la lengua rápida y cantarina de su pueblo.

Entendía básico, pero le costaba mucho articularlo.

Lando tradujo.

—Y, sí, habrá una reacción negativa del lado ilícito de las cosas.

Los glitbiters, adictos al glitterstim, causarán muchos problemas mientras luchan por las últimas reservas que queden y habrá peleas por una nueva droga para aplacarles. Probablemente acabarán con drogas más peligrosas, como uno de los sustitutos sintéticos de ryll.

Terminada su brocheta, Han la soltó.

—Creí que Kessel era sólo una roca. Una roca fea y fría con la forma de un tubérculo de tierra, girando apaciblemente por el espacio. Nada de actividad tectónica ni volcánica.

—Lo es.

Lando frunció el ceño.

—Eso es lo que nosotros pensábamos también, hasta que empezaron los temblores —dijo Tendra—. Eso fue hace unos dos años estándar, en el punto álgido de la guerra. En realidad, recuerdo exactamente cuándo. Recibí el informe de Nien Nunb sobre el primer temblor el mismo día que llegaron las noticias de la destrucción de la Estación Centralia. Los primeros temblores eran muy pequeños, pero se han vuelto peores con el tiempo. Los científicos no saben qué los está causando, así que no pueden hacer ninguna predicción

útil, pero no tienen razones para creer que no continuarán empeorando hasta que lo arrasen todo, derrumbando todas las minas y destruyendo las plantas atmosféricas, lo que haría el planeta inhabitable.

Nien Nunb habló de nuevo.

—Sí —dijo Lando—, he omitido eso. Lo siento. —Devolvió su atención a los Solo—. Me está recordando que los sismólogos que trajimos detectaron un sistema natural de cavernas, unas realmente grandes, mucho más profundas que nuestras minas. Los escáneres sísmicos las han detectado y también revelaron que algunas se han derrumbado entre lecturas, lo que puede ser parte de todo el desastre.

—¿Por qué hay cavernas en primer lugar? —preguntó Leia.

Lando pareció confundido por el cambio de tema.

—¿Huh?

—Las cavernas son causadas normalmente por el agua que se mueve por la roca blanda, erosionando agujeros en ella, ¿correcto?

—Supongo.

Han le sonrió a Lando.

—La ciencia duele, ¿verdad, amigo?

—La economía es mi ciencia.

—Pero Kessel nunca ha tenido esa clase de agua —continuó Leia.

Lando se encogió de hombros.

—Quizás las arañas de energía las excavaron. Para tener un lugar en el que tejer sus telas donde la luz no las alcanzase.

Leia le dirigió una mirada de ceño fruncido.

—¿Estás diciendo que las arañas evolucionaron en la superficie con telas fotorreactivas y que entonces, comprendiendo que la luz destruiría sus telas, excavaron un elaborado sistema de cavernas en el que vivir y esperaron a que especies que eran presas empezaran a deambular por ahí abajo para que se las comieran? —Ella negó con la cabeza—. La naturaleza fotorreactiva de las telas claramente es una adaptación posterior, algo que ocurrió una vez que hubieron estado abajo en las cavernas durante miles o millones de años.

Lando levantó las manos en señal de rendición.

—No lo sé.

—Lando, hay demasiados misterios en Kessel. Pasé el tiempo del viaje hasta aquí investigando. Tenéis tumbas en la superficie que ningún arqueólogo cualificado ha abierto jamás. Tenéis criaturas aviares del tamaño de humanos en la superficie que tienen un extraño apego por esas ruinas. Tenéis cavernas que no deberían existir y terremotos que no pueden ocurrir. Nos has traído aquí para solventar vuestro problema, pero creo que ya estaría medio resuelto si hubieses gastado algo de dinero en responder a esas preguntas hace años.

Durante el sermón de Leia, Lando se fue encorvando, acercando cómicamente su cabeza a sus hombros como un reptil marino con concha que intentaba retirarse para defenderse.

—Ya no hay muchos pájaros por aquí —dijo—. Son una especie moribunda.

—Lo que a ti te parece bien, porque no le producen dinero a la compañía.

Lando lanzó una mirada implorante a su esposa.

—Ayuda.

Tendra le sonrió.

—Lo siento, cariño. Estás solo.

—Oh. —Lando se enderezó, reasumiendo una pose normal. Se volvió hacia Nien Nunb—. De acuerdo. Necesitamos un equipo arqueológico completo aquí para investigar las tumbas. No muy grande, pero totalmente financiado durante al menos un año estándar galáctico, con una ampliación provisional a dos años más si nos gusta su trabajo. También necesitamos un equipo y un laboratorio xenobiológico aquí, bajo los mismos términos, para estudiar formas de vida indígenas aparte de las arañas de energía. Añade los costes a nuestras pérdidas por la interrupción de las operaciones mineras.

Cuando terminó, se volvió expectante hacia Leia.

Ella asintió, aplacada.

Han resopló.

—Bonita rendición, general. Así que pongamos las cartas sobre la mesa. ¿Qué quieres exactamente de nosotros?

—Me gustaría que bajarais ahí abajo. Que utilizaras tus conocimientos y las habilidades Jedi de Leia para comprender lo que los equipos científicos que he enviado ahí abajo no han sido capaces de comprender. Que comprendáis porqué está pasando esto.

Han había sospechado que esta sería la petición, pero saberlo por anticipado no evitó que le agriara el estómago. Entrar en esos túneles otra vez… Sin embargo Lando era su amigo, un amigo que necesitaba ayuda, un amigo que le había ayudado en momentos muy malos. Miró a Leia y vio su asentimiento.

—Sí, claro.

Esperaba que su voz no sonara tan poco amable como se sentía él.

—Genial —dijo Lando—. Así que… ¿qué necesitáis?

—Un vehículo —dijo Han—. Muy pequeño, no mayor que tus carros repulsores para las minas, de manera que podamos navegar por donde quiera que se entre. Llenos de sensores. Activos, pasivos, de un espectro tan ancho como sea posible. Y armas. No armas de energía. Estoy hablando de explosivos de fragmentación, lanzadores de balas, lo que puedas encontrar, dado que las arañas de energía pueden tragarse casi cualquier energía salida de un arma de mano o de las armas de un vehículo pequeño. También armas de mano en caso de que a Leia se le meta en la cabeza que necesita salir del vehículo.

—Hecho —dijo Lando.

—¿Cuándo puedes tenerlo preparado?

—Está esperando en la entrada principal de la mina. —Ante el alzamiento de cejas de Han, Lando sonrió—. Sé cómo piensas, viejo amigo.

—Creo que sí.

—¿Puedo ir? —Esta era Allana, de pie en la puerta de la otra habitación, justo al otro lado, medio oculta por la jamba.

Han y Leia intercambiaron una mirada. Leia devolvió su atención a Allana.

—¿Estabas escuchando en la puerta?

Allana dudó y entonces asintió. Caminó hacia delante con un movimiento tentativo.

—Trespeó empezó a contar una historia y me entró sueño, pero no quería dormir así que me moví hasta donde pudiera escucharos, porque vosotros sois más interesantes.

—Lo siento, cariño. —Han le dirigió a Allana una mirada que esperaba que fuera cariñosa y severamente paternal—. Es peligroso.

No es lugar para una niña pequeña. Tendrás que quedarte con Trespeó y Erredós y Oportunidad.

—Preferiría estar con vosotros.

—Lo sé, Amelia. Pero esta vez no va a ocurrir. En una misión, a veces la gente sirve mejor quedándose donde otros saben que están a salvo. Eso también es una contribución.

Han se volvió de nuevo hacia los otros y las miradas divertidas y comprensivas de todas sus caras decían elocuentemente: *«Tampoco es que nadie esté nunca ansioso por hacerlo»*.

El vehículo que Lando había preparado, descansando en el suelo blanco y polvoriento delante del edificio de entrada en la mina, había empezado su existencia aparentemente como un deslizador aéreo.

Tenía la misma forma baja y rectangular con un compartimento central de pasajeros que era omnipresente en esa clase de vehículos.

Pero este tenía el techo duro y saliendo del centro del techo había una pequeña torreta. Saliendo de ahí había unos cañones gemelos, uno con un diámetro no más ancho que el pulgar de Han y el otro lo bastante ancho como para casi encajar su puño en él. Él los reconoció como lanzabalas y un lanzagranadas, diseños antiguos que raramente se veían hacia el Núcleo galáctico pero más predominantes en los mundos del Borde Exterior y en planetas menos desarrollados. La torreta parecía como un añadido reciente.

Había signos de soldaduras nuevas alrededor de la torreta, de un gris metálico y apagado, y no habían sido pintadas en colores marrones claros como el resto del vehículo. En las superficies de metal sobre los compartimentos del motor y de carga había otras adiciones recientes, burbujas de transpariacero azul que albergaban equipamiento sensor. Estaban sobre parches de metal donde la pintura había desaparecido, quemada, y los

cables los atravesaban de manera que la instalación y los conectores pudieran pasar desde los sensores hasta el interior del vehículo.

Han le dio experimentalmente unos golpecitos con los nudillos al armazón y las ventanillas del deslizador. Ambas áreas le devolvieron tranquilizadoramente profundos *thumps*.

—¿Blindado? —preguntó Leia.

Tendra asintió.

—Solía ser un deslizador para trasladar a dignatarios visitantes ente la prisión y el campo de aterrizaje. Es viejo pero robusto. En cierto modo como Lando.

Ella guiñó un ojo en dirección a su marido.

Lando le dirigió una mirada de disgusto pero se dirigió a Han en vez de a ella.

—El lanzagranadas tiene dos modos, dos clases de munición. El botón está en la palanca de control de armas. Un modo es explosivos de fragmentación, muy sucio. Quédate por lo menos a cincuenta metros de uno de esos cuando estalle, incluso si estás dentro del vehículo. El otro es un señuelo que desarrollamos para tratar con las arañas de un modo no violento. Lanza una nave teledirigida con un paquete de calor muy poderoso dentro, que produce una signatura de energía más brillante que una escuadra de mineros. Se dirige automáticamente para evitar las paredes y tiene una duración de vuelo de alrededor de un minuto. Dispáralo, deja que la araña lo persiga y vete por el otro lado.

—Bueno, no es el *Halcón* —dijo Han—. Pero tendrá que servir.

Dentro, apilado en el asiento trasero, había trajes termales, gafas infrarrojas, máscaras respiratorias de repuesto con numerosas botellas de oxígeno de repuesto y baterías, paquetes de energía para los trajes termales, cajas de comida y agua y armas de repuesto que disparaban munición similar a la del sistema de la torreta del vehículo.

Han cruzó la mirada con Lando.

—¿Cuánto esperas realmente que nos quedemos ahí abajo?

—Todo el tiempo que queráis o necesitéis. En realidad cargué el vehículo para mí mismo. Durante el último par de semanas, Nien, Tendra y yo hemos bajado todos con él ahí abajo, buscando una causa para los problemas y plantando sensores para los sismólogos.

Sin suerte.

—Justo. —Han tomó aire profundamente, intentando disipar sus recuerdos del vuelo desesperado que Chewbacca, Kyp Durron y él habían hecho a través de aquellos pozos y túneles hacía más de treinta años antes. No ayudó—. Vamos.

Ataviados con los trajes termales, monos amarillo pálido de una tela resbaladiza y que retenía el calor, calentados más por una red de tubos entrelazados por la superficie, y máscaras respiradoras, Han y Leia subieron al deslizador, con Han a los controles. En unos momentos, el compartimento de pasajeros se presurizó y pudieron quitarse las

máscaras respiradoras. Dijeron adiós con la mano una última vez a los Calrissian y a Nien Nunb. Entonces Han encendió los motivadores del vehículo y lo puso en movimiento hacia delante.

Delante estaba el edificio que rodeaba la entrada principal de la mina. Han siguió los viejos raíles hacia la puerta, que se abrió atentamente ante ellos. Una vez pasadas, Han activó las luces externas del vehículo.

Estas iluminaron una única sala enorme, con el techo cruzado por resplandores metálicos de las poleas móviles que colgaban de él. No había suelo, sólo un cráter, un enorme bol cortado sobre la piedra gris y blanca, desvaneciéndose en la oscuridad en su punto más profundo, el centro exacto. Los raíles llevaban directos hacia el agujero.

Con los hombros subidos y que se habían vuelto rígidos por la tensión, Han siguió los raíles. En unos momentos, el anguloso bol cayó debajo de ellos y descendieron sólo sobre los repulsores en un pozo vertical que parecía infinito.

Capítulo Once

TEMPLO JEDI, CORUSCANT

A medida que Kenth Hamner se asentaba más y más en el papel de Maestro de la Orden Jedi interino, empezó a reconfigurar las cosas para acomodarlas a sí mismo, para incrementar su comodidad y eficiencia en el puesto.

Por ejemplo, las reuniones matutinas. Cada día después de que el desayuno se sirviera y se consumiera, se quedaba en pie en el Gran Vestíbulo y permitía que los Jedi se reunieran de manera que pudiera ponerse al día con ellos respecto a todas las noticias que sentía que podría distribuir. Quizás enviar los archivos a sus cuadernos de datos habría sido más eficiente, pero le gustaba ver las reacciones y tener respuestas inmediatas. Desde luego, los observadores ahora estaban entre los Jedi, siendo un extraño contraste con su mezcla de ropas: algunas civiles, algunos en ropa de día cómoda que se parecía a sus viejos uniformes militares y algunos en los uniformes actuales de las divisiones de la Seguridad de la Alianza Galáctica o de Inteligencia.

Este día, el Maestro Hamner comenzó.

—Como podéis haber oído en la emisión de Noticias de la HoloRed, hay rumores de que el gobierno está preparando un caso contra el Jedi Valin Horn por acciones criminales y daños causados por los sucesos recientes. Desde luego, nos resistiremos a estos procedimientos, ya que está claro que el Jedi Horn tenía, y aun tiene, disminuida sus capacidades. El gobierno y la Orden Jedi están de acuerdo en que se le debe permitir a analistas cualificados de desórdenes mentales que examinen al Jedi Horn para evaluar la relevancia de su estado mental. Estamos en el proceso de decidir los especialistas satisfactorios para ambos lados.

Consultó su cuaderno de datos y luego miró a su alrededor, con sus maneras más serias.

—En otro asunto, no señalaré a nadie para darle una desaprobación directa, pero está claro que algunos de los Caballeros Jedi se están permitiendo el lujo de tener un comportamiento que hace más difícil que sus observadores hagan su trabajo. Aunque la Orden aprueba la resistencia pasiva en circunstancias de inquietud cívica, no es apropiado que los propios Jedi lleven a cabo una resistencia pasiva contra las leyes con las que ha estado de acuerdo la propia Orden. Esta será mi última advertencia que no vaya acompañada por medidas correctivas.

»Hablando de observadores, la antigua Jedi Tahiri Veila ha rechazado rotundamente permitir que su observador la acompañe. El inusual estatus legal de Veila hace que su oposición a las regulaciones del gobierno sea interesante y el propio consejero principal del Templo ha aceptado su caso mientras ella y el gobierno se demandan el uno al otro.

»Maestra Sebatyne, Jedi Sarkin, Jedi Tekli, por favor presentaos ante mí para nuevas misiones. Eso es todo.

Mientras la asamblea se separaba, Jaina se agachó detrás de una columna, que era lo mejor para que no la vieran los observadores, y se abrió camino a hurtadillas hacia un grupo de escaleras traseras.

Momentos después, estaba a dos niveles más abajo y entraba en una sala de conferencias poco utilizada a causa de su techo bajo y el color oscuro poco atractivo de las paredes.

Jag, dentro, espero hasta que la puerta se sellara tras ella antes de tomarla en sus brazos.

—Te has quitado de encima a tu perseguidor.

—Él es tan… amistoso. Sería una pena matarlo. —Era una broma, pero incluso en broma, la noción de hacer pedazos a Dab, que se parecía tanto a su hermano Anakin, la noción de matar en cierto sentido a un segundo hermano, envió un estremecimiento por todo su cuerpo—. Esto tiene que terminar.

—¿El escabullirte?

—Oh, no tengo problemas con escabullirme. —Ella sonrió, con su humor restaurado—. Pero realmente que me sigan *mientras* me escabullo, lo odio.

—Siempre puedes dimitir de la Orden, escaparte conmigo al Imperio y establecer una escuela Jedi rival.

—Deja de decir eso. Está empezando a tentarme. —Ella habló con un tono más serio—. Jag, soy la Espada de los Jedi. Soy la defensora de esta Orden, no de alguna Orden rival, de alguna escuela que empieza. Mi destino está aquí.

—Tu destino era que vivirías una vida sin descanso y que nunca conocerías la paz. ¿Cómo puedes aceptar eso para ti misma?

—¿Y qué pasa si no lo hago? ¿Qué hubiera pasado si lo hubiera rechazado, si me hubiera retirado como Jedi y hubiera decidido divertirme después del lío del Nido Oscuro? Habría estado fuera en un mundo de vacaciones cuando Jacen se convirtió en la fuerza en la que se volvió. ¿Qué hubiera pasado si yo era la única que podía detenerle y nunca lo hubiera hecho?

—No ocurrió de ese modo.

—No, pero la próxima vez podría pasar. Si simplemente dejara de lado mi responsabilidad y me marchara al Remanente para jugar a ser maestra de escuela, ¿qué ocurrirá cuando se necesite la próxima vez a la Espada? —Algo se le ocurrió a ella—. ¿Quieres pasar más tiempo conmigo? ¿Años en lugar de sólo los próximos días o semanas?

—Sabes que sí.

—Entonces dimite como Jefe de Estado del Imperio. Hay muchos hombres y mujeres ansiosos por tener *ese* puesto.

Él se calló durante mucho tiempo.

—Yo… no puedo.

—Porque es *tu* responsabilidad.

Su «Sí» fue casi inaudible.

—Entonces no intentes convencerme de que abandone las mías.

—De acuerdo.

—Intentaremos hacer que esto funcione. Si no podemos… bueno, al menos tendremos este tiempo.

Él se inclinó hacia abajo para besarla, pero el comunicador de ella pitó, con un patrón distintivo de dos tonos y luego otros dos. Jaina se encogió y dejó que su frente cayera pesadamente contra el pecho de él.

—¿Qué pasa?

—Dab. Los observadores tienen todos que hacer comprobaciones sobre sus Jedi dos veces al día, en momentos aleatorios, para asegurarse de que estamos donde se supone que estamos. Tengo que correr escaleras arriba y enseñarle que todavía estoy aquí.

—Yo podría matarle *por* ti.

—Te lo he dicho antes… no me tientes.

A BORDO DE LA *SOMBRA DE JADE*. ESPACIO DE DORIN

Ben decidió que Dorin era simplemente el planeta habitado más feo que podía recordar y había visto muchos. También era uno de los sistemas estelares más extraños en su experiencia. Incluso después de haber leído sobre él antes de llegar, descubrió que saberlo por adelantado no reducía el efecto de ver el sistema a través de los ventanales de la *Sombra de Jade*.

El sol de Dorin era una cosa pequeña y naranja y estaba situado directamente entre dos enormes y próximos agujeros negros. El efecto de red, mirando al sistema desde un punto fijo a menos de un año luz de distancia, era el de ver una luz distante y débil iluminando un camino precario con acantilados sin fondos a cada lado. Excepto que Ben, alisándose el pelo de la nuca, no percibía los agujeros negros como caídas peligrosas, sino como ojos sin vida que le miraban.

—De alguna manera te atrapa, ¿verdad?

Su padre levantó la vista de la tarea de introducir el último salto hiperespacial. Los cálculos aquí tenían que ser muy precisos. Situado entre dos pozos gravitacionales tan poderosos, el sistema Dorin era muy complejo y cualquier error matemático tenía más posibilidades de lo normal de poner en peligro la nave.

Luke asintió.

—Los agujeros negros son un fenómeno astronómico interesante para los científicos y una imagen vagamente perturbadora para la mayoría de la gente… pero los usuarios de la Fuerza y los sensibles a la Fuerza realmente sienten una auténtica aversión o miedo por ellos.

—¿Por qué?

Su padre se encogió de hombros.

—La Fuerza se deriva de la vida. Incluso la muerte no es tan perturbadora para un usuario de la Fuerza, dado que es parte, una consecuencia necesaria, de la vida. Los

agujeros negros son algo diferente. Un cese fuera de la vida. Quizás la manera que atraen a toda la energía y la atrapan para siempre va contra nuestros instintos.

No estoy seguro. Sé que a los niños sensibles a la Fuerza que ocultamos en el Refugio durante la Guerra Yuuzhan Vong *no* les gustaba estar en las Fauces, rodeados por todos lados de agujeros negros. Tú eras demasiado joven para recordarlo, pero los cuidadores Jedi del Refugio dijeron que hubo muchos llantos.

—¿Yo lloré mucho?

—No lo creo. Estabas bastante desconectado de la Fuerza en aquellos días.

—Bueno, bien.

Luke sonrió y devolvió su atención a sus cálculos.

—Listos para saltar en diez segundos… cinco, cuatro…

Cuando el espacio se destorció alrededor de ellos, estaban muy dentro del sistema Dorin. El sol que tenían delante era más grande pero no más alegre y su tono apagado parecía casi sucio. Ben podía ver estrellas por encima y por debajo del sol, pero mirando a la derecha y a la izquierda a través de los ventanales del yate, no había nada, ningún bienvenido brillo de estrellas. Suprimió un estremecimiento.

Le costó a Luke varios minutos contactar con el control de naves espaciales de Dorin por el comunicador. La distante oficial hablaba básico con un acento extraño y ligeramente apagado, pero autorizó rápidamente a Luke a aterrizar su nave en el espaciopuerto de la ciudad capital de Dor'shan y le aseguró que las botellas de aire de repuesto para sus máscaras respiratorias estarían fácilmente disponibles para comprarlas.

Mientras Dorin se hacía más grande en el ventanal delantero, este no se volvió más atractivo para Ben. Oscuro y moteado, tenía un aspecto sombrío. Pero entonces se abrió a la Fuerza y sintió que tal emoción no emanaba de él. De hecho, estaba tan vivo como cualquier mundo poco poblado que hubiese visitado y era mucho más alegre bajo la superficie que el malevolente Ziost. Se relajó.

Dorin no era un lugar de miedos ocultos o intenciones malvadas.

Se deslizaron por la lóbrega atmósfera y descendieron hacia una ciudad en penumbra de edificios que eran pequeños y estaban aislados para los estándares de Coruscant. Muchos eran bóvedas, zigurats y trapezoides, todos con formas mucho más ancha en la base que en la cima y a Ben le recordó lo que había leído de este mundo, que su arquitectura e incluso, en cierto grado, las habilidades de los Sabios Baran Do se habían desarrollado como respuesta a las feroces tormentas que barrían frecuentemente la superficie del planeta. Ben decidió que estos edificios cuadrados y feos eran idealmente apropiados para una población que necesitaba agacharse y esperar a que pasara el mal tiempo.

Y quizás no eran tan feos después de todo. Incluso desde una gran altitud, había visto la ciudad como un mar de brillantes luces de muchos colores y cuando bajaron lo suficiente para ver los detalles de las fachadas de los edificios iluminadas por esas luces, Ben vio los patrones geométricos y orgánicos de los kel dor pintados con colores muy iguales. Algunas estructuras tenían marrones claros y dorados en olas de color que

sugerían tormentas de arena, mientras que otros estaban moteados en colores acuáticos que probablemente convencerían a alguien de pie junto a ellos de que estaba descansando en el fondo de una bahía poco profunda.

Entonces estuvieron sobre el espaciopuerto. Cada edificio tenía una terminal o un hangar abovedado, con simples flechas en los tejados apuntando a un círculo o una serie de círculos de aterrizaje específicos. Luke posó la *Sombra de Jade* en un círculo de permacreto cerca de una pequeña bóveda blanca y marrón clara.

Entonces se deslizó lentamente sobre los repulsores, siguiendo las luces parpadeantes incrustadas en la superficie del permacreto hasta un hangar abovedado adyacente, cuyas puertas se cerraron y se sellaron una vez que el yate se hubo posado. Dentro, el hangar estaba bien iluminado pero vacío.

Ben se soltó el arnés y se puso en pie.

—Este lugar no es tan feo como pensé al principio.

—No, no lo es. —Luke señaló al asiento de Ben—. Siéntate.

—¿Huh?

—Comprobación de postvuelo.

—Oh. —Exasperado, Ben volvió a sentarse y abrió su lista de comprobación en el monitor—. Motores enfriándose dentro de los índices estándar. Me he dado cuenta de que no hay nadie aquí.

—No hay nadie aquí, comprobado.

—Haciendo los diagnósticos de los motores ahora. Y las puertas del hangar están… —Ben devolvió una petición por el comunicador de su panel de control al del hangar—. Cerradas. Estamos encerrados.

—Encerrados, comprobado.

—Deja de hacer eso.

Luke sonrió.

—Se supone que tenemos que quedarnos aquí hasta que completen una inspección de rutina.

—*Inspección*. —Ben sintió un poco de rabia—. Eres el Gran Maestro de la Orden Jedi.

—Y el cuñado de un contrabandista.

—Bueno, tu rango debería contar para algo. Uh, diagnósticos preliminares comprobados en verde.

—Diagnósticos completos de todos los sistemas, por favor.

Ben inició el programa. Mientras lo hacía, vio una sección oval de la pared alargarse hacia ellos, prolongándose lentamente hacia un anillo de acople lateral.

—Aquí vienen.

Ben y Luke se encontraron con ellos en la escotilla. Esta se abrió para revelar a dos humanoides, delgados hasta el punto de estar escuálidos, vestidos con túnicas negras decoradas con patrones de líneas verticales negras y azul cielo. Eran calvos, con ojos inteligentes que parecían muy humanos, pero la parte inferior de sus caras estaban oscurecidas por máscaras respiratorias. Uno llevaba un aparato en una mochila negra. Un cable de metal iba desde ella hasta un aparato parecido a una vara, con numerosas entradas para sensores a lo largo de toda su longitud, que él sostenía en su mano.

El otro tenía un pequeño lector de tarjetas.

El que tenía el lector de tarjetas extendió una mano, con la palma hacia arriba.

—Tarjetas de identidad, por favor.

Su básico no tenía acento.

Ben le entregó su tarjeta al kel dor un instante después que su padre. El inspector deslizó cada una durante un momento en su lector.

—Soy el teniente Dorss, aduanas. Este es el sargento Vult. Él llevará a cabo una breve inspección de su nave. ¿Se puede acceder a todos los compartimentos?

Luke asintió.

—Sí.

De nuevo Ben sintió la urgencia de protestar, de decirles: *«No lo entendéis, este es Luke Skywalker. ¿Por qué os molestáis?»*. Pero su padre parecía imperturbable, así que él pretendió estarlo también. Sin embargo, se preguntó qué tenía de bueno viajar bajo un nombre tan famoso como el de su padre si este al menos no lubricaba las ruedas de la burocracia.

El segundo kel dor desapareció hacia atrás, moviendo la vara de su sensor.

Ahora Dorss empezó su ritual de interrogación.

—¿Propósito de la visita a Dorin?

—Investigación —dijo Luke—. Buscamos una audiencia con los Sabios Baran Do.

—¿Compra-venta de información, entonces?

Luke frunció el ceño, perplejo.

—No lo creo. No planeo ofrecer ningún crédito por la información que estoy buscando. Ni les cobraré por ninguna información que yo proporcione.

—¿Ningún bien para comerciar?

Ambos Jedi negaron con la cabeza.

El kel dor dudó y entonces les devolvió sus tarjetas de identidad.

—Turismo, entonces. —Había un aire definitivo en su decisión—. ¿Requerirán alojamiento?

—No, por el bien de la conveniencia, mantendremos las habitaciones dentro del yate.

El kel dor asintió deliberadamente. Había algo en el gesto, como si hubiera decidido mucho antes que las celebridades eran tacañas con sus créditos y se alegrara de que Luke Skywalker reforzara el estereotipo, lo que irritó más a Ben.

El sargento volvió y le dijo unas cuantas palabras a Dorss en lo que debía haber sido la lengua nativa de Dorin. Dorss asintió.

—Todos los efectos personales dentro de los límites categóricos.

Disfruten de su estancia en Dorin.

—Gracias.

Luke les dijo adiós con la mano agradablemente mientras ellos reentraban en la escotilla.

Ben frunció el ceño.

—Esto es peor que viajar de incognito. Actuaron como si nunca hubieran oído hablar de ti.

Luke sonrió y había sólo un poco de burla en ello.

—Tú has estado por ahí, Ben. ¿No fue mucho más agradable que llegar a algún lugar y descubrir que todo el mundo está intentando dispararte?

—Bueno… sí.

—No te acostumbres demasiado a los beneficios de la fama, hijo.

Te encontrarás cometiendo errores para mantenerlos cuando te los arrebaten.

—Supongo.

—Ahora ve a la red de datos planetaria y encuéntranos mapas de la ciudad, directorios de la ciudad, la localización del cuartel general de los Baran Do y nombres de contactos para nuestros cuadernos de datos. Yo comprobaré nuestras máscaras respiratorias para asegurarme de que están listas para el trabajo.

—De acuerdo.

Ben volvió a la cabina, preguntándose si, al decidir acompañar a su padre, de alguna manera se había consignado a diez años de penumbra.

No, esa era la perspectiva de un niño. Tenía que continuar pensando como un adulto. Como un Jedi.

Incluso un Jedi en el exilio.

Capítulo Doce

MINAS CALRISSIAN-NUNB, KESSEL

—El hoyo —dijo Han— es lo que ocurre cuando una planta de atmósfera se asienta en un lugar durante unos cuantos años. Esta extrae las piedras que tienen oxígeno y nitrógeno dentro.

Rompe las piedras, escupiendo el polvo a través del agujero hacia una colina creciente de arena y arrojando los gases hacia el cielo.

Mientras tanto, el hoyo de debajo se hace más y más grande hasta que tienen que desmantelar la instalación y moverla. En Kessel, algunos de estos hoyos se abren camino hasta el sistema de cavernas.

—Y si los exploradores encuentran especia, nace una mina —dijo Leia.

Han asintió, sombrío.

Por debajo, el pozo estaba rodeado por un grupo de luces que indicaban un nivel de la mina específico. Descendiendo más allá de él, las luces de su vehículo revelaron una gran puerta de metal en el lado del pozo justo por encima del círculo de luces, sugiriendo que un túnel lateral continuaba más allá de la puerta. Muchos metros más abajo, pudieron ver otro grupo de luces.

En el monitor del lado del pasajero, Leia abrió un mapa esquemático del complejo de la mina.

—Entonces déjame ver si lo entiendo. Las arañas de energía se alimentan de energía. La extraen de las cosas vivas.

—Un, huh.

—Y también tejen sus telas para atrapar a sus presas.

—Bueno, principalmente de alguna manera escupen las telas sobre la superficie de las rocas. Normalmente no las tejen abiertas al aire. Aunque a veces tejen líneas para escalar.

—¿De dónde viene la masa para las telas? ¿Y la masa que permite crecer a las arañas? No de una conversión en materia de la energía.

No pueden estar absorbiendo tanta energía.

Han negó con la cabeza.

—Comen cierta cantidad de roca. Kessel está lleno de vetas de ryll y el ryll es uno de los componentes principales del glittertim.

Sin ser una especia tan efectiva ni tan rara como el glittertim, el ryll era un mineral encontrado en varios mundos, notablemente en Ryloth, planeta natal de los twi’lekos. A medida que la información sobre las arañas de energía había sido publicada a lo largo de los años por la compañía minera de Lando, Han se había mantenido al día, por una sensación de horrorosa fascinación.

Pasaron otros dos grupos de luces durante este intercambio de palabras. Leia seguía su progreso en su diagrama.

—¿Hasta dónde vamos a bajar?

—Hasta el fondo, o hasta que sientas algo.

—Todavía nada.

—Podríamos simplemente volver a subir, coger a Allana e irnos a casa.

—¡Siento algo!

—¿Qué?

—Irritación. Deja de intentar escabullirte de esta misión.

Han suspiró.

Descendieron en silencio durante un tiempo. Finalmente las luces del deslizador iluminaron una dura piedra alrededor y por debajo: el final del pozo, y no había túneles, artificiales o naturales, que salieran de allí. Han incrementó la energía de los repulsores y se elevaron hacia el siguiente círculo de luces más arriba, la entrada del túnel más bajo.

Mientras flotaban fuera de la puerta de metal, Leia tocó un control en el panel ante ella. La puerta se deslizó para abrirse, revelando más allá una sala con el suelo de baldosas oscuras.

—Sin embargo —dijo Han—, esto es mucho mejor que la primera vez que estuve aquí abajo. Las puertas se abren cuando quieres que lo hagan y el administrador de la mina te da bebidas y armas en lugar de enviar a alguien para que te mate.

—Eso es un progreso.

La sala con el suelo de baldosas era una sala de preparación. Una hilera de taquillas tenía equipamiento que los mineros utilizarían en su trabajo. No había nadie presente, Lando había dicho que estaba manteniendo a todo el personal fuera de la mina hasta que se resolviera la situación, y por alguna razón Han encontró esa falta de gente por añadidura perturbadora. Si Leia y él tenían que salir corriendo de un monstruo que no pudieran matar, no habría guardias repugnantes que distrajeran a las bestias. Han prefería tener a gente que se moviera más despacio detrás de él en situaciones como esa.

Salieron de la sala de preparación hacia una sala donde esperaban los vagones mineros. El pequeño tren de seis vagones de techos abiertos descansaba en el suelo de piedra polvoriento pero si se activaban, se elevarían sobre los repulsores, pareciendo un ciempiés volador. Los vagones parecían como equipamiento original de la primera visita de Han a Kessel.

Otra gran puerta de metal en el lado más alejado de la sala se abrió ante la señal transmitida por Leia, dándoles acceso a los propios túneles de la mina.

—No te preocupes —dijo Leia—. Esta no es una región de alimentación. Eso reduce las posibilidades de que nos tropecemos aquí con una araña.

—*Regiones de alimentación*.

La última puerta se cerró detrás de ellos. Ahora sólo las luces del deslizador mantenían alejada a la oscuridad total. El pelo intentó ponerse de punta en la nuca de Han. Él se lo aplastó.

—Para ayudar a controlar los movimientos de las arañas de energía y darle a los mineros algunos lugares predecibles en los que buscar especia, Lando y Nien Nunb enviaron ryll procesado y aparatos incendiarios a pozos específicos en rotación. Mientras

las arañas están comiendo en un área y tejiendo nuevas telas allí, los mineros van a las áreas donde estaban antes y consiguen especia fresca. Este —Leia hizo un gesto, indicando lo que les rodeaba— no es uno de los túneles en rotación.

—¿Todo eso está en el mapa?

—No, el mapa simplemente dice dónde están las zonas de alimentación en este momento. Busqué lo que significaba en el folleto que Tendra me dio.

—*Folleto*.

—Ya sabes, un documento con el plan de negocios. Utilizado, entre otras cosas, para persuadir a la gente para que invierta.

Han la miró, alarmado.

—¿Querías invertir en *esto*?

Leia suspiró.

—No. Era una fuente de información conveniente y eso es por lo que Tendra me lo dio. Pero supongo que podría invertir en todos los negocios que te han traído tantísima alegría a lo largo de los años.

Por ejemplo, el imperio comercial de Jabba el Hutt.

—Está muerto. Tú le mataste.

—Sí, pero su negocio sigue vivo. O algo como algunos de los subcontratistas que fabricaron la Estrella de la Muerte.

—Para ya.

—Tal vez simplemente la gente que hace compactadores de basura. Todo el mundo necesita compactadores de basura. Oh, y en vacaciones soñadas congelado en carbonita.

Han simplemente apretó los dientes, determinado a esperar a que acabara.

Delante, el túnel se bifurcaba. Leia consultó el mapa, siguiendo las dos rutas con la punta del dedo.

—Este, el más bajo, Lando lo ha marcado como uno de los lugares donde Tendra y Nien habían plantado sensores. Este otro, que no baja tanto pero se dirige hacia el este en un ángulo extraño, no ha sido explorado recientemente. Probemos con este.

—¿Ese es sólo un interés aleatorio o un presentimiento de la Fuerza?

—Aleatorio… —Ella se detuvo y una mirada de dulce sorpresa cruzó su cara—. Ambos, quizás.

Han giró a la izquierda, hacia el túnel que ella indicaba.

CIUDAD DE DOR'SHAN, DORIN

Ben no se sentía a menudo como un completo extranjero, pero este mundo parecía decidido a convencerle de que lo era.

Empezando con su máscara respiratoria, un aparato que le cubría toda la cara que mantenía la atmósfera planetaria, compuesta principalmente de helio con algunos otros gases en la mezcla, bajo control. Estaba unida a un aparato colgado a la espalda que incluía botellas de oxígeno y nitrógeno mezclado y un convertidor que rompía una

porción del dióxido de carbono que salía de los pulmones humanos en sus componentes elementales, reintroduciendo el oxígeno en la mezcla respiratoria. Un humano podía sobrevivir la mayor parte del día en un planeta como este sólo con una carga, pero Ben no estaba impresionado por la conveniencia del aparato. Era como estar encadenado a su equipaje.

Luego estaba la gente. Luke había decidido que Ben y él caminarían hasta el templo de los Sabios Baran Do, ya que el mapa mostraba que no estaba lejos para una caminata para estirar las piernas, y de esa manera Ben tuvo la oportunidad de ver a cientos de los kel dors que estaban en el edificio de la terminal del espaciopuerto y en las calles.

Como los dos que habían llevado a cabo la inspección, la mayoría eran altos y angulosos. A diferencia de los inspectores, tenían la cara desnuda… ¡y qué caras tenían! Cabezas redondas y calvas, ojos hundidos, narices estrechas parecidas a pliegues que le parecían a Ben como intentos fallidos de convertirse en picos de pájaros y bocas grandes y sin dientes que parecían como si pertenecieran a humanos muy viejos… Ben intentó no mirar a cada cara con la que se cruzaba, pero no podía contenerse, y eso no le gustaba por la conclusión a la que llegó.

Cuando su padre y él llegaron a la calle donde se encontraba el templo, una calle casi libre de deslizadores pero todavía con tráfico peatonal y ya no estuvieron cerca de ninguna multitud de nativos, habló.

—Papá, esta gente no son guapos.

Luke lo consideró.

—Desde cierto punto de vista, quizás.

—De alguna manera me preocupa que les vea de este modo.

—Bueno, sabes la respuesta a eso. ¿Cuál fue una de las primeras cosas que aprendiste al entrenar para ser un Jedi?

—No te cortes tu propia cabeza con tu sable láser.

—Después de eso.

—Tus ojos pueden engañarte. Se consciente de tus sentimientos.

Las chicas son divertidas pero peligrosas. Lando tiene cartas extra en la manga.

—Bueno, la verdad está ahí en algún lugar… Te diré qué, si crees que está mal que pienses en ellos como feos, sólo piensa en cómo *te* ven *ellos*. —Luke hizo un gesto de barrido, abarcando a su hijo de la cabeza a los pies—. Bajito, rechoncho, de piel lisa, una nariz que sale para fuera como la de un roedor, una pequeña boquita con cosas blancas y puntiagudas en ella y algo horrible parecido a un arbusto que crece en tu cabeza.

Ben se rió.

—Y eso lo dice el hombre que ha llevado un peinado con un corte de taza casi toda su vida adulta.

—Eres joven, Ben. Aprenderás a ver con ojos más sabios. Y si te propones hacerlo deliberadamente, será más fácil.

El tramo de la ciudad entre el espaciopuerto y su destino estaba muy lleno con edificios más pequeños, con las señales exteriores en el idioma kel dor que sugerían que

la mayoría eran negocios. Ahora los edificios eran más grandes, algunos situados dentro de paredes que los cercaban. Ben comprobó su cuaderno de datos, utilizando su sistema de posición planetaria cómodamente familiar para comparar su localización con los mapas y descubrió que sólo estaban a cuarenta metros de su objetivo. Apuntó hacia delante y al otro lado de la calle.

—Allí.

A lo que estaba mirando era claramente un complejo residencial: un gran edificio con forma de zigurat, con cada uno de sus cuatro pisos más oscuro que el de abajo, graduado desde el gris y negro de las nubes de tormenta hasta el azul cielo, rodeado por edificios exteriores de dos pisos de altura de colores similares, todos dentro de una pared hecha de postes de duracero forjado negro con láminas de transpariacero colocadas entre ellos. El transpariacero era suave y un poco desigual y Ben pudo visualizar, quizás como una pequeña visión de la Fuerza, a los aprendices Baran Do puliéndolo durante años, eliminando pequeños arañazos que habían causado que el material transparente se volviera ligeramente gastado y deformado.

A través de este, mientras Luke y él avanzaban, los edificios parecían distorsionados y combados.

Se detuvieron ante las puertas, que estaban entreabiertas y sin defensas. Un camino de baldosas rojo anaranjadas llevaba desde allí hasta los escalones que se elevaban hacia el edificio principal. Las puertas frontales dobles también estaban abiertas, con la luz que salía desde el interior.

Luke miró el camino de entrada y sonrió.

—¿Qué es tan divertido?

—La tradición. Ya lo verás. Vamos.

Luke puso su cara serena de Gran Maestro, se aseguró de que sus ropas estaban presentables y se dirigió hacia dentro. Con una rápida comprobación de su propio pelo, Ben le siguió, un paso por detrás y hacia la derecha.

La sala de entrada del templo de los Sabios Baran Do era grande e impresionante. Las paredes de piedra negra tenían más de seis metros de altura. Columnas de piedra blanca contra aquellas paredes, redondas y ligeramente más estrechas en la base que en la parte alta, no sólo sugería que el techo se mantendría a cierta distancia sino que ayudaba a contrarrestar la oscuridad de la decoración. El techo era de una piedra negro azulada y centelleaba como un cielo estrellado, mientras que el suelo era de un permacreto marrón pulido y suave, quizás incluso encerado. Todo estaba débilmente iluminado por barras luminosas azules al nivel del suelo contra las paredes.

Ben asintió, comprendiendo instantáneamente la intención del estilo decorativo. El cielo por encima, el suelo debajo, la oscuridad de los agujeros negros a cada lado, columnas que sugerían las construcciones o las intenciones de los seres vivos manteniendo aquellas anomalías celestes de pesadilla a una distancia segura.

Inmediatamente opuesta a la entrada principal estaba una plataforma elevada con escalones que llevaban hasta ella. Sólo tenía un metro de alta por encima del suelo y no

había más decoración en ella. Ben medio había esperado un trono de alguna clase, o un círculo de asientos como en la Sala de los Maestros en el Templo Jedi.

Había una mujer kel dor de pie en la plataforma, con ropajes blancos con una decoración de líneas curvas de puntos rojos y negros. Ella estaba mirando a la pared de la izquierda mientras Luke y Ben entraban y no reaccionó a su llegada.

Ninguna otra puerta o pasillo parecía salir de la sala, pero las láminas de piedra negra de las paredes, encajando juntas casi sin que se vieran las juntas, podían ocultar una docena de salidas.

Luke se detuvo a dos metros de los escalones de la plataforma y esperó. Ben se quedó en silencio a su lado.

La mujer kel dor se volvió hacia ellos. Ella habló, con su básico ligeramente sazonado con un acento cantarín.

—¿Quién viene a nosotros?

—Soy Luke Skywalker, un Jedi. Este es mi compañero, el Jedi Ben Skywalker.

—Ah. Nombres famosos. —La mujer inclinó la cabeza mientras los estudiaba—. Mi nombre no es tan famoso. Soy Tistura Paan.

Luke inclinó la cabeza a modo de saludo.

—Es un placer conocerla.

—¿Qué asuntos les traen ante nosotros?

—Estoy investigando los viajes de un antiguo estudiante mío.

Estoy intentando determinar si vino aquí y lo que podría haber aprendido.

—¿El nombre de su estudiante?

—Jacen Solo.

—También un nombre famoso. —Tistura Paan se rascó su pliegue nasal—. Creo que estas son preguntas para la Señora de nuestra orden, Tila Mong.

Luke asintió.

—Entonces deseo hablar con vuestra Señora tan pronto como le sea posible.

—¿Y quién debo decir que desea verla?

Luke dudó tan brevemente que Ben sospechó que sólo él lo había detectado.

—Como dije antes, el Jedi Luke Skywalker y el Jedi Ben Skywalker.

—Ah. Hay una confusión. ¿Cómo puedo ir ante mi Señora y decirle que el famoso Luke Skywalker está aquí, cuando no puedo probar que usted es realmente él?

El más débil rastro de sonrisa apareció en la cara de Luke.

—Podría aceptar mi palabra.

—Una palabra que es inapreciable si usted es realmente Luke Skywalker y sin valor mesurable si no lo es.

—Me parezco a mis holos. De alguna manera. Si hay que creer a mi familia.

—Como haría cualquier impostor realmente habilidoso. —Ella separó sus manos, con las palmas hacia arriba, en un gesto muy humano de impotencia—. Me temo que estamos en un callejón sin salida. A menos que…

—¿Sí?

—Bueno, yo no tendría ninguna oportunidad en combate con el auténtico Luke Skywalker.

Luke sonrió en el acto.

—O contra cualquier impostor suficientemente bien entrenado.

—Eso no es un hecho. No obstante, si me derrotara, yo aceptaría que su afirmación de que es Luke Skywalker es probablemente cierta y transmitiría su mensaje a mi señora.

Luke asintió.

—Una solución útil. Pero impráctica.

—¿Por qué?

—Porque no es usted digna de enfrentarte a mí.

Ben sintió que sus ojos se abrían por la sorpresa. Se forzó a sí mismo a reasumir su expresión impasible de jugador de sabacc. Pero las palabras de su padre le desconcertaron. Sonaban tan agradables por el tono y sin embargo eran más arrogantes que nada que hubiese oído decir jamás a su padre.

—Sin embargo —continuó Luke—, si un antiguo aprendiz mío puede vencerla, entonces se aplica las mismas condiciones. —Él se volvió hacia Ben—. Hijo, ve a darle una paliza.

Ben se quedó paralizado como si la mirada de su padre fuera la de algún monstruo paralizador de una leyenda. Después de un momento, fue capaz de aclararse la garganta, cubriendo su confusión.

—¿Señor? —dijo.

—Sube ahí y derríbala unas cuantas veces.

—Sí, señor.

Devanándose la mente, Ben subió los escalones a grandes zancadas para colocarse ante Tistura Paan. Y se preguntó durante un momento si Valin Horn había tenido razón, si los Jedi que conocía habían sido reemplazados repentinamente por imitadores.

Tistura Paan le dirigió a Luke una mirada que Ben interpretó como desdeñosa.

—Espero que tenga otro hijo, de manera que uno sano pueda ocupar su puesto mientras este está en el suelo amoratado y llorando.

Luke les volvió la espalda.

—Sólo luchad. Hacédmelo saber cuando esto termine.

Tistura Paan arremetió contra Ben, un golpe de la mano izquierda con el puño plano directo hacia su cara. Ella no le miró de antemano y no le dio ninguna advertencia visual de sus intenciones. Pero sintiéndola canalizar su poder a través de la Fuerza, él se inclinó fuera de su camino y el golpe encajó en su lugar justo al lado de su nariz. Él atrapó la muñeca de ella con su mano izquierda y golpeó su codo con la derecha. Era un golpe duro pero no salvaje, que hiperextendió su articulación pero no la rompió. Ella dio un tirón repentino e instantáneamente estaba a metros de distancia, sacudiendo su brazo como para librarse del dolor.

Ben caminó lateralmente para ocupar el centro de la plataforma y cayó hasta una postura defensiva. Él no cometería el mismo error que Tistura Paan. Si el papel de ella

aquí era desafiar a cada visitante, o sólo a cada visitante que clamara ser un famoso Jedi, probablemente sería buena en su trabajo.

Ella cargó contra él, con los brazos golpeando fuerte. Él caminó de lado, alargando el brazo hacia la mano derecha de ella, pretendiendo retorcérsela y lanzarla más allá de él fuera de control, pero el salvajismo del ataque de ella era todo fachada. Saltando más allá, ella le dio una patada en el diafragma, un golpe rápido y duro.

Él continuó su propia maniobra hasta convertirla en un giro. Cuando la kel dor le golpeó, la fuerza del golpe estaba reducida. Todavía hizo daño, con la flaca pierna de ella golpeando como un bastón, pero él meramente fue forzado a retroceder un paso, con un pinchazo en las entrañas donde ella le había golpeado. Él no cayó.

Tistura Paan cayó a la plataforma en un giro practicado y se puso en pie al borde. Ella giró, lista otra vez.

Ben le lanzó una mirada a su padre. Luke todavía estaba de espaldas a la pelea y parecía como si se estuviera sacando la mugre de debajo de una uña.

Tistura Paan avanzó más cuidadosamente, con pasos cortos, su lado izquierdo hacia delante, las manos levantadas y listas en una postura marcial clásica. Ben la imitó. Él no estaba seguro de cuánto debía continuar dejándola demostrar sus habilidades y tácticas como agresora de la pelea. Mientras más lo hiciera, calibrando las habilidades de ella, más tiempo le daría a ella para desarrollar una estrategia que tuviera éxito. Pero tampoco quería precipitarse ciegamente a un ataque para el que ella tenía una defensa lista y practicada.

Ella se detuvo bien cerca de él e hizo un gesto como si ahuyentara a unos niños frente a ella, pero el movimiento fue más repentino, más forzado. Y Forzado: Ben sintió una subida en la Fuerza y entonces de repente el viento estaba empujándole hacia atrás hacia el borde de la plataforma, tirando de sus ropas, ejerciendo presión sobre su máscara respiratoria.

Sabía instintivamente que caer por el borde significaría perder el encuentro. Puso los pies hacia atrás, sujetándose contra el viento de la Fuerza y utilizó sus propios poderes para anclarse en el sitio.

Él se detuvo, con su sentido táctico diciéndole que su pie trasero estaba a meros centímetros del borde de la plataforma. Pero se mantuvo donde estaba.

Entonces el ataque de Tistura Paan le arrancó la máscara respiratoria de su cara. Esta voló tras él. Un repentino tirón de su espalda le dijo que había llegado al final del cable que la sujetaba a las bombonas en su espalda.

Esto era malo. Si dedicaba algún esfuerzo a ponerse la máscara respiratoria, ella sería capaz de asaltarle, tal vez con éxito. Si no lo hacía, estaría limitado por la duración que le daría el aire que todavía había en sus pulmones, menos de un minuto, considerando sus esfuerzos excesivos. Pero tenía que hacer una cosa u otra…

No, no tenía que hacerlo. Su padre siempre le había enseñado a buscar la tercera de dos opciones. Se quitó las bombonas, dejando que el asalto de la Fuerza de Tistura Paan las llevara lejos de su cuerpo. Las oyó chocar contra la pared de piedra.

Los ojos de Tistura Paan se abrieron por la sorpresa. Ella sonrió.

—Gracias por entregarme la victoria. Bueno, en unos momentos.

El viento de la Fuerza se detuvo.

Ben no malgastó aliento en responder. Avanzó y lanzó una rápida combinación de puñetazo-patada-puñetazo, no completamente a toda velocidad o fuerza. La kel dor bloqueó las maniobras con un estilo suave y defensivo.

Ben se sumió en un patrón agresivo, uno que había practicado tan a menudo con Jacen y en el Templo que era casi una segunda naturaleza para él. *Era* una segunda naturaleza, lo que significaba que ocupaba muy pocas de sus facultades mentales.

En su mente, se concentró en su apartada máscara respiratoria y las botellas. Podía sentirlas contra la pared, casi verlas. Esforzó su voluntad contra el aparato a través de la Fuerza, levantando toda su masa unos cuantos centímetros, acercándola hacia delante hacia la base de la plataforma.

El puño de Tistura Paan le golpeó en las costillas, un ataque que había fallado en anticipar debido a su falta de atención. El golpe duro como una roca le arrancó el aire de los pulmones y le forzó a dar un paso atrás.

La sonrisa de la kel dor se ensanchó. Era una sonrisa poco atractiva, con los labios echados hacia atrás sobre el paladar superior e inferior que Ben supuso que debían ocupar el lugar de dientes.

—Despierta, chico Jedi, quien quiera que seas.

Ben sintió un poco de pánico, pero sabía que era sólo una reacción fisiológica a no ser capaz de respirar. Suprimió esa emoción y dividió su atención más igualmente entre lo que estaba haciendo su cuerpo y lo que tramaba con su manipulación de la Fuerza.

Tistura Paan golpeó. Él la esquivó. El aparato de la máscara respiratoria flotó otros cuantos metros a lo largo de la base de la plataforma y rodeó una esquina. Tistura Paan lanzó un aluvión de fintas y puñetazos. Ben bloqueó cada uno de ellos, esforzándose lo menos posible, pero pudo sentir su energía empezando a menguar.

Sin embargo, el aparato de su máscara respiratoria flotaba y rodeó otra esquina. Ahora estaba a nivel del suelo detrás de Tistura Paan.

Ella se detuvo un momento y retrocedió un paso.

—¿Te gustaría descansar?

Aunque su voz era como si fuera completamente seria, la pregunta era una burla, dado que Ben no podía recuperarse sin respirar.

Ben la miró como si se enfadara por la pregunta. Corrió hacia ella como si estuviera listo para empezar un último y fútil aluvión de golpes y entonces tiró con la Fuerza.

El aparato de la máscara respiratoria navegó por encima del borde de la plataforma y alcanzó a Tistura Paan detrás de las rodillas.

Cayendo repentinamente hacia atrás, ella sacudió sus brazos. Ben giró sobre un pie, colocando el otro precisamente más allá de la guardia desvanecida de ella y golpeándola en el centro del pecho.

Tistura Paan cayó por el borde de la plataforma y golpeó el suelo que había más allá, sólo a unos pasos de Luke. Ella hizo una voltereta hacia atrás y se puso en pie, con los ojos centelleando.

—Fallaste. Usaste objetos externos en el combate.

Ben se detuvo para recoger su máscara respiratoria. La encajó sobre su cara, sin preocuparse todavía de colocarse las bombonas y tomó aire profundamente un par de veces.

—Usted lo incluyó en el combate —dijo él—. Me la arranco y por consecuencia lo convirtió en un ataque. Yo meramente seguí su ejemplo. Lógicamente, yo lo habría dejado justo donde estaba si usted no hubiera interferido con él.

Tistura Paan le miró furiosa y entonces volvió la cabeza como si mirara a la distancia mucho más allá de las paredes. Finalmente, devolvió su atención a Luke.

—Comunicaré su petición.

Él la miró inexpresivamente y entonces se volvió hacia Ben.

—¿Has terminado?

—Sí, señor.

Ben se puso las bombonas.

—¿Ganaste?

—Sí, señor. Sólo la derribé una vez. Pero fue fuera de la plataforma.

—Bueno, eso tendrá que servir. —Luke se volvió de nuevo hacia la kel dor—. Sí, por favor y transmítale mis saludos.

Tistura Paan se volvió y caminó a grandes zancadas, con pasos rápidos y la parte superior de su cuerpo un poco rígido, hacia una sección vacía de la pared lateral. Un segmento de piedra, de dos metros de alto y dos de ancho, se retiró un palmo y entonces se deslizó hacia un lado para permitirle entrar. Una vez que ella la cruzó, se cerró.

Ben bajó de un salto para colocarse junto a su padre.

—¿De qué iba todo eso? —preguntó manteniendo un tono bajo.

Luke le dirigió una sonrisa ligera y privada.

—Tradiciones de las escuelas rivales.

—¿Huh?

—En muchas escuelas marciales, tales como academias de entrenamiento con sables láser rivales en los tiempos antiguos, o en las academias militares fuera de la Antigua República, a alguien que visite una escuela rival generalmente se le niega cualquier ayuda o información hasta que ha demostrado su valía. Lo que significa demostrárselo a un Maestro de la escuela en un combate individual.

Mientras llegábamos, pude sentir la presencia de Tistura Paan dentro y cuál era su papel. Y que ella sabía que nosotros veníamos.

—Pero tú no luchaste con ella.

—Correcto. Si yo hubiera estado de acuerdo en luchar con Tistura Paan, alguien por debajo de mi rango, habría estado aceptando que no soy un igual de su Maestra, así que nunca vería a la líder de los Sabios Baran Do.

Una luz se encendió en la cabeza de Ben.

—De acuerdo, así que tu estudiante tenía que ganarle a *su* estudiante.

—Y lo hiciste, y muy bien. Convertiste tu error en su error y tu debilidad en tu fortaleza.

—Y tú conseguiste unas uñas limpias en el trato. Todo ganancias.

El panel de la pared se deslizó al volver a abrirse. Tistura Paan salió, con su cara impasible e hizo un gesto para que ellos la precedieran a través de la entrada.

—La Señora Tila Mong les recibirá ahora.

Capítulo Trece

MINAS CALRISSIAN-NUNB, KESSEL

Ahora se deslizaban hacia delante casi en completa oscuridad. Las únicas luces que se veían eran las débiles y azuladas lecturas de la consola de control. Los lamentos de los repulsores del vehículo y los ruidos ocasionales del panel del sensor eran casi los únicos sonidos que se oían.

—¿Hemos pasado ya algo de especia? —preguntó Leia.

Ella miraba entre varias lecturas de los sensores, con cada una ocupando un octavo de los monitores de la consola. Su cara parecía fantasmagórica a la débil luz de los instrumentos.

Han negó con la cabeza y entonces se dio cuenta de Leia podía no ser capaz de ver el movimiento. Él le dio unos golpecitos a la lectura inferior derecha de la pantalla de ella.

—Eso es un olfateador de especia. Un sensor químico. También detecta ryll y distingue entre los dos. Estas cosas son tan sensibles que si hubieran cogido uno muy viejo, se activarían con la especia a cien metros. ¿Qué estás detectando *tú*?

—Sólo lo que ves aquí. Principalmente corrientes de aire causadas por nuestros repulsores. Luego vuelven al poco, falsos movimientos positivos.

—No, quiero decir *tú*. A través de la Fuerza.

—Ah. —Ella negó con la cabeza—. No mucho. Hay vida a todo alrededor de nosotros, principalmente muy débil. Formas de vida inferiores como insectos, creo. Nada tan brillante o vital como un humanoide o un arácnido gigante.

—¿Aparecerían las arañas en la Fuerza? —preguntó Han.

—Ya lo veremos. Aparecerán en los detectores de movimiento. —Leia inclinó la cabeza, con los ojos cerrándose por la concentración—. Espera, hay algo.

Han tragó y miró a su alrededor.

—¿Dónde?

—Debajo de nosotros. Fuerte, pero distante.

—¿Qué hay debajo de nosotros en el mapa?

Han le dio al deslizador un poco más de altitud, pero este túnel sólo tenía cinco metros de alto. Podía llevar el deslizador tan cerca del techo irregular como fuera posible y un wookiee de pie en el suelo todavía podría alargar la mano y tocarlo.

Leia cambió su atención al monitor donde tenía el mapa.

—Nada —dijo ella—. Este no es el punto más profundo de la mina, pero no hay parte de la mina debajo de nosotros.

—Entonces, túneles inexplorados.

Leia volvió la cabeza hacia un lado y como si escuchara a algo cuya localización no pudiera determinar completamente.

—Viene hacia aquí.

—¿Directo hacia arriba?

—Sí.

Han aumentó suavemente los impulsores. Eso no aumentaría mucho la velocidad en estos revueltos túneles, pero él tampoco quería estar directamente sobre algo cuando viniera a estrellarse a través del suelo.

—Se está ajustando para seguirnos.

Han parpadeó.

—Entonces esto no es una araña de especia.

Aumentó más la velocidad.

—Se está acercando. Siguiéndonos a nuestra altura, directamente por debajo.

Han miró al panel del sensor. No mostraba nada excepto su propio desplazamiento de aire manifestándose en las lecturas del detector de movimientos.

—¿Siguiéndonos a nuestra altura en la roca? —La comprensión le llegó—. Hey, sé qué tiene que ser eso.

—¿El qué?

Aquello salió hacia arriba de la roca que había debajo y delante del deslizador, una bola giratoria de luces coloridas, justo lo bastante grande para encajar a un astromecánico como R2-D2 completamente en su interior. Saltó hacia arriba directamente en el camino de Han, con su brillo comparativamente mayor casi cegándole. Él giró bruscamente el deslizador hacia babor, la más esencial de las maniobras, pretendiendo devolver al deslizador a su curso original instantáneamente después de evitar el obstáculo…

Pero el deslizador se abrió camino directamente hacia la bola de luz. Han sintió que los pelos se le ponían de punta por todo el cuerpo. Instantáneamente, los repulsores se pararon y cada monitor y lectura de la consola de control crujió y se puso en blanco.

Han tiró hacia atrás de la palanca de control, sabiendo que el intento era fútil. El deslizador cayó tres metros chocó primero con el morro sobre el suelo del túnel. Derrapó hacia delante, con su contacto con la piedra desnuda enviando chispas, luego chocó contra la pared del túnel a mano derecha y se quedó quieto.

Leia se inclinó hacia él.

—¿Estás bien?

—No hay problema.

Han se volvió para mirar por donde habían venido. La bola giratoria de luminiscencia colgaba allí, a treinta metros de distancia, como si les vigilara.

Leia puso su mano sobre su sable láser.

—Muy mono. Y destructivo. ¿Qué es?

—Los mineros los llaman espectros. Alguna clase de forma de vida indígena…

Leia extendió su mano libre hacia la cosa y cerró los ojos.

—… y las arañas se los comen, así que, ya sabes, si aquí hay uno, las posibilidades de que una araña venga de camino suben…

—No creo que esté vivo. No puedo detectarlo en la Fuerza como vida, sólo como energía. Energía e intención. —Leia volvió a abrir sus ojos de nuevo—. Voy a echarle un vistazo.

Ella se puso su máscara respiratoria y luego abrió la puerta. Han sintió que disminuía la presión del aire. Cogió y se puso su propia máscara. Leia salió del deslizador.

—Leia, no, vuelve al deslizador, eso simplemente puede significar que ninguna forma de vida de Kessel aparece en la Fuerza, ya sabes, como los yuuzhan vong, lo que significa que las arañas podrían no aparecer tampoco…

Ella no le estaba escuchando. Murmurando una palabrota que habría hecho que otros contrabandistas levantaran una ceja, Han cogió el lanzagranadas del asiento trasero y salió.

—Leia…

Su esposa caminaba directa hacia el espectro, con la mano libre levantada. El espectro colgó allí, decorativo y poco amenazador, haciendo curiosos ruidos de crujidos y de parloteo, hasta que ella estuvo a un metro de tocarlo. Entonces se hundió directamente bajo la piedra que había más abajo, desvaneciéndose de la vista.

Y llevándose todo resto de iluminación con él.

De repente Han fue lanzado al pasado, hacia la absoluta oscuridad de esos túneles, cuando él, Chewbacca y Kyp Durron habían corrido para salvar la vida de un monstruo que les perseguía. Ahora, de nuevo, estaba a kilómetros en las profundidades de Kessel, insuficientemente armado o móvil para tratar con los peligros de este lugar.

Se forzó a sí mismo a ralentizar su respiración. Ahora no era entonces. Habían pasado más de treinta años. Estaba en una sección de la mina donde no había signos de especia, y por lo tanto no había signos de arañas.

Pero si venía una, estaría igual de indefenso ante ella.

—Mi sable láser no funciona.

Han dejó salir el aliento lentamente.

—¿Cómo lo sabes?

—Intenté encenderlo para darnos una pequeña luz.

—Házmelo saber si oyes algo como carreritas. Traqueteos.

Chasquidos.

Bueno, quizás no estaba enteramente tan indefenso como lo había estado la última vez. El lanzagranadas que tenía en sus manos era tranquilizadoramente pesado y quizás, dadas su antigüedad y la simplicidad de su construcción, no había sido dañado como el deslizador o el sable láser.

Quizás. Él mantuvo su voz bajo un control severo.

—¿Quieres volver al deslizador, cariño?

—No, mantendré las orejas abiertas hasta que lo arranques.

Han luchó contra la urgencia de apretar los dientes.

—De acuerdo.

CIUDAD DE DOR'SHAN, DORIN

La sala donde conocieron a la Señora Tila Mong era mucho menos ceremonial y ostentosa que en la que Ben había luchado. Aunque era circular, con suaves paredes negras de piedra, su decoración de madera clara proclamaba que era una oficina.

Tila Mong, sentada tras uno de los tres escritorios cuando entraron los Skywalker, se levantó para estrecharles las manos. Era, para el ojo poco practicado de Ben, quizás un poco más mayor que otros kel dors que había visto, con más arrugas en su cara e incluso menos carne sobre sus huesos, pero se movía de un modo suficientemente grácil. Llevaba túnicas simples y sin decoración como una concha de color blanco roto que parecía extrañamente distanciada de los colores que la rodeaban.

Una vez que sus invitados se sentaron y la puerta se hubo cerrado tras Tistura, ella empezó a hablar.

—Oímos con lástima y aprensión las noticias de su reciente situación desagradable.

—Gracias. —Luke le dirigió una pequeña inclinación de cabeza con aprecio—. A causa de esos sucesos, sería inapropiado referirme a mí como Gran Maestro de la Orden Jedi u otorgarme cualquiera de los beneficios que recibiría como tal.

—Entonces nos limitaremos a los beneficios debidos al hombre que refundó los Jedi y ayudó a romper el dominio que el Imperio tenía sobre la galaxia.

Ben decidió que ella le gustaba.

—Mi reciente situación desagradable está relacionada con la Segunda Guerra Civil Galáctica. La guerra fue, en parte, debida a las acciones de Jacen Solo. Estoy intentando seguir los pasos que dio por la galaxia antes de la guerra, para descubrir más sobre lo que le hizo del modo que fue. Hace algún tiempo, demostró una técnica de la Fuerza que me hace pensar que podría haber venido aquí durante sus viajes. Aquí, a estudiar entre los Sabios Baran Do.

Tila Mong asintió.

—Estuvo aquí. Hace unos nueve años. Vino buscando conocimiento de nuestros caminos con la Fuerza.

Ben hizo un rápido cálculo mental. Eso habría colocado la visita de Jacen cerca del final de sus viajes, justo antes de la crisis del Nido Oscuro.

Ni la cara de Luke ni ninguna señal en la Fuerza traicionó su reacción.

—¿Puedo preguntar qué le enseñaron ustedes?

—Yo, nada. Yo no era la Señora en aquel momento. El Maestro de los Baran Do entonces era Koro Ziil, que ha aceptado la muerte desde entonces.

Luke pareció un poco desconcertado.

—Lo siento. No estoy seguro de entenderlo. En la mayoría de los dialectos del básico, uno «acepta la muerte» como una consecuencia de un acto o como alternativa a algún otro destino. ¿Es eso lo que significa la frase tal y como usted la usa?

—Oh. No. —Tila Mong negó con la cabeza—. Aceptar la muerte entre los Baran Do es decidir que tu tiempo ha terminado, hacer los preparativos, despedirte y morir. Es un fin pacífico.

—Si no es una pregunta demasiado personal, ¿cuál es el mecanismo de la muerte? ¿El modo real en el que el cuerpo pierde la vida?

—Simplemente ofrecemos la vida en nuestro interior para emerger con la Fuerza. La vida se escapa y el cuerpo perece. Es una técnica conocida por los Maestros de nuestra Orden. El cuerpo entonces se incinera. Esto es un signo de gran respeto, dado que los materiales combustibles son más raros aquí que en los mundos ricos en oxígeno.

Luke asintió.

—¿Esa fue una de las técnicas que Jacen aprendió?

—Creo que no. Estaba más interesado en las áreas de nuestra especialidad: extensión de los sentidos, detección de peligros, detección de intenciones malvadas. También en evitar *que* le detectaran. —Tila Mong bajó la mirada hasta el escritorio, claramente envuelta en sus recuerdos—. Pensamos que él era un buen hombre. No dudamos para nada en enseñarle nuestros métodos.

—Creo que él *era* un buen hombre entonces. —Luke, reflexionando, se mantuvo en silencio durante un momento—. ¿Sería posible que yo aprendiera las técnicas que Jacen aprendió?

Tila Mong levantó la vista hasta él, una mirada dura y directa.

—¿Sería seguro?

—No estoy seguro de lo que quiere decir.

—Nuestra observación, agradecidamente distante, ha sido que Jacen Solo se convirtió en un *nryghat*, un monstruo de pesadillas, de la clase que persigue a los niños en sueños. Pero no fue siempre así.

¿Podría ser que los métodos que le enseñamos, las técnicas de la Fuerza desarrollada por nuestra especie para nuestro propio uso, podría afectar a la mente de un humano de un mal modo, un modo dañino?

—Es… posible.

—Entonces usted no debería ser el objeto del mismo peligro. Si Jacen Solo, un Jedi muy poderoso, fue transformado por lo que le enseñamos, e hizo todo lo que hizo, ¿qué podría hacer Luke Skywalker, el más famoso, el más poderoso y más experimentado Jedi vivo, si fuera afectado del mismo modo?

Luke le devolvió la mirada firmemente.

—Y sin embargo tengo que saberlo.

—Enséñenme a mí en su lugar —se oyó decir Ben a sí mismo.

Su padre y Tila Mong le miraron, sorprendidos, como si hubieran olvidado que Ben no era un droide con un cerrojo que evitaba que sus vocalizadores se activaran.

—Si yo cambio del modo que lo hizo Jacen —continuó Ben—, bueno, no soy tan poderoso como era él o como es mi padre. No soy un peligro. Bueno, soy un peligro menor. Mi padre podría encontrar un modo de curarme.

Luke negó con la cabeza.

—Lo siento, Ben. Es necesario que sea alguien tan educado en tantas sutilezas de la Fuerza como sea posible y eso significa que tengo que ser yo.

—Pero si te vuelves del modo en que lo hizo Jacen…

Luke le dirigió una pálida sonrisa.

—A Jacen le llevó años convertirse en Darth Caedus y en ese tiempo exhibió signos que no vimos o ignoramos… signos con los que creo que ahora estamos mucho más en sintonía. ¿Sí?

—Bueno, sí.

—Si algo ocurre a mis procesos de pensamiento, al modo en el que me siento respecto a la gente y a mis deberes, sospecho que me daré cuenta del cambio y buscaré ayuda. Incluso si yo no lo hago, tú lo harás.

—No, papá. ¿Qué pasa si es repentino y total? ¿Qué pasa si hoy eres Luke Skywalker y mañana eres Darth Starkiller?

Luke dudó.

—Entonces será tu trabajo encontrar un modo de detenerme.

Incluso matándome.

—No.

—Ben, no creo que nada como eso ocurra. Pero si ocurre, necesitas ser un Jedi primero. Poner las lealtades personales por detrás de tu responsabilidad para con los inocentes y para con la Fuerza. Si no puedes prometerme que puedes hacer eso, puedes necesitar volver a Coruscant.

Ben simplemente le miró, asombrado por la implacabilidad de esa declaración. Pero sabía que su padre lo decía en serio.

Ahí estaba de nuevo, el apego. Las cosas a las que Jacen y Darth Vader había estado apegados habían significado más que todas las vidas inocentes en la galaxia y ellos se habían convertido en monstruos.

No podía dejar que su propio padre se convirtiera en un monstruo.

—De acuerdo, papá.

—Prométemelo, Ben.

—Tienes mi palabra. Como Jedi.

Cada una de esas palabras fue como una vuelta de lo que sentía como una abrazadera alrededor de su corazón.

Luke se sentó hacia atrás, satisfecho, y devolvió su atención a la Señora de los Baran Do.

Ella también asintió.

—Muy bien. Volved mañana al amanecer. Pueden querer traer comida de su propia elección, ya que a los humanos no les gusta mucho la nuestra. Hay una tienda de comida para las necesidades humanas en el mercado popular.

Luke sonrió.

—Estaremos aquí.

* * *

Durante el camino de vuelta al espaciopuerto, Ben le dio una patada a una piedra que estaba a un lado de la calle y la vio rebotar hasta la pared del complejo residencial.

—Creo que preferiría que me torturaran otra vez antes que volver a pasar por otra conversación como esa.

Luke asintió.

—Yo también.

—Tú pareciste tomártelo bastante bien. Haciéndome prometerte que te mataría.

—Sólo bajo ciertas circunstancias. No sólo porque insista en que te comas las verduras.

Ben resopló con su humor parcialmente restaurado.

—Si empiezas a sentirte malvado, dímelo lo antes posible. No esperes y me cortes la mano primero.

—¿Te diste cuenta de que estaba mintiendo?

Ben frunció el ceño ante el repentino cambio de tema.

—¿La Señora? ¿Sobre qué?

—No estoy seguro. No era como si yo tuviera una pequeña espinita de percepción que decía *Ah, ella simplemente mintió sobre su nombre*. Era más una convicción que creció durante la conversación, como si ella estuviera ocultando algún hecho, sentada sobre él y cubriéndolo de manera que no nos diéramos cuenta de ello.

—Más o menos como intentar no pensar en el bantha rosa en el rincón.

—Exactamente.

—Nah, estás imaginando cosas. Los Maestros de las antiguas órdenes que estudian la Fuerza nunca tienen secretos. Nunca tienen vergonzosos sucesos en su familia…

—Ben, creo que sólo tus palabras podrían volverme malvado.

Capítulo Catorce

TEMPLO JEDI, CORUSCANT

—El problema con los reptiles venenosos —dijo la Maestra Cilghal— es que cuando los utilizas para hacer daño a otros, tienes la posibilidad de que te muerdan a ti.

Rodeada por muchos otros Jedi en el comedor del Templo, ella pensaba que estaba hablando consigo misma y que sus palabras se ahogarían entre las palabras que retumbaban de los monitores de noticias montados en soportes que sobresalían en la pared. El Maestro Durron había entrado rápidamente y había hecho gestos hacia el monitor. Este se había encendido, mostrando el elevado exterior del Edificio de la Corte de Justicia Galáctica. Aunque generalmente iba contra las normas tener las noticias encendidas durante las comidas, las sesiones de enseñanza o en cualquier momento que los Jedi y sus estudiantes necesitaran paz mental, nadie discutió con un Maestro que tenía algo que mostrar.

Y así que allí en el monitor de la pantalla, enmarcado por el Edificio de la Corte de Justicia detrás y rodeado por pequeños cuadros de datos que se deslizaban a cada lado, estaba Wolam Tser, que había sido un presentador de noticias y documentalista muy respetado antes de que cualquiera de los que estaban en el Templo hubiera nacido, ofreciendo noticias sobre ellos.

—… deprisa para acelerar todos los asuntos legales concernientes a la Orden Jedi parecen haber trabajado contra lo pretendido por la oficina de la Jefa de Estado. Hoy, en la decisión sin precedentes nueve-dos-tres, la corte más alta de la Alianza Galáctica ha dejado sin efecto el llamado anexo de Culpabilidad por Asociación de la reciente orden ejecutiva que limita los poderes de la Orden Jedi.

Aunque las restricciones siguen aplicándose a los Jedi, antiguos miembros y ciudadanos de la Alianza con entrenamiento en artes parecidas a las Jedi permanecen libres de esas limitaciones. El Jefe de Justicia Uved Pledesin de Lorrd, en un documento de opinión mayoritaria, declara inequívocamente que la posesión de una habilidad o un conocimiento específico no puede por y en sí mismo ser suficiente para reducir los derechos de un individuo. Los analistas legales apuntan, sin embargo, que individuos en posesión de información sensible todavía pueden ser declarados un peligro para la Alianza, una medida que permite la imposición persona a persona de limitaciones tales como las impuestas recientemente contra los Jedi.

»Alvida Suar está junto a los instigadores de este caso. ¿Alvida?

Mientras la imagen del monitor cambiaba a la de una mujer atractiva con un tinte amarillento en su piel, con el muy bien vestido Nawara Ven y Tahiri Veila tras ella, los Jedi en el comedor aplaudieron y levantaron sus voces discutiendo la decisión.

Pero Cilghal tenía una sensación de presagio sobre ello. No pensaba que la Fuerza le estuviera hablando. Simplemente era experiencia con los políticos galácticos… y la tendencia sensible para vengarse de ofensas grandes y pequeñas, reales e imaginarias.

—¿Maestra?

La voz era suave y alta, inmadura y Cilghal bajó la vista para ver, sentada bajo su visión periférica, a una niña Jedi, con un plato de comida ante ella. La niña humana, que podía haber tenido escasamente ocho años, parecía confusa.

—¿Sí, niña?

—No entiendo qué quieres decir con reptiles venenosos.

Cilghal consideró sus palabras.

—Quiero decir que la fortaleza de cada golpe que des puede volverse contra ti. La energía en tu embestida puede hacer que te lance en una dirección que no deseas ir.

—¿Así que la cosa del juzgado es malo para nosotros?

—No mejora para nada nuestra situación, pero sugiere al gobierno que le estamos desafiando.

—Así que es como meterte en problemas por lo que hacen tus amigos.

—Muy parecido.

El comunicador de Cilghal sonó, la señal de los Jedi que guardaban la entrada principal del Templo. Era una petición de ellos para que un Maestro bajara a tratar con alguna situación. Cilghal le dirigió a la pequeña una mirada tranquilizadora y salió del comedor.

El Maestro Durron la alcanzó unos cuantos metros antes de la entrada principal. Él estaba sonriendo, entusiasmado.

—Esas fueron buenas noticias.

—Para Tahiri Veila.

—Cilghal, es la primera grieta en la pared de la posición del gobierno contra nosotros. El Tribunal Supremo va a revisar toda la orden ejecutiva. Eso también podría caer.

—No es la única cosa.

Salieron por unas enormes puertas abiertas al principio del Gran Vestíbulo. Más allá estaba la extensión de Coruscant bajo el sol de la última hora de la mañana.

Mucho más cerca había varios deslizadores oficiales suspendidos allí y hacia los lados de la entrada. Uno era una ambulancia, con sus puertas traseras abiertas. Los otros eran principalmente vehículos de la Seguridad de la Alianza Galáctica, con sus operativos de pie con unos pocos miembros del personal médico y entre ellos había cazarrecompensas: Zilaash Kuh, la mujer de pelo oscuro que era un sucedáneo Jedi, y Vrannin Vaxx, el humano convertido en droide CYV.

Mientras Cilghal y Kyp llegaban, un capitán se apartó de los guardias Jedi con los que hablaba en la entrada. Se movió para colocarse delante de los dos Maestros. Llevaba un equipo de combate completo y su cara, bajo el visor levantado del casco, estaba ruborizada.

—Será mejor que le digáis a estos dos idiotas que empiecen a cooperar o van a pasar cinco años en la cárcel.

La expresión de Kyp se oscureció.

—Será mejor que *tú*…

—Su trabajo es evitar entradas no autorizadas, justo igual que el trabajo que los guardias hacen fuera de su cuartel —le interrumpió Cilghal, tan suavemente como pudo.

—Yo *estoy* autorizado a entrar. —El hombre levantó una tarjeta de datos—. Esto es una orden de detención. Mi autorización.

—Que los guardias, al ser muy jóvenes, no sabrán qué hacer con ella.

Cilghal alargó la mano para arrancar la tarjeta de la mano del capitán, moviéndose tan velozmente que él miró su palma durante un segundo como si se preguntara cómo se había quedado de repente vacía.

Cilghal deslizó la tarjeta en su cuaderno de datos. En la pantalla apareció las primeras líneas de un documento legal: una orden de arresto del Jedi Valin Horn.

—Ah. Desde luego. Debo apuntar que el gobierno y la Orden todavía no han acordado los términos sobre la cuestión de quién va a evaluar el estado mentar del Jedi Horn.

—Nosotros decidiremos eso. Los Jedi ya no tienen nada que decir en el asunto.

Cilghal sintió una irritación muy poco Jedi burbujeando en su interior.

—Por cierto, ¿dónde está el capitán Savar? ¿El inteligente que tiene una oportunidad de promocionar en algún momento de su carrera?

—Fuera acariciando ewoks, espero. Ahora, es hora de que me entreguéis a Valin.

—No necesariamente.

El capitán dio otro paso hacia delante, colocándose cara a cara con Cilghal. Ella podía sentir la tensión elevándose en los compañeros del capitán. Varios de ellos se aseguraron de que sus armas estaban a su alcance. Los dos cazarrecompensas se separaron subrepticiamente el uno del otro como si fueran a definir campos de tiro separados pero superpuestos.

—¿Qué —preguntó el capitán— has dicho?

—Te has saltado un paso necesario. No te has identificado.

La palma de Cilghal le hormigueó mientras su sentido del momento le dijo que sería una idea muy buena tener su sable láser en su mano. Pero no podía alargar la mano hacia él, no en esta situación. Tendría que depender de sus habilidades estando desarmada, y de las acciones de Kyp Durron, si las cosas se ponían feas.

El capitán dudó y entonces sacó una tarjeta de identidad de uno de sus bolsillos. La sostuvo directamente delante de uno de los bulbosos ojos de ella.

—Capitán Oric Harfard, Seguridad de la Alianza Galáctica. —El holo en la tarjeta igualaba su cara, excepto que no era tan roja—. Ahora sal de mi camino, cabeza de pez.

—Dos cosas. Primero, mi nombre no es Cabeza de Pez. Es Maestra Cilghal. —Si el tono de Cilghal hubiera sido la temperatura real, sus palabras le habrían provocado al capitán un feo caso de congelación—. Segundo, no estoy en tu camino. Esa es una imposibilidad logística. Tengo menos de un metro de ancha. La entrada donde nos encontramos y la puerta detrás de mí tienen varios metros de anchas. Ahora le dejo como un ejercicio para tu supuesta inteligencia encontrar un camino para entrar en el Templo. Si haces un buen trabajo, quizás le demos tu nombre a una prueba.

Ella volcó su desdén por el hombre a través de la Fuerza.

Estúpido o no, el capitán no tenía una voluntad lo bastante débil para sentirse abiertamente afectado. Se guardó la tarjeta de identidad en el bolsillo y luego les hizo un gesto a sus soldados para que avanzaran. Lentamente ellos caminaron en fila más allá de él y entraron en el Templo. Mientras Zilaash Kuh y Vrannin Vaxx pasaban Cilghal sintió que Kyp abandonaba su lado y les seguía.

El capitán siguió donde estaba.

—Si eres Cilghal, entonces el criminal es tu paciente. Me sorprende que no quieras estar allí cuando nos llevemos a tu paciente bajo custodia.

Cilghal quería eso, pero no podía soportar que esta penosa excusa de hombre consiguiera alguna victoria que ella pudiese evitar.

—No, voy a quedarme aquí, a disfrutar del aire de la mañana y a transmitir este documento al Maestro Kenth Hamner, líder de la Orden, un hombre que realmente tuvo una distinguida carrera militar. La Jedi Tekli puede preparar al Jedi Horn para que sea transportado.

Bueno, si al capitán no se le podía obligar a que se marchara, quizás se le pudiera hacer sufrir por su desfachatez. Mientras ella transmitía el archivo de la orden de detención y añadía un breve mensaje para el Maestro Hamner, Cilghal alteró la naturaleza de los impulsos que estaba emitiendo en la Fuerza. En vez de alentar una urgencia emocional, empezó a estimular una urgencia biológica: la noción de que el capitán necesitaba visitar el baño. Para su coacción, ella añadió ayudas visuales, incluyendo imágenes de ríos fluyendo, bellas cascadas y permanentes aguaceros que empapaban.

El rojo que inundaba la cara del capitán desapareció, para ser reemplazado por algo como palidez.

—¿No has terminado todavía con mi tarjeta de la orden de detención?

—No, no. Estoy teniendo problemas con el mensaje que estoy añadiendo. Teclear en estas cosas es difícil para una cabeza de pez, ya sabes. Por cierto, ¿llamas cabeza de pez a Dhidal Nyz? ¿Es una señal de cariño, un apodo? ¿Cuál es *tu* apodo? ¿Es Orry…? ¿Puedo llamarte Orry? ¿Puedo traerte algo de beber, Orry? ¿Un vaso grande de agua helada, tal vez?

Incluso mientras aparcaba su deslizador aéreo en un hangar de un nivel bajo en el Templo Jedi, Jaina pudo sentir la agitación de arriba, una especie de atmósfera de preocupación y furia poco Jedi que se filtraba desde arriba a través del permacreto y el duracero como se filtra el agua a través de la ropa gruesa. Con su observador, Dab, a su lado, obviamente hablando sobre la decisión del Tribunal Supremo, ella subió en el ascensor. La agitación no se sentía como una llamada a las armas y no parecía como una emergencia física que se desplegara, así que se forzó a no alargar la mano hacia su sable láser.

Le preocupaba que su primer impulso fuera prepararse para el combate. A pesar de su papel en el entretenimiento popular, ese no era el camino de los Jedi, ni siquiera para su Espada.

Dab y ella salieron en una oscurecida esquina del Gran Vestíbulo, encontrándolo lleno de Jedi que estaban en pequeños grupos, hablando en tonos tranquilos.

Jaina se acercó a un grupo cercano de tres Jedi, que incluía al Maestro Katarn.

—Maestro, ¿qué está ocurriendo?

La expresión de Kyle era imperturbable, aunque radiaba un poco de furia.

—Han venido a por Valin.

Jaina frunció el ceño.

—No había oído que habíamos acordado los términos con el gobierno sobre su evaluación…

—No lo hemos hecho. Esto es unilateral por parte del gobierno.

Es en venganza por la decisión de esta mañana del Tribunal Supremo.

—¡Pero no tuvimos nada que ver con eso!

—Desde luego que sí tuvimos que ver. Si hubiésemos presionado a Tahiri Veila para que retirara su apelación, con toda la presión que la Orden podría llegar a conllevar, ¿habría continuado ella?

—Probablemente no.

—Bueno, ahora sabemos que el gobierno espera la cooperación de nuestra parte. Una aceptación de sus decisiones sin pensar, obediencia silenciosa y servil aprobación.

Desde detrás de ellos llegó el sonido de un turboascensor que llegaba. Jaina se volvió como todos los demás. De uno de los ascensores salió el Maestro Kenth Hamner a la cabeza de una pequeña procesión. Marchaba delante de una camilla flotante, con sus repulsores tranquilos y discretos comparados con los de los deslizadores aéreos. Valin estaba en la camilla, consciente, cubierto hasta el cuello con una sábana y atado a la camilla. Flanqueando la camilla estaban la Jedi Tekli, el Maestro Durron y los cazarrecompensas Kuh y Vaxx. Un aprendiz Jedi guiaba la camilla flotante desde detrás.

Valin no era un paciente silencioso e inmóvil. Se revolvía y luchaba contra sus ataduras, hablando todo el tiempo en voz alta.

—Miraos, a todos vosotros. Creéis que habéis engañado a todo el mundo. Pero cometeréis un error. Ellos verán a través de vuestro engaño como he hecho yo. ¿Qué habéis hecho con los auténticos Jedi? ¿Qué habéis hecho con los auténticos Horn? ¿Los matasteis?

Traedlos de vuelta, vivos e ilesos u os haré sufrir. Sufriréis como si os hubiera tragado un sarlacc, para siempre jamás, una vez que os ponga las manos encima…

Otro ascensor se abrió, vomitando un escuadrón de soldados de la Seguridad de la AG, que avanzaron y formaron rápidamente alrededor de la procesión.

Dab grabó el progreso de la camilla y de su guardia.

—Han convertido esto en un suceso muy público —dijo, tan bajito que Jaina apenas le oyó—. Eso no es bueno.

—No tienes derecho a hablar. —El tono de Jaina era enfadado—. Eres parte del problema.

Sin perturbarse, él continuó grabando.

—Estoy cualificado y soy comprensivo. Si yo renuncio, ¿quién me reemplaza? ¿Quizás un convicto de un solo brazo con un resentimiento hacia los Jedi, liberado de prisión sólo para este trabajo? ¿Preferiría eso?

Ella no respondió. En su lugar, como muchos de los Jedi presentes, siguió a la procesión.

Esta llegó al borde del vestíbulo y salió, adelantando a la Maestra Cilghal y a un capitán de seguridad humano que parecía como si esta misión le estuviera haciendo miserable. Valin, todavía sermoneando a los espectadores, fue cargado en la ambulancia. Los operativos de seguridad, personal médico y cazarrecompensas ocuparon sus lugares en sus vehículos.

El capitán, pálido y sudando, levantó una mano para evitar que la Maestra Cilghal y la Jedi Tekli subieran a la ambulancia. Entonces la caravana de vehículos oficiales se puso en movimiento y se marchó.

Mientras el Maestro Hamner reentraba en el vestíbulo y pasaba por su lado, Jaina llamó su atención.

—Esto se va a poner peor y peor mientras se lo permitamos —susurró ella.

Él asintió sombrío.

—Y sin embargo, tengo que mantenerme en este curso. Necesito ser capaz de mirar a la Jefa de Estado Daala a los ojos y decirle: *«No hay resistencia en la Orden a sus medidas. Sólo pregúnteme. Pregúntele a cualquier Maestro».*

Él continuó andando.

Jaina sintió un arrebato de euforia. Siendo tan tedioso como era el Maestro Hamner, tan arrugado y tieso en su personalidad como cualquiera de sus viejos uniformes de gala, sabía lo que se necesitaba. No era simplemente un secuaz del gobierno.

—De repente pareces feliz —le dijo Dab.

—¿Alguna vez te han dado permiso para hacer lo que planeabas hacer de todos modos?

—Claro. ¿Para qué te han dado permiso?

—Para almorzar —mintió ella.

Capítulo Quince

MINAS CALRISSIAN-NUNB, KESSEL

Media hora más tarde, un tiempo que misericordiosamente no fue interrumpido por las arañas de energía, las energías residuales del espectro que había estropeado sus aparatos electrónicos empezó a disiparse. Los monitores del deslizador se encendieron con parches de estática. Leia probó su sable láser y este se encendió, irregularmente durante los primeros segundos y, luego, tranquilizadoramente estable. Han se colocó detrás de los controles del deslizador e intentó forzar al vehículo a arrancar. Unos pocos minutos más tarde, sus repulsores se conectaron y elevaron el vehículo del suelo.

Mientras Leia subía, Han se limpió el sudor imaginario de su frente.

—¿Lista para volver a subir?

—No, realmente no hemos encontrado nada.

—Me temía que ibas a decir eso.

—Mientras estábamos esperando, sentí más en la Fuerza.

—¿Espectros?

Ella asintió.

—Muy, muy abajo. Quizás están de alguna manera relacionados con el fenómeno de los terremotos. También he seguido los caminos de las formas de vida más bajas que creo que corresponden a túneles.

—Bajando, asumo.

—Esa era la dirección en la que estaba mirando.

Él suspiró y puso el deslizador en movimiento.

—Señala el camino.

Kilómetros más arriba y hacia el sudeste, en los edificios de la superficie de las Minas Calrissian-Nunb, Allana estaba sentada en una sala de conferencias secundarias que había sido puesta en servicio urgentemente como sala de juegos. Oportunidad se había ido, al llevárselo Nanna para una siesta. Allana estaba sola con C-3PO y R2-D2.

Ella quería mirarles, pero eso mostraría sus auténticos sentimientos y su madre, su auténtica madre, siempre había dicho que solo los seres queridos merecían o necesitaban ver tus auténticas emociones. Y ni siquiera ellos, si querías convencerles de algo.

—Estoy cansada de esperar —le dijo a los droides—. Quiero hacer algo.

C-3PO bajó la vista hacia donde ella se sentaba en la alfombra.

—Vaya, usted *está* haciendo algo. Está leyendo en su cuaderno de datos.

Ella cerró el aparato electrónico con un definitivo *snap*.

—No, quiero hacer algo bueno. Algo que nadie más haya hecho antes.

—Yo he hecho cosas que nadie jamás había hecho antes y puedo asegurarle que normalmente es peligroso y alarmante corto de actividad. No está hecho para niñas pequeñas.

—¿Qué has hecho *tú*?

—Bueno, he sido confundido con un dios dorado y al hacerlo ayudé a derribar al Imperio Galáctico. Déjeme contarle esa historia…

—*No*. —Ella cogió su mochila, lanzó dentro su cuaderno de datos y arrastró su máscara respiratoria—. Vamos fuera.

—No es aconsejable, joven señorita. Cada nuevo mundo es un lugar de peligros nuevos y no catalogados…

R2-D2 le interrumpió con una serie de notas.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Allana.

—Asegura que podríamos protegerla ante el poco probable suceso de peligro. Resumiendo, él está minando mi ya precaria autoridad.

Oh, muy bien. El exterior no ofrece comodidad, ya sabe.

—Quizás, pero me gusta rebotar.

La gravedad de Kessel, más baja que la de la mayoría de los mundos donde se asentaban los humanos, le había dado la oportunidad de hacer algunos saltos extraordinariamente altos en el corto camino desde el *Halcón* hasta este edificio.

No es que rebotar tuviera nada que ver con su deseo de salir.

Tranquilamente, de manera que no alertara a los Calrissian, a Nien Nunb ni a ninguno de los miembros que se veían ocasionalmente del equipo mínimo que Lando tenía de guardia en el edificio, Allana llevó a los droides por corredores que estaban tan resonantemente vacíos y tan débilmente iluminados que todo esto eran señales que apuntaban que estaban prohibidos para las niñas pequeñas.

Finalmente, ella encontró una escotilla de salida al exterior y momentos después salió al tonificante frío de la atmósfera de Kessel.

—Hora de rebotar —anunció.

—Dado que nosotros estamos mal equipados para rebotar e incluso más pobremente diseñados para aterrizar de modo que no nos dañemos, creo que Erredós y yo simplemente la vigilaremos desde una distancia segura.

Allana se encogió de hombros. Empezó a moverse en una línea recta que se alejaba del edificio principal, a veces corriendo con largos pasos, a veces saltando por diversión y siempre alejándose de las percepciones de los adultos. Pronto sus zapatos y la parte inferior de las perneras de sus pantalones estaban cubiertos con el polvo blanco que parecía estar por todas partes.

Ahora era hora de hacer lo que Leia había empezado a enseñarle, a abrir su mente y sus sentimientos. Era difícil para ella, porque siempre había tenido razones para

contenerse y normalmente la animaban a hacerlo. A veces su vida había dependido de ello. La gente que daba miedo tenía menos probabilidades de sentir la debilidad o el miedo si te contenías.

El suelo delante y hacia la izquierda era más oscuro. Ella cambió de dirección y se dirigió en esa dirección y pronto se encontró al borde de los que parecía una serie de afloramientos de piedra, rocas marrones puntiagudas que salían del polvo blanco. El suelo era irregular, elevándose y cayendo.

Esta área no era bonita, pero era mejor que más arena blanca.

Cuidadosamente, se movió entre las rocas rotas.

—*Señorita Ameeeeeelia*… —oyó gritar lastimeramente a C-3PO.

Ella se volvió y vio al droide dorado, con R2-D2 a su lado, a un par de cientos de metros más atrás. Ella les saludó con la mano, como si le diera la bienvenida a sus presencias y no tuviera absolutamente ninguna intención de mantenerse alejada de ellos, y entonces se dirigió más lejos hacia los afloramientos, aumentando el paso.

Más adentro, las rocas eran más altas, algunas tan altas como ella.

Graciosamente se movió entre ellas y pronto estuvo completamente fuera de la vista de los droides. Ocasionalmente oía a C-3PO llamándola o a R2-D2 pitando y ella extendía una mano por encima del nivel de las rocas, saludaba y gritaba. Y entonces inmediatamente se dirigía hacia otro lugar.

Después de unos cuantos minutos, fue consciente de algo no muy lejano. Se sentía diferente de la gente y los animales. Era una calma, diferente de todo lo que había sentido antes. Cuidadosamente, se dirigió hacia ello, moviéndose tan despacio como pudo.

Unas cuantas docenas de metros después, el suelo se volvió de nuevo blanco y plano. Ella se movió hacia un claro ovalado que rodeaba un edificio. No era alto, a penas del doble de su altura, y dado que el claro era una depresión en el suelo, ella dudaba de que su tejado ligeramente puntiagudo saliera por encima de las rocas que lo rodeaban.

Estaba hecho de piedra gris blancuzca. Tenía cuatro paredes y no era lo bastante grande para ser una casa. Quizás era más del tamaño de un cobertizo de almacenaje. Ella lo rodeó y encontró que no había ventanas, sólo depresiones biseladas en la piedra que sugerían dónde podrían algún día cortarse las ventanas, y no había puerta, aunque en la fachada oeste las líneas exteriores de una puerta habían sido cortadas en la piedra sólida. Los bordes del biselado y las incisiones, las esquinas de las paredes y el tejado estaban gastados y redondeados, dándole al edificio la impresión de una tremenda edad.

Allana tomó aire profundamente. Este era un cobertizo de almacenaje de alguna clase. Un cobertizo de almacenaje para gente muerta. Una tumba. No necesitaba puertas que funcionaran o ventanas, pero quien quiera que lo hubiera construido le había dado la apariencia de tales cosas, como si los muertos las necesitaran.

Las cosas muertas no le preocupaban, pero había visto, cuando se suponía que no estaba despierta, partes de muchos holodramas en los que las cosas muertas en tumbas resultaban no estar muertas después de todo, y hacían falta héroes valientes y pícaros con grandes pistolas láser para arreglarlo. Ella se encogió de hombros. El abuelo Han era un

héroe valiente y pícaro con una gran pistola láser, pero no estaba aquí, así que ella tenía que asegurarse de que no causaba ningún problema que no pudiera arreglar por sí misma.

¿Por qué había sentido este lugar? La abuela Leia decía que la Fuerza era una energía de las cosas vivas y no habría nada vivo en la tumba. Ella abrió sus sentidos en dirección a la tumba, sintiendo de nuevo esa opresiva quietud.

Y entonces la quietud ya no estaba quieta. Ella sintió algo removiéndose en el interior. No era vida, sólo movimiento. Energía.

Se quedó helada en el sitio, deseando volverse tan pequeña y tan quieta como fuera posible.

Aquello esperaba, fuera lo que fuese, al otro lado de la pared y esperaba con una quietud que igualaba la suya. En la distancia, Allana pudo oír a C-3PO llamándola y ella deseó desesperadamente estar con los droides.

Ella dio un lento paso hacia atrás. La cosa en la tumba no reaccionó. Ella dio otro, y otro, y tropezó con la dura superficie de un afloramiento de roca y todavía nada había salido corriendo de la tumba. Sin respirar apenas, ella se movió entre los afloramientos, sin ni siquiera empezar a relajarse hasta que la tumba estuvo fuera de su vista.

Puedo sentirte.

Las palabras crepitaron tranquilamente en su mente. Allana casi se encogió.

No venían de la tumba. Ella levantó la mirada hacia el cielo rosáceo, viendo sólo el distante sol y una tajadita de la antigua luna guarnición. La idea venía de *allí*.

¿Quién está ahí? Te siento. Por favor… por favor… Había tal anhelante desesperación en las palabras, tal anhelo, que Allana quiso replicar, que quiso tranquilizar a quien fuera que estuviera allí. Pero la precaución y cien lecciones que había aprendido a muy temprana edad evitaron que lo hiciera.

¿Cuál es tu nombre? La pregunta envió un hormigueo de miedo por la espina dorsal de Allana. Tenía la escalofriante sensación de que si respondía, de que si ofrecía su nombre, este le sería arrebatado y nunca volvería, dejándola preguntándose eternamente sin saber quién era ella. Se abrazó a sí misma para darse calor y, manteniendo la cabeza baja, controló sus sentidos.

La voz no volvió y un par de minutos más tarde Allana ya no sentía ningún rastro de ella. Dejó escapar un suspiro de alivio.

Casi chocó con C-3PO. Mientras ella rodeaba una piedra elevada particularmente alta, él estaba de repente allí, espléndidamente metálico y moderno, con R2-D2 a su lado. El astromecánico pitó un saludo musical, sin sonar para nada perturbado.

—¡Señorita Amelia! Realmente no debería marcharse sola.

Ella asintió y, sin frenar, empezó a dirigirse de vuelta hacia donde pensaba que debían estarlos edificios de la mina.

—Lo sé, lo sé.

C-3PO se dio prisa en mantener el paso, con el débil gimoteo de los servos de sus brazos y piernas creciendo mientras lo hacía.

—Gracias al hacedor está usted ilesa. Si tuviera que informal al amo Han y a la señora Leia que le ha sucedido algo, estoy seguro de que me encontraría condenado a una eternidad abriendo botellas de cerveza en la taberna más asquerosa de los subniveles de Coruscant…

—Sigues hablando sobre el hacedor. ¿Quién te hizo?

—En realidad, no lo recuerdo muy bien. Pero fui hecho, así que la existencia del mi hacedor está más allá de duda. Y dado que considero mi existencia como algo bueno, él era sin duda benevolente y con visión de futuro.

—Supongo.

En una gran cueva natural, una con varios túneles que se bifurcaban en varios ángulos, Leia estudió el panel sensor, consideró sus opciones y negó con la cabeza. Ella apuntó directamente hacia arriba.

—Por ahí.

Han levantó la vista como si pudiera ver a través del techo opaco del deslizador y la impenetrable oscuridad y entonces devolvió su atención a los sensores. Estos mostraban un recoveco en el techo que se podía interpretar fácilmente como una depresión natural en la roca. Pero Leia había sentido otra cosa. Han puso al deslizador en un cuidadoso ascenso vertical.

La hendidura era fácilmente lo bastante ancha para acomodar al deslizador en su base, pero se estrechaba, volviéndose una chimenea de alguna clase no lo bastante recta. Mientras se elevaban, algo chocó contra el tejado y luego se fue con un ruido de saltos rápidos.

Han se quedó helado durante un momento y entonces se dio cuenta de que no había podido ser una de las arañas de energía. Una araña les habría atacado en vez de huir.

Veinte metros más arriba, la chimenea se ensanchaba en una ancha cueva, una que se inclinaba hacia abajo en dirección al sudoeste. Ante un asentimiento de Leia, él puso al deslizador en un curso lento y suave que caía hacia abajo.

Leia devolvió su atención al panel del sensor, donde las líneas topográficas, constantemente cambiantes, mostraban las irregularidades del canal que estaban siguiendo.

—Lo juro, esto son todo cuevas y túneles naturales. Excavados por el agua.

—¿Crees que Kessel tuvo una vez más agua?

Ella negó con la cabeza.

—Creo que Kessel solía ser una parte de algún otro planeta, uno mucho más grande, con mares y una atmósfera más espesa. Las formas de vida que conocemos aquí, las arañas y las aves, deben haberse desarrollado en aquella época. ¿Puedes imaginar una gran ave desarrollándose en este mundo, con una atmósfera tan fina que apenas pueden

volar? Pero entonces alguna calamidad destruyó ese mundo y el trozo que se convirtió en Kessel es todo lo que queda de él.

—Quizás el resto de los escombros cayeron a las Fauces.

El túnel que seguían continuaba lateralmente y hacia abajo durante varios kilómetros. Era un curso sinuoso pero que seguía siendo ancho, claramente los restos de un río subterráneo desaparecido hacía mucho. Finalmente, Leia vio signos en la pantalla del sensor de fisuras, grietas verticales en la roca. Encendieron los focos del deslizador sobre aquellos lugares y vieron que las roturas en la roca eran mucho más recientes que la piedra que las rodeaban.

—Terremotos —dijo Han.

Como si le respondiera, una siniestra vibración llenó el aire.

Pequeñas rocas se soltaron del techo del túnel por encima de sus cabezas y empezaron a traquetear al caer alrededor del deslizador y sobre su techo. El rugido, como si el mayor gigante de la galaxia estuviera comiendo un gran bol lleno de peñascos para desayunar, no disminuyó. Se intensificó, con las rocas que se estrellaban sobre el deslizador aumentando de tamaño desde piedrecitas a piedras como puños a piedras del tamaño de cabezas. Han mantuvo sus manos fuertemente sujetas sobre la palanca de control, con los nudillos blancos, listo para agacharse hacia un lado u otro si tenía suficiente advertencia del desastre.

El suelo bajo ellos cedió. Los repulsores del deslizador, fijados para mantener la altitud sobre un metro por encima del suelo, no eran lo bastante fuertes. Han, Leia y su vehículo cayeron hacia la negrura, con más piedras y cantos redondos siguiéndoles.

CIUDAD DE DOR'SHAN, DORIN

Luke podía decir que Ben estaba encontrando el templo de los Baran Do extraño y cómodamente familiar. La decoración era característicamente kel dor, una andanada constante de símbolos y metáforas estilísticas que representaban sus ambientes naturales y las fuerzas de la naturaleza, pero las salas obviamente tenían propósitos que entendió instantáneamente. Salas de entrenamiento. Clases.

Salas de meditación. Comedores. Todo estaba operado en una escala mucho más pequeña que el Templo Jedi. Luke no le preguntó a Tistura Paan, su estudiante guía, pero estimó que había quizás seis Maestros aquí y no más de veinte estudiantes de varios rangos.

La sala de entrenamiento de combate estaba comparativamente pequeña y muy ligeramente ocupada. Los bastones descansaban en estantes de armas. Armaduras corporales acolchadas colgaban de ganchos en las paredes. Había esteras acolchadas en el suelo para practicar. La sala podía acomodar quizás a dos grupos de parejas de entrenamiento en cada momento.

—¿No todos vuestros estudiantes entrenan para el combate? —preguntó Ben a Tistura Paan.

—No. Los Baran Do no somos una orden militante como los Jedi.

—No somos *tan* militantes.

Ella le ofreció una sonrisa, mostrando sus paladares trituradores.

—Todos vosotros estudiáis la lucha. Eso es militante. Nuestro papel es el de consejeros y para dar advertencias por adelantado. Los primeros Baran Do fueron videntes de aldeas que tenían un sentido realzado de la meteorología y que podían advertir a sus compañeros de las tormentas que se acercaban. Con el paso de los siglos, ellos y sus descendientes mantuvieron correspondencia los unos con los otros, intercambiando técnicas y filosofías. Los mejores se convirtieron en consejeros personales de los gobernantes de nuestro pueblo. Finalmente la orden se convirtió en académica, reuniendo y catalogando conocimientos de las artes y las ciencias, al igual que de los caminos de la Fuerza.

Pasaron a través de un arco anguloso hacia una sala de meditación decorada sólo con pequeñas esteras circulares en el suelo. La sala no tenía ventanas y las paredes eran de una textura dura y suave de un blanco grisáceo, como el interior de una nube.

—He estado asumiendo, pero no pregunté ayer, que el Maestro Plo Koon fue una vez miembros de vuestra orden.

Tistura Paan asintió. Ella se sentó en uno de los círculos de espuma y, con un gesto, invitó a Luke y Ben a que hicieran lo mismo. Ellos obedecieron.

—A lo largo de los siglos, muchos de la familia Koon han sido Baran Do. La Fuerza corre fuerte por ese linaje, como, digamos, en el linaje Skywalker. Se dice de Plo Koon que nunca se cansó de vivir entre los respiradores de oxígeno, de tener que lidiar con claustrofóbicas máscaras y caras extrañas. Yo, me habría cansado en semanas o meses.

Ben le dio unos golpecitos a la máscara de transpariacero sobre su propia cara.

—Sé cómo te sientes.

—Tu padre será instruido por la Maestra Tila Mong en la técnica *hassat-durr*, que según entiendo no vas a aprender tú. ¿Te gustaría tener algo de práctica de combate?

—¿Prometes no arrancarme la máscara esta vez?

—Nada de promesas.

—Oh, bien. Claro.

Una vez que los dos se marcharon, Luke no tuvo que esperar mucho. Tila Mong entró, hizo un gesto a Luke para que no se levantara y se sentó en una estera frente a él.

—De un Maestro a otro —dijo ella—. ¿No pondrás objeciones a un curso acelerado, falto de rituales de aprendizaje y con artefactos de entrenamiento?

—Eso sería de lo más agradable.

—Bien, entonces. La técnica que pediste aprender es la técnica *ayna-seff* de la familia *hassat-durr*. En nuestra lengua, el término *hassat-durr* significa «pararrayos».

—¿Por qué la llamáis así?

—Porque si no se es absolutamente perfecto en la maestría de la técnica y se ejecuta el *hassat-durr* durante una tormenta, serás alcanzado por un rayo y morirás.

A pesar de sí mismo, Luke se rió.

—Estás bromeando. ¿Verdad?

Ella negó con la cabeza.

—Las técnicas *hassat-durr* recubren tu cuerpo con un nivel muy bajo de radiación electromagnética. Produces la radicación como una interacción entre la Fuerza y tu propia influencia mental sobre tu sistema nervioso central. Las energías que produce un estudiante en sus primeros estudios de la técnica atraen al rayo tanto como un pararrayos. Es por esta razón que esta habilidad, como la de desmantelar grandes explosivos, es mejor perfeccionarla antes de que se intente en el campo.

—Aparte de confundir a los escáneres cerebrales y permitir una forma bastante difícil de resolver de suicidio por rayo, ¿qué hacen las otras técnicas *hassat-durr*?

—Pueden desactivar tus propias prótesis e implantes electrónicos, pueden intervenir con esposas aturdidoras, puede causar que uno sea percibido por los sentidos animales como algo terrible o algo inofensivo y puede permitirte actuar como una antena para comunicadores de gran alcance muy efectivamente. Y hay otros usos.

De un bolsillo en sus ropas, ella extrajo dos objetos. Uno parecía como una esfera ordinaria de duracero gris metálico de alrededor de cuatro centímetros de diámetro. El otro era una placa plana del mismo material. Esta tenía una depresión con borde que claramente se pretendía que fuera como para acomodar la bola. Un cable impermeabilizado estaba unido al borde de la placa. De alrededor de un metro de largo, terminaba en una correa desmontable con un conductor eléctrico incrustado en él.

Ella colocó la placa delante de Luke, puso la bola en la depresión y le entregó la banda elástica.

—Por favor, amárrate eso a la mano, colocando el conductor en tu palma.

Luke empezó a obedecer, luego lo pensó mejor y se puso la correa en su mano de carne y hueso en lugar de la protésica.

—Este aparato —dijo Tila Mong— es una simple herramienta de enseñanza. Está en sintonía con las intensidades y frecuencias precisas de la energía electromagnética producida por alguien que practica correctamente al técnica *ayna-seff*.

—¿Cómo, por cierto, se traduce *ayna-seff*?

—Cerebro muerto.

Luke sonrió.

—Vosotros, los Baran Do, tenéis convenciones muy prácticas para poner nombres.

—Nuestros sentidos artísticos se inclinan hacia el tacto y la vista, no hacia el verbal. Para nosotros, aprender básico es siempre un ritual de descubrimiento de coloridos adjetivos y sorprendentes listas de sinónimos. De todos modos, tu primer paso es aprender a canalizar las energías que provocarán que la bola se levante de la placa.

Luke miró a la bola. Se permitió hundirse en un estado meditativo. Resistió la urgencia de empujar la bola con la Fuerza.

Ciertamente podía levantarla telequinéticamente, pero eso no beneficiaría a su entrenamiento. En su lugar, una a una, pasó por todas las técnicas de la Fuerza que había

aprendido, sin utilizarlas pero colocándose en el estado mental requerido por cada una de ellas.

Medio minuto más tarde, mientras se preparaba para una técnica que causaba que las holocámaras mostraran estática brevemente, un método por el que los Jedi podían eludir muchas disposiciones de seguridad, la bola saltó hacia arriba y empezó a girar, oscilar de arriba abajo entre diez y veinte centímetros por encima de la placa.

Tila Mong asintió.

—Bien, eso es alrededor de ocho semanas evitadas de entrenamiento de un aprendiz.

—Pero eso es sólo el primer paso. ¿Cuáles son los otros?

—Aprendes a parar la bola para que no gire. Eso significa que has encontrado la forma exacta de la energía necesaria para la técnica del cerebro muerto. Aprendes a mantener la bola a una altitud de alrededor de un centímetro. Eso significa que has encontrado la cantidad correcta de energía para el esfuerzo, una cantidad que hace difícil que excepto los aparatos más delicados y más correctamente calibrados descubran que hay una anomalía en tu producción de energía electromagnética. Y aprendes a sostener la producción de energía sin cansarte, durante días, semanas o incluso más.

—¿Es así como Jacen Solo aprendió la técnica de Koro Ziil?

Inmediatamente, algo se cerró en la mente de Tila Mong.

Luke no estaba seguro de que alguien que no era un Maestro Jedi se hubiera dado cuenta. No estaba ni siquiera seguro de que la mayoría de los Maestros lo hubieran detectado. Pero algo, el equivalente a la puerta de una cámara acorazada de duracero, se cerró dentro de la consciencia de Tila Mong.

Su cara y su comportamiento no traicionaron ningún signo de ello.

—Sí —dijo simplemente ella.

—¿Cuánto le llevó a él?

—Tal y como lo recuerdo, alrededor de tres días.

Luke sonrió.

—Es muy poco Jedi de mi parte, pero quiero romper ese record.

Capítulo Dieciséis

MINAS CALRISSIAN-NUNB, KESSEL

—¿Dónde está el tío Han?

Oportunidad, sentado junto a Allana en la brillante mesa blanca de la cafetería, pateaba rítmicamente la parte inferior de la tapa de la mesa.

—Todavía no ha vuelto.

Allana no le prestó atención. Su mirada estaba fija en Tendra y Lando, que se sentaban solos en la mesa adyacente, susurrándose urgentemente el uno al otro.

Ella les miró. Mientras que Nanna preparaba la cena en una cocina contigua para el personal cavernosamente vacía, Nien Nunb esperaba en la sala de comunicaciones una llamada de Han y Leia y Oportunidad estaba ocupado siendo un niño pequeño. Los Calrissian, estaba claro, estaban discutiendo el destino de los Solo pero sin hacer nada sobre ello.

Allana habló en tonos tan bajos que ellos no pudieron oírla.

—No están muertos, ya sabéis. Yo lo habría sentido.

—¿Dónde está la tía Leia?

—Todavía no ha vuelto.

Las patadas de Oportunidad se hicieron más enérgicas. Allana se sintió con ganas de unirse a él en castigar a la mesa. Finalmente, ella elevó la voz.

—¿Por qué no vamos a buscarles?

Lando y Tendra miraron hacia ella. Lando le dirigió una sonrisa rápida que ella sabía que se suponía que era tranquilizadora. Ella estuvo resentida con él por ello.

—No estamos seguros de que les hiciera algún bien en este momento, cariño —le dijo él—. Estamos intentando planear qué hacer a continuación.

—Simplemente deberíamos ir ahí abajo y buscarles. Soy realmente buena buscando.

Ella vio a Lando suprimir un estremecimiento.

—Amelia, ¿sabes qué es un transceptor?

Ella asintió.

—Es como un comunicador, excepto que hablas por los comunicadores y no le hablas a todos los transceptores.

—Exacto. Tu mamá y tu papá llevan varios transceptores, algunos de los cuales ni siquiera ellos sabes que los llevan. En su deslizador, en su equipamiento.

—También sé lo que son los aparatos de seguimiento. —Ella le dirigió una mirada sospechosa—. Les pusiste aparatos de seguimiento.

—¡Desde luego! Las señales de comunicador no llegan muy lejos en las minas. No atraviesan la piedra. Así que he puesto transceptores especiales en su equipamiento que se comunica con los sensores sísmicos que tenemos por todos los túneles. Hace un tiempo, después de que dejáramos de recibir señales y tuviéramos ese terremoto, tu tía Tendra y yo bajamos para mirar.

—¿Por qué no me lo dijisteis? Habría ido con vosotros.

—Sí… De todas maneras, hay muchas rocas caídas entre nosotros y Han y Leia justo ahora. Tenemos que abrirnos paso hasta ellos cavando.

—Y ninguno de nuestros mineros está aquí justo ahora —añadió Tendra—. La mayoría de ellos están lejos con una licencia remunerada. Hemos enviado a pedir voluntarios.

—Bueno, hasta que ellos lleguen aquí, *nosotros* podemos…

—Nosotros podemos quedarnos aquí —dijo Lando, sonando severo por primera vez en la conversación. Él fijó en ella una mirada y, cuando ella no respondió, él se volvió de nuevo hacia Tendra.

—Yo puedo encontrarles —susurró Allana.

—¿Qué pasa, señorita Amelia? —C-3PO, titubeando al lado de R2-D2 al otro lado de la mesa, se inclinó hacia delante como si eso ayudara a sus audioreceptores para recoger sus palabras.

Ella le dirigió al droide una mirada resentida.

—Nada.

R2-D2 pitó, una declaración muy larga para él. Allana miró a C-3PO para una traducción.

El droide de protocolo se inclinó hacia ella de nuevo.

—Dice que aprueba altamente que las niñas pequeñas aventureras sean niñas pequeñas aventureras. Pero no esta vez.

Allana suspiró.

JUZGADO NÚMERO NUEVE, CORUSCANT

Era la misma jueza falleen que había dictado la sentencia de Luke Skywalker y ahora estaba idénticamente impasible.

—Es la determinación de esta corte que el Jedi Valin Horn no está apto para afrontar el juicio por sus acciones en el proceso arriba mencionado.

En el fondo de la sala, de pie entre un puñado de Jedi a los que se les había permitido entrar en la sala del tribunal llena, Jaina dejó escapar un suspiro de alivio. Estas eran buenas noticias. Valin no iría a juicio después de todo.

Las siguientes palabras de la jueza demostraron su equivocación.

—Esta corte ha determinado que el acusado, debido a la naturaleza extremadamente peligrosa de sus habilidades y la palpable criminalidad de su enfermedad mental, es demasiado peligroso para estar confinado en cualquier instalación convencional. Por esta razón, será detenido a través de un encarcelamiento en carbonita hasta que llegue el momento de…

Sus palabras podrían también haber sido un cambio de papeles crucial en un juego de bolo-bola. De repente la mitad de los observadores de la sala estaban en pie, con los Jedi y los amigos de los Jedi entre los que protestaban a gritos, con la prensa rígida o incluso

subiéndose en los bancos para holograbar mejor los procedimientos. Nawara Ven, sólo en la mesa de la defensa, estaba rugiendo para hacerse oír por encima de la multitud.

—Señoría, esta es una indignante violación de los derechos de mi cliente, de los derechos de todos los ciudadanos…

La jueza pulsó un botón en su estrado. Una nota musical como la campana de advertencia de una nave náutica sonó por toda la sala.

Era lo bastante alta para ser dolorosa para aquellos con un oído normal. Mientras continuaron los gritos, ella presionó otra vez y otra, creando cada vez un tono más alto, hasta que toda la sala estuvo en silencio, con la mayoría de los presentes cubriéndose los oídos o las membranas timpánicas.

La jueza miró alrededor de la sala, con una expresión fría.

—Todo el que desee pasar un mes en la cárcel con el cargo de desacato a la corte, ¿puede hablar, por favor?

Nadie habló. Pocos fueron los que incluso se atrevieron a bajarse las manos de las orejas.

La jueza hizo un gesto para que todos se sentaran. Todos lo hicieron excepto aquellos que, como Jaina, no encontraron sitios vacíos.

—Para continuar, será detenido a través de un encarcelamiento en carbonita hasta que llegue el momento de en que se pueda determinar un tratamiento para su condición basado en la evaluación de los datos de sus pruebas. Será sacado de la estasis en carbonita a intervalos, para que pruebas nuevas y relevantes, al igual que evaluaciones mentales, sean ordenadas. Será sacado no menos de dos veces por año estándar sin tener en cuenta las pruebas y evaluaciones concernientes.

»Con eso concluye esta vista.

Con los movimientos enérgicos, quizás irritados, ella se levantó.

Los abogados y espectadores también lo hicieron. Cuando ella se hubo ido, las voces volvieron a estallar, esta vez con la prensa lanzándoles preguntas a los abogados, los Jedi y los Horn.

Jaina ignoró las quejas sinceras pero irrelevantes de los Jedi a su alrededor. Ella miró a Corran y Mirax Horn abrazados en su miseria compartida, miró mientras la mirada prohibitiva de la Maestra Saba Sebatyne evitaba que los miembros de la prensa se acercaran a ellos, miró mientras Nawara Ven se volvía a sentar a su mesa, cayendo por la derrota temporal, con los hombros hundidos por la frustración y la furia.

Y fue sorprendida por una sensación de presagio. *Todos ellos son asesinos*, pensó ella. *Los Jedi y los pilotos de combate y los contrabandistas, son todos asesinos, que emprendieron la guerra por la Nueva República o que mataron para detener a los yuuzhan vong. El gobierno está convirtiendo esta situación en una guerra, y la gente a la que están ofendiendo, bajo la superficie, son asesinos.*

Yo misma incluida. Esto no puede terminar bien.

PROFUNDIDADES NO EXPLORADAS, KESSEL

El deslizador cayó en picado hacia la oscuridad. El lado inferior se estrelló casi inmediatamente con una losa de roca inclinada casi cuarenta y cinco grados en su descenso. Los repulsores, acelerándose mucho para compensar, hicieron rebotar el deslizador lejos de la losa y lo lanzó al aire. Bajo los rayos de los focos, Han vio rocas aparentemente girando a su alrededor mientras el deslizador giraba.

Colocó los repulsores en la opción estándar y los llevó a su máximo poder, intentando detener el descenso del deslizador y que finalmente flotara. Entonces Leia gritó algo que él no entendió. Ella estaba mirando hacia arriba y él podía sentir más que ver la inmensa repisa de rocas cayendo por el pozo tras ellos.

Él apagó los repulsores y disparó los impulsores, elevando el deslizador directo hacia abajo por el pozo. En el segundo libre que tuvo antes de se requiriera más acción, cambió los repulsores a reducción de colisión, una proyección hacia delante que reduciría el severidad del choque cuando impactaran.

Entraron en una caverna enorme, o quizás era un túnel, porque era casi de un diámetro constante, de más de cien metros y había débiles brillos a la derecha y a la izquierda. Él cambió al modo de vuelo normal y viró a estribor. Los sensores gritaron que una colisión con el suelo era inminente…

Casi se las había arreglado para salir de la barrena cuando las porciones delanteras del deslizador se estrellaron contra el suelo de piedra. Chocaron en un ángulo oblicuo, una circunstancia que les salvó la vida. El impacto fue poderoso, lanzándolos a los dos hacia delante contra sus arneses, pero el deslizador continuó hacia delante, rebotando como una roca plana que se deslizara sobre un estanque.

Los repulsores se apagaron. El deslizador volvió a chocar, sacudiendo la columna vertebral de Han, y volvió a rebotar en la baja gravedad de Kessel. Entonces chocó una tercera vez y se quedó en el suelo, deslizándose hacia delante durante otros cuarenta metros.

Se detuvieron, pero el ruido atronador de las rocas que caían no se detuvo. A cierta distancia detrás de ellos, una avalancha de rocas, cantos rodados y el ondeante polvo cayeron del techo, creando una enorme colina directamente debajo del agujero a través del que habían caído.

Rápidamente pero con desapego, Han repasó su lista de comprobaciones de emergencia. Leia: ilesa, soltándose los arneses, buscando su sable láser. Él mismo: dolores menores en el cuello y los brazos, nada significativo. Panel de control: oscuro. Sensores: apagados. Olores: aire reciclado, nada tóxico. Ningún signo de que los recicladores todavía estuvieran funcionando.

Él dejó escapar el aliento por primera vez desde que el suelo de piedra había cedido. Se soltó los arneses.

—Prepárate para correr en caso de que más techo caiga.

Ella le dirigió una mirada que ninguna otra persona podría haber interpretado: medio agradecida por su preocupación y medio agraviada por que él le estuviera diciendo cosas que ella ya estaba preparada para hacer.

El aire alrededor de ellos se oscureció mientras el borde de la nube de polvo llegó hasta ellos. Pero el ruido de la avalancha disminuyó. Unos momentos después, se había reducido al sonido de una roca ocasional cayendo sobre el montón, y a gruñidos pétreos mientras el propio montón se asentaba.

Cuidadosamente, lentamente, Han y Leia salieron del deslizador.

No hubo el chasquido del sello de atmósfera al romperse. La estructura del deslizador debía haberse retorcido, arruinando la integridad del sello, durante su choque.

Leia encontró una poderosa lámpara luminosa en el revoltijo de equipamiento del asiento trasero. Ella la encendió y la apuntó hacia el techo de la caverna. Aunque débil a esta distancia, el rayo mostró que el agujero del techo ya no existía. Estaba atascado por los restos afilados de piedra, algunos de ellos de docenas o cientos de toneladas de peso.

—Genial —dijo Han.

Él se movió hacia la parte delantera del deslizador y abrió el compartimento del motor.

—Hey, cualquier aterrizaje del que puedas salir andando es bueno —dijo Leia.

Han le ofreció resoplido sarcástico.

—Así es como hablan los supervivientes. Un piloto dice: cualquier aterrizaje del que no puedas salir *volando* es un fallo.

—Lo hiciste muy bien.

—Sé que lo hice. Es este pedazo arcaico de chatarra el que nos falló.

Él negó con la cabeza sobre el estado del motor y cerró el compartimento de golpe. Entonces le dio al lateral del deslizador una patada salvaje.

—Qué bien.

—Sí. Espero que te guste caminar, señora.

—Han, podrías haberte dado cuenta, en la distancia, ¿había algunas fuentes de luz?

—Probablemente cebos fosforescentes de un número infinito de escarabajos carnívoros gigantes del túnel.

Ella se rió de él y entonces empezó a sacar equipamiento del asiento trasero.

—Preparémonos para una caminata.

Media hora después, miraban a un mundo nuevo y diferente.

Era la fuente de luz que habían visto túnel abajo más allá del montón de piedras caídas. Leia había juzgado que estaban más cerca, así que se habían dirigido en esa dirección. La caminata había sido fácil. Aunque casi habían vaciado el equipo del deslizador y Han había cogido además la torreta con el arma de las granadas, en la baja gravedad de Kessel los sesenta kilos o así de equipamiento que él llevaba era una carga comparativamente cómoda.

La aproximación al punto donde el túnel que se elevaba se encontraba con una enorme caverna estaba en alto. Han y Leia tuvieron que trepar por una subida muy

empinada de piedra de unos tres metros antes de que pudieran mirar dentro de la caverna que había más allá.

Del tamaño de una ciudad, la caverna estaba revestida con bloques de equipamiento manufacturado, con cada bloque del tamaño de un edificio humano. Algunos eran tan grandes como casas de tres pisos, algunos del tamaño de edificios de apartamentos de diez plantas y todos estaban llenos de luces de colores, algunas constantes y algunas parpadeando regular o intermitentemente. Las fachadas de los bloques de equipamiento se separaban en rectángulos de diferentes colores de metal, pero a esta distancia Han no podía decir si eran cosas meramente decorativas o si los rectángulos eran escotilla de acceso.

En adición a los indicadores del equipamiento, había luz por encima y por debajo. El techo de la sala tenía parches de material verdoso, posiblemente orgánico, que exudaba un suave brillo azul verdoso. El suelo estaba desnudo de equipamiento y estaba lleno, aunque no cubierto densamente por redondeadas capas verdosas de hongos, algunos de los cuales eran más altos que Han. La luz de todas estas fuentes se unían en el brillo débil y pálido que Han y Leia habían visto desde lejos.

La vista de la maquinaria, los hongos y las paredes de la caverna continuaban hasta donde alcanzaba la vista… al menos durante kilómetros.

Leia alargó la mano y presionó suavemente hacia arriba la mandíbula de Han bajo la máscara, cerrándole la boca.

—Lando no tiene ni idea de sobre qué está sentado, ¿verdad?

Han negó con la cabeza.

—Si todo esto se apagara mañana, sólo le valor de la chatarra le haría un hombre más rico. ¿Pero para qué sirve?

—Descubrámoslo.

Ajustándose la mochila, ella caminó hacia la caverna.

Dividieron sus obligaciones naturalmente y sin discusión. Leia investigó la maquinaria. Han mantuvo los ojos abiertos en busca de formas de vida predadoras.

Tras unos pocos minutos de caminata, llegaron a la primera fila de maquinaria a mano derecha de la inclinada pared de la caverna.

Lo primero en su camino fue una estructura parecida a una caja del tamaño de un almacén. Sus paneles, principalmente negros, brillaban con lo que parecía como miles de pequeñas luces rectangulares.

Leia se puso las manos en las caderas.

—¿Por dónde empezamos?

—Algo que lo alimente. Si no tiene alguna clase de reactor interno, probablemente hay una serie de cables que le entran en algún lugar. Y a menos que esté haciendo lo que

sea que haga de manera aislada, está recibiendo o enviado datos… por cable, por emisión, de alguna manera.

Casi al nivel del suelo, un espectro salió de la fachada de la máquina. Se quedó allí flotando, a unos cuantos metros de Han y Leia, y emitió un débil sonido de parloteo, como toda una colonia de insectos curiosos.

—O quizás no tengo ni idea de lo que estoy hablando —dijo Han.

CIUDAD DE DOR'SHAN, DORIN

Recién salido de la saniducha de la *Sombra de Jade* y vestido con una túnica limpia, Ben se reunió con su padre en la sala principal. La cena consistía en comidas preempaquetadas calentadas en el pequeño horno de pulso del yate, pero a Ben no le importaba. El pastel de nerf, el puré de tubérculo y las verduras del tiempo en los compartimentos individuales de la bandeja le recordaban a la comida de casa, a la mala comida de casa.

—Entonces —dijo su padre—. ¿Qué has aprendido hoy?

—Un poco sobre la diferencia entre el modo en que los miembros flacos con músculos densos y curtidos se mueven en comparación los brazos y piernas humanos. Eso es todo. Oh, ¿y sabes esa cosa donde los sabios deciden que es hora de morir y simplemente se permiten hacerlo?

Luke asintió.

—Uno de los Maestros Baran Do ha decidido hacerlo. Charsae Saal, el instructor de combate más viejo. Trabajó con Tistura Paan y conmigo hoy.

—¿Hablaste con él sobre ello?

Ben asintió.

—Yo no, ya sabes, le solté simplemente: *¿Por qué ha decidido morir?*, ni nada por el estilo. Pero Tistura Paan tenía algunas preguntas sobre su ceremonia de mañana. Ella estaba bastante triste.

Era su estudiante especial. Él le dio un cuaderno de datos con sus memorias y manuales de instrucción. Acababa de terminarlos.

—¿Qué le preguntaste?

—Bueno, le dije que desde una perspectiva humana, siempre era triste cuando una buena persona moría, cuando se llevaba su conocimiento con él. Él dijo que dejaba su conocimiento. Yo le pregunté si tenía familia y dijo que los volvería a ver algún día, por lo que entiendo que quería decir cuando ya estuvieran muertos.

—Él planea morir *mañana*.

Ben asintió.

Luke frunció el ceño.

—¿Qué?

—Un juego de palabras.

Pero Luke no dijo más sobre el asunto.

—¿Qué aprendiste hoy, papá?

—Aprendí a hacer que una bola flotara a una altitud constante, pero no a hacer que se quedase quieta.

—Tuviste un día excitante.

—También aprendí que hay algo sobre la visita de Jacen aquí, o sobre el antiguo Maestro de los sabios, que Tila Mong no quiere que yo sepa. Eso es probablemente el pensamiento oculto que sentí anoche.

—Una vez que hayas comprendido la técnica de dejar el escáner en blanco y hayas sacado a la luz todos los secretos de Tila Mong, ¿a dónde iremos a continuación?

Luke se encogió de hombros.

—Tendremos que tomarnos eso como venga.

Capítulo Diecisiete

PROFUNDIDADES NO EXPLORADAS, KESSEL

Han miró a Leia mientras ella, sin miedo, se aproximó al espectro. A diferencia del anterior, esta criatura no se retiró ante la aproximación de ella, sino que se quedó flotando en el aire como si la vigilara.

Ella se acercó a un metro de él y él todavía no se movió, aunque su parloteo se hizo más alto y las luces de su interior giraron incluso más rápidamente.

—Leia, ten *cuidado*…

Indeciso entre la necesidad de saber qué estaba ocurriendo con su esposa y la necesidad igualmente fuerte de saber no estaban siendo acechados sigilosamente, Han siguió cambiando su atención de la escena con el espectro a la maquinaria que los rodeaba y al campo de hongos.

—No siento ninguna intención hostil. O, de hecho, ninguna vida.

Leia levantó una mano como para tocar al espectro.

Su mano penetró en sus bordes exteriores. Luces coloridas giraron alrededor de sus dedos como si estos fueran el centro de alguna nueva tormenta. El pelo de Leia se levantó, poniéndosele de punta y el ruido de crujidos se unió al parloteo que oía Han.

—Leia, sigue hablando.

—Está bien, no estoy herida. —Había algo de tensión en su voz como si estuviera haciendo un esfuerzo por el ejercicio o la concentración—. Es… es…

—¿Qué?

Han oyó una nota que era casi un aullido en su voz.

—Una tarjeta de datos.

Ella se tambaleó hacia atrás, casi cayéndose, y la acción rompió su contacto con el espectro. De repente, él se fue zumbando, directo hacia arriba.

Han puso una mano sobre el hombro de Leia para sostenerla. Él vio ascender al espectro. Unos momentos después, este golpeó el techo y se desvaneció en la roca de allí. Han dejó escapar un suspiro de alivio.

Leia se enderezó, sacudiendo la cabeza para aclararla.

—Eso fue… interesante.

—¿Qué querías decir con que era una tarjeta de datos?

—Eso fue a lo que me recordó. Creo que es algo como su función. Pude sentir una reserva de energía en su interior y la habilidad de comunicarse y un gran almacenaje de datos… datos recientes. De este aparato, creo. —Ella hizo un gesto hacia la caja del tamaño de un edificio—. Vi un patrón tridimensional de, no sé cómo llamarlo, *intensidades*. Miles. Millones. Tenía una misión, una intención de ir a algún lugar y entregar los datos. También había algo más. Una sensación de futilidad.

—Sacaste mucho de ese contacto.

—Su único propósito es la comunicación. No conmigo, no con nada como nosotros. Ayudó mucho que yo estuviera intentado hacer aquello para lo que se hizo él. Necesito encontrar a otro. Muchos más de ellos. Aprender más de cada uno.

Enérgica de nuevo, echó a andar con paso vivo a lo largo de la fila de inmensas cajas, manteniendo su brazo derecho separado como si le hiciera señas a más espectros para que salieran de las máquinas mientras ella pasaba.

Han negó con la cabeza y la siguió.

Han vio las cosas durante aquella caminata, algunas de las cuales eran fascinantes y algunas preferiría no haberlas visto.

Había vida animal en la caverna, moviéndose entre los hongos. Él catalogó al menos dos especies diferentes de criaturas parecidas a ciempiés, una de alrededor de un metro de largo y verde, la otra de alrededor de dos metros de largo y de apariencia peligrosa roja y amarilla. Ambas especies tenían aguijones de aspecto malicioso al final de las colas. Él vio a los ciempiés más grandes atacar, pinchar y comerse a los más pequeños.

También vio pequeñas cosas aviares, como murcielalcones en miniatura, abatirse sobre ambas especies de ciempiés y agarrar a las cosas por la espalda. Sólo cuando sacó sus macrobinoculares y los apuntó hacia uno de aquellos ataques voladores se dio cuenta de que el ave estaba cogiendo a jóvenes ciempiés subidos a las espaldas de los más mayores.

Los hongos también eran presa de la vida animal. Algunos parecían mordidos alrededor de la periferia de sus sombreros. Pero otros tenían defensas. Cuando un ciempiés verde fue reptando a través del sombrero de un hongo, el sombrero se derrumbó, se lió sobre sí mismo y atrapó al ciempiés en su interior. Ese hongo no se desenrolló en todo el tiempo que le llevó a Han salir de su vista, y él no se preocupó de pensar en los procesos digestivos que ahora estaban teniendo lugar en el interior del hongo. Él simplemente juró no tocar ningún hongo mientras pasaba junto a ellos.

Cuando llevaban dos kilómetros de caminata, vio a la araña de energía. Se detuvo de repente, con el aire abandonando sus pulmones. Leia debía haber sentido su angustia. Ella se volvió para mirarle y entonces siguió su mirada.

A setenta metros de distancia, con el cuerpo del tamaño de un deslizador aéreo, se elevaba de entre una alta masa de hongos, cristalina y transparente, al menos con quince patas en un lado y pinzas formidables delante.

Su cabeza giró como si observara lo que la rodeaba. Lentamente, de manera que no atrajera su atención, Han se quitó la correa del rifle lanzabalas del hombro, bajándolo hasta el suelo, y puso las manos en el lanzagranadas. Empezaría con una granada señuelo. Si no funcionaba, cambiaría a los grandes explosivos y luego iría a por el rifle si la araña se acercaba.

La araña dio un par de pasos en la dirección de Han, trepando a un hongo especialmente grande como para tener más altura desde la que ver mejor.

Entonces se posó sobre el sombrero del hongo. La piel del hongo bajo su cuerpo empezó a volverse negra, desapareciendo.

—Está comiendo hongos —dijo Leia—. Eso no es muy agresivo.

Tú lo haces.

—Es diferente.

Ahora que su estallido inicial de pánico estaba aminorando, Han pudo ver que había diferencias entre esta criatura y las arañas de energía que había visto, de las que había leído en los comunicados de Nien Nunb. En vez de ser azules, con pequeños destellos de luz brillando dentro de su piel parecida al transpariacero, esta era de un color más carmesí. Sus patas no estaban decoradas con todas las garras y las espadas que poseían las arañas de especia.

Y, desde luego, no estaba cargando contra él.

—Una especie emparentada. Quizás herbívora.

Leia permaneció irritantemente sin miedo.

—Quizás es *omnívora* y está ansiosa por añadir a un par de humanos a su lista de aperitivos. —Han volvió a colgarse el rifle—. Vamos, salgamos de aquí. Quizás es una depredadora de ojos que no ven, corazón que no siente.

—Vale.

Continuaron adelante, con Han vigilando a la araña. Pero ella nunca se levantó del sitio en alto en el que se estaba alimentando, sin volverse nunca hacia ellos. Ni siquiera le prestó atención a los ciempiés que se movían por la parte alta de los hongos adyacentes y, dándose cuenta de eso, sólo entonces estuvo Han medio seguro de que la cosa tenía que estar poco interesada en la vida animal.

Otro kilómetro más adelante, Leia hizo un ruido de sorpresa. Otro espectro apareció, este de una estructura gris plateada del tamaño del edificio donde los Solo tenían su casa en Coruscant. Tenía una combinación de colores más oscuro, con las luces en una configuración más débil de violetas y rojos. El ruido que hizo era bastante musical, como un arpa siendo tocada por un mono-lagarto kowakiano.

Leia no dudó, sino que se aproximó a él y metió su mano por su halo exterior. De nuevo ella crujió por la electricidad estática. De nuevo su pelo se puso de punta en una exhibición que sugería electrocución.

—Empieza a hablar, princesa. Necesito saber que no estás de pie inconsciente.

—Buscando —dijo ella, con su tono distante—. Variables. Un número inimaginable de ellas. Manteniendo.

—¿Manteniendo qué?

De mala gana, Han se volvió de espaldas a Leia y al espectro, otra vez manteniendo la guardia contra el mar de hongos y de formas de vida en su interior.

—No lo sé… Los datos se perderán. Terminando el ciclo, acabando el ciclo.

Eso sonaba muy mal. Pero Han estaba distraído por algo en la distancia. Si estaban siguiendo una pared norte-sur, y no tenía razón para creer que lo era, porque los sensores del deslizador habían dejado de funcionar hacía mucho, pero él la llamaba norte-sur porque tenía que llamarla *algo*, entonces en un ángulo, quizás a un kilómetro de distancia hacia el noroeste, había algo en mitad de un campo de hongos. Parecía como un montículo de… él no estaba seguro de qué. Barriles de acero, conectados juntos, como una improvisada bomba de carburante en un campamento en tiempos de guerra.

—Centralia… *Oh*. —Leia jadeó.

Han se volvió para verla tambalearse hacia atrás, con el espectro musical desapareciendo por las piedras a sus pies.

Han la cogió y la sostuvo recta mientras ella se recuperaba.

—¿Por qué dijiste *Centralia*?

—¡Vi la Estación Centralia! Tan clara como en un holo. —Sus ojos se movieron de un lado a otro como si estuviera revisando lo que acababa de experimentar—. Han, esa imagen que tuve antes, ¿la de millones de intensidades aleatorias?

—¿Sí?

—Pozos de gravedad, estoy segura. Una galaxia llena de pozos de gravedad.

—Huh. ¿Esta cosa es un gigantesco observatorio astronómico?

—Quizás. —Ella se enderezó, recuperada, pero no rompió el abrazo de él—. ¿Pero para qué propósito?

—La Estación Centralia se trataba de gravedad. Sus superrayos tractores eran gravedad en su naturaleza. —Han miró a lo largo de la fila aparentemente interminable de maquinaria—. ¿Podría esto ser de los mismos fabricantes? ¿De los llamados Celestiales? No parece tan viejo.

—Tampoco lo parecía Centralia.

Han hizo un gesto hacia el distante montón de barriles.

—Algo diferente a lo que mirar.

—Comamos primero. Comunicarse con manchas de energía es un trabajo duro.

Media hora después, fortificada por las raciones de viaje, llegaron al montículo.

Viajar a través de los bosques de hongos para llegar allí no había sido seguro. La mayoría de las formas de vida huían cuando ellos se aproximaban, pero los ciempiés rojos y amarillos eran agresivos y se movían rápidamente. Afortunadamente, también hacían mucho ruido, saltando hacia delante con toda la sutileza de un niño de dos años pilotando una moto deslizadora. Han le disparó a dos antes de que se acercaran a menos de diez metros y Leia cortó uno por la mitad con su sable láser cuando se elevó por encima del hongo delante de ellos.

Y entonces estaban allí, a los pies del aparato que Han había visto.

Descansaba en un disco de algo como el duracero, de seis metros de diámetro y un metro de alto. Elevándose de él había un polo central con algo como una antena del panel del sensor saliendo de él.

La antena estaba curvada como un plato. Dado el modo en que estaba situada, Han estaba seguro de que estaba diseñada para rotar.

Apilados contra la parte trasera del plato, unidos a él por el cableado de metal, estaban los numerosos objetos parecidos a barriles que él había visto, cada uno lo bastante grande como para sostener a un bantha adulto. Toda la estructura subía unos quince metros en el aire.

Leia le miró. Él se encogió de hombros.

—Me has pillado.

—Yo… ¡hey!

El sable láser desactivado de Leia saltó de repente hacia el aparato, como si saltara hacia él, y ella se tambaleó en esa dirección.

Igual que lo hizo Han. Era como si sus armas y su mochila de repente estuvieran atrapadas en un rayo tractor, arrastrándole a él.

Entonces el empuje cesó. Resistiéndose a él, Han y Leia de repente se tambalearon en la otra dirección.

Leia se enderezó.

—Un pulso magnético. ¿Por qué no, um…?

—Retrocedemos cierta distancia, sí.

Lo hicieron así, observando el aparato desde lo que sentían que era una distancia segura: treinta metros.

Han no se sorprendió cuando un espectro salió de la base del aparato.

—Una llamada para ti, cariño —dijo él.

Leia le dirigió una mirada medio divertida y se aproximó al espectro.

—Pregúntale para qué sirve el artilugio y si hay algún bar o club bueno por aquí.

—Tu sentido del humor está volviendo… *ah*.

Ella ofreció un pequeño jadeo mientras su mano entraba en contacto con el espectro. De nuevo su pelo se puso de punta en un aura electrocutada.

—Atraído —dijo ella—. Empujado. Desactivado. Siguiente.

Siguiente. Siguiente. Aceleración. Interacción.

Claramente dolorida, Leia mantuvo el contacto.

—Leia…

—Ahora no, Han. Puedo ver la secuencia. Están por todas partes, es *enorme*. Evaluaciones casi completas, luego final de línea.

Finalmente, ella se tambaleó hacia atrás. Esta vez cayó, tendiéndose en el sucio suelo de la caverna, con los ojos abiertos pero vidriosos.

—¡Leia!

Han se arrodilló junto a ella, indeciso entre asegurarse de que ella estaba ilesa y mantener un ojo cauteloso en busca de ciempiés.

Decidió depender de sus oídos para el último peligro y se inclinó hacia su esposa.

Ella estaba jadeante, con el medidor de su máscara respiratoria indicando la creciente demanda de su procesado, pero su visión estaba aclarando. Ella se sentó casi tan abruptamente como había caído.

—Tenemos que irnos.

—¿Adónde?

—A la superficie.

—*Yo* ya sabía eso. —Una fría sospecha se formó en las entrañas de Han—. ¿Por qué?

—Esta caverna va a explotar y luego otras cuantas y luego el resto a la vez y ese es el fin para Kessel.

* * *

Mientras corrían, ella se explicó.

—Esa cosa de la antena es un electroimán. Un superelectroimán.

Cuando empiece a girar, arrancará la maquinaria de las paredes y las arrastrará todas hasta él.

—No hay probabilidades de ello. ¿A través de todos esos kilómetros?

—Han, los fabricantes de este lugar podrían también haber construido la Estación Centralia. ¿Recuerdas lo poderosa que era *ella*?

Los tractores gravitacionales de Centralia, en teoría, movían planetas y soles. Podrían derrumbar y destruir sistemas solares enteros. Han no echaba de menos su presencia en el universo.

—Comprendido. Superdestructivo.

—No, eso es sólo el principio.

Corrieron a través de los hongos hacia la pared más cercana, casi haciendo caso omiso de los peligros. Leia tenía su sable láser en la mano y dos veces tuvo que partir a ciempiés rojos y amarillos mientras ellos le atacaban. Una vez corrieron junto a un hongo con una araña carmesí encima. Estaban a diez metros más allá antes de que la adrenalina subiera en Han y le diera un estallido de velocidad, pero la araña no les siguió.

—Esos barriles son explosivos —continuó Leia—. No conseguí una sensación de cómo funcionan, de si son protónicos o nucleares o algo que no entendemos, pero cuando toda la maquinaria esté incrustada en la antena, explotarán y lo incineraran todo… y derrumbarán la caverna.

—Haciendo que salir de aquí sea una idea *especialmente* buena. —Alcanzaron la pared de la caverna y las filas de maquinaria que ya habían pasado en su camino de entrada y corrieron hacia la salida, todavía a kilómetros de distancia—. ¿Cuánto tiempo antes de que ocurra?

—No lo sé. ¿Minutos?

Leia utilizó un estallido de velocidad.

Por una larga experiencia, Han sabía que cuando una Jedi corría para salvar su vida, la gente normal necesitaba intentar con todas sus fuerzas mantener el paso.

La antena, que no fue visible hasta que Han utilizó sus macrobinoculares, ya estaba girando para cuando ellos llegaron a la entrada de la caverna. Mientras él miraba, una pieza de la maquinaria del tamaño de una pequeña estación de reabastecimiento se estremeció, se soltó de la pared de la caverna, arrastrando cables y un campo de restos y rodó a través del bosque de hongos, acabando finalmente, deformada, contra la antena.

La antena no se detuvo por el gigantesco aparato que ahora la oscurecía. La cosa siguió girando, con la gran máquina girando encima de ella. Un momento después, cuando Han imaginó que la antena estaba apuntando hacia la boca de la caverna, él se tambaleó hacia delante, empujado por su mochila y su equipamiento de metal.

El tirón no fue lo bastante fuerte como para arrastrarle de vuelta hacia la caverna, pero estaba ejerciendo una fuerza considerable.

Entonces la sensación pasó mientras la antena seguía girando.

—¿Tienes alguna idea, señora?

—Sí. —Leia abrió su mochila. Del interior, sacó una pequeña holocámara, una que Lando les había proporcionado—. ¿Tienes alguna correa en tu mochila?

—Leia, estás bromeando.

Ella negó con la cabeza.

—Voy a ponerla en grabar y transmitir. Si podemos conseguir algunas imágenes visuales de esto para llevarlas de vuelta a la superficie, podría ayudar a persuadir a Lando de lo que está pasando aquí abajo.

Han puso su mochila en el suelo y empezó a rebuscar en ella.

—¿Qué *está* pasando aquí abajo?

—Algo causó que el complejo, y Han, el complejo abarca todo el planeta, terminara sus operaciones sensoras. Sistemáticamente, las cavernas han estado autodestruyéndose. Estas explosiones son test, alguna clase de pruebas de concepto, para asegurarse de que el programa antiguo todavía es factible.

—¿Conseguiste todo eso besando a una brillante bola de luz?

Ella le miró pero asintió.

—Porque hice preguntas directas, preguntas específicas esta vez, creo. Y porque me he vuelto mejor comunicándome con ellos a través de la práctica. De todas maneras, van a haber unas cuantas cavernas más explotando mientras los test llegan al final. Entonces explotarán todas las cavernas que queden en una secuencia que hará pedazos el planeta.

—Estás bromeando, ¿verdad?

—Han, a Kessel le queda menos de una semana de vida.

Leia puso la holocámara sujeta en su lugar en la pared de piedra, orientada más o menos hacia el centro de la caverna y puso el zoom al máximo. La fijó para que emitiera. Han confirmó que estaba recibiendo su señal en la holocámara de su propia bolsa.

Entonces corrieron, con sus grandes pasos en la baja gravedad alejándoles rápidamente de la fuente de la explosión que estaba por venir.

—¿Tienes alguna idea de cómo salir de aquí? —preguntó Han entre jadeos.

Leia asintió.

—Los sensores llevan hasta la superficie. Los pozos están ocultos en la parte superior, pero sé qué buscar aquí abajo. Si sobrevivimos.

Pasaron el montón de rocas y luego los restos de su deslizador.

Han de repente sitió la calidez en su espalda. Vio las paredes del túnel a todo su alrededor y delante de él iluminarse, con la sombra del montón de rocas partiendo la luz en dos mitades. Él cogió la mano de Leia y tiró de ella hacia atrás, estrellándose con ella en el suelo de piedra justo delante del deslizador.

Un trueno como nunca había oído y un viento aullador que arrastraba piedra y metal rugió al pasar, balanceando el vehículo siniestrado.

Allana despertó, asustada por un sueño que no podía recordar. Se subió más las mantas a su alrededor y miró hacia fuera por el ventanal. Este mostraba sólo el cielo por encima de Kessel: un brillante campo de estrellas, una luna plateada y un parche vacío donde estaban las Fauces.

R2-D2, a los pies de su cama, le ofreció un trino interrogador.

Ella no estaba segura de lo que él había dicho exactamente, pero tenía una sensación de ello.

—No lo sé —dijo ella—. Pero no es bueno.

Tres minutos más tarde, después de que ella se tendiera e intentara volver a dormirse, llegó el terremoto.

Al principio fue sólo un rugido bajo y una sensación de temor.

Oyó distintivamente a C-3PO decir «Oh, cielos» desde una habitación adyacente.

Entonces hubo crujidos por todo el edificio mientras las cosas caían de las estanterías y los muebles se volcaban. Las paredes se estremecieron. El polvo se filtró por entre las tejas del techo. Allana se colocó las mantas sobre la cabeza y se puso las manos sobre los oídos, deseando que todo acabara. Quería desesperadamente estar en su propio y pequeño catre en el *Halcón*. Estaría más segura allí, incluso si Han y Leia se habían ido. Le gustaba Lando y Tendra, pero eran casi extraños. Ella quería estar con su familia.

Antes de que el estruendo se hubiese apagado bastante, la puerta de su habitación se abrió con un golpe y la luz se esparció por la habitación, visible por los bordes y a través de sus mantas. Ella bajó la manta y vio a Lando, atontado y despeinado, llevando sólo los

pantalones de un pijama decorados con la insignia de Armas Tendrando. Su voz no era tan suave como de costumbre.

—¿Estás bien?

Ella asintió.

—¿Puedo dormir en el *Halcón* de ahora en adelante?

Él lo pensó.

—Sí, puedes dormir allí. De hecho, ojalá *yo* pudiera dormir allí.

Él empezó a cerrar la puerta.

—Buenas noches, tío Lando.

—Buenas noches, cariño.

Capítulo Dieciocho

CIUDAD DE DOR'SHAN, DORIN

La ciudad estaba nublada y muy ventosa en la mañana del segundo día del entrenamiento de Luke. Ben pudo ver que los kel dors de las calles estaban agitados. Caminaban enérgicamente, se decían poco los unos a los otros e ignoraban completamente a los humanos.

Cuando llegaron a un bloque del templo Baran Do, Ben descubrió porqué. Un gemido, mecánico y perturbador, se elevó en la distancia desde varios puntos de la ciudad. Los kel dors corrieron inmediatamente hacia las puertas y entradas más cercanas. Hasta donde Ben podía decir, se apresuraban hacia casas que no eran suyas. Nadie corría más allá de dos edificios de su actual posición y los residentes de esos edificios estaban abriendo las puertas exteriores y urgiéndoles a entrar mientras llegaban. Algunos les hicieron gestos a Luke y Ben para que entraran. Un anuncio general en lengua kel dor sonó en los comunicadores de ambos Skywalker.

Luke y Ben utilizaron un estallido de velocidad y se apresuraron hacia el templo. Curiosamente, las paredes de allí se estaban retirando hacia huecos en el suelo, dejando la finca aparentemente desprotegida. Luke y Ben llegaron a la antecámara principal del edificio, corriendo más allá de Tistura Paan, que estaba de guardia en la puerta delantera, mirando fuera y urgiendo a los transeúntes a que entraran.

El anuncio general cambió al básico, recitado por una mujer con un pronunciado acento corelliano.

—Este es un anuncio general. Un frente de tormenta fuerza cuatro se está acercando a la ciudad de Dor'shan. Todos los residentes y visitantes deben buscar refugio inmediatamente. La tormenta se aproxima por el sur y estará en las afueras de Dor'shan en siete minutos estándar. Todo el tráfico del espaciopuerto está suspendido durante la duración de la tormenta. Una tormenta fuerza cuatro se caracteriza por vientos superiores a ciento ochenta kilómetros por hora, tornados periódicos en clústeres y rápidos golpes de rayos.

Ella no había mencionado la lluvia, pero fuera de las puertas el cielo ahora estaba casi negro y la lluvia descendía tan rápida e inesperadamente como un pie gigante. Un minuto estaba seco. Al siguiente, la lluvia estaba golpeando el camino y la calle más allá tan fuerte que las gotas parecían explotar con el contacto. Mientras Ben miraba, el techo de un deslizador terrestre se fue girando como si lo hubiera arrancado un rancor.

Ben silbó.

—No os andáis con chiquitas con vuestras tormentas, ¿verdad?

Tistura Paan negó con la cabeza.

—En los tiempos antiguos, la gente sólo tenía a los sabios para advertirles de las tormentas. Hoy hay estaciones y satélites meteorológicos, pero las tormentas todavía

pueden unirse en momentos. A veces un sabio lo sabe antes de la mayoría de los instrumentos modernos.

—¿Bajasteis la pared para evitar que se la llevara el viento?

—Sí. La mayor parte del tiempo está levantada para evitar que la gente merodee por los terrenos, pero en momentos como este queremos que la gente sea capaz de dirigirse a dentro. Además, una pared no es nada excepto una gran vela para el viento. Una buena ráfaga, sin importar lo fuerte que sea tu sujeción, y una sección de la pared podría salir volando. Y nadie quiere estar donde aterrice.

Ella mantuvo su atención en las puertas exteriores durante todo su discurso, buscando constantemente viajeros que necesitaran refugio inmediato. Pero la calle, ahora débilmente iluminada por luces, estaba vacía de tráfico.

El pasaje lateral a través del que habían sido conducidos la primera noche ahora se abrió para los Skywalker. Luke se dirigió por él hacia su lección. Ben encontró un salón, lleno de Baran Do y de unos cuantos peatones atrapados, donde un gran monitor de pared alternaba entre vistas del satélite del frente de tormenta y holograbaciones de los efectos del tiempo alrededor de la capital.

Era una exhibición espectacular y duró horas. Los rayos descendían desde las nubes, principalmente cayendo inofensivos contra los pararrayos y las antenas de los escudos, pero ocasionalmente alcanzaban a las plantas altas y cubiertas de hojas que servían a los kel dors como árboles. Tales golpes supercalentaban los fluidos dentro de la planta, causando que explotara y esparciendo celulosa ardiente en todas direcciones. Los tornados tocaban el suelo en varios puntos, abriéndose camino girando y bailando a lo largo de las calles o a través de los tejados, dañándolos a menudo pero sin destruir los edificios. Pero en una ocasión, un tornado especialmente brutal pasó por un gran teatro, reduciéndolo a inconexos restos de permacreto, haciendo trizas los tapices y los reconocibles asientos acolchados y esparciendo todos los escombros alrededor de los pocos bloques de los alrededores.

Uno de los kel dors que no era un sabio dijo algo en su propia lengua y luego, para el beneficio de Ben, tradujo.

—Espero que estuvieran en sus niveles del sótano.

Ben asintió.

—Yo también.

* * *

A media mañana, el frente de tormenta había pasado. Se informó de varios heridos, pero no de muertos. Los visitantes del templo Baran Do dieron las gracias a sus anfitriones y volvieron a sus vidas.

Luke encontró a Ben que permanecía en el salón.

—Se acabó —dijo él.

—¿Has dominado la técnica?

—Y estoy haciendo incursiones en las otras técnicas del «pararrayos». Por cierto, nos han invitados a la ceremonia de despedida de Charsae Saal. ¿Te gustaría asistir?

—Sí. —Ben frunció el ceño—. Aquí se mencionó unas cuantas veces cuando todo el mundo estaba viendo la cobertura de las noticias. Tuve una sensación extraña sobre ello.

—¿Qué quieres decir?

—Sus estudiantes, como Tistura Paan, estaban tristes por ello.

Igual que lo estaban los Maestros Baran Do, pero era diferente.

—Desde luego que sí. Los Maestros tienden a tener una mayor profundidad de filosofía y comprensión sobre tales cosas…

—Papá, ellos estaban incluso más tristes.

Eso atrajo la atención de Luke.

—¿De qué estás hablando?

—Tuve la impresión de que los Maestros tenían una pena incluso más profunda.

—Interesante. —Luke frunció el ceño mientras pensaba en ello—. Ahora estoy seguro de que necesitamos asistir.

Ocurrió a la caída de la noche. Detrás del templo principal, en un área amplia pavimentada, se levantaba un hogar rodeado por un borde de metal color bronce. En el hogar, se había preparado una pira. No estaba hecha de madera, porque la madera no ardía en la atmósfera libre de oxígeno de Dorin. En su lugar, contenía unos tablones hechos de un combustible sólido independiente ya enriquecido con oxígeno.

Durante la primera hora, mientras el sol se ocultaba y los Baran Do y los amigos se reunían, Charsae Saal circuló, saludando a los invitados. Era, para los estándares kel dor, bajito y corpulento, lo que significaba que a Ben de alguna manera le parecía menos escuálido que los otros. Podía haber sido viejo para los estándares kel dor, pero se movía enérgicamente y con facilidad. Con certeza había mostrado considerables habilidades de combata cuando trabajó con Ben el día anterior. Llevaba una simple túnica suelta y negra. Una capucha colgaba parcialmente sobre su espalda.

Se sirvieron bebidas y pequeñas porciones de comida. Luke y Ben, los únicos no kel dor presentes, no tomaron parte.

Finalmente, Charsae Saal se puso en pie en una plataforma parecida a un banco, también hecho del mismo material combustible, y se dirigió a aquellos que estaban reunidos. Habló en lengua kel dor, pero Tistura Paan, de pie junto a los Skywalker, tradujo al básico.

—Gracias a todos por asistir. No hay idea más solitaria que la idea de que podrías morir solo. No hay idea más consoladora que poder morir suavemente, entre amigos. Ahora yo doy este paso, apartándome para que otros puedan sucederme. Ruego que se me recuerde con cariño. Yo os recordaré a todos con cariño.

Dicho esto, se subió la capucha de manera que oscureciera sus ojos. Se tendió en la plataforma sobre la que había estado en pie.

Colocó sus manos juntas, con los dedos entrelazados, encima de su pecho.

Mientras los otros miraban en silencio, su respiración se ralentizó.

Ben pudo sentirle en la Fuerza, una presencia fuerte y vital.

Entonces la presencia en la Fuerza que era Charsae Saal, se desvaneció, haciéndose más pequeña. En unos momentos, desapareció completamente, aunque su cuerpo todavía descansaba en la plataforma.

Cuatro kel dors se aproximaron a la plataforma. Llevaban lo que parecía como un ataúd hecho del mismo material combustible. Dos barras se deslizaban a través de los aros a lo largo de los lados del ataúd. Un kel dor sostenía cada lado de cada barra. Colocaron el ataúd sobre el cuerpo de Charsae Saal y lo bajaron lentamente, colocándolo lentamente en su lugar. Un momento después, lo levantaron de la plataforma. La capa superior de la plataforma estaba adherida a la parte inferior del ataúd. Los portadores llevaron el ataúd y lo colocaron encima de la pira, luego retiraron las barras y dieron un paso atrás.

La Señora Tila Mong se aproximó a la pira. Desde la distancia de un metro, ella extendió la mano. El crepitar de un rayo saltó desde la punta de sus dedos para alcanzar la base de la pira. Instantáneamente el material combustible prendió fuego, una llama extraña y purpura que se esparció rápidamente a lo largo de las superficies de la pira y el ataúd.

Las llamas se volvieron feroces y muy rápidas. Pronto los kel dors y los dos humanos tuvieron que retroceder hasta más lejos para no quemarse ellos mismos. Las llamas purpuras saltaban hacia el cielo, elevándose hasta casi la altura del tejado del templo. Los espectadores hablaron poco, pero miraron sobriamente al fuego consumir el cuerpo de su amigo.

No mucho después, la pira se derrumbó. Los restos del ataúd cayeron en el centro de la ardiente masa. Las llamas todavía eran feroces, pero estaban muriendo. Uno a uno, los kel dors empezaron a girarse y a marcharse.

En el momento apropiado, antes de que el último de los Baran Do se hubiese ido, Luke le dio las gracias a Tila Mong y llevó a Ben alrededor del edificio hacia las puertas delanteras.

—De alguna manera es triste —dijo Ben—. Él era bastante amable. Un buen luchador, aunque no tenía mucha experiencia en armas. Con el bastón, principalmente.

El tono de Luke era igualmente suave.

—Siempre me cabrea que me mientan.

—Yo no te estaba mintiendo, papá.

—¿Qué? —Luke parecía sorprendido—. No, tú no. Ellos.

—¿Qué quieres decir?

Pasaron a través de las puertas. En lugar de girar hacia el sur, hacia el espaciopuerto, Luke les llevó al norte, hacia el distrito mercantil.

—Ellos mintieron. Sobre Charsae Saal. Él no murió y ellos no le incineraron.

—¿Está de broma? Yo le sentí morir.

—Le sentiste desvanecerse en la Fuerza, como le sentí yo. Un desvanecimiento gradual que no era muy diferente de la manera en que los espectadores sensibles a la Fuerza sienten la muerte. Ben, ¿alguna vez has conocido a alguien que pudiera esconderse en la Fuerza?

Ben sonrió.

—¿Aparte de mí mismo? ¿Y de Jacen? ¿Y de ti? ¿Y…?

—Colocaron un ataúd vacío en esa pira y lo quemaron. Y normalmente no necesito fisgar en los secretos de otra gente. Pero esto puede tener algo que ver con lo que Jacen aprendió aquí, así que tenemos que sacar a la luz la verdad. Vamos a encontrar un restaurante para respiradores de oxígeno, tendremos una buena comida con las máscaras quitadas y entonces vamos a volver aquí. Y a descubrir la verdad.

Dos horas más tarde volvieron, pero esta vez no como visitantes oficiales. En vez de caminar por la calle arriba, se movieron como los Jedi saben hacerlo, lanzándose de lugar oscuro a lugar oscuro, enviando pequeñas distracciones hacia las mentes de los peatones de manera que pudieran pasar desapercibidos. Sus ropas oscuras ayudaban, al igual que ayudaban lo tardío de la hora y la cubierta de nubes todavía siniestra, que bloqueaba la luz de las estrellas y la luna.

Bastante pronto se encontraron en la base de las paredes de duracero y transpariacero del templo. Luke evaluó la altura y saltó hacia arriba. Se detuvo encima, con una cadera sobre el borde del transpariacero, equilibrándose allí. Extendió su mano hacia abajo para su hijo.

Ben saltó, dejando que la Fuerza incrementara su salto. Aterrizó agachado junto a Luke, con ambos talones de las botas sobre el borde del transpariacero, y le sonrió a su padre. Juntos saltaron hacia abajo a los terrenos del templo.

Momentos después, estaban junto al hogar en el que Charsae Saal había ardido teóricamente. Los restos del fuego habían sido limpiados. No quedaban cenizas.

Luke devolvió su atención a la plataforma donde el kel dor había estado en pie durante su discurso y donde se había tendido para morir.

—Si asumimos que este fue el medio por el que él desapareció, probablemente hay un mecanismo aquí.

—O un sensor —dijo Ben—. Desde el que nos están vigilando justo ahora y están planeando nuestra muerte.

—Ves demasiado holodramas.

Luke acarició la plataforma a lo largo de su superficie.

—No, no hacen falta muchos antes de que aprendas las reglas.

Luke se detuvo sobre un lugar.

—Si activó el mecanismo él mismo, fue con el uso de la Fuerza.

—Nosotros habríamos sentir eso.

—Buen punto. Así que lo hizo un confederado. —Luke chasqueó los dedos y una porción de la parte superior de la plataforma giró hacia abajo, dejando un hueco fácilmente lo bastante grande para que un humano de buen tamaño o un kel dor pasara por él—. ¿Vamos?

—Los Maestros primero.

Utilizaron los ganchos de Luke, que ya no los llevaba en su cinturón principal pero que todavía los tenía en su equipamiento habitual, para descender. Diez metros más abajo, sus botas tocaron un suelo de piedra. Luke apuntó un dedo hacia arriba y el gancho se soltó, cayendo en su otra mano. Hizo de nuevo un gesto y la abertura rectangular sobre sus cabezas se cerró.

Estaban en una sala de almacenamiento de alguna clase. Allí había varias estanterías de metal, llenas de cajas marcadas en lengua kel dor. También había varios contenedores lo bastante grandes que parecían como ataúdes. Pero ataúdes plateados, con forma de rombo y de alta tecnología. Todo estaba débilmente iluminado con barras luminosas de baja intensidad.

Estaban en alguna clase de plataforma hidráulica que, retraída como estaba ahora, estaba casi a nivel del suelo, pero cuando se elevaba debía llevarla hasta el techo y la entrada oculta de por encima.

—Bastante simple —susurró Ben.

Luke se guardó los ganchos y el cable, asintiendo. Hizo un gesto hacia una de las puertas que salían de la habitación.

Esperaron junto a las puertas, extendiendo sus percepciones a través de ella. En la Fuerza, Ben pudo sentir los seres vivos que había más allá, pero no cerca.

Luke activó la puerta. Esta se abrió calladamente, pero el siseo fue lo bastante alto para hacer que Ben se encogiera. Decidió que colarse era mucho más difícil cuando tenías que depender de la maquinaria de otra gente.

Él siguió a su padre por un corredor simple y forrado de permacreto. Había una gran carretilla rodante contra la pared opuesta del pasillo. Otras puertas revestían el pasillo. Las presencias en la Fuerza que Ben había detectado estaban más allá de la que estaban al final del pasillo a la izquierda.

Luke había llegado a la misma conclusión. Juntos se aproximaron a la puerta. Era de duracero demasiado macizo y demasiado ancho para que el sonido lo atravesara.

Luke miró a Ben y se encogió de hombros.

—También podemos irrumpir —susurró él.

—Son Sabios Baran Do. No van a intentar matar a la gente por merodear por sus sótanos, espero.

Luke sonrió. Activó la puerta y esta se deslizó hacia arriba.

La sala más allá no era grande. Dos brillantes raíles de metal a la altura de la cintura llevaban a un agujero redondo, de un metro de diámetro, en la pared. Uno de los

contenedores con forma de rombo descansaba sobre aquellos raíles. Junto al contenedor estaba la Señora Tila Mong, el Maestro Charsae Saal y otros dos Maestros cuyos nombres Ben no había aprendido. Los cuatro se volvieron sorprendidos por su entrada.

—Me disculpo por la intrusión —dijo Luke—. Maestro Charsae Saal, tiene muy buen aspecto para alguien que ha fallecido recientemente.

Tila Mong parecía decididamente infeliz.

—Esto es imperdonablemente grosero de tu parte.

—Desafortunadamente, mi necesidad, que te expresé, una necesidad relacionada con todo el conocimiento posible sobre Jacen Solo, me fuerza a hacer algunas cosas embarazosas, tales como entrometerme en vuestros rituales. El problema es que, cuando me di cuenta de que Charsae Saal no estaba muerto, se me ocurrió que tu predecesor, Koro Ziil, podría no estar muerto tampoco. ¿Cierto?

Tila Mong, con la boca cerrada, no respondió inmediatamente.

Charsae Saal habló.

—En un momento, subiré a ese transporte. —Él indicó el rombo plateado—. Seré arrastrado, para no ver nunca más la luz del sol, el templo o mi familia. Entonces Charsae Saal estará realmente muerto.

—Charsae Saal estará muerto —dijo Luke—. Pero *usted* no lo estará.

Charsae Saal dudo y entonces asintió.

—Tomaré un nuevo nombre. Charsae Saal estará muerto.

—¿Así que Koro Ziil tomó un nuevo nombre?

Tila Mong le interrumpió.

—No podemos responder a eso. Está prohibido.

—Y sin embargo necesito hablar con Koro Ziil, o con quien quiera que sea ahora.

Tila Mong les miró, considerándolo.

—Esto se podría arreglar. Si estáis dispuestos a hacer lo que Charsae Saal está a punto de hacer.

Eso alarmó a Ben.

—¿Fingir nuestras muertes?

—No. Subir a un transporte e ir hacia donde va Charsae Saal.

—Yo iré —dijo Luke—. Ben puede quedarse aquí.

—Es los dos o ninguno —dijo Tila Mong—. Respuestas para los dos o para ninguno.

Luke frunció el ceño, pero Ben asintió.

—Yo voy.

Su padre se volvió hacia él.

—Ben…

—*Papá*. Jacen. Coruscant. *Respuestas*.

Luke frunció el ceño.

—No me gusta que puedas ganar una discusión sin utilizar verbos.

Ben sólo le sonrió.

Charsae Saal subió a su transporte. La tapa se bajó sobre él. Tila Mong empujó el transporte a lo largo de los raíles hasta que este entró completamente en el agujero en la pared. Entonces la gravedad, la propulsión magnética o algún otro motivador que Ben no pudo detectar tomó el mando. El transporte desapareció, traqueteando hacia las profundidades del planeta.

Los otros dos Maestros Baran Do volvieron con transportes en las carretillas rodantes. Levantaron a uno hasta los raíles. Luke subió y le dirigió a Ben una mirada final y esperanzadora. Entonces los Maestros también bajaron la tapa sobre él y le empujaron hacia el túnel con los raíles.

Mientras colocaban su transporte en los raíles, Ben se preguntó en qué se estaba metiendo esta vez… y si pronto consideraría que su tiempo en la superficie de Dorin había sido un lugar de vacaciones en comparación.

* * *

MINAS CALRISSIAN-NUNB, KESSEL

Desayunaron en la sala de conferencias donde Lando, Tendra y Nien Nunb habían hablado con Han y Leia por primera vez, pero ninguno de los adultos estaba allí ahora. Nanna servía el desayuno, C-3PO parloteaba, Oportunidad trataba su comida como si no hubiera mejor juguete que la comida y Allana, melancólica, apenas saboreaba su comida.

El grito salvaje de victoria de Lando la sobresaltó. Ella miró con ojos muy abiertos mientras él irrumpía en la sala de conferencias, con su capa a la altura de la cadera torcida y su cara toda sonrisa.

—Coge tu máscara respiratoria —le dijo él—. Vamos a la *Dama Afortunada*, mi yate. Para recoger a tus padres.

Diez minutos más tarde, Lando, Tendra, Allana y Nien Nunb, apiñados todos en la cabina de la *Dama Afortunada*, se dirigían a un aterrizaje en una planicie salina a muchos kilómetros de la mina. Han y Leia estaba allí de pie en medio de ninguna parte, con las máscaras respiratorias que no ocultaban las sonrisas en sus caras. Parecían sucios, llenos de rozaduras, cansados y con frío, pero nunca habían tenido mejor aspecto para Allana.

—Así son las cosas con tu gente —le dijo Lando a Allana.

Ahora todo está bien.

Capítulo Diecinueve

MINAS CALRISSIAN-NUNB, KESSEL

Las cosas ocurrieron deprisa después del retorno de los Solo.

Meros minutos después de que Lando, Tendra y Nien Nunb oyeran la historia de los Solo, hicieron un pedido urgente a Trang Robotics de docenas de pequeños sensores voladores teledirigidos, un tipo utilizado en operaciones militares para reconocimiento de un área grande. Dos días después, llegó un primer envío de diez aparatos teledirigidos. Tendra ya tenía su programación desarrollada y lista para ser instalada. Entonces Han y Lando utilizaron el *Halcón* para llevar a los aparatos teledirigidos al túnel de acceso de sensores por el que Han y Leia habían escapado de las profundidades.

Soltaron los aparatos teledirigidos en el pozo, plantaron allí la unidad de transmisión de datos y volvieron a las instalaciones de las minas.

Horas después, los aparatos teledirigidos habían transmitido suficientes grabaciones visuales y de sensor para que los datos pudieran empezar a ser integrados. En la sala de conferencia que ahora se utilizaba como la base de operaciones Calrissian-Nunb-Solo, Tendra mostró un esquema del planeta, una forma de líneas verdes del planeta entero.

—De acuerdo, encended vuestras Vainas de Carreras.

Tendra presionó un botón en su consola y una elaborada red de líneas amarillas apareció en el diagrama. La red amarilla se dispersó cientos de kilómetros desde el lugar de las instalaciones de la mina, con líneas directas cruzándose en lugares bulbosos más grandes.

Leia se inclinó más cerca, mirando al diseño.

—¿Dónde estábamos?

Tendra dio unos golpecitos en un lugar en el diagrama, a una línea amarilla entre dos manchas amarillas cercanas.

—Aquí es por dónde escapasteis del complejo. —Ella le dio un golpecito a una de las dos zonas amarillas, que estaba salpicada de oscuridad—. Esta es la caverna que explotó.

Han silbó.

—¿Cada una de esas cosas amarillas es una caverna?

Tendrá asintió.

—Cada una de ellas. Todas son parte de la misma ecoesfera, con prácticamente la misma clase de formas de vida. Muchas de las cavernas ya estaban destruidas, sin embargo, aparentemente debido a aparatos magnéticos y explosivos como el que visteis en el centro de la vuestra. A veces causaron que cavernas enteras se derrumbaran, a veces no.

—Y si la interpretación de Leia de su contacto con el espectro es correcta —Lando levantó una mano para acallar cualquier objeción de Leia—, y esto seguro de que lo es, entonces tenemos una cantidad de tiempo limitada para averiguar cómo desarmar el resto

de esos aparatos antes de que lo vuelen todo y hagan pedazos a Kessel. —Él asintió hacia su esposa—. Muéstrales el resto.

—Oh, bien —murmuró Han—. Hay más.

Tendra introdujo otra orden y más líneas de datos se superpusieron sobre el esquema de Kessel. Indicadores rojos, complicados pero pequeños, aparecieron en varios lugares de la superficie del planeta y una serie de anchas líneas naranja, puntiagudas y errantes, que parecían serpentear a través del centro del planeta de polo a polo.

—Las rojas son las instalaciones de las minas —explicó Lando y le dio unos golpecitos a la que estaba más cerca de la que Tendra había indicado un momento antes—. Estáis aquí. La cosa naranja es un enorme sistema de fallas. Los sismólogos nos hicieron conscientes de ellas mientras han estado investigando el fenómeno de los terremotos. Les tenemos haciendo números y está bastante claro que si suficientes de esas cavernas estallan a la vez, eso causará que la falla se rompa, básicamente haciendo pedazos a Kessel.

Nien Nunb ofreció un comentario en su propia lengua y Lando tradujo.

—Dice que Han no piense ni siquiera en hablar sobre evacuar simplemente. Queremos salvar este planeta.

Han hizo una mueca.

—Odio cuando soy el único sensible, es un mal precedente para mí, pero es incluso peor cuando *nadie* trata de ser el sensible.

Leia hizo un gesto para apartar su objeción y se volvió de nuevo hacia Lando y Tendra.

—¿Entonces cómo visitamos, investigamos, analizamos y luego desactivamos todos esos aparatos detonadores en el tiempo del que disponemos?

Lando parecía infeliz.

—Ahí es donde estoy atascado. Ya estamos perdiendo aparatos teledirigidos ante los espectros. Se acercan demasiado, los espectros salen a investigar, hay un contacto y los aparatos caen del modo en que cayó vuestro deslizador aquella primera vez. Ya hemos perdido seis de los diez aparatos teledirigidos así y sólo dos se han recuperado suficientemente para continuar sus misiones. No estoy seguro de cómo conseguir que un grupo de expertos en demolición y científicos bajen ahí abajo, mantenerles a salvo, y darles suficiente tiempo para hacerse una idea de cómo desactivar los explosivos…

Suena bastante cerca de lo imposible.

Han abrió la boca para hablar y la cerró de nuevo.

Leia miró en dirección a él.

—Sentí eso.

—No, no lo sentiste.

—Tuviste una idea.

—Sólo estaba bostezando.

Ella le sonrió.

—Sé que crees que la galaxia sería un lugar mejor sin Kessel.

Pero todo el mundo está de acuerdo.

—Venga, viejo amigo. —Había una auténtica suplica en el tono de Lando—. Si tienes una idea, oigámosla.

Han suspiró.

—Vale. Mi idea es esta. No intentes ni siquiera desactivar esas cosas. En su lugar, hazlas estallar.

El ceño de Lando se elevó.

—¿Ni siquiera vamos a esperar a que hagan estallar mi mundo?

¿Vamos a hacerlo nosotros mismos?

Han apuntó a los parches amarillos en la pantalla del monitor.

—No se trata sólo de que exploten. Se trata de que estén explotando todas a la vez. ¿Correcto? Pero si tú las haces estallar en alguna clase de orden aleatorio, alguna secuencia que evite que la tensión rompa esa gran falla…

La cara de Lando se aclaró.

—Han, acabas de ganarte algunas acciones en Calrissian-Nunb.

—Gracias, pero preferiría acciones en una empresa que hace compactadores de basura para estaciones espaciales.

—Eso lo puedo arreglar. —Lando se volvió otra vez hacia el mapa—. Llevaremos una de las grandes tuneladoras, una que ya no procese material, y cavaremos un pozo directo hacia abajo hasta el túnel más cercano a la superficie. Eso nos dará una entrada y salida directa lo bastante grande para pequeños transportes. Necesitaremos equipos de expertos en demolición que puedan averiguar cómo hacer estallar esos montones de explosivos de manera fiable.

—Los Jedi pueden ayudar —dijo Leia—. Yo…

—Noooo —dijo Han y los otros repitieron su sentimientos.

—¿Por qué no?

—Los Jedi tienen ahora vigilantes del gobierno, ¿recuerdas? —dijo Han—. Este mundo representa una tecnología grande y que da miedo como la que representaba la Estación Centralia. Cosas que el gobierno podría estudiar. Tan pronto como el gobierno oiga lo que hay aquí…

Leia asintió tristemente.

—Eso es cierto. Detendrán todos los procedimientos hasta que hayan descubierto qué creen que se debe hacer y *esa* decisión será frenada hasta el estancamiento por la promesa de una nueva tecnología. Entonces estará en punto muerto hasta que todo explote y Kessel se convierta en una nube de asteroides.

—Así que nada de Jedi —dijo Lando—. Aparte de ti, por supuesto.

Leia suspiró.

—Estoy de acuerdo.

Tendra pareció pensativa.

—Entonces el Paso Uno, creo, es averiguar qué podemos hacer para hacer estallar esos montones de explosivos en momentos de nuestra elección.

PROFUNDIDADES BAJO LA SUPERFICIE DE DORIN

Aunque había esperado que el viaje le llevara sólo segundos o, como mucho, minutos, Ben viajó en su ataúd oscuro durante lo que parecía una eternidad. Comprobó su crono de vez en cuando, afortunadamente su pequeña pantalla estaba iluminada, y vio pasar diez minutos, luego veinte, luego una hora…

La única cosa que oyó eran los ruidos ocasionales mientras las sujeciones del contenedor viajaban sobre los escombros o sobre un conector que unía las secciones de los raíles. Gritó en dos ocasiones llamando a su padre, pero Luke claramente estaba demasiado lejos para oírle. Sin embargo, Ben podía sentir a Luke allí fuera, calmado y sin alarmarse, así que el propio Ben no tenía razón para ponerse nervioso.

Sólo estaba aburrido.

Después de dos horas y cinco minutos de viaje, el contenedor frenó. Ben dejó escapar un suspiro de alivio. En contenedor continuó desacelerando y en un minuto se detuvo completamente. Ben pudo ver luz brillando a lo largo de los bordes de la tapa. Entonces oyó voces hablando en la lengua kel dor y la tapa se abrió. La repentina luz le cegó.

Ciego o no, estaba listo para los problemas, utilizando sus sentidos más allá de su vista, pero no detectó ninguna intención hostil en los tres seres más cercanos, incluso mientras alargaban sus manos hacia él. Dejó que uno le cogiera de la mano y le guiara para salir del contenedor. Un aire cálido y húmedo le envolvió, todo excepto su cara que todavía estaba encerrada en su máscara respiratoria, y sus pies cayeron sobre una superficie rocosa.

Mientras su visión se aclaraba, Ben se encontró en un túnel de piedra, uno obviamente quemado en la piedra más que una formación natural. Las paredes eran de roca fundida por el calor, un signo claro de los aparatos tuneladores que utilizaban mecanismos de alta temperatura como los taladros láser. Un lado del túnel se estrechaba hasta un diámetro sólo lo bastante ancho para acomodar los contenedores y los raíles que salían de él. Los raíles continuaba a los largo de estos sesenta metros de túneles y terminaban en un bucle elevado.

El contenedor de Charsae Saal estaba parado en el bucle, hablando rápidamente con dos hombres y una mujer, todos kel dors, vestidos como él. Ellos lanzaban miradas hacia Luke, que estaba a medio camino entre ellos y Ben, de pie junto a su contenedor, inclinándose despreocupadamente contra él. Un kel dor estaba a su lado.

Dos de los que habían saludado a Ben dejaron su lado para caminar hasta el grupo de Charsae Saal. La tercera, una mujer, permaneció atrás, mirando cuidadosamente Ben.

Luke miró hacia su hijo.

—¿Un viaje apacible?

—Los minutos pasaron como si fueran horas. —Ben se desperezó y entonces miró a su acompañante kel dor—. ¿Habla básico?

Ella pareció ligeramente ofendida.

—Desde luego.

—Soy Ben Skywalker.

—Lo eras. Ahora no lo eres.

Ben le dirigió una mirada sorprendida.

—¿Cómo?

—Tendrás que elegir un nuevo nombre aquí.

—¿Por qué?

—Porque Ben Skywalker está muerto.

Después de conferenciar, los kel dors de túnicas negras, incluido Charsae Saal, llevaron a Luke y Ben a través de unas puertas blindadas. La sala en la que se encontraron era aproximadamente circular, de unos treinta metros de diámetro, con puertas blindadas colocadas en las paredes a intervalos regulares y un pilar de apoyo de piedra negra en el centro. Los kel dors no trataron a los Jedi como si fueran prisioneros. Sus modales eran corteses pero inseguros.

Una de las puertas blindadas se abrió a un túnel que llevaba a una sala mucho más grande, de cuarenta metros o más de diámetro, diez metros de alto en el centro, con ocho columnas de apoyo colocadas en círculo a medio camino entre las paredes y el centro de la habitación. Contra la pared más alejada estaba lo que Ben había buscado en vano en el templo Baran Do: una plataforma elevada con una silla grande e imponente en ella. La silla parecía haber sido tallada en piedra blanca y tenía cojines blancos en el asiento y el respaldo.

Instalado en ella había un hombre kel dor, más alto que muchos de los otros. Tenía más arrugas alrededor de los ojos y las comisuras de la boca que la mayoría de los kel dors que Ben había visto. Aparte de su situación en el trono, no había signo de rango en él. Sus ropas eran tan simples y oscuras como las de todos los demás. Luke y Ben fueron llevados ante él.

Él bajó la vista hacia ellos, con una expresión curiosa. Su voz era aflautada pero no débil.

—¿Por qué estáis aquí?

Luke inclinó la cabeza en forma de saludo.

—Estamos aquí en busca de respuestas.

—Ah. —El entronado kel dor asintió como si estuviera satisfecho—. Una meta digna al final de la vida de uno.

Luke frunció el ceño.

—¿Pretende matarnos? ¿Por qué?

—No, con toda certeza que no. Vosotros habéis venido aquí. Este es el lugar después de la vida. El mundo de abajo, el mundo de después. Ya estáis muertos.

Ben le dirigió una mirada a los otros kel dors presentes. Ninguno de ellos reaccionó ante la declaración.

Luke claramente decidió no continuar más con ese asunto por el momento.

—¿Puedo asumir que usted es el Maestro Koro Ziil?

—Lo fui, en vida. Ahora soy *hu'aac-du'ul-staranjan*.

Luke frunció el ceño, considerándolo.

—Eso no suena como un nombre, especialmente como un nombre kel dor.

Tampoco sonaba así para Ben. Los nombres kel dor tendían a seguir un patrón similar al encontrado entre los humanos coruscanti: primero el nombre y segundo el nombre del clan, con ambos nombres tendiendo a ser cortos, normalmente de una o dos sílabas.

Tres o más era una rareza. Los kel dors que Ben había conocido siempre se referían a sí mismo y unos a otros por sus nombres completos o por un título y el nombre de un clan.

—Significa «el que habita en la oscuridad» en nuestra lengua. O «el oculto». Es mi título, porque yo no tengo nombre. He trascendido no sólo la vida sino la identidad. Vosotros, también, tendréis que elegir nuevos nombres ahora que estáis entre nosotros.

Luke le dirigió una mirada que sugería que lamentaba disgustarle.

—No nos quedaremos.

El antiguo Koro Ziil sonrió. No era una sonrisa cruel, sino comprensiva.

—No hay modo de marcharse. Estáis con nosotros para siempre.

Buscad vuestras respuestas entre nosotros, pero reconciliaos con el hecho de que nunca os llevareis esas respuestas de aquí.

TEMPLO JEDI, CORUSCANT

Jurando en voz baja, Jaina se puso una túnica y se movió hacia la puerta de sus habitaciones. Casi tropezó con un cubo de basura en la oscuridad y decidió que era bueno que su observador no hubiese visto eso. No haría ningún bien que se propagase la noticia de que los Jedi podían ser torpes como todos los demás.

En la sala exterior, en la puerta del vestíbulo, ella pulsó el botón para encender las luces y otro para abrir la puerta. Esta se deslizó hacia arriba, revelando a Tekli a punto de presionar el botón del timbre de la puerta por tercera vez.

Sin esperar una invitación, la Jedi chandra-fan, cubierta de pelo, con grandes orejas y los incisivos superiores de un roedor que le daban un aspecto mono y parecido a una mascota que le causaban problemas sin fin con los niños, se lanzó hacia el interior.

—Agrupamientoscuro, agrupamientoscuro —dijo.

La palabra envió un estremecimiento frío por las entrañas de Jaina. *Agrupamientoscuro* era una palabra de la propia invención de Jaina, parte de un plan que había puesto en movimiento después de su última conversación con el Maestro Hamner. Sólo unos cuantos Jedi en los que Jaina confiaba, y que no eran Maestros, conocían el término. Sólo ellos sabían que se refería al nuevo círculo de conspiradores de Jaina. Un número incluso menor de no Jedi lo conocían.

Jaina pulsó de nuevo el botón para cerrar la puerta. Ella se encontró a sí misma susurrando sin pretenderlo.

—¿Qué pasa?

Tekli se quedó en pie ante su escritorio, poniendo su peso sobre un pie y luego sobre el otro, un baile inconsciente de agitación.

—Le vi.

—¿A quién?

—Yo estaba en la prisión. La Maestra Cilghal tiene un plan para mantener la presión sobre las autoridades para que nos dejen examinar a Valin. Ella le visita una vez al día, quedándose durante una hora o dos para hacerles enfadar y yo hago lo mismo por las tardes.

—Así que viste a Valin.

—No, al *Jedi Hellin*.

Jaina parpadeó.

—¿A Seff Hellin? ¿Está en prisión?

—No, estaba fuera. Vestido como un trabajador, entrando en el subsuelo a través de las escotillas de acceso para los trabajadores.

Jaina silbó.

—Tiene que estar evaluando las defensas de la prisión. De manera que pueda sacar a Valin.

—Eso fue lo que pensé. Él no me vio. No creo que ni siquiera me sintiera. Yo no estaba utilizando ninguna habilidad de la Fuerza.

Sentí sorpresa cuando le vi, pero la suprimí bastante rápidamente. Él no hizo ninguna reacción que sugiriera que sintió algo. Creo que me marché sin alertarle. Vine directamente aquí, directa a ti. —Tekli empezó a pasear, haciendo gestos mientras hablaba—. Tenemos que cogerle. No podemos estudiar a Valin, pero si podemos coger a Seff, estudiarle sin que el gobierno sepa que le tenemos…

—Espera, espera. —La mente de Jaina corría—. Necesitamos estar seguras de que está en la misma condición que Valin.

—Todas las evidencias lo sugieren. Es más, volvió a Coruscant sin notificar al Templo que estaba aquí y ahora está vigilando en secreto la instalación donde está siendo detenido el único otro Jedi que se comporta como él. Además, si estamos equivocadas, podemos dejarle ir.

—Correcto. —Jaina comprobó su crono. Habían pasado sólo dos horas desde que Dab la había despertado con una de sus comprobaciones aleatorias de su paradero. Eso significaba que, con toda probabilidad, tenía varias horas para actuar antes de que él volviera a comprobarlo. Debería poder escabullirse durante un rato—. De acuerdo. Voy a movilizar a alguna gente con la que he contactado para nuestra pequeña conspiración de Agrupamientoscuro. Necesitas preparar las cosas aquí de manera que cuando traigamos a Seff, tanto si es esta noche como más adelante, tengamos un lugar secreto para retenerle y evaluarle.

—Entendido, entendido.

Tekli asintió tan rápidamente que hizo que su pelo se bamboleara y Jaina se preguntó qué ocurriría si la chandra-fan fuera a beber un par de tazas de caf mientras estaba en este estado.

Tekli se movió hacia la puerta y alargó la mano para pulsar el botón.

—Siento no haberte dejado dormir.

—No te preocupes. Vale la pena.

Con todos ellos vestidos con ropajes discretos de la clase que preferían las clases medias cuando viajaban, se reunieron en un café a un kilómetro de la prisión de Valin: Jaina, Jag, Tahiri y una mujer delgada con el pelo blanco y unos rasgos elegantes y sin edad. Jaina presentó a la última.

—Jag, esta es Winter Celchu, mi antigua niñera. Winter, este es Jagged Fel, Jefe de Estado del Remanente Imperial.

—Del Imperio Galáctico —la corrigió ausentemente Jag.

¿Usted está casada con el general Tycho Celchu?

Winter asintió.

—Y usted es una ex de Inteligencia. Además de ex-niñera.

Ella le dirigió una débil sonrisa.

—Odio cuando la gente ha oído hablar de mí.

—Bueno, su marido es el mejor amigo de mi tío. Eso hace que algunos secretos sean difíciles de guardar.

Jaina hizo un gesto para captar su atención.

—Haré que esto sea breve. Yo tengo los recursos Jedi y maneras de entrar y salir del Templo, pero me va perjudicar tener a un observador. Jag, tú tienes recursos financieros ilimitados, al menos para nuestros estándares.

Jag asintió.

—No puedo ser realmente un déspota si no malgasto el dinero del Imperio.

—Tahiri, tú tienes unas habilidades Jedi completas, lo que necesitaremos para manejar a Seff, y ningún observador colgando de tu cuello. —Jaina no dijo lo siguiente que pensó. Que Tahiri había sido muy fácil de convencer para que ayudara en esta misión. Tahiri no había sido capaz de reparar gran parte del daño que había hecho al servicio de Jacen. Aparentemente significaba mucho para ella ser capaz de ayudar con otro lío Jedi—. Winter, tú tienes habilidades en Inteligencia y contactos. Entre los cuatro, somos el núcleo de esta operación. Necesitamos plantar un punto de observación para Seff, cogerle secretamente a la primera oportunidad y meterle en el Templo para que Tekli lo evalúe.

Los otros asintieron.

Tahiri parecía dudosa.

—Y tenemos que hacerlo sin alertarle. Es un Caballero Jedi. Esto no va a ser como vigilar a uno que viola la condicional.

—No hay problema. —Winter sostuvo su cuaderno de datos.

En esto hay una lista de compras. En lo alto de la lista hay droides con holocámaras y holocámaras de seguridad. Si la mayoría de lo que lo vigilan son holocámaras, no lo sentirá en la Fuerza.

Tahiri negó con la cabeza.

—Hay un problema. Puede conocer la técnica que le permite emborronar la imagen de las holocámaras durante un momento o dos mientras pasa delante de ellas.

Jaina le dirigió una sonrisa tranquilizadora.

—*No* hay problema. Todavía tenemos el software que utilizamos para seguir a Alema Rar cuando estaba utilizando esa técnica, cuando se estaba escabullendo en el *Ventura Errante*. Podemos seguir los movimientos de Seff incluso si hace eso.

Jag deslizó una tarjeta de crédito a través de la mesa. Esta se detuvo contra el antebrazo de Winter.

—Ahí debería haber suficiente para su viaje de compras.

Hágamelo saber si necesita más.

Winter se guardó la tarjeta.

—¿No la relacionarán con usted?

Él negó con la cabeza.

—Me aseguré de que estuviera limpia. Supuestamente es para regalos y sorpresas para Jaina, cosas que *no deberían* conectar con la cuenta de gastos del Jefe de Estado.

Jaina pareció alicaída.

—¿No voy a tener ningún regalo?

Los otros la miraron. Incapaz de mantener la pose, ella se rió.

—Simplemente tienes suerte de que sea una mujer de bajo mantenimiento —le dijo a Jag.

—Eso ya lo sabía.

Capítulo Veinte

MINAS CALRISSIAN-NUNB, KESSEL

A los dos días, los Solo, los Calrissian y Nien Nunb tenían muchos más datos y poca información útil más.

Los aparatos teledirigidos, reforzados por un segundo envío, continuaron siguiendo la red de túneles y cavernas en las profundidades de Kessel y confirmaron que el complejo circundaba el mundo entero.

Seis droides de combate CYV 1, recién salidos de la planta de montaje de Armas Tendrando, llegaron y fueron puestos en servicio inmediatamente. Transportados hasta el sistema de cavernas a través de las conexiones con las minas descubiertas por los aparatos teledirigidos, empezaron la investigación de los montículos de demolición.

Desplegados en dos equipos de droides, lo primero que descubrieron fue que cada vez que se aproximaban a los montículos, los espectros llegaban para investigarles. Los espectros invariablemente volaban a través de ellos, aplastando los sistemas de los droides. El autómata, a diferencia de los sensores teledirigidos, a la larga se recuperaban de su maltrato electrónico, pero cuando continuaban con su aproximación hacia los montículos, los espectros volvían. Incapaces de llegar a los montículos de demolición, los droides CYV se retiraban hasta una distancia segura.

Una pareja de CYV, asignado a una caverna elegida por ser segura para destruirla, utilizaron un lanzamisiles de calidad militar de larga distancia para disparar a su montículo desde una distancia comparativamente segura de la entrada de la caverna. En el monitor de Tendra en las minas, los Solo, los Calrissian y Nien Nunb vieron el paquete explosivo, un misil de impacto, rugió desde el cañón del arma apenas visible en el fondo de la pantalla. La brillante llamarada de su impulsor menguó en la distancia mientras caía hacia el suelo a meros metros del montículo.

El misil explotó. Viendo la escena a través de la gran magnificación de los sensores visuales de los droides CYV, los humanos y el sullustano vieron a la explosión agujereando el suelo y haciendo trizas los hongos desde el suelo. El aparato con forma de antena ni siquiera se movió. Los barriles en el montículo de explosivos se estremecieron un poco pero aparte de eso no reaccionaron.

Lando pareció serio.

—No es muy prometedor.

Tendrá conectó el comunicador en su panel de control.

—El siguiente paquete, por favor. —Ella apagó el micrófono y se inclinó hacia atrás—. Esto será un detonador termal, uno de los más pequeños que tienen los droides CYV como opción básica.

—Suenas como una vendedora de deslizadores —murmuró Han.

El monitor mostró los brazos del droide cargando un misil diferente en miniatura en el lanzador y, luego, como lo apuntaba. De nuevo el misil voló en una trayectoria

balística desde el arma y bajó en un arco para aterrizar a metros del montículo de demolición. Este también detonó…

El monitor se quedó vacío y se volvió blanco. Tendra y los otros se inclinaron hacia delante, expectantes, esperando que esto no fuera sólo un fallo de comunicación. Durante largos momentos, la pantalla permaneció en blanco y silenciosa. Entonces gradualmente las transmisiones de audio y video de la holocámara empezaron a volver, primero como estallidos de estática y luego como audio y video de total resolución. Las imágenes mostraban una caverna cuyo centro estaba arrasado por el fuego, con una nube con forma de hongo de humo negro que se elevaba de un cráter calcinado en su base, con un área correspondiente quemado en el techo por encima.

Mientras el droide CYV volvía su cabeza para mostrar una vista panorámica, los espectadores vieron maquinaria contra las paredes de la caverna convertidas en chatarra, algunas ardiendo… pero la destrucción no era ni tan de cerca tan total como lo había sido en la caverna cuya destrucción habían sido testigos Han y Leia.

Lando silbó.

—Francamente, no esperaba que eso funcionara.

—Alguna diferencia en las características explosivas de los detonadores termales. —La voz de Han llegó como un murmullo distante—. Probablemente la temperatura.

—Esto es bueno. —Tendra dejó escapar un suspiro de alivio—. Si hubiéramos tenido que continuar con los torpedos de protones… No sé cuántos podríamos haber conseguido a tiempo. Pero nosotros fabricamos estos detonadores termales. Podemos conseguir todos los que necesitemos, y rápido.

Leia se inclinó para acercarse más al monitor.

—Ahí, en la distancia. Mirad a los espectros.

Quince o veinte de ellos se estaban reuniendo en las cercanías del cráter. Entonces, como una nube que giraba, empezaron a volar hacia la imagen de la holocámara, hacia los droides CYV.

—Uh, oh. —Lando cogió el micrófono del panel de comunicaciones—. Cinco y Seis, salid. Retirada inmediata a toda velocidad. Volved a la zona de aterrizaje.

Los droides obedecieron. La imagen de la holocámara giró, mostrando un túnel de roca balanceándose mientras los droides corrían desde la entrada de la caverna.

Pasaron treinta segundos y entonces el monitor se quedó principalmente negro. Los cuadros de diagnósticos a los lados empezaron a centellear con los indicadores de averías en rojo.

La expresión de Tendra se volvió en infeliz.

—Ambos desconectados.

—Todavía, cariño, es una prueba exitosa. —Lando se frotó las manos—. Consigue poner suficientes droides de combate ahí abajo y podemos hacerlo.

Han, solemne, negó con la cabeza.

—¿Cuántos son suficientes, viejo amigo? ¿Cien? ¿Mil? ¿Cuántos puedes tener ahí abajo en un día o dos?

—No tantos.

—Lo que podemos hacer, sin embargo… —Han frunció el ceño, concentrándose. Movió el monitor e introdujo la orden para abrir el esquema de Kessel y sus túneles—. Aquí está lo que vamos a hacer.

Reacondicionamos al *Halcón* y la *Dama Afortunada* para que lancen detonadores termales en vez de misiles de impacto…

Nien Nunb dijo unas cuantas palabras, sonando indignado.

Han no necesitó que Lando tradujera.

—Sí y la *Media Estrella*. También creo que tenemos a algunos excéntricos jubilados que tienen sus propios cazas estelares y pueden llegar a aquí en poco tiempo.

La cara de Tendra se iluminó con una sonrisa.

—Exacto. Nosotros planearemos los mejores caminos a través de los túneles.

—No funcionará —dijo Leia—. Mientras los cazas estelares vuelan y lanzan sus detonadores, las explosiones estarán teniendo lugar en la clase de corta progresión que no queremos que exploten. —Entonces su expresión se iluminó—. A menos que programemos los detonadores termales de manera que no estallen por el impacto, si no por el temporizador.

—Sí, sí. —Los ojos de Lando se movieron de un lado a otro, obviamente viendo algo que estaba realmente delante de él—. Con temporizadores mecánicos, creo, no electrónicos. No queremos que los espectros los alteren. Puede funcionar.

Entonces su expresión se volvió triste.

—¿Qué pasa, cielo? —preguntó Tendra.

—Es hora de gastar muchos más créditos.

CAVERNAS DEL OCULTO, DORIN

Ellos le llamaban el Oculto, aquellos otros Baran Do que vivían en las cavernas en las profundidades bajo la superficie de Dorin, y no se referían a él en tonos silenciosos, lo que Ben se tomó como un buen signo, una indicación de que no le temían como a un dios o a un tirano. Pero debido a que el Oculto estaba actualmente demasiado ocupado administrando este pequeño reino subterráneo para preocuparse con tareas mundanas y que consumían tiempo, el trabajo de guiar a los Skywalker por allí recayó en el sabio que los había acompañado a estas cavernas, el instructor de combate Charsae Saal.

Su primera exploración de la caverna se convirtió también en la de los Skywalker.

Desde luego, ahora era el *antiguo* Charsae Saal. Él se llamaba a sí mismo Chara e insistió en que los Skywalker hicieran lo mismo.

Los tres caminaron de sala en sala, explorando, sin que les interrumpieran los otros kel dors presentes. Ben pensó que había contado veinte kel dors diferentes en diez salas y túneles hasta ahora, pero dado que todos estaban vestidos de manera parecida era difícil de decir. Además del túnel de llegada y la gran sala del Oculto, habían caminado a lo largo de un túnel galería con agujeros que llevaban a las habitaciones privadas, una gran

sala donde crecían los vegetales y el grano de todas clases en tanques hidropónicos circulares y un almacén donde colgaban primitivas herramientas para cavar, tales como picos y palas. Ahora se movieron por una gran sala llena de equipamiento reciclado, recicladores de residuos y de agua, descomponedores de polímeros y pequeñas fundiciones de duracero y transpariacero.

—Obviamente —dijo Luke—, has sabido lo de este lugar durante algún tiempo antes de venir aquí.

—Sí —dijo Chara—. Fue hace casi veinte años cuando el Maestro Koro Ziil, sintiendo que algún día yo podría ser idóneo para esta existencia, vino hasta mí. Me hizo jurar que guardaría el secreto y me habló del Oculto, que entonces era el antiguo Tokra Hazz.

Ben resopló. Eso causó que un poco de condensación se formara en el interior de su máscara respiratoria, pero la película se evaporó rápidamente.

—Y la idea de vivir en un agujero en el suelo y pretender estar muerto fue simplemente irresistible para ti.

Luke le dirigió a Ben una mirada de *ahora no es momento de mofarte*.

Chara no pareció ofenderse.

—No se trata de complacernos a nosotros mismos. Se trata de servicio. Servicio a los Baran Do y a la causa del conocimiento. —Habiendo completado la gira por esta sala, él les llevó a través de la puerta blindada y al pasillo más allá—. Y en cierto sentido, vosotros, los Jedi, sois los responsables de ello.

Luke sonrió.

—No recuerdo enviar una comunicación pidiendo que se hicieran arreglos como este.

—Tú personalmente no. Antes de tu tiempo. Yo era sólo un niño cuando ocurrió. El día en que los Jedi desaparecieron de la galaxia.

—Oh. —Luke se puso serio—. La purga.

—Sí. —La siguiente sala no estaba detrás de unas puertas blindadas. La entrada tenía meramente una cortina. Chara apartó la tela negra a un lado y entró. Anduvo palpando a tiendas en la pared de un lado y luego en la otra antes de encontrar el interruptor de la barra luminosa. La luz se esparció por el techo, revelando perchas con túnicas negras deprimentemente idénticas—. Ah. Querréis algunas de estas, aunque tendrán que ser ajustadas para vuestro tamaño diminuto.

Ben hizo una mueca.

—*Diminuto*.

Chara apagó la luz y les llevó de nuevo al túnel de acceso.

—De todos modos, el Maestro Tokra Hazz quedó horrorizado por esto. Todos los Baran Do estaban horrorizados, así lo dice la historia, pero Tokra Hazz estaba profundamente afectado. Quizás sintió las muertes de los Jedi a través de la Fuerza. Tokra Hazz no estaba tan consternado por la pérdida de vida individual como por la pérdida de conocimiento. Recuerda, en aquel momento se creyó que todos los Jedi de todas partes habían muerto, que la Orden Jedi había sido aniquilada completamente.

Temiendo que el nuevo Emperador extendiera el mismo impulso genocida a otras órdenes sensibles a la Fuerza, Tokra Hazz envió a muchos de los Maestros Baran Do a ocultarse y pensó en qué hacer a continuación.

Ben miró a su alrededor dudosamente.

—Y el *qué hacer* fue cavar un agujero en el suelo.

—Sí. —La siguiente sala, también detrás de cortinas, resultó ser un almacén de comidas preservadas, todas en botellas o contendores. Ben reconoció los nombres recién salidos de las manufactureras de Dorin. Chara continuó—: Como un depósito del conocimiento. Si el Imperio venía y destruía a los sabios, una célula sobreviviría, en lo más profundo del suelo y sería capaz de… comunicar sus enseñanzas a otros en la superficie.

Luke frunció el ceño.

—¿Comunicarlas cómo?

—Los raíles que nos trajeron aquí también tienen conexiones directas con comunicadores en la superficie. No sólo con el templo, sino con otros lugares. Y de ser destruidos los raíles, el Oculto conoce una técnica de la Fuerza de comunicación de mente a mente.

—Telepatía. —Luke sonó dudoso.

—Sí.

—Interesante. He experimentado comunicaciones a través de la Fuerza con seres queridos a años-luz de distancia, pero tienden a ser una oleada emocional, quizás unas cuantas palabras, quizás una visión… Intercambios de cualquier cosa que no sea emociones e impresiones generales es imposible de mantener durante una cantidad de tiempo útil. Esa no es la clase de comunicación a través de la que puedas enseñar todas tus técnicas.

Chara se encogió de hombros.

—Esta técnica sólo la conocen los Altos Maestros de los Baran Do.

Luke pareció pensativo.

—Me encantaría aprenderla. Tendré que hablar con Koro Ziil.

—Koro Ziil está muerto. Tendrás que hablar con el Oculto.

—Sí, sí.

Ben intentó dirigir la conversación de vuelta hacia la historia de Chara.

—Así que el viejo Maestro, Tokra Hazz, finalmente decidió construir su refugio bajo tierra.

Chara asintió.

—Utilizó equipamiento para abrir túneles para cavar el túnel por el que entramos. Es muy largo, de alrededor de doscientos kilómetros, curvado y sinuoso. Finalmente llegó a las cavernas naturales que decidió utilizar como el punto central de su complejo.

El primer túnel llevó años cavarlo y las cavernas necesitaron más años para modificarlas.

Llegaron y pasaron una sala de una saniducha comunal. La siguiente sala más allá parecía ser una especie de sauna, que actualmente no se estaba utilizando.

—¿Por qué un túnel tan largo? —preguntó Luke.

—Una elección practica. La intención de Tokra Hazz era reclutar sólo a aquellos Baran Do y a aquellos sirvientes que estaban totalmente dedicados a la causa. Pero en caso de que alguien cambiara de idea… bueno, es imposible que ningún kel dor, o humano, se marche por ese túnel. Ir a gatas durante doscientos kilómetros… no podríais llevar suficiente comida o bebida y moriríais en el intento. De encontrar alguien un modo viable de ascender a través del túnel, como los pequeños vehículos de raíles que se utilizaron durante los días de la construcción para ir de un lado a otro, el Oculto puede, con el toque de un botón o impartiendo una orden especial a través de la Fuerza, disparar una serie de explosiones a lo largo de la longitud del túnel, sellándola para siempre.

Ben sintió un pequeño flujo de preocupación.

—Así que, ¿cómo salimos papá y yo?

—Ya se os ha dicho. No saldréis. —Chara parecía sereno pero comprensivo—. Como el resto de nosotros, estáis aquí para siempre.

Por vuestra propia cordura, debéis resignaros a la idea de que ya estáis muertos, de que ahora existís sólo para preservar el conocimiento.

NO LEJOS DE LA INSTALACIÓN CORRECCIONAL ARMAND ISARD, CORUSCANT

Bajo un nombre falso, Winter alquiló unas habitaciones en el edificio residencial más cercano a la prisión en la que Valin estaba detenido, en la que Valin estaba *almacenado*, dado que alguien congelado en carbonita sólo necesitaba que lo monitorizaran y no una celda y sustento.

La propia prisión era un artefacto de la primera arquitectura de la era imperial. Rodeada por una plaza comparativamente estrecha, que podía servir como zona de tiro para los guardias si los prisioneros escapaban, esta consistía en un único edificio alto y escalonado dentro de un patio rodeado por paredes de quince metros, todas hechas de sintopiedra negra. Torres de sintopiedra con garitas para los francotiradores se elevaban en las esquinas. Focos, lo bastante brillantes para provocar quemaduras de sol a un objetivo a cincuenta metros de distancia, estaban montados encima de las torres y a intervalos a lo largo de las paredes. Aparte de eso los únicos puntos brillantes que se veían estaban en la parte superior del edificio, donde ventanas encendidas indicaban las habitaciones de alcaide y de los oficiales superiores. Era un lugar de tristeza y opresión y las nuevas habitaciones de los conspiradores del Agrupamientoscuro miraban hacia allí desde una distancia de medio kilómetro.

En aquellas ventanas, el equipo de Jaina había colocado holocámaras con poderosos zooms. En los escritorios y las mesas cercanos había filas de monitores para las holocámaras desplegadas para vigilar a Seff Hellin.

El monitoreo había sido razonablemente exitoso. Utilizando droides ratón equipados con holocámaras, holocámaras montadas subrepticiamente en los edificios del gobierno que rodeaban la prisión e incluso datos robados de los satélites de vigilancia, el equipo no sólo había vigilado como ejecutaba Seff su engaño del trabajador sino que había utilizado un droide ratón para seguir al Jedi renegado hasta sus habitaciones temporales a un kilómetro de su puesto de vigilancia. Todos los conspiradores del agrupamientoscuro hacían guardia en las habitaciones del puesto de vigilancia, incluso Jaina, cuando sentía que era seguro escabullirse de Dab durante unas cuantas horas.

Había hecho eso esta noche y Jag y ella compartían la guardia en los monitores.

Jaina levantó la vista de la pantalla que mostraba notas que habían estado añadiendo los otros.

—Su horario es tan puntual como el transporte público en Kuat.

Jag, inclinado hacia atrás en su silla con los ojos cerrados, asintió.

—Parece serlo. Las ocho horas anteriores al amanecer, está en su disfraz de trabajador, principalmente bajo tierra delante de la prisión.

Las siguientes ocho horas está en sus habitaciones, presumiblemente dormido. Las siguientes ocho horas no hemos podido seguirle todavía de manera fidedigna, pero parece utilizarlas para conseguir equipo y quizás comunicarse con contactos.

—Necesitamos descubrir qué está haciendo delante de la prisión.

¿Cavando un túnel? ¿Plantando potentes explosivos? Seguro que no está tan loco.

—Sí, lo necesitamos. —Jag se frotó los ojos y entonces miró a Jaina—. Armand Isard. ¿Algún parentesco con Ysanne Isard?

—Su padre. Ella le envió a prisión. No a esta prisión. —Ysanne Isard era una de los oficiales que habían actuado como gobernantes temporales del Imperio después de que Palpatine hubiera muerto. Al principio de su carrera, había ganado una luchar privada por el poder contra su padre igualmente traicionero. Él había sido ejecutado. Ella le había reemplazado como directora de la Inteligencia Imperial.

Creo que es alguna case de acto de humor malicioso más que arrepentimiento de su parte ponerle a una prisión el nombre de él. La inercia burocrática ha evitado que le cambien el nombre. O que la vuelvan a pintar. O que la destruyan.

—Bueno, la Nueva República sólo conquistó Coruscant hace, ¿qué?, ¿treinta y seis años? El siglo todavía es joven. —Él hizo un gesto para cambiar de tema—. Al amanecer, cuando Seff se vaya, Winter y yo vamos a hacer justo lo que dijiste. Vamos a ver qué ha estado haciendo ahí abajo.

—Bien.

—Tengo una pregunta para ti.

—De acuerdo.

—¿Qué piensas de meter a Mirax en esto?

Jaina se sentó hacia atrás y lo consideró.

—Bueno, tiene habilidades, contactos útiles, algunos fondos y una gran motivación.

—Correcto.

—Pero necesitaría guardarlo en secreto ante Corran. Él es su marido, un antiguo investigador de seguridad y un Maestro Jedi. Es un hombre al que es difícil guardarle un secreto.

—También correcto.

—Y Corran y ella están muy, muy ocupados en este momento.

Eso era un eufemismo. Cada uno de los Horn más mayores estaba haciendo todo lo posible para liberar a Valin de su encarcelamiento en carbonita y devolverle a la Orden Jedi para que le evaluaran.

Corran estaba pidiendo favores a sus compañeros de profesión antes de unirse a los Jedi: a los veteranos de la Seguridad Corelliana y al Mando de Cazas Estelares. Los últimos ofrecían más posibilidades de éxito, porque muchos de sus colegas de sus días de piloto ahora eran oficiales de alta graduación en el ejército de la Alianza Galáctica, pero hasta ahora habían demostrado poca efectividad en esta tarea, ya que los oficiales militares y otros líderes del gobierno que apoyaban la sentencia de Valin eran incluso más poderosos.

Mirax, de igual modo, estaba cobrando favores que había acumulado a lo largo de los años, pero sus contactos, principalmente comerciantes y contrabandistas, estaban teniendo incluso menos suerte que los de Corran. Jaina había visto a Corran varias veces en el Templo desde que Valin fue condenado, y estaba claro que, tanto como intentaba él ahorrarle a sus compañeros Jedi el dolor que sentía, estaba sufriendo. Mirax tenía que estar de manera parecida.

Eso decidió el asunto para Jaina.

—Designémosla como un recurso en caso de emergencia. Quizás hacer que Winter se aproxime a ella en una base preliminar.

Jag asintió.

El comunicador de Jaina pitó, una serie de notas familiar y poco bienvenida: dos tonos musicales, una pausa y dos más.

Jaina se quedó helada.

—Oh, no.

—¿No dijiste que él inspeccionó tu paradero hace sólo una hora?

—Sí. —Ella parecía angustiada—. Eso debería haberme dado tres o cuatro horas más al menos. No he oído que ninguno de los observadores hiciera sus comprobaciones con una diferencia de una hora.

Ella sacó su comunicador y lo miró.

—¿Con cuánta rapidez puedes volver al Templo y entrar a escondidas?

—Ni de cerca lo bastante rápidamente. Va a llamar otra vez…

El comunicador pitó de nuevo, con las mismas notas.

Jaina hizo una mueca.

—Y entonces va a asumir que estoy demasiado profundamente dormida para oírle. Bajará hasta mis habitaciones, lo que le llevará sólo un minuto y empezará a hacer sonar el timbre.

—¿Y si entonces no consigue una respuesta?

—Llamará al Maestro de guardia y forzarán la puerta. Pero tengo una oportunidad. —Rebuscó en su bolsillo y sacó un segundo comunicador—. Reinstalé el intercomunicador de la puerta con un comunicador conectado a este. Puedo hablar con él como si simplemente estuviera dentro de mis habitaciones. Quizás pueda engañarle. Quizás pueda convencerle de que realmente no tiene que verme.

Sabía que no sonaba muy esperanzada. No lo estaba.

—¿Qué pasa si no puedes convencerle?

Ella suspiró.

—Me cogerán habiéndome escabullido del Templo sin mi observador. El Maestro Hamner se verá obligado a castigarme de alguna manera. A enseñar telequinesis básica a los niños en las Nieblas Transitorias, por ejemplo. Eso asumiendo que el gobierno no me procese, que podrían hacerlo.

—Que lo *harán*. No están mostrando ninguna piedad con los Jedi en este momento.

Ella le miró con enfado.

—Gracias. Me estás haciendo sentir *mucho* mejor.

El segundo comunicador sonó, este con una melodía idéntica a la de las habitaciones de Jaina en el Templo. Ella tomó aire profundamente y luego presionó el botón. Hizo que su voz sonara somnolienta.

—¿Qué pasa?

—Hola, Jedi Solo. Soy Dab. Comprobación de localización de rutina.

—¿No estabas…? ¿Qué hora es?

—Lo siento. Sí, ha pasado sólo una hora. Mi cronómetro aleatorio llego a cero otra vez.

—Dab, simplemente vete. Estoy cansada, estoy en la cama y *sabes* que estoy aquí.

—Tengo que verla en persona, Jedi Solo. Conoce las reglas.

Jaina apagó el comunicador y articuló una maldición con los labios. Miró a Jag.

—Estoy hundida.

—Tal vez no. Tal vez el Imperio pueda rescatar a una Jedi. —Él alargó su mano y arrancó el comunicador de los dedos de ella y le sonrió a su expresión sorprendida. Él conectó el comunicador.

¿Quién está ahí fuera?

Él hizo que su propia voz sonara ronca y somnolienta.

Jaina le miró.

—Soy Dab. Dab Hantaq —dijo Dab.

—¿Dónde está mi pistola láser?

Jaina lo comprendió y suprimió una carcajada.

—Está bajo tu almohada. Donde está siempre —dijo ella, como había oído decir a su madre a lo largo de los años.

—Dame sólo un segundo. De acuerdo, déjale entrar. Voy a hacerle un agujero justo entre los ojos.

—Jag, sólo está cumpliendo con su deber.

—Al diablo con su deber. Pensando en ello, al diablo con el agujero pequeño y limpio entre los ojos. Voy a arrancarle toda la cara de un tiro. Funeral con el ataúd cerrado para él, inmunidad diplomática para mí. Déjale entrar.

La voz de Dab salió del comunicador.

—Um, Jedi Solo, estoy satisfecho de que esté aquí. Simplemente voy a marcar esto como confirmado.

Jaina dejó escapar un silencioso suspiro de alivio.

—Gracias, Dab. Buenas noches.

—Buenas noches.

Ella volvió a coger el comunicador y lo apagó.

—Ir por delante de los Moffs te está manteniendo agudo.

Llevando monos de trabajadores similares al de Seff, Jag y Winter bajaron a través del hueco de acceso a nivel de calle hasta el subsuelo justo delante de la prisión de Valin. Jag cerró la escotilla sobre ellos.

Este era un laberinto de túneles de permacreto, tuberías de metal, escotillas de acceso y maquinaria bien mantenidos, aunque algo antiguo. Ninguno de los túneles se dirigía en dirección a la prisión.

—Que es como debe ser —dijo Winter—. Túneles hacia y desde la prisión significarían un índice de fugas más alto.

Jag miró arriba y abajo por los pasillos que llevaban al acceso.

—Entonces, ¿qué ha estado haciendo Seff? No hemos visto ningún signo de que haya estado moviendo escombros.

—Descubrámoslo.

Media hora de exploración reveló algo de lo que había estado haciendo Seff. Una caja de empalmes que estaba sospechosamente libre de mugre tenía un cuaderno de datos enorme y muy poderoso unido recientemente a los componentes electrónicos de la caja.

Winter lo activó, pasó unos cuantos minutos evitando su seguridad simple y entonces hojeó las funciones de su programación. Cada una mostraba un tramo del túnel de permacreto, con las paredes en ángulos rectos hasta un suelo casi libre de manchas, con débiles barras luminosas en una línea a través del techo. Una función mostraba un diagrama simple del área subterránea, mostrando el borde delantero de la prisión y un lugar a un cuarto de kilómetro de distancia, unidos por alguna clase de túnel de acceso.

—Lo tengo —dijo Winter—. Es un túnel de incursiones para disturbios.

—¿Que es qué, exactamente?

—Es un túnel con sólo dos accesos. Uno está en la prisión y no se puede abrir desde ese lado. Probablemente no es detectable como una puerta en el lado de la prisión. Estaría disfrazado como una pared de permacreto, quizás en un área de almacenamiento. El otro

lado va directo hasta una comisaría de las fuerzas de orden público de alguna clase y sólo puede abrirse desde el lado de la comisaría. Si hay un disturbio en la prisión o una fuga en masa y los prisioneros escapan, las autoridades tienen un modo rápido y secreto de entrar en la prisión.

Jag lo consideró.

—Así que ha pirateado las holocámaras que observan el túnel y probablemente las ha saboteado… y puede haber hecho ya un agujero para acceder al propio túnel. A continuación estará trabajando en un baipás para la puerta del lado de la prisión.

—Eso es. Va a la prisión desde este acceso, descongela a Valin y lo saca por el mismo camino. Mínimo jaleo. ¿Pero cómo encuentra a Valin?

—A través de la Fuerza. Jaina dice que ella puede sentirle, incluso en su actual estado comatoso. Más significativamente, ¿cómo descubrió lo de este túnel?

Winter negó con la cabeza.

—No estoy segura. En la época de la Antigua República, los Jedi a veces ayudaban a las autoridades a detener disturbios como estos.

¿Quizás encontró una referencia a tal suceso en los Archivos Jedi?

—Le pediré a Jaina que investigue eso… ¿Puedes evitar que las holocámaras de Seff graben? Si hay un acceso a ese túnel, necesitamos bajar ahí abajo.

—Sí, puedo.

El acceso de Seff fue fácil de encontrar. Una lámina de duracero con marcas de soldaduras a lo largo de todos sus bordes parecía ser un parche para una pared dañada, pero resultó estar simplemente sujeta por cuatro grandes pegotes de una sustancia parecida a la cola.

Detrás de la lámina de metal había un andrajoso agujero circular, claramente cortado por un sable láser, que llevaba al túnel mostrado en el monitor de Seff.

Jag y Winter entraron en el túnel y caminaron a lo largo de él, sin encontrar ningún signo de sabotaje en el lado de la comisaría de seguridad. Seff claramente había estado trabajando, sin embargo, en el lado de la prisión.

Un sofisticado equipamiento de baipás estaba unido a la consola de acceso al lado de las puertas blindadas. Winter lo activó y recorrió su memoria, determinando que había estado probando miles de posibles códigos de activación a un ritmo designado para evitar que el ordenador central de la comisaría de seguridad marcara los sucesos como intentos de intrusión.

—No debería llevarle mucho más —le dijo ella a Jag—. Unas cuantas horas, un día, quizás dos.

En silenciosa respuesta, él apuntó. Ella miró en aquella dirección y vio lo que él había encontrado: dos pequeños detonadores termales, uno fijado al techo sobre los controles de las puertas blindadas y otro en el techo a veinte metros túnel abajo.

—Saca a Valin, cierra las puertas si puede y, si hay una persecución, dispara los detonadores —explicó Jag—, derrumbando el techo y evitando más persecuciones. Hay otro, más allá del agujero que cortó, que evitará que el personal de la comisaría le siga.

Winter asintió.

—Así que este es su plan. ¿Cuál es el nuestro?

—Este túnel es una trampa perfecta. Le seguimos hasta aquí, nosotros dos y Tahiri. Nos enfrentamos a él, le capturamos y volvemos corriendo al Templo Jedi.

—Lo cual es simple y brillante mientras todo vaya bien. Ahora salgamos de aquí y empecemos a planear todo lo que podría ir mal.

Jag suspiró.

—Realmente pensaba que cuando dejé de volar para ganarme la vida, también había dejado lo de las planificaciones de las misiones.

—No tienes tanta suerte.

Capítulo Veintiuno

MINAS CALRISSIAN-NUNB, KESSEL

Sentados alrededor de la mesa estaba la flor y nata de la historia de los pilotos de la era de la Nueva República y Leia estaba tan encantada de verlos a todos que no podía dejar de sonreír.

Wedge Antilles estaba sentado a la derecha de Han. Más relajado ahora desde que su retiro estaba demostrando tener algo de duración, tenía los pies encima de la mesa delante de él, con unas botas viejas y llenas de rozaduras sobre la elegante tapa de piedra, para gran consternación tácita de Lando. Wedge bebía de un vaso de brandy corelliano. Delgado y encanecido, todavía tenía los rasgos afilados y angulares y la mirada penetrante de su juventud. Estaba vestido con el uniforme de vuelo de un piloto de ala-X de la Nueva República, un mono naranja y con los accesorios principalmente blancos, pero por otro lado, la mayoría de los pilotos presentes estaban vestidos con los uniformes de servicio apropiados para sus cazas estelares cuando llegaron y no todos habían tenido tiempo de cambiar sus ropas por las civiles. No todos querían hacerlo.

Al lado de Wedge estaba Derek «Hobbie» Klivian, todavía sombrío, algunos decían triste, de apariencia, en un breve descanso de sus deberes como portavoz en Coruscant para la corporación Zaltin, el fabricante de bacta.

Al lado de Hobbie se sentaba Inyri Forge, una antigua piloto del Escuadrón Pícaro que había nacido en Kessel. Sus padres y hermanos supervivientes estaban entre los que habían sido evacuados del planeta cuando los terremotos se volvieron peores. Estaban temporalmente alojados en los viejos barracones imperiales en la Luna guarnición. De pelo castaño y de huesos finos, parecía casi demasiado delicada para ser una piloto, pero su historial de muertos convertía en mentira esa asunción.

En el lado más alejado de la mesa estaba Kell Tainer. Un humano grande de alrededor de la edad de Leia, era calvo por arriba. Llevaba su largo pelo gris en una cola de caballo y tenía un bigote encorvado.

Parecía mucho más un pirata que un antiguo miembro del Mando de Cazas Estelares de la Nueva República, pero su experiencia como piloto, como experto en demoliciones y mecánico le convertían en inestimable para el proceso de convertir los detonadores termales en cabezas para otros tipos de sistemas de misiles.

Luego allí estaba Cheriss ke Hanadi, una piloto adumari que se decía que era más mortal con su vibrocuchilla. Baja, de pelo oscuro y con pecas, parecía como si debiera estar dirigiendo un almacén de productos de la granja.

Al lado de Cheriss estaba Nrin Vakil, un quarren cuyo mono hermético se movía porque estaba lleno de agua salada mantenida en constante circulación por un procesador en la espalda. A su lado se sentaba Rhysati Ynr, una mujer que vivía en Coruscant. Su marido era Nawara Ven, actualmente el abogado con mejor publicidad de Coruscant. Parecía un poco incómoda sentada al lado de Maarek Stele, que todavía era pensativo y

vital a pesar de la completa pérdida del pelo. Era un jubilado imperial que había servido, entre otros papeles, como oficial en la Luna guarnición de Kessel y más adelante como piloto de caza TIE en el famoso grupo de cazas 181.

Y, reflexionó Leia, los pilotos sentados con ella y Tendra a la cabecera de la mesa (Han, Lando y Nien Nunb), no eran precisamente torpes.

Lando golpeó la mesa con un vaso de chupitos para que todo el mundo dejara las charlas para ponerse al día y volvieran a centrarse en el asunto que tenían ante ellos.

—De manera que tenemos una mezcla de cazas estelares: alas-X, alas-A, un Espada-Treinta y seis, un Eta-Cinco adquirido bajo circunstancias que no discutiré y un bombardero TIE cuyo dueño quiere mantenerlo en la exquisita condición que ahora disfruta, así que ni siquiera penséis en arañarle la pintura.

»Los dos siguientes grupos de pilotos con los que me reuniré aquí son las tripulaciones de los vehículos de rescate y las tripulaciones de los subsónicos. Estos son los deslizadores aéreos que visteis alineados fuera. Cada uno de vosotros estará emparejado con uno de ellos. Su trabajo es precederos en las cavernas, activar los monstruosos sistemas sónicos que hemos montados en sus deslizadores y apartar la vida animal. A veces lo harán al mismo tiempo que pasen vuestros misiles, o después, si estáis disparando los detonadores con temporizador. Si se supone que vuestro detonador estallará con el impacto, os precederán.

Wedge tomó otro sorbo de su bebida.

—¿Quién está actuando como control de la misión?

—Tendra…

Tendrá miró a su marido y negó con la cabeza.

Lando continuó suavemente.

—… o algún otro. Me aseguraré de que es alguien con mucha experiencia. Nadie va a ser olvidado.

Han intervino.

—Los pilotos subsónicos van a hacer más vuelo que el resto de nosotros. Harán varios pasadas en cada caverna, dirigiendo a la vida animal en una dirección. Notificarán al control de la misión cuando cada caverna esté lista.

Cheriss levantó una mano.

—¿Qué pasa si los espectros derriban a los deslizadores subsónicos?

—Eso tiene que pasar —confirmó Leia—. Tenemos toda una red de sensores colocados ahí abajo. Si cualquier vehículo cae, aparece como desconectado en nuestro ordenador. Enviamos un transporte de rescate. Dado que al tener los detonadores cronómetros mecánicos no podemos abortar, estamos intentando asegurarnos de que hay mucho tiempo entre el final de los pasos subsónicos y la detonación programada, tiempo para sacar a cualquier piloto varado. Estamos intentando preservar las vidas de tantos animales como podamos, pero la meta principal es salvar a Kessel y mantener vivos a nuestros pilotos.

Wedge le ofreció a Lando una sonrisa ligeramente maliciosa.

—Cien a uno a que dices que no fuiste capaz de conseguir seguro para esta pequeña operación.

—Cierto. —Lando pareció apesadumbrado—. Sabía que era mejor no hacerlo. Ni siquiera lo intenté.

—Así que si un caza cae y estalla, vas a pagarlo de tu bolsillo, ¿correcto?

La expresión de Lando fue de apesadumbrada a triste.

—Esquivar a los espectros es mejor para todos nosotros. No puedo poner suficiente énfasis en eso.

Tendrá se inclinó hacia delante.

—Cada uno de vosotros será responsable de atacar entre veinte y treinta de los aparatos de municiones. En la mayoría de los casos, estaréis apuntando a un lugar cerca del aparato y vuestras cabezas no estarán colocadas para explotar con el contacto. Estallarán con el cronómetro. A veces, sin embargo, estarán colocadas para explotar con el impacto. Intentaremos recordar deciros cuál es cuál.

—Qué considerado de vuestra parte —dijo Hobbie.

—También, si uno de vosotros cae —continuó Lando—, esto es, si alguno de *nosotros* cae, ya que estaré haciendo lo que hacéis vosotros en la *Dama Afortunada*, y Han lo hará en el *Halcón*, entonces los objetivos no completados de vuestra lista serán asignados a otros pilotos, los pilotos con las rutas más cercanas. La hora de lanzamiento todavía está fijada a las cero seis cien, hora local de mañana.

Aunque estos pilotos veteranos tenían veinte, treinta o cuarenta años más que los reclutas verdes, gruñeron justo como los pilotos recientemente comisionados.

Lando les ofreció una brillante sonrisa.

—Sufrid. Yo tengo un niño pequeño. Estaré levantado a esa hora, de todas maneras. Os veré por la mañana. Y, de nuevo, de verdad: Gracias.

—No —dijo Allana.

Leia permaneció firme, al menos de boca para afuera. Bajando la vista hacia la cara ansiosa de Allana, no se sentía ni de cerca tan concluyente.

—Sólo será durante unas horas. Oportunidad estará allí. Estará con Nanna.

Han, de pie tras la silla de Leia, le dio a los hombros de su mujer un tranquilizador apretón.

—Leia y yo no podemos mantenerte a salvo mientras disparamos bombas en las cavernas. Necesitas estar en la Luna guarnición. Especialmente si hay más terremotos.

—No.

Leia tomó aire profundamente. Discutir con Allana era muy parecido a lo que había sido discutir con Jacen. La niña era muy brillante y analizaba y racionalizaba como alguien con más de siete años. A veces la única cosa que Leia podía utilizar para ganar era el puro poder de voluntad.

—Allana, esto no está abierto a discusión. Han y yo hemos decidido.

—La Luna guarnición está en el espacio. Hay algo esperándome en el espacio.

Leia levantó la vista hacia Han, pero él parecía tan confuso como ella. Ella se volvió hacia Allana.

—¿Algo como *qué*?

—Algo que asusta.

—Allana. —La voz de Han no era áspera, pero tenía un tono de advertencia—. No deberías intentar escaparte de las cosas que no quieres hacer diciendo mentirijillas.

Leia se instruyó a sí misma para permanecer absolutamente impasible. El número de veces que Han había escapado de las cosas que no quería hacer mintiendo… bueno, no a Leia, pero simplemente a casi todos los demás…

—¡No estoy diciendo mentirijillas! Realmente hay algo ahí arriba.

Me habló.

Leia frunció el ceño.

—¿Cuándo?

—Cuando yo… cuando yo estaba fuera del edificio principal el otro día. Mientras vosotros estabais bajo tierra.

—¿Qué dijo?

—Quería saber quién era yo. Era triste pero asustaba.

—¿Alguien más oyó esto?

Allana negó con la cabeza. Ella bajó la voz hasta un susurro.

—Me habló a través de la Fuerza. —Buscando los ojos de sus abuelos, ella continuó más desesperadamente—: Conozco la diferencia entre lo que es real y lo que no lo es. Esto es real.

—Danos un minuto.

Han hizo un gesto para que Leia le acompañara fuera del dormitorio temporal de Allana.

Una vez que estuvieron en el pasillo con la puerta cerrada, Han susurró.

—¿Qué piensas?

—Está diciendo la verdad tal y como lo ella la entiende. Lo que significa que realmente puede haber algo ahí fuera. —Confundida, Leia se encogió de hombros—. Con el tiempo que tenemos disponible, tenemos tres opciones y ninguna buena. Dejarla aquí en el edificio principal, lo que significa peligro si los terremotos se vuelven peores durante nuestra operación, lo que muy bien podría pasar. Llevárnosla en el *Halcón*, donde estaremos tratando con potentes explosivos, vida animal potencialmente peligrosa, espectros y quizás con cavernas que se derrumban. O enviarla a la Luna guarnición, donde, si tiene razón, algo podría ir a por ella.

Pareciendo infeliz, Han lo consideró.

—Si tenemos que elegir uno de esos, yo elegiría en el que podamos vigilarla nosotros mismos.

—Yo también.

Han pulsó el botón de la puerta. La puerta se deslizó a un lado.

Allana estaba justo en la parte de dentro, levantando la vista hacia ellos, con la cara brillando como si hubiese oído la conversación entera.

—¿Puedo ir?

Han se detuvo a cogerla en brazos. Se enderezó sin ni siquiera un falso gruñido o un comentario de *pesas demasiado*.

—Puedes —le dijo—. Si prometes ser un buen miembro de la tripulación. Eso significa seguir órdenes, incluso las que odias.

—Lo prometo.

—De acuerdo.

—Y decimos mentirijillas todo el tiempo. Cada vez que me llamáis Amelia, eso es contar una mentirijilla, ¿verdad?

Han le frunció el ceño.

—No confundas el tema con los hechos. Leia hace eso todo el tiempo y lo odio.

INSTALACIÓN CORRECCIONAL ARMAND ISARD, CORUSCANT

Seff Hellin entró a través del agujero que había quemado en el permacreto meros días antes y colocó la lámina de metal en su lugar.

Con suerte, esta era la última vez que tendría que hacerlo, la última vez para siempre.

Estaba tan cerca de su meta que podía sentirse temblando. El aislamiento que había sentido durante tanto tiempo había llegado a su fin. Todavía no estaba seguro de cómo había reconocido a Valin en las holograbaciones del juicio del hombre, cómo se había dado cuenta instantáneamente que era el *auténtico* Valin, no algún impostor, pero lo había reconocido.

Pronto liberaría a su compañero Caballero Jedi superviviente. Y quizás, sólo quizás, Valin tendería respuestas de las que carecía Seff.

El túnel estaba tal y como lo había dejado, con el lado más cercano todavía equipado con el equipamiento del baipás. Algo era diferente, sin embargo, que él pudo reconocer incluso a la distancia de veinte metros: el indicador principal de la luz de la consola ahora brillaba en verde en lugar de rojo. Había completado su tarea. Había descubierto el código de acceso de la puerta. Dejó escapar un suspiro de alivio y se dirigió hacia allí.

Algo más también era diferente y estaba a mitad de un paso, a medio camino entre la entrada y la puerta, cuando lo sintió. Esto era una débil agitación en la Fuerza, más sutil que la mayor parte de lo que había sentido en los tiempos recientes. Había presencias cercanas. No eran trabajadores en los túneles adyacentes o personal de la prisión más allá de la puerta. Podía sentir que le estaban esperando a *él*.

Se detuvo y se volvió lentamente, abriéndose la parte delantera de su mono de trabajador y sacó su sable láser de debajo de sus pliegues.

El parche de metal que había colocado sobre su agujero de acceso había desaparecido, apartado tan silenciosamente que no lo había oído. Desde este ángulo, Seff no podía ver mucho a través del hueco, pero la intrusa estaba esperando. Ella salió a la vista.

Él la conocía, desde luego. Tahiri Veila, o, en realidad, la impostora con su forma. No estaba vestida como Jedi. Llevaba un mono ajustado negro, casi sin rasgos. Ni estaba descalza. Su sable láser, sin encender, estaba en su mano. Su expresión era grave.

Él le dirigió una mirada de desprecio.

—Puedes hacerlo mejor que eso. Al menos ponte los zapatos, o la falta de ellos, bien.

Su respuesta fue casi un susurro.

—Justo igual que Valin.

Ella se movió hacia un lado, toda gracia felina, hasta que estuvo en el centro del túnel.

—Que es por lo que tengo que ser detenido, ¿sí?

—Sí, absolutamente.

—Dile a tus camaradas que entren. Quiero ver a quién *están* suplantando.

La falsa Tahiri miró hacia el agujero y asintió. Un hombre pasó por él, pero Seff no le reconoció. Aunque no era alto, el hombre era corpulento, estaba vestido con unos pantalones anchos y una túnica negra, con guantes plateados y mate que salían de los puños de su ropa. Llevaba una capucha negra que ocultaba su cara en las sombras. Parecía desarmado, aunque podía haber estado ocultando una multitud de armas bajo la túnica.

A segunda vista, su corpulencia no era natural. Seff estaba seguro de que el hombre llevaba alguna clase de pectoral bajo la ropa.

Saliendo del agujero de la pared, no se había inclinado apropiadamente por la cintura. Tenía unos movimientos rígidos.

Eso envió una sacudida de alarma por la espalda abajo de Seff.

—Un *mando*. Desde luego, envían a un mando contra mí.

Con al menos unas posibilidades de tres contra uno, la velocidad y la agresión eran la esencia. Sin esperar a ninguna declaración de intenciones irrelevante o a alguna réplica ingeniosa de sus oponentes, Seff levantó rápidamente una mano, esforzando su voluntad a través de la Fuerza. La falsa Tahiri meramente estrechó sus ojos mientras utilizaba sus propios poderes para adherirse al permacreto bajo ella, pero el mando desconocido se tambaleó hacia atrás y se deslizó durante muchos metros, cayendo. Quizás no era un mandaloriano después de todo. Parecía demasiado torpe.

La falsa Tahiri esperó sólo un momento, hasta que el arranque de Seff se desvaneció y entonces encendió su sable láser y cargó hacia delante. Seff encendió su propia hoja.

—Seff, las cosas serán mucho mejor si simplemente te rindes.

Ella movió su hoja, en una finta diseñada para atraerle a un ataque prematuro.

Seff pretendió tragarse el anzuelo, golpeándola hacia abajo, un golpe clásico de agarre, pero él detuvo el golpe y lo redirigió hacia abajo en un ángulo contra el lado izquierdo de ella. A medio camino del bloqueo contra el golpe anticipado, Tahiri tuvo

que saltar frenéticamente hacia atrás y maniobrar su hoja hacia el camino de la de Seff, un bloqueo con éxito que no obstante la dejó desequilibrada y en retirada.

—Tienes suerte —le dijo Seff. Él golpeó de nuevo, lanzando una serie de ataques para mantenerla desequilibrada—. Quien quiera que seas, siento mucho menos desprecio por ti que por la auténtica Tahiri. Asesina, traidora, esclava patética de sus emociones… eso es lo que *ella* es.

Seff se sorprendió de sentir un estremecimiento de furia y dolor de su oponente. ¿Podría ser que ella se identificara tan fuertemente con la mujer cuya cara llevaba? Interesante. Él siguió atacando.

Sintió al mando reentrar en la lucha antes de que hubiera cualquier evidencia visual de ello. El hombre vestido de negro estaba sobre un hombro, como si estuviera herido y luchaba por levantarse, y entonces Seff vio que el hombre había sacado una pistola láser, construida con un tamaño enorme para acomodar sus aplastahuesos, pero había ocultado la acción detrás de la manga de su otro brazo. El mando sacó su brazo oscurecido de en medio y disparó. Un disparo aturdidor azul se dirigió hacia Seff.

Seff sintió un estremecimiento de alegría. Recibió el disparo sobre su hoja y la desvió hacia abajo en dirección hacia la pierna de la falsa Tahiri. Los ojos de Tahiri se abrieron por la sorpresa durante una fracción de segundo y entonces se le pusieron en blanco. Ella cayó hacia atrás.

Ahora había que aprovecharse de la situación antes de que sus enemigos pudieran reagruparse. Seff se lanzó hacia la puerta blindada de la prisión y pulsó dos botones: uno para abrir la puerta y otro para activar el detonador termal hacia el centro del corredor.

Nada ocurrió. No estaba demasiado sorprendido. Si sus enemigos habían descubierto su trabajo aquí, fácilmente pudieron haber saboteado su ordenador.

Él miró hacia atrás. El mando estaba en pie y se dirigía hacia Seff, pistola en mano.

Seff levantó la vista hacia donde había plantado el detonador termal más cercano. Con un esfuerzo de telequinesis, lo liberó y lo dejó caer al suelo del túnel. Este hizo un sonido metálico al caer. Él se aseguró de que podía visualizar el botón de disparo. Entonces envió el arma con forma de envase rodando hacia la caída Tahiri.

El mando derrapó para detenerse al lado de Tahiri. Inclinándose, recogió el cuerpo inconsciente de la mujer y luego se volvió y corrió, escudándola con su cuerpo.

Sonriendo, Seff mantuvo el detonador rodando tras ellos, incluso permitiéndole rebotar una o dos veces para añadir ruido adicional.

Pero dejó que el mando le ganara a su arma rodante. Su tarea no era matar a estos enemigos.

Cuando el detonador estaba a medio camino por el túnel abajo, cuando el mando y la mujer inconsciente estaban tan lejos por delante que la deflagración no pudiera matarlos, Seff se agachó, se volvió para apartarse del detonador, se puso las manos sobre los oídos y telequinéticamente presionó el detonador.

Hubo una breve pausa y luego el mundo centelleó en rojo y blanco. Las paredes y el suelo se estremecieron y los oídos de Seff martilleaban como si le hubiera golpeado un

rancor. A pesar de lo firmemente fijado que estaba, la onda expansiva de la explosión le estrelló contra la puerta blindada. Fue golpeado por piezas de gravilla de permacreto supercalentadas, una de las cuales le quemó en el costado y le prendió fuego a su mono. Las luces se apagaron y el humo llenó el aire.

Tembloroso, se levantó, apagando las partes ardientes de sus ropas. Ahora estaba en completa oscuridad… completa hasta que él reencendió su sable láser.

El brillo de su hoja mostró el túnel derrumbado, con los escombros llenándolo desde diez metros de donde él estaba. Su ordenador del baipás estaba destruido.

La puerta blindada estaba ilesa, al menos de momento.

Si había calculado correctamente, ahora habría un cráter en la zona de tiro desnuda de arriba. El personal de la prisión estaría en alerta, pero imaginando que, o había habido alguna clase de accidente de combustible fuera de la prisión o, peor aún, que alguien estaba intentando llevar a cabo una fuga de la prisión desde fuera. Su entrada era probable que permaneciera en secreto por ahora.

Y sus enemigos, si todavía estaban vivos, estaban atrapados al otro lado de los escombros.

Se puso a trabajar, presionando la punta de su hoja contra el metal de las puertas blindadas justo en la junta, viendo al duracero empezar a brillar en rojo, luego en naranja y luego en un luminoso amarillo.

Capítulo Veintidós

JAG SE QUITÓ LA CAPUCHA Y EL CASCO DE UN TIRÓN.

Jadeó en busca de aire. La explosión le había golpeado como una barra de metal en el pecho, arrancándole el aire de los pulmones.

Sabía que habría sido mucho peor si no hubiera llevado su pectoral mandaloriano.

Levantándose sobre las rodillas, sacó una barra luminosa. La luz azul que emitió le mostró a Tahiri, tendida boca abajo a su lado y un tremendo montón de escombros de construcción tras ellos. Su pistola láser no se veía por ninguna parte. Se quitó su aplastahuesos izquierdo y presionó los dedos contra el cuello de Tahiri. Pudo sentir su pulso y vio que sus labios se separaron en un gruñido que apenas oyó.

Fue consciente de que había un débil ruido saliendo de su casco.

Lo levantó hasta su oído.

—Guantelete, Arena, soy Hoth. Responded. —La voz estaba distorsionada y era más profunda mecánicamente, no claramente reconocible como humana o como femenina, pero era definitivamente Winter, utilizando las claves de llamada que había acordado para Tahiri y para él—. Guantelete, Arena, responder.

Incluso a través de la distorsión, había un poco de preocupación en la voz.

—Hoth, soy Guantelete. —Hablar le dolía. Jag se detuvo para tomar aire dolorosamente—. Arena ha caído pero se está recuperando. Cuello Loco se ha separado de nosotros, continuando con su misión. ¿Estás intacta?

—Guantelete, Hoth. No seriamente herida.

Jag miró al montón de escombros. Giró su barra luminosa para conseguir un rayo fijo, pasándolo a través de la parte superior del montón. Allí había huecos. Era algo precario y peligroso, pero podría haber un modo de cruzar.

—Llama al resto del Agrupamientoscuro. Trae a todos los que puedas. Tráelos cerca y mantenlos en espera. Si tenemos suerte, esto no será un lío completo.

—Entendido.

—Guantelete fuera.

—Hoth fuera.

Los ojos de Tahiri se abrieron. No había confusión en ellos, sólo furia. Experimentalmente ella movió la cabeza, luego rodó sobre su espalada.

—¿Tuvo que golpearme con una nave de carga entera?

Su voz era casi distintiva. El oído de Jag estaba volviendo.

Jag se volvió a poner el aplastahuesos.

—Resultó que sólo porque está loco, no es un inepto. ¿Quién lo habría pensado?

Él volvió a ponerse el casco.

Ella se levantó.

—¿Dónde está mi sable láser?

Él también se puso en pie, mirando al montón.

—En algún lugar bajo eso, sospecho.

La expresión de ella se volvió agria.

—Esto se sigue poniendo mejor y mejor.

* * *

Seff miró detrás de otra esquina del subnivel, vio la holocámara de seguridad corredor abajo y causó que esta grabara estática durante un momento mientras él pasaba.

No le perseguían ni había ninguna señal de que las fuerzas de seguridad internas de la prisión estuvieran en alerta contra él. Y ahora podía sentir a Valin, una luz apagada y débil en la Fuerza, muy cerca, a uno o dos niveles por encima y a no más de cuarenta metros lateralmente de su posición.

Sólo le llevó hacer un simple baipás para hacer que las puertas del turboascensor se abrieran. Los diseñadores de la prisión le habían hecho un mal servicio al hacer los conductos de la ventilación demasiado pequeños para que un humano adulto se arrastrara por ellos, pero los conductos de ventilación no eran el único acceso.

Ahora empezó a subir por el hueco del ascensor. El propio ascensor estaba muy por debajo de él, sin moverse. Seff sospechaba que el estado de alerta causado por la explosión había dado como resultado que todos los turboascensores fueran a cierto nivel y se cerraran.

Mucho mejor para él. Saltó hasta los escalones de la escalera en el fondo del hueco y empezó a subir.

La puerta dos niveles más arriba habría sido incluso más fácil de abrir, estaba operando desde interior no defendido del hueco en lugar que desde el exterior, excepto que tenía que hacer el delicado trabajo electrónico con una mano mientras colgaba con la otra desde la parte superior de la caja de acceso. Pero finalmente esta le ofreció una pequeña chispa de derrota y la puerta se abrió.

Tres guardias de seguridad, armados y con armadura antidisturbios, estaban al otro lado. Tenían las espaldas vueltas hacia la puerta del ascensor pero se volvieron con sorpresa mientras la puerta se abría.

Seff saltó para colocarse entre ellos.

—Lo siento —les dijo y entonces le dio un rodillazo envenenadamente al de la izquierda en el estómago mientras que golpeaba con el codo la sien del de la derecha, rompiendo el casco del hombre.

El del centro retrocedió, levantando su rifle láser para apuntar y disparando. Seff sintió su intención, un disparo al pecho, y se retorció para salir de en medio. El disparo pasó lo bastante cerca como para chamuscar sus paletillas.

Él encendió su sable láser y cortó el rifle láser en dos por la base del cañón. El guardia, con los ojos abiertos por la sorpresa, continuó retrocediendo y alargó la mano hacia su comunicador, pero Seff le dio una patada perpendicular en la mandíbula. El guardia cayó, inconsciente, con la mandíbula perturbadoramente torcida.

Seff echó un vistazo a su alrededor. Este nivel de la prisión, todavía por debajo de la superficie, estaba débilmente iluminado y tranquilo. El corredor principal, de altos techos y sus paredes todas de metal, llevaba a derecha e izquierda desde el vestíbulo del turboascensor. El pasillo tenía muchas puertas, algunas de ellas enormes y todas cerradas. Él asintió. Este sería el nivel de almacenamiento y era razonable para ellos poner aquí al indefenso Valin Horn.

Había una holocámara montada en el techo en la esquina. Estaba apuntada directamente hacia él, directa hacia el lugar por el que la que la gente entraba o se iba por el turboascensor. Si estaba siendo monitoreado en este momento, le descubrirían. Él la dejó en blanco, esperando que no hubiera sido detectado todavía y la dejó de ese modo durante los segundos que le llevó cerrar la puerta del turboascensor y luego apartar a los tres guardias inconscientes hasta un punto fuera de la línea de visión de la holocámara. Entonces la dejó volver a su operación normal.

Él trotó por el corredor de la izquierda abajo, deslizando los dedos a lo largo de cada puerta mientras pasaba, dejando en blanco cada cámara de seguridad mientras entraba en su radio de visión.

Lo que encontró curioso era que la prisión no estuviera llena de Jedi falsos. Cualquier fuerza que pudiera infiltrarse y reemplazar a los Jedi podría hacerlo más fácilmente con la cooperación del gobierno, lo que significaba que el gobierno y los Jedi debían ir mano a mano, por lo que a cambio resultaría más fácil para ellos enviar a un ejército de Jedi falsos a aquí tras él. Pero sólo había venido la falsa Tahiri. ¿Por qué? ¿Se había mantenido el gobierno, de algún modo, firme ante los impostores? Sintió una pequeña agitación de esperanza.

Por otra parte, quizás había dos grupos o más de impostores trabajando. Grupos que no cooperaban. Uno se habría infiltrado en los Jedi y otro en el gobierno. Eso tendría sentido con lo que estaba ocurriendo aquí.

Sintió un pulso en la Fuerza mientras se acercaba a una enorme puerta. Sí, Valin, aunque disminuido, estaba más allá. Se puso a trabajar en la seguridad de la puerta. Pero el panel de seguridad era de un tipo nuevo y muy sofisticado, obviamente instalado a causa de la naturaleza importante del cautivo que había más allá.

Seff encendió su sable láser y lo hundió en la puerta de duracero.

En menos de un minuto, porque no era tan formidable como la puerta blindada, cortó una gran abertura en ella.

Corredor abajo, la puerta del turboascensor se abrió. La falsa Tahiri salió por ella. Su capucha ocultaba sus rasgos. No llevaba el sable láser.

Ella vio a Seff, pero en lugar de lanzarse hacia él, se volvió y levantó la mirada hacia la holocámara que monitoreaba el turboascensor. Ella empezó a saltar arriba y abajo, haciéndole señales.

Seff suspiró. Ahora ella estaba utilizando los recursos de la prisión contra él. Las cosas serían más difíciles.

Se agachó para entrar en la sala a través de la puerta recientemente arruinada. Era un almacén, lleno hasta arriba con muebles viejos, equipamiento de ejercicios roto, ordenadores que databan de la Antigua República… y un enorme soporte con ruedas del que colgaba la prisión de carbonita de Valin Horn.

Valin obviamente había estado atado cuando fue congelado.

Estaba en pie, con los brazos detrás, una estatua moteada gris y negra con una expresión de dolor y rabia en la cara, sellado en una plancha rectangular. Un panel de monitorización estaba incrustado en el borde derecho de la carbonita.

Seff se movió hacia él e introdujo rápidamente una serie de órdenes. En la pequeña pantalla se leía: *«ERROR. INTRODUZCA CÓDIGO DE AUTORIZACIÓN»*.

Seff miró enfadado al aparato. Ahora no era el momento de enfrentarse a una medida final de seguridad.

Un estridente *breep-breep-breep* de alarma llenó el aire. Entonces el oponente sucedáneo de mando de Seff se apretó para pasar por el agujero de la puerta.

Seff se movió hacia él, reencendiendo su arma, y lanzó un una cuchillada para cortar a su persistente enemigo, pero el hombre recibió el golpe con un guantelete interpuesto hábilmente. El golpe no penetró. Estaba claro que llevaba auténticos aplastahuesos mandalorianos hechos de *beskar*.

Seff giró, bajando su espada hacia el hombro del falso mando. Su objetivo recibió la espada sobre la bocamanga del otro guantelete.

Tenía claramente algo de entrenamiento contra sables láser, pero Seff maniobró la empuñadura hacia arriba, con la hoja hacia abajo, utilizando la bocamanga del guantelete como un punto de palanca, y la hoja golpeó contra el hombro, un golpe más ligero que el pretendido originalmente.

La túnica del falso mando se quemó allí y se prendió fuego en los bordes. Mientras Seff se retiraba, pudo ver que el pectoral de debajo también era de *beskar*.

De acuerdo, entonces. El cuello sería su siguiente objetivo. Él se abalanzó, curvando su hoja en un ataque visualmente desconcertante…

La empuñadura del sable láser le fue arrancada de su mano. Esta giró a través del aire, con la punta de su espada cortando la capucha del falso mando y revelando el casco de metal negro debajo de ella, y entonces la empuñadura aterrizó en la palma de la mano de No-Tahiri, que ahora pasaba por el agujero de la puerta. Ella apagó el arma inmediatamente y luego desenroscó el pomo, dejando el arma temporalmente inservible.

Seff miró a la carbonita que encarcelaba a su colega.

—Lo siento, Valin. Esta vez no pudo ser.

—Ni podrá ser nunca —dijo la falsa Tahiri.

Con un gesto, Seff envió el soporte de Valin lanzado hacia sus oponentes. No-Tahiri saltó para quitarse de en medio. El falso mando, demasiado lento, fue golpeado por el soporte y lanzado hacia un lado.

Cuando la carbonita alcanzó la puerta, Seff la levantó dos metros en el aire, dejando que chocara contra la salida. Seff la siguió, lanzándose a través del agujero que había

cortado y dejando caer luego el soporte. Este se estrelló contra el suelo tras él, sellando la puerta momentáneamente.

Seff corrió por el corredor abajo hacia la salida. Delante, las puertas del turboascensor todavía estaban abiertas, pero pudo oír el ruido apresurado de un ascensor que se acercaba.

No había tiempo para estimar su distancia o su velocidad de movimiento. Si tenía suerte, viviría y escaparía. Si no la tenía, moriría. Oyó a la carbonita de Valin siendo apartada mientras él utilizaba un estallido de velocidad aumentada por la Fuerza y saltaba hacia el hueco del turboascensor, chocando contra los escalones del fondo. No se agarró a ellos. Cayó.

Una cabina de ascensor que llegaba se estremeció al detenerse justo sobre su cabeza. Él se agarró a los escalones unos cuantos metros más abajo y se sujetó, escuchando el dulce sonido de los guardias de la prisión lanzándose fuera del ascensor. Sonrió. Ellos no detendrían a un Jedi entrenado o incluso a una buena impostora como la falsa Tahiri, pero frenarían a la falsa Tahiri y a su compañero lo suficiente para que él se marchara.

Él cayó de nuevo, colgándose de un nuevo escalón cinco metros más abajo, y continuó bajando por el hueco.

* * *

—¿Cuál es la prisa?

Dab se frotó los ojos por el sueño y luego se encogió mientras Jaina llevó su deslizador a unos centímetros por encima de un remolcador que se movía rápidamente, se movió lateralmente para salir de su línea de tráfico y directamente hacia la línea con los deslizadores que llegaban, bordeó al remolcador y volvió repentinamente a la propia línea de tráfico a un palmo por delante del vehículo más grande. A todo alrededor de ellos, otros deslizadores viraron y se bambolearon un poco con nerviosa anticipación por la siguiente maniobra salvaje del vehículo de Jaina.

—No hay prisa —mintió Jaina—. Esto es sólo venganza.

—¿Venganza por *qué*?

—Por despertarme tres veces en mitad de la noche durante la última semana para tus comprobaciones de localización.

—Es *mi trabajo*. No encuentro placer en ello.

—Bueno, yo si estoy encontrando placer en esto.

Jaina envió el deslizador directo hacia una estrecha calle principal. Ella lo hundió, cayendo precipitada e ilegalmente a través de tres niveles de tráfico diferente antes de unirse a la línea más cercana a la superficie.

A todo su alrededor estaban las luces de las pasarelas peatonales.

En esta área, una región vieja y baja donde los edificios residenciales gradualmente daban paso a las estructuras del gobierno viejas y pobremente mantenidas, había poco tráfico y pocos peatones.

Dicho sea en su favor, Dab no se encogió o se agarró a su cinturón de seguridad. Simplemente negó con la cabeza, resignado al viaje.

—¿Entonces va a ver a Jagged Fel?

Los ojos de Jaina se abrieron de golpe por la sorpresa. Sin tener ni idea de su auténtico propósito para estar aquí, apoyar a Jag, Tahiri y Winter si lo necesitaban absolutamente, Dab pensaba que estaba asociado con algo romántico. Y obviamente pensaba que Jaina debía estar absolutamente desesperada por ello.

Enfurecida, conectó los impulsores inversos, enviándose a sí misma y a Dab a caer hacia delante contra los cinturones de seguridad, mientras hacía un brusco giro en ángulo recto hacia un lado de la autopista.

Lanzado hacia atrás contra su asiento por la aceleración normal, Dab se frotó el pecho.

—Aug.

—*No* voy a ver a Jag… y es el Jefe de Estado Fel para ti.

—¡Bien!

—Hay un parque en un tejado ahí arriba que me gusta.

—Desde luego. A esta hora.

Jaina inició una escala, yendo completamente en vertical mientras se aproximaba a la pared de un bloque residencial particularmente grande. Por el rabillo del ojo, pudo ver los rasgos de Dab contraídos en un rictus causado por la aceleración.

Entonces alcanzó la cima del edificio. Giró hasta que se niveló con el tejado. Inmediatamente posó su deslizador en un amplio macizo de hierba. Era realmente un parque, con estanques, árboles y macizos de flores cuidadosamente organizados, que ocupaban completamente este tejado y los de varios edificios colindantes.

Turboascensores abiertos y de raíles proporcionaban acceso entre los tejados.

Dab dejó escapar un suspiro de alivio.

—Lo he pillado.

—¿Lo has pillado?

Él asintió.

—Viene a este vecindario bajo en mitad de la noche, vestida con anónimas ropas marrones y camina por el parque, esperando que alguien le ataque de manera que pueda darles una paliza. De ese modo alivia el estrés y también tiene que coger a criminales peligrosos.

Ella le miró. Era una excusa brillante y estaba avergonzada de que no se le hubiera ocurrido a ella.

—Tienes razón completamente.

—Bueno, suena como algo bueno para que lo hagan los Jedi.

—Sí, ¿verdad? —Ella se soltó el cinturón de seguridad y saltó fuera del deslizador. Hizo un gesto hacia un lugar donde los árboles eran gruesos—. Voy a caminar por ahí por el camino al otro lado de esos árboles.

Él se soltó su propio cinturón.

—Iré con usted.

—No, es menos probable que me ataquen si hay dos de nosotros.

—Y es más probable que me ataquen si sólo hay uno de *mí*.

—Cierto. —Ella apuntó hacia un grupo de arbustos lejos de los árboles—. Escóndete allí y espérame.

Ella corrió hacia sus árboles.

Este, desde luego, no era su parque favorito. Era el parque encima del edificio donde Winter había cogido las habitaciones para el equipo del Agrupamientoscuro. Desde aquí, podía oír las sirenas de los vehículos de protección civil muy, muy abajo mientras llegaban para tratar con el cráter que había aparecido en la plaza minutos antes.

Más allá de los árboles, encontró el acceso al tejado del turboascensor y bajó hasta el nivel de la superficie.

Seff saltó a través del agujero que había cortado en las puertas blindadas y rodó para ponerse en pie en el túnel que había más allá.

Allí estaba el montón de escombros que su detonador termal había creado y entre él y este último había seis soldados de apariencia sorprendida de la Seguridad de la Alianza.

Seff suspiró. Desde *luego* que habían abierto su lado del túnel para investigar. Desde *luego* que habían encontrado el camino hasta aquí.

Desde *luego* que el soldado de rango más alto gritó.

—¡Alto! ¡Levante las manos!

Seff levantó las manos, con el reverso de sus manos en vez de sus palmas hacia los soldados. Hizo un gesto como si cogiera algo y tiró.

Escombros, restos de metal y permacreto, se arrancaron del montón y se lanzaron hacia él.

Los soldados en la retaguardia, oyendo el ruido, se volvieron justo a tiempo para recibir de costado la lluvia de detritos de castigo en sus caras y pechos. Los bloques de mampostería y duracero de apoyo les hicieron caer y siguieron viniendo, alcanzando a los tres soldados de delante por sorpresa. Uno disparó inadvertidamente mientras caía, con su disparo pasando a un metro de Seff.

Seff cargó hacia delante, pateando a dos soldados que todavía se movían. Ellos se quedaron quietos. Él le arrancó un rifle láser a uno y la pistola a otro. Se aseguró de que ambos estaban colocados en aturdir.

Su agujero de acceso no estaba cubierto de escombros, pero el parche de metal volvía a estar en su lugar sobre él. Seff alargó la mano hacia él y entonces dudó mientras le invadía una sensación de incomodidad.

De nuevo hizo un gesto, esta vez lanzando un gran trozo de permacreto roto justo hacia el parche. El impacto arrancó el parche, envolviéndolo alrededor del escombro y se

oyó el crujido y el chisporrotear de la electricidad. Un largo cable eléctrico colgaba ahora en el agujero.

Seff sonrió. Apartó el cable con un gesto y luego salto a través del agujero.

No necesitaba mirar a su alrededor. Mientras se enderezaba, apunto el rifle láser y disparó con su disparo aturdidor alcanzando a su objetivo antes incluso de que él registrara qué aspecto tenía.

Otra mujer, también con ropas negras ajustadas y una capucha ocultando sus rasgos. Ella golpeó el suelo con los ojos cerrados.

Él se tomó un momento para orientarse. En la Fuerza, pudo sentir las muchas formas de vida ahí fuera en el túnel y más acercándose por ambos lados. Todavía había más arriba y esos números estaban creciendo.

Se lanzó hacia la escotilla que llevaba hacia la superficie, esperando que no se hubiera colapsado.

Capítulo Veintitrés

Mirax Horn, pilotando un deslizador que había robado meros minutos antes de los raíles de aparcamiento fuera de la Hospedería de Vacaciones El Sueño de Kallad, circuló a un kilómetro de la Instalación Correccional Armand Isard, viendo ocasionalmente el centelleo de las luces de vehículos oficiales en la escena del cráter que dominaba la pequeña plaza a nivel del suelo delante de la prisión.

Winter no le había dicho mucho. Era imperativo que ayudara a los Jedi. Comprobado. Estaba relacionado con la condición de su hijo.

Comprobado. Era muy importante que no la identificaran. No sólo comprobado, sino que era una directiva que había seguido desde que era una adolescente. Necesitaba acercarse y estar preparada.

Comprobado. Todo esto era una segunda naturaleza para ella.

Aunque operaba principalmente en el lado apropiado de la ley en estos días, era la hija de un criminal, una contrabandista y una rebelde. Ella sabía cómo conseguir material cuando lo necesitaba, cómo no dejar evidencias forenses o visuales. También se alegraba de hacerlo, cuando sabía *por qué*.

—Moneda de Crédito, soy Cortadora. ¿Me recibes?

El nuevo código de llamada de Mirax era Moneda de Crédito.

Ella frunció el ceño ante ello, preguntándose si Winter pensaba que ella era sólo era una fuente de dinero. La mujer prácticamente había criado a los tres niños Solo. Debía saber lo positivamente desesperada que Mirax se sentía respecto a Valin, por su enfermedad, si eso era lo que era, y por su horrorosa encarcelación.

¿Y quién era Cortadora? La voz, posiblemente femenina, estaba distorsionada. Mirax levantó su comunicador.

—Cortadora, Moneda de Crédito. Adelante.

—Nuestro objetivo probablemente está saliendo de un agujero de acceso de trabajadores justo enfrente de la prisión. Es imperativo, repito, imperativo que le atrapemos.

—Entendido. —Mirax se inclinó para alinearse con la autopista que llevaba directamente hacia el cráter. Desde esta dirección, tendría que llegar sobre la prisión, una aproximación distintivamente ilegal, y dar un paso para sumergirse hasta el nivel de la superficie.

¿Cómo le atrapo?

—Ni idea. Quizás hostígale simplemente. Está armado y es muy, muy peligroso.

—Oh, bien. ¿Quiénes son mis refuerzos?

—Todos nosotros, cuando lleguemos allí.

—¿Quiénes son mis refuerzos *justo ahora*?

—Nadie.

Mirax se calló. No quería hacer más preguntas que generaran malas respuestas.

Un vehículo de la Seguridad de la Alianza se elevó hasta su camino, emitiendo en todos los canales de tráfico civil para que se alejara de esta zona. Mirax hundió su deslizador y pasó como un suspiro por debajo y tan cerca que ella se agachó instintivamente.

Estaba bastante segura de que el piloto le había echado una buena ojeada, lo que era otra cosa que le haría saber a él que algo no iba bien. Ella llevaba una lámina de transpariacero envuelto alrededor de su cara, ocultando todo excepto sus ojos y su nariz, distorsionando sus rasgos.

Ahora estaba sobre la prisión. Los focos se elevaron para iluminarla, casi cegándola. Ella podía oír distintivamente las alarmas que sonaban dentro de la estructura. Lanzó al deslizador en un descenso en picado.

Había un cráter, pareciéndose mucho al lugar del impacto de un asteroide, rodeado por vehículos oficiales. Los hombres y mujeres en el suelo ahora estaban mirándola principalmente a ella. No había signo de…

No, allí estaba, un hombre de pelo desgreñado con un mono de trabajador gris, con un rifle láser en las manos, saliendo inadvertido de un agujero de acceso.

Mirax asintió. Su objetivo estaba a la vista. Ahora cómo *atraparle* era la cuestión.

La mejor táctica por el momento: volar a su alrededor, forzarle a huir y mantenerle en movimiento hasta que llegaran sus refuerzos. E intentar que no le disparasen mientras tanto.

Nivelándose justo por encima de la superficie, ignorando los nuevos focos que la apuntaban desde varios vehículos de Seguridad de la Alianza, ella se dirigió hacia su objetivo… y entonces su cabeza rebotó contra la ventanilla a su izquierda mientras fue golpeada lateralmente. Sorprendida, repentinamente mareada, giró hacia su derecha, directa hacia un edificio de oficinas del gobierno, con la mayoría de sus ventanas oscuras.

Ella giró con dureza y se encontró rugiendo a lo largo de la fachada del edificio en un ángulo recto con el suelo, con sus repulsores evitando apenas que raspase el frente del edificio. Su fuerza hizo estallar completamente varias ventanas. Entonces ella giró para alejarse de la fachada del edificio y se niveló una vez más, frotándose la sien.

Negó con la cabeza y envió al deslizador en un ancho tirabuzón, dirigiéndose de nuevo hacia su objetivo. ¿Qué había ocurrido?

* * *

Corriendo hacia el cordón de seguridad alrededor de la prisión, ahora lleno de peatones y de la prensa, Jaina vio desarrollarse todo el suceso. El gran deslizador civil, de un rojo chillón improbable para un vehículo de operaciones especiales, rugió hacia Seff, que ahora estaba fuera del agujero de acceso. Pero había otro vehículo, un pequeño y veloz camión remolcador aproximándose desde el lado de babor del deslizador rojo. La piloto era visible a través del parabrisas delantero: Zilaash Kuh, la cazarrecompensas. Jaina maldijo para sí misma.

El remolcador barrió lateralmente al deslizador, apartándole de su curso. El remolcador continuó con su deslizamiento lateral que pasaría por encima y hacia un lado de Seff Hellin. El quarren, Dhidal Nyz, se inclinó sobre el lado de la batea del remolcador con su arma enorme y le disparó a Seff.

Seff corrió hacia un lado con la velocidad de un Jedi experimentado, pero la red se expandió demasiado para él. Esta se envolvió a su alrededor como lo había hecho alrededor de Jaina días antes. Cuando el cable que la conectaba se tensó, el quarren casi fue lanzado por encima del borde, pero él estaba preparado para el impacto. Seff fue arrancado del suelo y lanzado al aire detrás del vehículo.

Jaina hizo una mueca de dolor. Seff estaría experimentando los mismos shocks que ella había experimentado. Decidió que le disgustaba intensamente el quarren.

Pero el remolcador venía directo hacia ella.

El deslizador rojo estaba dando la vuelta. Jaina sacó su sable láser y encendió su comunicador.

—Moneda de Crédito, aquí Cortadora. Tu paquete está en la red.

Sigue al paquete.

—Entendido.

Incluso distorsionada, la voz de Mirax sonaba irritada.

Mientras el remolcador pasaba, no del todo sobre su cabeza, Jaina encendió su sable láser y lo lanzó, dándole dirección y velocidad a través de la Fuerza. Su brillante hoja se cruzó con el cable de metal, cortándolo. Jaina se posicionó debajo de su arma que caía a plomo pero transfirió su esfuerzo telequinético a Seff, frenando su descenso.

Frenando *algo* su descenso. Ella no sabía lo incapacitado que estaba él por las cargas eléctrica de la red del arma. Ella le dejó golpear el suelo bastante duramente y pudo oír un gruñido alto que venía de él mientras aterrizaba. El remolcador aumentó la velocidad, con Dhidal Nyz mirando sorprendido hacia abajo a los dos. Entonces el quarren se volvió y empezó a golpear la parte trasera del compartimento del piloto.

Jaina cogió su sable láser, lo apagó y corrió para colocarse al lado de Seff, dando un paso hacia delante y aplastando el paquete de energía de la red mientras lo hacía.

Mareado, Seff levantó la vista hacia ella.

—Oh, tú también no.

—Lo siento.

Jaina golpeó el lado de la cabeza de él con la empuñadura del sable láser, un golpe burdo y poco elegante. Pero tuvo el efecto pretendido. Seff se desplomó.

El deslizador de Mirax se posó junto a ella. Utilizando la Fuerza para aumentar su fortaleza, Jaina levantó a Seff y lo lanzó en el asiento trasero y entonces saltó adentro al lado de él.

A menos de cien metros de distancia, los vehículos oficiales alrededor del cráter estaban despegando, volviéndose en dirección a ellos. Jaina miró a Mirax.

—¿Esta cosa es rápida?

—Sólo robo lo mejor.

—Vamos, vamos.

Aceleraron para alejarse de la escena.

La oficial de seguridad, de pie al lado de su deslizador, vio a los cuatro vehículos de sus compañeros despegar en persecución del deslizador rojo. Pero ella debía haber sentido algún presentimiento de peligro. Se volvió, cogió su pistola láser, justo mientras el golpe con la palma hacia arriba de Tahiri la alcanzaba en la barbilla, eludiendo completamente su casco. La soldado cayó hacia atrás sobre el lado de su deslizador y luego se estrelló contra el suelo.

Detrás de Tahiri, Jag, con Winter sobre su hombro, se agachó de manera que deslizador ayudara a ocultarle de la mirada de los otros oficiales de seguridad, pero todos estaban mirando al deslizador que huía. Por encima del sonido de la alarma y las sirenas de los vehículos que llegaban, nadie había oído el ataque de Tahiri.

—Yo conduciré —dijo Jag.

—*Yo* conduciré —remachó Tahiri, deslizándose en el asiento del piloto—. Eres tan maniobrable como un nerf en un asiento de niño con todo eso sobre ti. Dudo que puedas manejar los controles.

—He pilotado un caza estelar con esto puesto. —Jag abrió la puerta trasera y colocó cuidadosamente dentro a Winter y entonces la siguió—. Vamos…

Ella había elevado el deslizador del suelo antes de que él terminara la palabra y encendió las luces y la sirena mientras se unía a la persecución. Jag se las arregló para cerrar su puerta.

Mirax miró a Jaina.

—¿Tú eres Cortadora?

—¿Qué otra cosa haría la Espada de los Jedi excepto cortar? —Jaina hizo un gesto hacia el vehículo de los cazarrecompensas, que se había vuelto y se dirigía hacia ellas—. No les des una línea clara de disparo sobre ti. No hay manera de decir qué puede hacer el arma del quarren.

—Derecha.

Si eso era una confirmación o una indicación de la dirección, Jaina no lo sabía, pero Mirax de repente giró hacia la derecha y hacia abajo por un estrecho acceso normalmente utilizado por remolcadores de basura y trabajadores de mantenimiento. Era un túnel a nivel de superficie, abierto cada vez que cruzaba con una arteria principal. La violencia de la maniobra lanzó a Jaina al otro lado del cuerpo de Seff y contra la puerta del lado izquierdo. Seff permaneció inconsciente.

Cinco deslizadores de seguridad y el vehículo de los cazarrecompensas les seguían, con los cazarrecompensas siendo los terceros de la línea.

—Nos estamos quedando sin tiempo. —Había a una nota aguda en las palabras de Tahiri—. Tan pronto como manden más perseguidores tras Jaina, esto se convertirá en una persecución que no podemos ganar.

—Hoth todavía está fuera de combate. Y ahora tenemos que arrancar el grabador del vehículo. Dado que estás utilizando los nombre reales.

—Cierto, lo siento. Si puedo llevarte hasta el remolcador, ¿puedes inhabilitarlo?

Jag se enderezó después de mirar a Winter. Miró por encima del hombro de Tahiri. Ahora estaban a medio camino del acceso y acelerando. Su deslizador era el último de la línea y no parecía que las tropas de seguridad de la persecución se hubieran dado cuenta de que el último vehículo de seguridad estaba ocupado por hostiles.

—Perdí mi pistola láser. Tengo algunas granadas demoledoras… no, espera. Ponme al alcance de su parte inferior.

Eso era esperar una locura de un piloto ordinario, pero los Jedi no tendían a ser más ordinarios que el propio Jag.

Tahiri asintió y aceleró. Ella pasó bajo el cuarto deslizador de seguridad tan cerca de la superficie que Jag pudo sentir a los repulsores empujando al permacreto que había por debajo. Pudo ver los restos a nivel de la carretera ser lanzados en todas direcciones por el empuje de sus impulsores. El siguiente deslizador de delante estaba demasiado bajo para hacer tal maniobra, así que Tahiri subió, con la parte trasera de su vehículo arañando el morro del deslizador que acababa de pasar. Ella subió tanto como se lo permitió el techo del túnel, subiendo sobre el deslizador delante de ella.

El inesperado empuje del repulsor llevó al deslizador hacia abajo y hacia la izquierda. Jag lo oyó arañar la pared del túnel y luego estaba tras ellos, rodando al nivel del suelo y soltando una lluvia de chispas. Él hizo una mueca, esperando que los soldados de seguridad de dentro, inocentes de la maldad de este lío, estuvieran bien.

El vehículo de los cazarrecompensas ahora estaba directamente delante y el quarren en la batea sólo tenía ojos para el deslizador de Mirax. Tahiri se hundió de nuevo, moviéndose hacia arriba directamente bajo el remolcador, elevándose tan cerca como pudo contra el empuje de sus repulsores.

Jag se cerró la parte delantera del casco, bajó el transpariacero de su ventanilla y alargó la mano hacia la parte inferior del deslizador.

El empuje del repulsor le golpeó el brazo, forzándolo hacia abajo. Él pudo sobreponerse a esa presión, pero todavía no podía alcanzar la parte inferior del vehículo. Estaba a centímetros de su alcance.

Maldiciendo, él abrió su puerta. Agarrándose al techo del deslizador con uno de los aplastahuesos, medio se puso en pie, con las rodillas estirándose mientras el empuje del repulsor de por encima le presionaba hacia abajo.

Hubo un repentino centelleo de luz mientras ellos y los otros vehículos de la caravana cruzaron una vía principal, exponiéndoles momentáneamente al cielo y las luces del tráfico. Luego estaban en el siguiente túnel.

Jag puso su aplastahuesos izquierdo sobre la maquinaria en la parte inferior del remolcador. Se esforzó y los servos que aumentaban la fuerza del guantelete apretaron hasta dejar irreconocible la forma de las toberas de los repulsores. A continuación cogió el respiradero del impulsor de maniobra, destruyéndolo de manera similar y entonces estaba la célula de energía auxiliar…

Esa en realidad explotó mientras él la apretaba, una detonación menor que le roció con pequeños fragmentos de metal. Él sintió las punzadas en su cuello y en la parte superior de sus brazos. Entonces el humo salió del área que él había dañado.

El remolcador frenó, cayendo tras el deslizador de Tahiri. Jag vio a la mujer, Kuh, mirando a su consola de control y golpeando la palanca de control. Entonces ella levantó la vista y le vio a él.

De haber sido otro hombre, él le habría ofrecido algún gesto frívolo, pero él era Jagged Fel, conocido entre los pilotos y los Jedi en todas partes como el más carente de humor…

Pensando en ello, él no era Jag Fel justo ahora. Era un hombre misterioso y necesitaba que su papel en este asunto nunca se asociara con Jag Fel. Así que le lanzó un beso a Zilaash Kuh antes de volver a su asiento y cerrar de golpe la puerta. El vehículo de Kuh cayó más atrás hasta que se perdió en la distancia.

Mirax tuvo que gritar para que Jaina le oyera.

—Dos perseguidores han caído.

—El penúltimo es nuestro —le gritó Jaina—. Tahiri y Jag están en él.

Ella volvió al trabajo, sacando el paquete sedante que todos los conspiradores del Agrupamientoscuro llevaban en esta misión. Le inyectó a Seff su contenido. Este era un trabajo lento. Las acrobacias de Mirax con el deslizador hacían que incluso los procedimientos médicos más simples fueran casi imposibles.

Finalmente estaba hecho. Asegurándose de que la capucha de su ropa estaba levantada, ocultando sus rasgos, se apartó de Seff y se volvió hacia los perseguidores.

Incluso para una Caballero Jedi experimentada, era necesaria la concentración para levantar telequinéticamente un deslizador, especialmente cuando sus movimientos rápidos le convertían en un objetivo difícil. Pero ella lo encontró, lo cogió y lo empujó lateralmente, suave pero irresistiblemente. Su lado derecho chocó con la pared del túnel, raspando el metal allí, llenando el compartimento principal del vehículo con chispas y

humo. De repente el piloto estaba desacelerando y descendiendo en un esfuerzo frenético por recuperar el control de su vehículo.

Ella hizo lo mismo con el siguiente vehículo y luego, mientras Tahiri se acercaba, con el último vehículo de la caravana.

De repente no había perseguidores enemigos. Tahiri apagó sus luces y su sirena.

Jaina, más familiarizada con Coruscant que la mayoría de los otros, hizo de navegante, guiando a Mirax hasta un rincón oscuro de una calle importante. Los dos deslizadores se posaron allí en la oscuridad.

Jag se tomó un momento para arrancar el aparato de grabación del deslizador de seguridad y aplastó más allá de cualquier posible recuperación de datos. Entonces los cinco conspiradores se reunieron. Winter, aunque atontada y con los reflejos maltrechos, al menos volvía a estar despierta.

—De acuerdo. —Jaina miró a cada uno de los otros: a la confusa pero resuelta Mirax, al sudoroso pero confiado Jag, a la aliviada Tahiri y a la pálida pero sonriente Winter—. Casi hemos terminado.

Mirax, vendrás conmigo. Necesitamos robar otro deslizador y luego recoger al resto. Entonces me dejarás en un tejado específico no lejos de donde tuvo lugar todo este lío. Jag, ¿necesitas volver a la embajada del Remanente Imperial?

—El Imperio Galáctico. Y sí.

—De acuerdo. Deja a Jag cerca de allí. Luego, Tahiri, necesito que guíes a Mirax hasta el acceso al hangar de deslizadores de los Maestros en el Templo. Tekli os llevará dentro.

Mientras que Jaina y Mirax se fueron, Winter eliminó las evidencias forenses del deslizador de seguridad y del vehículo rojo robado de Mirax. Jag se quitó la armadura, vestido de nuevo con la túnica negra ahora ridículamente grande. Después de que Jaina y Mirax volvieran con la nueva adquisición, un robusto deslizador amarillo de techo duro con sitio suficiente para dos adultos, ocho niños y un wookiee. Jag cargó su armadura en el compartimento de carga, junto con la red del quarren y prendas de ropa incriminatorias.

Libre de la armadura, de nuevo se convirtió en un hombre bien musculado de tamaño normal.

Jaina le dirigió una última mirada preocupada.

—No demasiada gente que no es mando tiene pectorales y aplastahuesos de *beskar*. El hecho de que tú los tengas no es muy conocido, pero…

Él colocó un dedo sobre los labios de ella para acallarla.

—No hay nada de lo que preocuparse. Tengo una coartada. Como todos los Jefes de Estado sensibles, tengo un doble, trabajando duramente pretendiendo ser yo en mis habitaciones.

Ella apartó su dedo.

—Mi madre no utilizaba una doble.

—Bueno, claramente estaba loca.

Eso provocó una pequeña risa de Winter. Los otros la miraron.

Winter se indicó a sí misma, a Jaina y a Jag.

—Eso suena como un brindis para todas nuestras familias. Por las locas y los pilotos que las persiguen.

Jag levantó un vaso imaginario en su dirección.

Capítulo Veinticuatro

CAVERNAS DEL OCULTO, DORIN

Ben no estaba aturdido, pero quería estarlo.

Pasar horas utilizando el pico para cortar la roca viva le había cansado y enfurecido. En teoría, Luke y él estaban haciendo esto para cavar sus habitaciones permanentes en el pasillo residencial, un proceso que duraría años. En realidad, Ben sabía que no iban a estar aquí tanto ni de cerca, lo que significaba que cada golpe con el pico era un golpe malgastado.

Pero ahora, con el trabajo del día terminado, después de una saniducha, vestido con ropas limpias, incluso si eran las túnicas horriblemente insípidas que todo el mundo llevaba en estas cavernas, Ben se sentía un poco mejor mientras su padre y él caminaban hacia su audiencia con el Oculto.

Ben miró a su padre.

—Entonces, ¿cuál es tu estrategia?

Luke frunció el ceño, curioso.

—¿Estrategia?

—Para convencerle de que nos deje salir de este agujero.

—Ben, ¿cuál es nuestro objetivo aquí?

—¡Salir!

—El objetivo que nos trajo a Dorin en primer lugar.

—Oh. Descubrir cosas de Jacen.

—Si fuéramos a entrar ahí y demandar que nos liberen, y él estuviera de acuerdo y de alguna manera nos transportara mágicamente a la superficie, habríamos fallado en alcanzar este objetivo.

—Bueno, sí. Al final es lo más importante.

—Al final, sí. Pero dado que no nos encontramos bajo la presión del tiempo, manejemos las cosas en un orden lógico.

Ben dejó escapar un suspiro.

Abandonaron el corredor principal y entraron en el comedor comunal, que estaba completamente vacío a esta hora entre los servicios de la tarde y la noche. No era una sala grande. Había menos de cincuenta kel dors en estas cavernas y la sala los podía acomodar a todos. Las mesas y los bancos, meticulosamente esculpidos en la piedra y lijados para darles líneas limpias y rectas, y estaban distribuidos en implacables filas para los comensales, flanqueados por bancos de piedra a juego.

El Oculto estaba sentado solo en la mesa más cercana. Asintió a los Skywalker mientras entraban.

La informalidad preocupó a Ben. El Oculto era efectivamente un rey, aunque su reino era pequeño, y sin embargo no estaba acompañado por consejeros para un encuentro tan importante con un compañero Maestro.

Luke se sentó frente al Oculto.

—Gracias por recibirnos.

Ben se colocó al lado de su padre.

El Oculto les ofreció una sonrisa sin dientes.

—No es una inconveniencia. La oportunidad para hablar con los que acaban de llegar del mundo de la superficie es uno de nuestros pocos placeres. Según entiendo, quiere saber de Jacen Solo.

—Sí.

—Vino aquí, quiero decir al templo de Dor'shan, hace unos nueve años, muy lleno de vida, muy seguro de sí mismo. Quería conocimiento de la Fuerza, especialmente como se entendía por aquellos fuera de su Orden.

—¿Vio algún signo en él…? —Luke se detuvo para considerar su modo de expresarse—. ¿De aquello en lo que iba a convertirse?

—Creo que había cicatrices en su espíritu, pero parecían haber curado bien. De mis muchas conversaciones con él, concluí que su infancia había sido perturbadora y que se había apartado de gran parte de ella, como si fuera carne muerta que necesitase ser extirpada para que no pusiera en peligro su vida. —Él miró a Ben—. Tú eres su primo, ¿no? ¿Te ocurre lo mismo a ti?

Ben negó con la cabeza.

—No tienes una infancia normal en esta familia y creo que tengo cosas en común con Jacen. Separados de nuestros padres durante largos periodos. Yo también fui torturado, pero no durante tanto tiempo como Jacen. —Él vio a su padre suprimir una mueca de dolor—. No sé si, cuando llegue a la edad de Jacen, querré dejar de lado mi infancia, pero no lo creo. Aunque sólo sea porque él, si lo hizo, es un mal ejemplo a seguir.

—Interesante.

Luke continuó.

—Y usted le enseñó las técnicas del pararrayos.

—Primero, le enseñé técnicas de anticipación de la climatología y la habilidad de sentir la energía apilándose en el mundo natural. Se puede sentir el calor en el agua de los mares, calor que se convertirá en tormentas ciclónicas, por ejemplo. Pero oyó rumores de las técnicas del pararrayos y preguntó por ellas.

—¿Él le enseñó algo?

—Entrené contra él en combate.

Las cejas de Luke se elevaron.

—¿Usted es uno de los Baran Do con entrenamiento de combate?

—Lo soy. En vida, fui el maestro de Charsae Saal, que ahora es Chara. El Baran Do que estudia combate entrena principalmente sin armas y combate con bastón y yo estaba interesado en aprender a defenderme contra un sable láser.

—¿Cuál fue su conclusión ahí?

—El sable láser es un arma de la Fuerza y, si no se está armado de un modo similar, se debe contrarrestar con la Fuerza.

Luke asintió mostrando su acuerdo.

—¿Tuvo alguna sensación de un problema con el que Jacen pudiera haber estado tratando, un miedo o una preocupación decisiva?

—No. Creo que era un hombre en paz. No diría que era *feliz*. Pero estaba en paz.

Luke se sentó hacia atrás para pensar.

—Cuando dejó Dorin, ¿dijo o dio alguna indicación como adónde iba a ir a continuación? —preguntó Ben.

—No, creo que no. —Los ojos del Oculto miraron a través de los años—. Había estado hablando sobre volver a Coruscant. Creo que su búsqueda de conocimiento había terminado por el momento. Pero había algo… Un día me preguntó qué sabía acerca de lugares donde las energías de la Fuerza se concentraban y permanecían, aunque no había indicación de porqué lo hacen.

Luke se volvió a sentar hacia delante.

—Yo entrené en uno de esos lugares. Un nexo de energía de la Fuerza en un pequeño planeta pantanoso.

—Al final de su estancia, evidenció un repentino interés en tales cosas. Creo que había encontrado algo en sus estudios de materiales escritos, aunque no en los nuestros. Quizás en algo que había traído de una de sus otras paradas.

—Pero no mencionó nombres o lugares.

—No.

Luke miró a su hijo.

—Yo he terminado. ¿Se te ocurre algo más?

—Bueno, sobre otro tema.

—Adelante.

Ben miró directamente a los ojos del Oculto.

—¿Va a matar a los Jedi que vengan a buscarnos a mi papá y a mí?

Los ojos del Oculto se abrieron por la sorpresa.

—¿*Matarles*? Eso no es lo que hacemos.

—Pero vendrán. Y cuando no consigan respuestas que les ayuden, enviarán a alguien como el Maestro Horn, que está entrenado en investigación. Él descubrirá las cosas. Así que mi pregunta es, ¿a cuántos va a matar para mantener su pequeño secreto?

—*Esto no es un pequeño secreto*. —El Oculto parecía casi avergonzado por su estallido. Miró de un lado a otro para ver si alguien había sido testigo y entonces devolvió su atención a Ben. Se inclinó hacia delante—. Esta es la semilla de los Baran Do, la semilla que debe echar raíces si la propia Orden muere. Tú nunca has vivido en una época cuando la amenaza de la extinción de un modo de vida completo era muy real…

Ben se rió en el acto.

—Nací en medio de la Guerra Yuuzhan Vong. ¿Recuerda eso?

Quizás, estando tan lejos como están ustedes, no oyó mucho.

Algunos de mis primeros recuerdos son de esconderme, rodeado de oscuridad, sabiendo que si nos encontraban nos exterminarían. Y aquí estoy otra vez, en la misma

situación. —Hizo un gesto a las paredes de piedra gris y negra de la sala—. La gente todavía tiene miedo de ello, tienen miedo de la aniquilación a manos de algún enemigo desconocido. Es un trauma de guerra. Los civiles y los soldados lo tienen por igual. Creo que eso es lo que tiene usted.

—Tú, pequeña larva. —El Oculto casi estaba escupiendo su furia—. ¿Eres demasiado estúpido para darte cuenta de que vosotros, los Jedi, os estáis enfrentando a una nueva purga?

Ben le dirigió una mirada desdeñosa.

—Ahí está la arrogancia de la juventud. —El Oculto se volvió hacia Luke—. Seguramente usted sabe que no es así. Están a punto de experimentar otra purga. Si no están preparados para ella, la llama de los Jedi podría apagarse de nuevo y esta vez para siempre.

Luke negó con la cabeza.

—No lo creo. He tratado directamente con la Jefa de Estado Daala. Ella no planea nuestra destrucción.

—*Ella* quizás no la planea. ¿Qué hay de sus subordinados? ¿Qué hay de sus planificadores militares, todos los cuales llegaron al poder como consecuencia de una guerra que fue mucho más horrible por culpa de un *Jedi*? La historia reciente no me es desconocida. Aquí recibimos las transmisiones de las holonoticias. —El Oculto empezó a contar con los dedos—. Uno, el líder de la Orden Jedi, una vez inmensamente popular, es desacreditado. La Orden Jedi se debilita.

Dos, es enviado al exilio, privando a la Orden de su fortaleza y sabiduría. La Orden se debilita de nuevo. Tres, cada Jedi está acompañado por un observador que le dice al gobierno dónde está él o ella en cada momento. Los Jedi de repente son más vulnerables a un ataque en masa, a una exterminación en masa. ¿Cuánto pasará antes de que los Jedi empiecen a llevar aparatos de seguimientos?

¿Cuánto antes de que se les implante explosivos? ¿Todo en nombre de la seguridad de la Alianza?

Luke le dirigió una mirada dura y categórica.

—Está usted equivocado.

—¡*Usted está* equivocado! Ha vuelto vulnerable a su propia orden. El destino de los Jedi ahora descansa en líderes que son más débiles y menos experimentados que usted. El declive continuará hasta que la Orden se vea atrapada en una lucha sin esperanzas con su gobierno y completamente indefensa. Entonces volverá a morir.

Ben le sonrió, una sonrisa desdeñosa.

—¿Y usted se opone a la destrucción de la Orden Jedi?

—¡Desde luego que sí!

—Incluso cuando está ayudando a ello al mantenernos prisioneros.

El Oculto se puso en pie y Ben pensó por un momento que el kel dor le atacaría. Entonces el Oculto se alejó y partió, caminando tan rápidamente que su túnica giraba a su alrededor.

Cuando se fue, Luke le dirigió a Ben una mirada de suave reproche.

—Realmente necesitas trabajar en tus impulsos adolescentes de confrontación.

—Eso no fue adolescente, papá. Fue un impulso *investigador*.

Luke pareció curioso.

—Es cierto, no estás demostrando las emociones que esperaría de un adolescente de dieciséis años colérico.

—Los interrogatorios no siempre pueden ser educados y corteses, papá. Aprendí eso de Lon Shevu. En cierto punto, *empujas* y ves cómo responden. —Hizo un gesto en la dirección que había tomado el Oculto—. ¿Y a qué reaccionó él? Enemigos. A la posibilidad de que el gobierno de la Alianza destruya a los Jedi. A los Jedi buscándonos y posiblemente descubriéndole. Todo el mundo está ahí fuera para cogerle, papá.

—En otras palabras, está paranoico.

—Por lo menos. Podría incluso estar más loco que un escarabajo-piraña con un alfiler en la cabeza.

—Posiblemente. El problema… —Luke pensó en ello—. El problema es que también podría tener razón. La Orden Jedi es vulnerable y podría estar en un genuino peligro.

—Necesitamos ver si podemos ponernos en contacto con Jaina o con la tía Leia a través de la Fuerza.

Luke negó con la cabeza.

—Lo intenté, anoche, varias veces. Hay alguna interferencia aquí… o el primer Oculto eligió este lugar muy bien, porque oculta de manera natural a sus seguidores de buscadores que utilicen la Fuerza, o los Baran Do han perfeccionado alguna técnica que consigue lo mismo. En cualquier caso, contactar parece poco probable. Estamos solos.

* * *

POZO DE ACCESO AL SUBSUELO, KESSEL

—Control de misión a Pícaro. Informe. Cambio.

Wedge, flotando en su ala-X sólo a unos metros del nuevo pozo en el suelo de color blanco yeso delante de él, activó el micro de su casco.

—Aquí Pícaro. Me estoy volviendo demasiado viejo para esto.

—Recibido, demasiado viejo. —Koyi Komad, la esposa twi'leko de Nrin Vakil, que actuaba como control de la misión, sonaba divertida—. Empiece su declive.

—Quiere decir *descenso*.

Wedge llevó a su ala-X hacia delante hasta que estuvo directamente sobre el pozo. Otros cazas estelares circulaba alrededor del pozo a la misma altitud. Sus pilotos estaban esperando una autorización similar de Koyi.

Wedge redujo la energía de sus repulsores y empezó a descender.

En unos momentos estaba rodeado de paredes de piedra, tan recientemente excavadas que el empuje de sus impulsores arrancaba constantemente polvo y pequeñas piedrecitas.

Él activó sus luces de aterrizaje, de manera que pudiera inclinarse a cada lado y ver a través de la cubierta en las profundidades de abajo.

Hasta su panel de comunicaciones llegó el siguiente intercambio.

—Control de misión a Chica de Casa, informe.

—Control, Chica de Casa. —Inyri Forge sonó clara y alerta, sin que le afectara la charla cansina que afectaba a tantos pilotos retirados, incluido Wedge—. Todo está en verde.

—Chica de Casa, comience su descenso.

Fue una bajada rápida de dos kilómetros para Wedge. Él los pasó escuchando a los otros informando y cómo se les daba la orden de marchar. No hubo una disminución de la intensidad de la señal del comunicador, dado que el equipo de Lando había situado unidades de repetición de comunicaciones en los túneles. A Wedge le habían advertido que mientras más lejos del punto de entrada se aventurara, más probable era que la intensidad de la señal oscilara o se perdiera periódicamente. Los equipos de Lando no habían tenido el tiempo o los recursos necesarios para saturar estos túneles con los repetidores.

En el fondo del pozo, Wedge se encontró en un túnel ancho y de altas bóvedas tan recto como la trayectoria de un torpedo de protones. Consultó su pantalla de navegación, giró su ala-X hacia estribor y aumentó los impulsores.

Desde luego, en este ambiente, un caza estelar no aventajaría ridículamente en velocidad a un deslizador ordinario. No podían permitirse la velocidad total de un caza en un lugar donde los giros repentinos, los escombros e incluso peligrosas formas de vida podían aparecer cada kilómetro o dos. Pero con potentes explosivos y las arañas de energía anecdóticas de Han por allí, él preferiría mucho más estar rodeado por una armadura de materiales blindados y por escudos que por un caparazón de grueso duracero.

Siguió la ruta indicada en su panel de navegación, una línea de puntos que le llevaban lejos del punto de entrada. Cada piloto estaría haciendo lo mismo, dirigiéndose hacia un distante punto de salida separado ampliamente de los otros. Entonces cada uno empezaría una ruta de vuelta incluso más complicada, dejando caer paquetes de demolición letales en cada caverna que él o ella visitara. Los pilotos también harían paradas de rearme. El ala-X de Wedge sólo podía llevar un total de seis misiles, así que haría una o dos paradas de esas.

Wedge sintió el viejo y familiar agarrotamiento de sus entrañas y sus hombros. Esto no era una misión de combate, pero la gente podía morir… y si fallaban, un planeta perecería.

Han y Leia, en la cabina del *Halcón*, miraron al último caza. El ala-X de Nrin Vakil empezó su descenso. El *Halcón* sería el siguiente. Han se volvió para mirar por encima de su hombro a Allana, que estaba en el asiento de detrás.

—¿Todo abrochado, niña?

Allana asintió, solemne.

—Igual que yo —le aseguró C-3PO desde detrás de Allana—. Asumo que su fallo en hacerme la misma pregunta significa que asume que yo estaría apropiadamente refrenado.

Han se volvió de nuevo hacia delante.

—Tú siempre deberías estar apropiadamente refrenado, Lingote de Oro.

—¿Disculpe, señor?

Leia le lanzó a Han una mirada de reproche.

—Lo que Han quiere decir que siempre deberías estar a salvo, Trespeó.

—Obviamente lo que yo quería decir. —Han pulsó un botón en su panel de comunicaciones—. ¿Estás asegurado, Erredós?

Un silbido afirmativo salió de los altavoces. R2-D2 estaba atrás en la sala de máquinas, preparado para tratar con cualquier problema mecánico que pudiera ocurrir.

—*Halcón Milenario,* aquí control de misión. Informe de su estado.

—Aquí estamos teniendo una fiesta —informó Han, provocando una risita de Allana—. ¿Qué hay de ti?

—Deseando estar ahí. Tienes permiso para ir.

Han fue hacia delante y entonces empezó un cuidadoso descenso.

El agujero excavado con este propósito, espacioso para los estándares de un caza estelar, apenas acomodaba al *Halcón* o a las otras dos naves que le seguiría. Han miró cuidadosamente las lecturas de distancias con los obstáculos mientras descendía.

Pero bastante pronto estaba en el nivel más bajo de nuevo y tomando una ruta que llevaría gradualmente al *Halcón* hacia el sudeste.

Las primeras cavernas pasaron sin incidentes para Wedge. Había flotado en la entrada de una caverna, había armado su sistema de torpedo de protones, había apuntado cuidadosamente al montículo de los explosivos en el centro y había disparado. El misil, con una cabeza comparativamente barata de detonador termal en lugar de un caro torpedo de protones que podía aplastar una nave, había centelleado a través del espacio intermedio y se había enterrado en el suelo a unos metros del montículo. En unos momentos, chispeantes bolas de luz, espectros, habían llegado desde el suelo o el techo o desde distantes filas de maquinaria. Wedge se había dado la vuelta y había activado sus impulsores y eso fue todo.

Aproximándose a su quinta caverna, Wedge vio su túnel de entrada lleno de animales, especialmente ciempiés y una gran araña carmesí. Estaban huyendo, algunos de ellos atacando a otros mientras se marchaban. Él asintió. Uno de los deslizadores con una

unidad sónica había estado aquí recientemente y había cumplido su misión. Se aproximó a esta caverna cuidadosamente. La presencia del deslizador podría haber agitado a los espectros aquí y habría odiado tener un apagado de los sistemas de su caza, incluso temporalmente. Pero cuando llegó a la entrada de la caverna, no había espectros a la vista y sólo un par aparecieron en los sensores del ala-X. Parecían estar en la entrada más alejada de la caverna.

Wedge flotó, disparó su carga explosiva y se volvió.

Hubo un *clunk* desde inmediatamente por encima y Wedge saltó mientras un ciempiés verde, de un metro de largo, apareció de repente en la cubierta por encima de su cara. La criatura se enrolló y atacó, con el aguijón de la punta de su cola golpeando el transpariacero.

Este no penetró. Varios centímetros cúbicos de líquido negro que tenía que ser veneno manó sobre la cubierta. El ciempiés atacó de nuevo y de nuevo, con los sucesivos ataques acompañados por decrecientes cantidades de veneno.

—Lo siento, amiguito. —Wedge llevó su caza estelar hacia delante—. No hay nada aquí para que comas.

El astromecánico de Wedge le trinó desde detrás, apenas audible a través de la cubierta pero fácil de oír a través del sistema de comunicaciones del ala-X. Wedge comprobó la traducción producida por el panel de comunicaciones para asegurarse de que le entendía.

—Eso es correcto, Roll-On. Un misil más y tendremos que rearmarnos.

El ciempiés, respondiendo o al ruido de la unidad R2 o a la rotación de su cabeza, se abrió camino arañando sobre la cubierta hacia el droide. Dividiendo su atención entre el túnel que tenía delante y lo que se estaba transpirando detrás, Wedge observó su progreso.

La criatura se acercó a medio metro de Roll-On y se detuvo allí, levantando la cola para atacar.

Un pequeño panel se abrió en la parte frontal del astromecánico.

Una sonda se extendió y tocó al ciempiés. Hubo un débil ruido de *zatt* y un centelleo de azul mientras una carga eléctrica golpeó al insecto. El ciempiés tuvo un espasmo y, aturdido, cayó del ala-X.

Roll-On retrajo su sonda y cerró el panel.

Wedge sonrió. Con suerte, esta sería la acción enemiga más peligrosa a la que tendría que enfrentarse hoy.

Más tarde, en la intersección de un túnel lo bastante ancha para ser considerada una caverna, Wedge posó su ala-X al lado de otros dos vehículos.

Uno era un deslizador de carga con una larga batea llena de cajas de plástico. En su carrera, Wedge había visto más de esas cajas de las que posiblemente podía recordar.

Cada una contenía seis u ocho torpedos de protones. Descargando una caja había un chico con el pelo rubio como la arena, que le dirigió una sonrisa y saludó con la mano a Wedge, y un droide cargador de la mitad de la altura de su compañero humano, con su robusto cuerpo diseñado para levantar con movimientos lentos y fuertes.

Cerca estaba posado el único interceptor Eta-5 de la operación. Su cuerpo era similar al de un ala-A, liso y con forma de cuña, pero extendiéndose a babor y estribor desde el fuselaje había puntales a los que estaban unidas alas de paneles solares curvados hacia dentro, como las del viejo Eta-2. El caza estelar estaba pintado de un azul oscuro pero no llevaba otras marcas planetarias o de servicio.

Apoyada en él estaba su piloto, Rhysati Ynr, una mujer rubia y delgada vestida con una variación en negro de un uniforme de piloto de ala-A. Ella se apartó del casco y caminó hacia el ala-X tan pronto como Wedge abrió la cubierta.

—¿Todavía despierto, general?

—De malas ganas.

—Esto te despertará. —Rhysati se volvió hacia el joven que se encargaba de su rearmamento de misiles—. Hey, chico, ven y aquí preséntate.

Complaciente, el adolescente trotó hasta allí. Era de constitución compacta y llegaba un mono marrón claro. Extendió su mano hacia arriba en dirección a Wedge.

—Buenos días, señor. Soy Drathan Forge.

Wedge le estrechó la mano y levantó una ceja.

—*Forge*. ¿El sobrino de Inyri?

—Su sobrino nieto, en realidad.

—¿Y trabajas para Lando?

—Por ahora. Principalmente como mecánico. Pero soy un buen piloto. He echado una solicitud para la academia. Tengo una aceptación provisional. Tengo que mantener mis notas altas durante el próximo año.

—Buena suerte con eso.

El droide cargador se enderezó del Eta-5 y volvió su cabeza de triángulo invertido hacia Drathan.

—Doce misiles cargados e informando estar en línea.

Su voz tenía un eco metálico.

—De acuerdo. —El joven hizo un gesto hacia el ala-X—. Preparemos seis formatos de protones para este.

Con un medio saludo para Wedge, él se dirigió de nuevo a reasumir su trabajo.

Wedge devolvió su atención a Rhysati.

—¿Cómo está Nawara?

—Deseando estar aquí conmigo. Si no estuviera intentando sacar a los Jedi de un agujero legal, estaría volando *algo* en esta operación.

Wedge hizo un gesto hacia su interceptor.

—Parece rápido.

—¿Nunca has volado en uno?

Él negó con la cabeza.

—He hecho algo de trabajo en el simulador, pero nunca he estado realmente en uno. Mi hija Syal volaba en ellos.

—¿Quieres que hagamos un cambio para el resto de la operación?

Wedge parpadeó.

—¿Qué? ¿En mitad de una misión?

—Claro. Esto no son las fuerzas armadas, Wedge. Es más como una fiesta de solteros pesadamente armados. ¿Qué va a hacernos Lando si hacemos un cambio?

Wedge luchó por salir de la cabina. Sabía que era un espectáculo impropio de un oficial retirado. Por otra parte, ya no era su trabajo dar un buen ejemplo.

Capítulo Veinticinco

TEMPLO JEDI, CORUSCANT

Tahiri y Mirax llevaban a Seff entre ellas, con sus brazos sobre los hombros de ellas como si fuera un camarada borracho. Él no tenía una constitución pesada y ellas eran mujeres fuertes, así que era su torpeza más que su peso lo que suponía el mayor problema. Tekli les precedía y Winter les seguía detrás.

Transportaron al Jedi inconsciente a través del oscurecido hangar, intentando mantenerse tan calmadas y centradas como fuera posible.

Otros Jedi, especialmente los Maestros cuyo hangar era este, era más que posible que sintieran la excitación. Pero nadie se encontró con ellos en el corredor fuera del hangar y nadie se aproximó a ellos mientras se abrían camino hasta el turboascensor más cercano.

Mientras se acercaban al ascensor, este zumbó con el sonido de una cabina que llegaba. Tahiri y Mirax hicieron girar a Seff y se dirigieron con Winter y Tekli a un oscurecido rincón antes de que la puerta del turboascensor se abriera.

Tekli miró en el vestíbulo y dejó escapar un suspiro de alivio. Les hizo señas a las otras para que salieran. Volvieron a salir y vieron que era Jaina la que les esperaba en el ascensor.

—¿Algún problema con tu observador? —preguntó Tahiri.

Entraron en el ascensor.

—No. Me compadece por no haber cogido a ningún criminal insignificante esta noche. —Jaina parpadeó, asumiendo una expresión de inocencia—. Parece que mi salida nocturna fue un fallo completo.

Tekli se dirigió a los controles del turboascensor.

—Segundo nivel médico.

El nivel médico más bajo era un área solemne y tranquila de paredes desnudas y puertas sin ventanas, no demasiado diferente, reflexionó Tahiri, de la prisión que acababa de visitar.

En el fondo de uno de los almacenes de suministros médicos había una puerta marcada como *«MATERIALES RADIACTIVOS. SÓLO PERSONAL AUTORIZADO»*. La puerta tenía un panel de seguridad a su lado. Tekli introdujo el código de acceso.

—La Maestra Cilghal y yo somos las únicas autorizadas a entrar.

Incluso el Maestro Hamner debe venir a nosotras. Este es el menor de los almacenes radiactivos. He movido todo el material que pertenece aquí al almacén principal.

La puerta se abrió y pasaron por una pequeña sala exterior.

Insertada en la pared derecha había una puerta giratoria tan gruesa como una puerta blindada. A través de ella se llegaba a otra sala, esta preparada con una pesada cama para pacientes y una fila de equipamiento de monitoreo.

En unos minutos, ellas tenían atado a Seff en la cama y le habían conectado a los monitores. Finalmente Jaina pudo dejar escapar un suspiro de alivio. Esta misión había terminado y ahora los Jedi podían empezar a beneficiarse del conocimiento que Seff podía proporcionar. Ella se volvió hacia Tekli.

—¿Estás bien aquí?

—Bien, bien.

—Todo el mundo, subid al nivel principal. Podéis lavaros, hay montones de ropa extra por ahí, y conseguir una taza de caf.

Descansad durante unos minutos.

Mirax negó con la cabeza.

—Tengo que volver a nuestras habitaciones. No hay manera de decir cuándo volverá Corran.

Winter también pareció apesadumbrada.

—Ojalá pudiera.

Jaina suspiró.

—Os llevaré de vuelta por el mismo hangar por el que entrasteis.

No os preocupéis. ¿Tahiri?

Tahiri parecía dudosa.

—No lo sé. Hay montones de Jedi que no me recuerdan con orgullo…

—Y deben saber que tú y yo estamos en buenos términos. Eso les hará pensar las cosas. —El tono de Jaina era firme—. Vamos.

—De acuerdo.

Frescas después de una saniducha y con ropas limpias, Jaina y Tahiri acunaban tazas recién hechas de caf y hablaban, en voz baja. A esta hora de la noche, el comedor comunal estaba completamente desocupado, con las filas de barras luminosas a lo largo de las paredes apagadas, dejando sólo las del centro del techo todavía brillando. Era un lugar apacible, particularmente después de los sucesos de menos de una hora antes. Tahiri miró a su alrededor, con expresión melancólica.

—¿Lo echas de menos?

Tahiri asintió.

—Entonces vuelve.

Tahiri negó con la cabeza.

—No. Aun no, en todo caso… ¿De repente has adquirido la urgencia de Luke Skywalker de salvar a todo el mundo de uno en uno?

—Mejor eso que la urgencia de Darth Vader de hacer de la galaxia un lugar mejor destruyendo todo lo que no se comporta como es debido.

—Es verdad. Jacen tuvo suficiente de esa por vosotros dos.

Un hombre que entraba en el comedor se detuvo en las sombras de la puerta principal y entonces se dirigió hacia ellas. Mientras salía de la oscuridad, Jaina vio que era Dab.

Él las saludó con la mano mientras se aproximaba.

—Jedi Solo. ¿Usted tampoco puede dormir?

—Eso es. Dab, ¿te acuerdas de Tahiri Veila?

—Siempre lo hago. —Llegando a su mesa, él extendió una mano hacia Tahiri—. Me alegro de volver a verla. Probablemente no me recuerda. De Borleias. Dab Hantaq.

Por el rabillo del ojo, Jaina vio la repentina rigidez de Tahiri. Se volvió para ver a Tahiri congelada, con su taza de caf a medio camino de sus labios. Sus ojos estaban abiertos por la sorpresa, con su expresión tan conmocionada como si simplemente se hubiera disparado a sí misma mientras limpiaba su pistola láser.

Y entonces Jaina comprendió porqué. Para sus adentros, se encogió. Hizo que su voz fuera suave.

—Tahiri, le conociste como Tarc. ¿Te acuerdas del pequeño Tarc?

—Tarc —repitió Tahiri—. El pequeño Tarc. Sí, desde luego. —Su voz era casi mecánica.

Dab dejó caer su mano hasta su lado.

—¿Quieren un poco de compañía?

Jaina negó con la cabeza.

—Es una conversación de chicas. Lo siento.

—Comprendido. Buenas noches, señoras.

Dab se volvió y se dirigió en busca del carrito de caf.

Lentamente, Tahiri bajó su taza.

—Él es… él es *Anakin*.

Jaina asintió.

—Recuerda, eso es por lo que la senadora Shesh le eligió hace todos esos años. Una distracción a causa de su aspecto.

—Pudiste habérmelo *dicho*.

—Me había acostumbrado a ello. Ni siquiera estaba pensando en eso cuando reuní al equipo del Agrupamientoscuro. Lo olvidé. Lo siento.

—Lo olvidaste. Pasé meses volviéndome adicta a verle, a Anakin, y luego pasé un par de años intentando superarlo. Y, boom, él está aquí. —Tahiri estaba pálida y se estremeció como si tuviera frío—. ¿Y quieres que vuelva? ¿Con él aquí todos los días?

—Los observadores no estarán aquí para siempre. Nawara Ven dice que el Tribunal Supremo se está inclinando hacia revisar toda la orden ejecutiva sobre los Jedi. Si lo hacen, seguramente anulen la mayoría de sus provisiones, incluidos los observadores…

—Esa no es la suerte que me merezco y no es lo que conseguiré. —La expresión de Tahiri se volvió desolada—. Volveré y ellos me darán a *él* como observador. Eso es lo que ocurrirá.

Desesperada por apartar la atención de Tahiri del hombre que se parecía al amor de su vida muerto hacía mucho, Jaina revisó los recuerdos de los sucesos de la noche.

—Tu sable láser.

—¿Qué?

—Perdiste tu sable láser en la prisión.

Tahiri asintió, confundida.

—Si lo encuentran…

—Oh. —Con un acto visible de voluntad, Tahiri apartó sus pensamientos de Dab—. No creo que sea un problema.

—¿Por qué no?

—Probablemente está aplastado bajo toneladas de roca. Puede no ser encontrado nunca. Si lo encuentran… bueno, es nuevo. No quería utilizar más mi viejo sable láser Jedi. Simplemente construí uno nuevo. El diseño de la empuñadura no habrá sido grabado en ninguna parte. Anoche llevaba guantes, así que no tiene huellas. Y llevé guantes aislantes cuando lo monté, así que no hay huellas dentro.

—Bien.

—Pero Jag perdió su pistola láser al mismo tiempo…

—Tampoco es un problema. Ese modelo está hecho expresamente para él. Es lo bastante grande para que lo sujete con los guanteletes puestos. A menos que le dé a un botón en la culata, si se separa de él más de cierto número de segundos, estalla.

—Eso es raro. Tu novio es raro.

—Lo sé.

La mirada de Tahiri volvió a donde ahora se sentaba Dab, solo en una gran mesa, mirando en la pequeña pantalla de visionado de su holocámara, indudablemente revisando grabaciones recientes. Ella se puso en pie.

—Tengo que irme.

—Tahiri, no creo que debas estar fuera en las calles y pasarelas en el estado en que estás…

—Házmelo saber cuando él se haya ido para siempre.

Tahiri se dio la vuelta y dejó el comedor a la carrera.

COMPLEJO DEL SUBSUELO, KESSEL

Habían pasado horas desde el principio de la misión y sus organizadores podían empezar a relajarse.

Los montículos de demolición todos a través del complejo gigantesco de túneles y cavernas habían estado detonando según el horario. El control de misión, Koyi Komad, monitoreaba los sucesos desde un puesto de mando móvil de la era imperial desde una

órbita planetaria baja que Lando y Tendra habían reacondicionado para esta operación, informaba de que los temblores resultantes estaban haciendo lo que se suponía que tenían que hacer: suceder, decrecer y luego acabarse, haciendo sólo el daño que se esperaba de los terremotos individuales. La secuencia precisa de detonaciones no permitía que los terremotos se superpusieran para reforzarse unos a otros y los sensores en la Gran Falla de Kessel que corría a lo largo del eje planetario no informaban de un movimiento indebido, ni de estrés peligroso.

El *Halcón*, habiendo disparado su último misil recargado en la última caverna de sus objetivos, estaba posado en el suelo del túnel sólo a unos kilómetros del pozo de salida.

Leia le dirigió a Han una mirada curiosa.

—Realmente podemos irnos ahora.

—Es verdad.

—¿Alguna razón por la que no nos vamos?

—Voy a ser el último al salir.

Han sabía que sonaba testarudo, quizás incluso malhumorado, más que determinado, pero no le importaba. Había demostrado demasiado nerviosismo sobre el subsuelo de Kessel y estaba determinado a mostrarse a sí mismo y al planeta que no estaba dirigido por el miedo.

Leia miró hacia atrás por encima de su hombro.

—En realidad, técnicamente, dado que Allana está en el asiento detrás de nosotros, *ella* va a ser la última en salir.

—Yo *debo* ser la última en salir. —La voz de Allana era decidida—. Fui la última en disparar un misil.

Leia sonrió.

—Claro que lo fuiste, niña.

—Control al *Halcón*, responda.

—Aquí el *Halcón*.

Este era, esperaba Han, el anuncio de que todos los demás vehículos habían salido y que lo único que quedaba por hacer era mantenerse alejados de la superficie del planeta hasta que la secuencia de explosiones recorriera su curso.

—El Equipo de Rearme Épsilon está desconectado y no responde.

Se sospecha encuentro con un espectro. Vosotros sois el vehículo más cercano con capacidad de rescate. Nuestro último deslizador de rescate está trayendo a un piloto de subsónico varado ahora mismo.

¿Lo podéis investigar?

—Absolutamente. A ver esas coordenadas. —Cuando Han miró, un grupo de coordenadas XYZ basadas en el mapa maestro de Kessel y un diagrama de navegación de una línea de puntos basado en el mapa de las cavernas aparecieron en su consola de navegación—. Las tengo, gracias.

—Control fuera.

Han conectó los repulsores del *Halcón* y levantó el transporte suavemente del suelo de roca del túnel.

Leia se inclinó para echarle un vistazo al diagrama de navegación.

—No está muy lejos. Debe de haber estado en su camino de salida.

—Bien, asegurémonos de que llega allí.

Su ruta les llevó a través de la caverna que habían visto destruida antes de su escape original del complejo. La mayor parte de la vida allí se había perdido con la explosión, así que la caverna estaba débilmente iluminada, con el poco hongo fosforescente que quedaba en el techo.

Una vez pasada la entrada más alejada de la caverna, progresaron apenas un kilómetro dentro del túnel conector antes de que vieran a Épsilon. Un humano, joven y de pelo rubio arena, corrió hacia ellos tan rápido como sus piernas claramente exhaustas podían llevarle, haciendo señas frenéticamente al *Halcón* mientras se acercaba.

Estaba solo y no llevaba equipo.

Leia se soltó de su asiento.

—Me encontraré con él en la rampa de entrada.

Ella se dio prisa en ir hacia atrás mientras Han suavemente posó el *Halcón* tan cerca del hombre que corría como se atrevió. Mientras el transporte se posaba, Han oyó el zumbido de la rampa al descender.

—Hey, Lingote de Oro, deja tu asiento para un nuevo pasajero.

Puedes reunirte atrás con Erredós.

—Sí, señor. Si debo hacerlo, señor.

C-3PO se soltó y se dirigió torpemente más allá de Allana y se dio prisa en ir hacia atrás.

—Pícaro al *Halcón*, responde.

—Aquí el *Halcón*, Wedge.

—¿Os encargáis vosotros de esa llamada de rescate? Mi ruta de salida me lleva directa más allá de ese lugar, así que voy de camino.

Puedo quedarme con vuestros objetivos a recuperar hasta que lleguéis allí.

—No, gracias, ya estamos en nuestro puesto. —Han oyó la rampa elevarse hasta su posición—. Subiendo en unos diez segundos.

—No te preocupes entonces. Pícaro fuera.

Hubo un repiqueteo de pies en las planchas de la cubierta y Leia y su nuevo pasajero entraron en la cabina. Han le lanzó al joven una mirada. Estaba empapado en sudor y jadeando tan fuerte en busca de aire que casi estaba sollozando.

—¿Qué te ha pasado, niño?

El joven cayó en el asiento de C-3PO con su pecho subiendo y bajando.

—Corra.

—¿Dónde está tu compañero?

—Destruido. Necesitamos *irnos*.

Incómodo de repente, Han elevó y giró el *Halcón*.

—¿Destruido por qué?

—Una araña de energía.

Han contuvo el aliento durante un momento. Conectó los impulsores y aceleró a lo largo de su ruta de salida.

—Dime que quieres decir una de las nuevas, de las rojas.

—No, una de las azules.

Un escalofrío de aprensión subió por la espalda de Han.

—Eso no es bueno. Dijiste *destruido*, no *asesinado*. ¿Tu compañero era un droide?

—Un droide de carga. Habíamos estado oyendo este ruido de repiqueteos en nuestro último puesto. Despegamos para nuestra salida, pero nos tropezamos con un espectro, literalmente, que apagó nuestro deslizador y nuestras luces, excepto por las barras luminosas de bolsillo. El ruido de repiqueteos se volvió más cercano y entonces la vimos. —Han no pudo ver al joven estremecerse, pero no tuvo que verlo. La reacción se notó en la voz del joven—. Jotacuatro me dijo que huyera de ella. Él cargó contra la araña. La última vez que lo vi, ella le tenía envuelto por todos lados y las luces de sus ojos se estaban volviendo oscuras…

—Sí.

Han aumentó un poco más la velocidad.

Su panel de sensores le alertó de un nuevo contacto. Él lo miró y vio un punto distante detrás, acercándose a ellos rápidamente.

Durante un momento tuvo el miedo repentino de que las arañas de energía pudieran correr más que el *Halcón*, pero el panel del sensor presentó el código transceptor del perseguidor como Pícaro.

—Wedge, soy Han. Probablemente ya lo has pasado, pero hay una araña de energía en tu camino en alguna parte. Mantente alerta.

—No la he visto. Vi un remolcador y un droide levantador mutilado. Creo que era el mismo con el que estaba Drathan Forge.

Han miró hacia atrás y vio el nombre *Forge* en el pecho del mono del chico.

—Lo era, pero el chico está bien. Sólo mantén los ojos abiertos.

—Lo haré.

Leia terminó de abrocharse el cinturón del asiento del copiloto.

—¿Tienes alguna relación con Inyri Forge?

—Es mi tía abuela.

El *Halcón* rugió a través de la caverna arruinada y hacia el túnel más allá. Mientras salían de la caverna, en la pantalla de su holocámara trasera Han pudo ver el Eta-5 prestado de Wedge entrando en la caverna por la parte más alejada y siguiéndole.

—Han, soy Wedge. Veo tu araña.

—¿Dónde?

—En tu…

Una pata de insecto, como de transpariacero hueco lleno de algún brebaje azul oscuro centelleante, bajó hasta el ventanal de la cabina desde arriba y desde atrás.

—… casco superior.

Han saltó. La acción refleja podría haberle arrancado de su asiento de no haber sido por sus correas de seguridad. Allana gritó, un sonido chillón que continuó y continuó. Drathan dijo una palabra que, de no haber estado todo el universo de Han centrado en la pata azul, habría deseado que Allana no hubiera oído.

La araña tenía que haber venido encima del *Halcón* a lo largo del techo del túnel. Las criaturas absorbían energía. Absorbían cualquier cosa que los sensores activos tuvieran que lanzar contra ellas y no podían ser detectadas por tales cosas. Eran los predadores perfectos de la naturaleza… y ahora una de ellas estaba al alcance de su *familia*.

Casi entorpecido por el shock pero operando por años de entrenamiento, Han conectó los deflectores de energía y escaneó su panel de armas. Los misiles de impacto estaban todos gastados. Los láseres al máximo… no, el flujo de energía onduló sólo durante un momento y entonces se ajustó a lo normal. El cañón de zumbido antipersona de tierra estaba operacional. Pero nada se podía utilizar contra la araña. Los láseres cuádruples unidos no podían bajar lo suficiente para alcanzar a algo colgando del casco superior.

Allana continuaba gritando, a pesar de los esfuerzos de Leia por serenarla. Los ojos de Leia estaban en el ventanal de encima y su mano estaba sobre su sable láser. Han quiso gritarle *«Eso no funcionará. La cosa lo absorberá y luego a todos nosotros»*, pero estaba demasiado ocupado. Los deflectores no se estaban levantando, a pesar del hecho de que sus generadores indicaban todos que estaban en verde.

Desde luego que no se estaban levantando. La araña de energía se estaba bebiendo cada gota de energía a su alrededor. Y ahora los motores de los impulsores fallaron, una perdida de menos de medio segundo de duración, pero lo bastante largo para que Han sintiera que su corazón se había parado durante el mismo tiempo.

Los escudos deflectores no estaban haciendo ni pizca de bien…

No era verdad. Todavía estaban funcionando: si no lo hubiesen estado, la araña habría estado bebiéndose la energía de los ocupantes de la cabina o directamente de los motores, o ambas cosas. Han miró a Leia.

—Aumenta la energía de los escudos. Dales todo lo que puedas.

Ella se inclinó sobre los controles.

—Dime que tienes algún plan además de «más energía a los escudos».

—Cuando lo tenga, te lo diré.

Allana continuó gritando.

La pata de la araña se elevó y luego volvió a golpear. Se le unió otra, esta mostrando unas púas traseras con una punta afilada.

Incluso por encima del sonido del gemido de Allana, la voz de C-3PO llegó desde las secciones traseras del transporte.

—Digo, señor, que aun no tengo bastante puesto el cinturón de seguridad…

Llegaron a la intersección del túnel. Han viró a babor, en un duro giro. Ser lanzada contra sus correas lateralmente dejó a Allana sin aliento durante un momento. Han pudo

oír otro grito desde atrás, un *«Digoooooo…»*, seguido por el golpe de un droide al chocar contra un mamparo de duraleación.

En la pantalla del sensor, el punto que representaba al interceptor de Wedge estaba más cerca y su voz llegó a través del panel de comunicaciones.

—Han, tengo un disparo.

Aquellas palabras enviaron una nueva clase de estremecimiento por la espalda abajo de Han. Un disparo de los láseres gemelos del interceptor, fallando en darle a la araña y alcanzando el casco de la nave desprotegido de escudos, podía hacer un agujero. Y la araña estaba encima del módulo de la cabina.

Por otra parte, Wedge sabía eso.

—Dispara.

Las paredes del túnel se iluminaron de rojo a todo alrededor de ellos. Los diagnósticos del *Halcón* informaron de que no había daños nuevos. Las patas de la araña de energía siguieron golpeando, y ahora ella se encaramó más hacia delante, con sus ojos multifaceteados en el borde trasero del ventanal, mirando hacia abajo a los banquetes vivientes del interior de la cabina. Allana reasumió los gritos.

—No hizo efecto. —La voz de Wedge sonaba tan impresionada como enfadada—. Se tragó el disparo entero. Es como disparar a un vacío de un coralita yuuzhan vong.

—Genial. —Delante, Han pudo ver un pozo algo brillante que se estiraba del suelo al techo: la luz del sol que entraba a través del pozo de acceso de la operación—. Vamos arriba, Wedge.

—Estoy en tu cola.

El *Halcón* hizo el giro en ángulo recto para subir como la nave puesta a punto que no todo el mundo admitía que era. Han pudo ver un círculo de luz del sol, su punto de salida, muy por encima. Los golpes de la araña de energía continuaron lloviendo sobre el ventanal de la cabina.

Y Han vio, finalmente, el efecto que los ataques de la monstruosa criatura estaban teniendo en su amada nave.

Ninguno.

Ninguna fisura había aparecido en el transpariacero. Los ventanales no estaban siendo arrancados de sus marcos.

Incluso sin los escudos operando, el *Halcón* no estaba recibiendo ningún daño.

Algo se alivió en el pecho de Han, como un duracero retorcido que bajo la tensión repentinamente se parte en dos.

El *Halcón Milenario* salió disparado a la luz del sol en dirección al pálido cielo rosa de por encima. Han lo hizo girar mientras subían.

Las cosas eran diferentes de lo que lo habían sido tres décadas antes. Han Solo no era un prisionero, corriendo para salvar su vida de una criatura mucho más grande y mucho más mortal de lo que lo era él. Detrás de los controles del *Halcón*, él *era* el *Halcón*. Al igual que Han una vez no había sido nada excepto un poco de comida, la temible araña de energía no era nada excepto un pequeño problema.

Dos segundos después, el interceptor de Wedge salió disparado de la entrada del pozo e instantáneamente se niveló en la cola del *Halcón*. Wedge llegó su caza sobre el *Halcón*, permaneciendo cerca para nuevos intentos con fuego láser. El panel del sensor mostraba más cazas estelares y a la *Dama Afortunada* dirigiéndose hacia él.

Han sonrió, feliz como un niño pequeño.

—Wedge, sepárate.

—¿Qué?

—Sepárate. La situación está bajo control.

—Si tú lo dices.

El interceptor subió, dejándose caer detrás mientras lo hacía.

Claramente, para Wedge, *separarse* significaba *«estate preparado para volver en cualquier momento y abrir fuego»*.

Han miró hacia atrás. Drathan Forge tenía sus brazos alrededor de Allana, escudándola, aunque sus ojos eran grandes y tan asustados como los de ella y estaban tan fijos como los de ella en el monstruo de encima.

—Al… Amelia.

La voz de Han ahora era lo bastante calmada y fuerte que hizo que no sólo la pequeña se tranquilizara, sino que Leia le dirigiese a su marido una mirada curiosa. También Drathan apartó su mirada del indeseable pasajero de encima.

—¿Sí? —replicó Allana.

—Vamos a estar bien —le aseguró Han. Su voz estaba, incluso para sus propios oídos, extrañamente calmada.

La araña de energía se encaramó más hacia delante, incluso contra la tremenda fuerza del viento generada por el paso veloz del *Halcón* a través del aire. Ahora ella abrió sus mandíbulas. Un fluido azul salió rociado de su boca, salpicando a través de la parte superior del ventanal.

Han se volvió de nuevo hacia delante. Envió al *Halcón* en un tirabuzón fácil y ancho de nuevo hacia el pozo.

—Eso es pura especia, Amelia. Fíjate en el modo en que brilla bajo la luz del sol directa. Está siendo activada y consumida.

—Sus patas están haciendo lo mismo.

La niña pequeña todavía sonaba asustada, pero estaba encontrando consuelo en ser analítica.

—Exacto. Si se quedara fuera bajo la luz del sol durante mucho tiempo, creo que probablemente moriría. Leia, prepárate para invertir los compensadores de inercia. Todo el mundo, preparaos para ser lanzados contra las correas. —Elevó la voz—. Eso significa vosotros también, Erredós y Trespeó.

—¿Nosotros también qué, señor?

Han disminuyó la altitud, llevando al *Halcón* hacia abajo a menos de treinta metros sobre la superficie. La distancia al pozo bajó a un kilómetro, medio, un cuarto…

Han asintió a Leia y entonces conectó los repulsores y disparó los impulsores inversos al máximo. La rápida deceleración de la nave les lanzó a los cuatro hacia delante. Se estrellaron contra sus correas de seguridad más fuerte de lo que debían haberse estrellado, con la inversión de Leia de los compensadores de inercia causando que estos hicieran justo lo opuesto de que se suponía que hacían. En lugar de amortiguar su deceleración, aminorando los efectos del delta uve, los compensadores incrementaron esos efectos.

La araña de energía salió volando de la cabina como si fuera un insecto con alas y formando un arco hacia el suelo polvoriento.

Cayó, rodó, dando patadas que levantaron una tremenda nube de polvo por el camino, con las patas moviéndose. Entonces rodó hasta detenerse y ponerse en pie, volviéndose hacia el *Halcón*.

No estaba ilesa. Al menos dos de sus patas estaban claramente rotas, colgando inútiles. Pero obviamente era capaz de continuar la lucha.

—*Halcón*, Pícaro. Me quedan dos misiles y tengo un disparo.

Han indicó, con un gesto, que Leia devolviera el compensador de inercia a su modo normal. Colocó al *Halcón* en una lenta subida, viajando hacia atrás mientras continuaba enfrentándose a la araña.

—Negativo, viejo amigo. Sólo déjala marchar.

—Entendido.

La araña de energía trotó hacia delante unos cuantos metros. Las chispas bajo su piel cristalina eran ahora brillantes, a veces tan intensamente que hacía daño a los ojos. Ella levantó sus ojos entornados hacia el *Halcón Milenario* y se balanceó hacia delante y hacia atrás, pareciendo medir el salto. Pero debía haber llegado a la conclusión de que la distancia era demasiado grande.

Ella se volvió y, con una última mirada hacia atrás, recorrió los doscientos metros hasta el borde del pozo. Entonces desapareció por el borde y se fue hacia la oscuridad.

La voz de Allana estaba sorprendida.

—No la mataste.

Han se sintió muy cansado e inesperadamente aliviado.

—Es correcto.

—¿Por qué?

—Sólo tenía hambre, cariño. Y, sí, no habría sido algo bueno que nos cogiera, porque nos habría matado… pero la araña no es *mala*.

Sólo es su naturaleza.

Han hizo girar el *Halcón*, orientándolo hacia el punto de reunión de la operación.

—¿Ya no la odias?

—Creo que no. Ni a Kessel tampoco. Ven y siéntate en mi regazo.

Puedes poner tus manos sobre los controles y ayudarme con el aterrizaje.

Capítulo Veintiséis

TEMPLO JEDI, CORUSCANT

El disturbio en la prisión fue una de las historias de portada de las holonoticias del día siguiente.

Grabaciones tomadas de las holocámaras de seguridad en la prisión y en todos los alrededores del edificio ofrecían información visual incierta. Un intruso, vestido como un trabajador de rutina, fue identificado como el Jedi Seff Hellin. Dos intrusos vestidos de negro y enmascarados permanecieron sin identificar. Los tres se las habían arreglado para penetrar en los niveles inferiores de la prisión, aunque si eran un equipo o rivales no se había determinado todavía.

Su objetivo evidente era el rescate del Jedi Valin Horn. Se las arreglaron para entrar y dejar la prisión sin arrebatar una vida o sin hacer un daño permanente a ninguno de los centinelas de guardia y fallaron en sus esfuerzos por liberar a Horn. Fuera de la prisión, unidades mercenarias asignadas a la oficina de la Jefa de Estado, habiendo identificado ya a Seff Hellin como Jedi, lo capturaron. Pero Hellin fue rescatado inmediatamente por dos confederadas más, ambas mujeres, una probablemente Jedi, que escaparon con él.

Siguió una persecución a alta velocidad. La última imagen que los oficiales de seguridad habían tenido de la situación era la de intrusos vestidos de negro en un deslizador de seguridad robado abriéndose camino hacia las dos confederadas femeninas de Hellin.

Esa era la historia tal y como la entendía la prensa. No era mucha información para un grupo de periodistas insaciables de información.

Pero en las entrevistas en los escalones del Templo Jedi, el Maestro Kenth Hamner, demostrando dignidad y aplomo, negaba la involucración del Templo Jedi en estos crímenes.

Un día después del disturbio, el capitán Oric Harfard, nombrado ahora para las interacciones entre la Seguridad de la Alianza y la Orden Jedi, hizo una visita al Templo. El Maestro Hamner se encontró con él en la entrada principal. El colorado Harfard no esperó hasta que llegaran a la privacidad de la oficina de Hamner para empezar su interrogatorio y sus quejas. Los Jedi a lo largo del pasillo principal, incluida Jaina, lo oyeron todo mientras pasaban los dos hombres.

—¿Dónde está el Jedi Hellin?

El Maestro Hamner le dirigió al capitán una mirada fría e indiferente.

—No lo sé y esa es la verdad.

—¿Por qué no nos dijeron que el Jedi Hellin se había vuelto un renegado, que llevaría a cabo un intento de rescate?

—Le dijimos que se había «vuelto un renegado». —El tono de Hamner era infinita pero no alegremente paciente, como si estuviera respondiendo a la misma pregunta para el mismo niño testarudo por trigésima vez—. Les dijimos, cuando les proporcionamos la

lista de todos los Jedi activos, que él ya no mantenía contacto con el Templo y estaba persiguiendo sus propios fines. Por lo tanto, «se había vuelto un renegado». No conocemos sus planes.

Los dos caminaron hasta más allá de un grupo de Jedi, entre ellos Corran Horn. Jaina hizo una mueca de dolor al ver a Corran, que parecía más delgado de lo que ella le había visto nunca, con la expresión distante y sombría. Pero mientras Harfard pasaba ante él, Jaina vio cambiar la expresión de Corran. La furia centelleó en sus ojos. Jaina pudo sentir su furia en la Fuerza. La golpeó como una bofetada y, tan intensa como era, ella no se habría sorprendido de verle a él encender su sable láser y hacer pedazos al capitán. Cada Jedi en el pasillo se volvió hacia él y el Maestro Hamner le dirigió a Corran una mirada de preocupación y precaución.

Pero Corran no atacó y Harfard hizo caso omiso de él. O casi: se frotó la parte trasera del cuello nerviosamente mientras pasaba cerca de Corran, pero siguió hablando.

—¿Quién era la mujer Jedi, la que le rescató de Dhidal Nyz?

—No conocemos su identidad. No sabemos que es una Jedi.

—¡Estaba utilizando un sable láser!

—También lo utiliza Zilaash Kuh, que trabaja para *ustedes*.

—Los movimientos de Kuh durante la última noche son bien conocidos.

—Lo que quiero decir es que no todo el mundo con un sable láser es un Jedi. Las grabaciones que vi no pueden ni siquiera probar que el sospechoso que está buscando sea humano o una mujer. Coja a un hombre delgado y rellene sus ropas apropiadamente…

Los dos hombres llegaron al turboascensor y esperaron a que llegara. Harfard negó con la cabeza, enfadado y frustrado.

—Deseará haber sido más cooperador. —Su voz de repente se volvió lo bastante baja para que Jaina tuviera que estirarse para oírle—. El siguiente paso va a ser aparatos localizadores. Implantado en cada uno de ustedes, Jedi.

El Maestro Hamner se irguió en toda su estatura y dijo unas cuantas palabras muy, muy bajito. El capitán Harfard se puso rígido.

Entonces las puertas del ascensor se abrieron y los dos hombres entraron. Se habían ido un segundo después.

—Me pregunto qué dijo el Maestro —susurró Jaina a Kolir, una mujer bothan que era Caballero Jedi.

Alguien justo detrás de Jaina respondió.

—Dijo: «Sería un privilegio enseñarle dónde podrían ser implantados tales aparatos».

Jaina se volvió. El que hablaba era Dab. Tenía su holocámara en miniatura junto a su cara y estaba mirando a su pantalla. Jaina sospechaba que Dab había escuchado las palabras del Maestro a través del micrófono del aparato.

—Buena respuesta. Informativa y sin embargo insultante.

Dab sonrió y bajó su holocámara. Bajó su voz de manera que sólo Jaina pudiera oírle.

—¿Sabes?, no soy estúpido.

—Nunca dije que lo fueras.

—Están buscando a una misteriosa mujer Jedi. Y allí estábamos anoche, ni a medio klick de la escena del crimen y tú estuviste fuera de mi vista durante, bueno, durante un buen rato… Si yo le hubiera mencionado todo eso al capitán mientras cruzaba, él estaría bastante seguro de que sabía quién era la misteriosa mujer.

Sus palabras enviaron un escalofrío a través de Jaina.

—¿Entonces por qué no lo hiciste?

Dab la miró directamente.

—Mi trabajo es decirle a las autoridades lo que sé sobre los Jedi.

No lo que sospecho. Mi trabajo de toda la vida como documentalista es mostrar la verdad y exponer las mentiras. Si deduzco que la posición de mis jefes, que los Jedi tienen que ser refrenados por el bien de la sociedad y que cualquier cosa que hace el gobierno para refrenar a los Jedi está justificada, es una mentira, eso de alguna manera me coloca en una posición comprometida. —Él se encogió de hombros—. Así que no especulo. Intento averiguar qué es lo correcto y entonces lo hago.

—Muy parecido a los Jedi.

—Quizás.

—Gracias por no especular, Dab.

—Entonces háblame de Tahiri Veila. Después de que os dejara anoche, ¿habló de mí?

Le llevó un momento a la intención de Dab encender una luz en la mente de Jaina. La boca de ella se abrió durante un segundo.

—Dab, necesitas mantenerte alejado de Tahiri.

—¿Por qué?

—Porque te pareces… te pareces…

—Me parezco a tu hermano Anakin y ellos estaban juntos justo antes de que él muriera y desde entonces algo relacionado con él le ha hecho papilla. No me sorprende. El amor joven y la tragedia. He oído las historias. Pero no soy Anakin Solo. No siento que tenga que llevar la carga de todo lo que él hizo.

—No, no deberías. Pero Tahiri…

—No le haré daño a Tahiri.

—Sí, se lo harás.

—Ella me ha gustado desde que la conocí en Borleias. Ella tenía dieciséis años y nunca se habría fijado en alguien cuatro años más joven que ella, pero desde luego yo me fijé en *ella*.

Jaina suprimió la urgencia de estrangularle.

—Vale. Ahora que ella recientemente ha salido de una agitación emocional relacionada con Anakin, aquí estás tú, husmeando por aquí, y las cosas deberían estar simplemente bien. Accidente o no, apareciste cuando ella menos necesitaba que le recordaran a Anakin.

—Así que, para asegurarme de que nadie experimenta una punzada de dolor, debo mudarme a Dantooine y vivir en una cueva.

—Podrías mudarte a Mustafar y saltar dentro de un volcán en su lugar.

Jaina se volvió y se dirigió hacia el turboascensor. Aparte de específicos viajes autorizados a los niveles residenciales, a los observadores no se les permitía ir por debajo del nivel del Gran Vestíbulo y de ese modo Dab no pudo seguirla. Ella oyó su suspiro exasperado mientras le dejaba.

Ella visitó el nivel médico inferior y la sala que albergaba a Seff.

Dio unos golpecitos en la puerta, esperando que Tekli estuviera dentro para que la dejase pasar. Un momento después, la puerta se abrió… revelando a la Maestra Cilghal.

Jaina se quedó helada.

—Uh… Maestra.

—Bien dicho. —La Jedi mon cal se retiró un paso de manera que Jaina pudiera entrar—. Pasa. Es mejor que esta puerta no permanezca abierta.

Ausentemente, Jaina entró y Cilghal cerró la puerta tras ella. Jaina miró a su alrededor. A través del portal que llevaba a la sala interior, todo estaba como debía estar, con Seff atado en su cama, con los aparatos de monitoreo activados… excepto que Cilghal estaba allí en lugar de Tekli. Jaina tomó aire profundamente.

—¿Cómo, um…?

—¿Se supone que soy estúpida?

—La gente sigue haciéndome hoy esa pregunta.

Cilghal se movió hacia el lado de Seff y empezó a escudriñar las lecturas del monitor de los aparatos midiendo sus ondas cerebrales.

Jaina la siguió.

—Desde luego que no se supone que eres estúpida.

—Seff Hellin intenta liberar a Valin Horn. Nosotros podemos calibrar correctamente su intención y su relación con los otros en la intrusión incluso si las autoridades no pueden… Y los Jedi terminan en posesión de Seff. ¿Dónde va a aparecer excepto en el Templo?

Qué civilizado de tu parte mantener al Maestro Hamner en la oscuridad.

—Estábamos intentando mantener a *todos* los Maestros fuera de esto.

—También civilizado, pero no es inteligente. Me necesitas para esto. Por mi experiencia médica y porque soy la única Jedi en comunicación regular con el Gran Maestro.

La revelación hizo oscilar a Jaina hacia tras sobre sus talones.

—¿Has hablado con él recientemente?

—Relativamente. Está en Dorin, aprendiendo la técnica de dejar el escáner en blanco que manifiesta Valin. No he tenido noticias suyas recientemente.

—Te estás arriesgando mucho.

—A menudo nos llaman una Orden militante, ¿pero sabes cuál es una de las principales diferencias entre el ejército y la Orden Jedi? Y, por favor, no me des el sarcasmo Solo.

—No lo haré. Hay muchas diferencias. Sólo puedo adivinar a cuál te refieres.

—El ejército se espera que siga las órdenes, incluso cuando siente que esas órdenes no son lo correcto. Los Jedi se espera que hagan lo correcto, incluso cuando ese curso de acción va en contra de las órdenes.

—Bueno, sí.

Cilghal se volvió de espaldas a Jaina.

—Descubrir qué les ocurre a Valin y a Seff y ayudar al Gran Maestro… eso es lo correcto.

Jaina sintió un poco de vergüenza.

—Siento que no te incluyéramos desde el principio.

—No se ha hecho ningún daño. Incluidme ahora. Necesito saber dónde está tu madre. Tu padre y ella fueron los primeros en contactar con Seff en su actual condición distorsionada. Puedo querer que vengan y le vean cómo está ahora, para medir si ha habido algún avance en su demencia.

—Están en Kessel. Te daré los datos del holocomunicador que necesitas para contactar con el *Halcón*…

Cilghal hizo un gesto hacia el monitor.

—Ya tenemos resultados interesantes. Seff no posee el truco de Valin de blanquear el electroencefalograma. Las porciones del cerebro de Seff que están activas cuando sueña han estado mostrando actividad también durante sus horas despierto, desde hace un tiempo considerable. Estos patrones de estrés de aquí así lo indican.

—¿Lo que significa que está, qué, sonámbulo?

Cilghal negó con la cabeza.

—Pero está de algún modo pequeño en un estado onírico. Lo que puede ser la primera pista para determinar cómo devolverle a él y a Valin a la normalidad. Así que… bien hecho.

—Gracias, Maestra Cilghal.

CAVERNAS DEL OCULTO, DORIN

Ahora habían pasado días desde su audiencia con el Oculto y esa audiencia no se había repetido. Luke y Ben habían dividido su tiempo entre sus numerosas tareas: excavar la sala que los Baran Do pretendían que fuera sus habitaciones permanentes, explorar las cavernas y hablar con los otros habitantes de este ambiente solitario.

Ben se volvió impaciente. Girando su pico contra un afloramiento de roca particularmente testarudo, él imaginó que era la cara del Oculto, una fantasía que le dio alguna satisfacción mientras trabajaba.

—Papá, necesitamos salir de aquí.

Luke, cargando con una pala escombros rocosos en una pequeña carretilla rodante, sonrió, la expresión enigmática y de «eres tan joven» que Ben encontraba tan enojosa.

—¿Es ese nuestro objetivo?

—Papá, necesitamos salir de aquí para continuar con nuestra misión.

—¿Pero es nuestra meta más inmediata?

—Claro, ¿por qué no?

—Ben, ¿cuál es nuestro propósito como Jedi?

Ben suspiró y bajó su pico. Esta iba a ser una de *esas* conversaciones.

—Bueno… mantener la Fuerza en equilibrio y ayudar a la gente a estar en equilibrio con la Fuerza. Detectar las injusticias y arreglarlas. Servir como modelos para líneas de botas muy atractivas.

—Retrocedamos una. Detectar las injusticias y arreglarlas. ¿Está sucediendo alguna injusticia aquí?

—Absolutamente. Han secuestrado a gente. Lo que podemos arreglar al escapar.

—¿Esa es la única injusticia?

Ben se levantó su máscara respiratoria durante un momento, se limpió la cara sudorosa con la manga de su enorme túnica kel dor y volvió a bajarse la máscara hasta su sitio. Exhaló, forzando a la atmósfera rica en helio de Dorin a salir de la máscara y luego tomó aire de nuevo antes de responder.

—Creo que no. Estos Baran Do también se están perjudicando a sí mismos. Siguiendo a un paranoico hasta este agujero, pretendiendo estar muertos…

—Ahí lo tienes. La Fuerza es la energía de la vida. Estos kel dors, al pretender estar muertos, están rechazando la vida.

Inconscientemente se están *convirtiendo* en muertos. ¿Cuánta felicidad has visto aquí abajo? ¿Cuánto entusiasmo?

—Yo diría que alcanza bastante lejos en los números negativos.

Sólo se preocupan del deber, pero no de la felicidad.

Luke usó la pala para poner las últimas rocas grandes en su carretilla.

—Así que si escapamos ahora, ¿qué les pasa a ellos?

Ben se dejó caer, derrotado.

—Continúan viviendo sus repugnantes y pequeñas vidas y nada mejora.

—Correcto.

—Se lo buscaron ellos solos.

—Dicho con toda la simpatía y el altruismo de un adolescente que preferiría estar haciendo otra cosa.

Ben sonrió, desenfadado.

—Lo has pillado.

En su tiempo libre, Ben determinó descubrir los secretos de la caverna.

Primero estaba la cuestión del disparador que el Oculto se suponía que tenía que derrumbaría el túnel que llevaba a la superficie. Se había dicho que el Oculto podría activarlo a través de la Fuerza o por la acción física. Ben determinó descubrir dónde estaba el disparador.

Cuando la sala más grande estaba vacía, investigó el trono del Oculto y la plataforma en la que descansaba. Le llevó meros momentos descubrir lo que estaba buscando. El trono, aunque aparentemente estaba tallado en un único bloque de piedra blanca, no lo estaba. Un examen de cerca mostró que estaba ensamblado por varias piezas, con sus uniones tan finas y los patrones tan bien igualados que el engaño era indetectable por cualquiera a algo más de unos pocos centímetros de distancia. El brazo derecho se levantaba hacia fuera sobre bisagras y bajo él había un único botón: redondo, negro e insertado en una depresión roja. Ese tenía que ser.

Pero Ben frunció el ceño ante el descubrimiento. ¿Una mente paranoica se conformaría con un disparador que se desactivaba fácilmente para su última acción?

Ben devolvió el brazo del sillón hasta su posición cerrada y se sentó en la plataforma al lado del trono. No se atrevió a sentarse en el propio trono. El Oculto, un usuario de la Fuerza, era incluso más probable que detectara que él había estado allí si descansaba en el asiento de poder.

Ben se relajó, dejando que la Fuerza fluyera a través de él. No pensó en nada excepto en el disparador a su lado, buscando cualquier cosa relacionada con él: imágenes, centelleos de percepción sobre el futuro…

Arriba.

Ben miró hacia arriba. Sólo vio sombras en el irregular techo de piedra cuatro metros más arriba, pero algo allí casi le había llamado.

Se puso en pie, subió al brazo del trono que había cerrado tan recientemente y saltó hacia arriba, dándose a sí mismo un pequeño empujó con la Fuerza.

En el techo directamente sobre el trono, sus dedos asieron cada lado de un agujero, de alrededor del tamaño de una cabeza humana, cortado en la piedra. Se quedó colgado allí durante unos momentos mientras sus ojos se ajustaban a la reducida luz. Entonces lo vio: un cilindro de duracero pulido saliendo veinte centímetros de la roca por encima.

Ben se concentró en él, intentando obtener a través de la Fuerza alguna sensación de cómo funcionaba. Pudo sentir su largura, casi otro metro insertado dentro de la piedra, y la maquinaria por encima de él, piezas mecánicas simples de metales duraderos.

Era simple, desde luego. Empuja el cilindro hasta su lugar, como un émbolo, y contactará con algo encima que enviaría la señal para detonar las cargas en todo el túnel. Sin ser capaz de mirar al aparato, Ben dudaba que fuera capaz de desarmarlo. Pensativo, volvió a caer a la plataforma.

En la sala donde entrenaba regularmente en combate contra Chara, encontró otro de tales aparatos en el techo. Y en el dormitorio donde él, Luke y cuatro hombres kel dors más dormían, otro. Al día siguiente, Ben determinó que cada sala de tamaño significativo tenía uno de estos aparatos disparadores. El Oculto estaba claramente determinado a ser capaz de sellar estas cavernas si sentía la necesidad.

Más tarde ese día, Luke se unió a la audiencia del entrenamiento de combate. No asistían muchos kel dors. Chara estaba presente.

Ithia, la mujer que había estado junto al contenedor de Ben a su llegada a las cavernas, dirigía los combates. Un hombre kel dor, más joven que los otros, meramente estaba sentado y miraba.

Ben luchó durante unos pocos minutos contra Chara, bastón contra bastón. Chara todavía era mucho más experimentado con el arma, pero Ben fue capaz de defenderse a sí mismo durante más tiempo y asestar más golpes buenos que la primera vez que se enfrentó a Charsae Saal.

A continuación, Ithia ocupó el ring contra Chara. Obviamente eran oponentes con muchos años de relación, porque Ithia inmediatamente igualó su estilo de combate con el de Chara. Ithia era más fluida y evasiva y Chara era más agresivo y directo. El contraste era bonito y Ben disfrutó viendo los combates.

Luke le habló al joven kel dor que observaba el entrenamiento.

—Soy Luke Skywalker.

El joven le miró, incómodo.

—Yo soy Wyss.

—Es más joven que la mayoría de los kel dors de aquí.

Wyss asintió, con su atención de nuevo en Ithia y Chara.

Inconscientemente se inclinó para apartarse de Luke como si esperara que el hombre simplemente le dejaría solo.

—¿Entrenará?

Wyss negó con la cabeza.

—No soy un sabio. Soy un sirviente.

—Pero todavía podría aprender. Obviamente está interesado.

—«De tal vida, tal muerte».

Esa declaración, tan obviamente una cita, tan evidentemente una filosofía tolerada más que bienvenida si el tono de Wyss era una indicación, atrajo la atención de Ben. Él se volvió para mirar a su padre y al kel dor.

Luke frunció el ceño.

—¿Qué significa eso?

—Significa que en la muerte, debes contentarte con preservar las habilidades que tenías en vida, pero no deberías preocuparte por conseguir otras nuevas.

—¿Esa es la costumbre aquí?

Wyss asintió de nuevo.

Luke se apartó del joven, obviamente deliberando sobre lo que acababa de oír. Ben devolvió su atención a la práctica.

Finalmente, Chara ganó cada uno de sus tres encuentros contra Ithia. Cuando acabaron, Ithia se rió.

—Me *falta* práctica, Charsae… Chara.

Chara le dirigió lo que, entre los kel dors, debía haber sido considerado una sonrisa comprensiva.

—Creo que sí. Antiguamente, habrías ganado al menos dos de estos enfrentamientos. —Él se volvió hacia Luke—. ¿Quieres entrenar?

Luke negó con la cabeza.

—Hoy no. Estoy demasiado dolorido de cargar la pala. Mañana, quizás.

—Lo espero con impaciencia.

Momentos después, Chara e Ithia se marcharon, dirigiéndose a las saniduchas y Wyss les siguió hacia la salida, dejando a Luke y Ben solos.

Ben le dirigió a su padre una mirada sospechosa.

—*¿Demasiado dolorido de cargar la pala?*

—Quizás *demasiado harto de cargar la pala* habría sido más correcto. Ben, ellos simplemente nos han dado las respuestas que necesitábamos aquí.

—¿De verdad? ¿Fue el sirviente, Wyss?

—Él tenía una de ellas e Ithia la otra. —Luke se puso en pie—. Necesito enviar un mensaje al Oculto. Me gustaría que todos los kel dor en estas cavernas estén presentes para nuestra ceremonia de nombramiento.

Ben se puso en pie.

—¿Vamos a elegir nuevos nombres?

—No.

—Oh. Eso es triste. Estaba ansioso por ser Sparky.

—Suena como un nombre para un mono-lagarto.

—Y tú podrías ser el Gran Maestro Whango Mittphool.

—No en *esta* vida.

Capítulo Veintisiete

Se reunieron en la sala del trono del Oculto, cuatro docenas de kel dors y dos humanos. Cuando los últimos de los kel dors, sirvientes que operaban las fundiciones llegaron, la conversación se apagó y todos los kel dors se volvieron hacia el Oculto en su trono.

Él hizo un gesto hacia los Skywalker, invitándoles a aproximarse.

Mientras lo hacían, él les dirigió una sonrisa benevolente.

—Es con todo el corazón que os saludo en este día. Comprendo que habéis determinado escoger nuevos nombres, que es lo mejor para que viváis entre nosotros, lo mejor para aceptar vuestras circunstancias.

Luke pareció sorprendido.

—Lo siento, alteza. Ha habido algún malentendido. Pedí una ceremonia de nombramiento. Me refería a ella como *nuestra* ceremonia de nombramiento, pero no quería decir que Ben y yo estaríamos dándonos nuevos nombres a nosotros mismos. Tengo la esperanza de que daremos nuevos nombres a algunos, o a todos, de entre *vosotros*.

Exclamaciones de sorpresa y desaprobación llenaron entonces la sala. Ben mantuvo su cara impasible, pero para sus adentros estaba sonriendo. A pesar de que le gustaba causar problemas de vez en cuando, era mucho más divertido ver hacerlo a su padre.

La expresión del Oculto se nubló.

—Habéis malgastado mi tiempo.

Luke se encogió de hombros.

—¿Qué tienen los muertos *excepto* tiempo? Y, admítalo, tan enojosas como encuentra mis palabras, este es el suceso más interesante que va a experimentar en todo el día.

El Oculto se sentó hacia atrás, claramente poco divertido.

—¿Y a quién vais a darle un nuevo nombre primero?

—Pensé, alteza, que empezaríamos con Chara. Pensé en restaurarle su nombre de Charsae Saal. Él fue al que se le dio el nombre más recientemente. Podríamos ir en orden inverso, desde el más nuevo en unirse a los muertos hasta el más viejo.

El Oculto se encogió sólo un poco como si estuviera desalentado.

—¿Por qué estáis haciendo esto?

Luke abandonó toda pretensión de buen humor. Se enderezó completamente y fijó en el Oculto una mirada prohibida.

—Porque estás equivocado. Y si sólo te estuvieras perjudicando a ti mismo, eso no sería tan malo. Pero también estás perjudicando a todos y cada uno de ellos.

Su gesto abarcó a todos los kel dors reunidos.

—He aceptado su sacrificio como un regalo para generaciones futuras. Sabían lo que estaban haciendo cuando hicieron sus juramentos y tomaron sus nuevos nombres. No hay perjuicios.

—De nuevo, estás equivocado. —Luke saltó hasta la plataforma del trono del Oculto, provocando un jadeo de rabia en algunos de los Baran Do. Empezó a pasear mientras

hablaba, cruzando de un lado a otro por delante del Oculto, dirigiéndose a todos los kel dors que estaban ante la plataforma—. Responded a algunas preguntas simples. Los Sabios Baran Do son un grupo que estudia y utiliza la Fuerza. ¿Correcto?

Los kel dors miraron entre Luke y el Oculto. Ben vio al Oculto hacer una pausa y luego asentir.

—Sí —dijo uno de los Barn Do hacia el frente de los reunidos.

—Y la Fuerza es la energía de la vida.

—Sí —dijo otro kel dor.

Luke lanzó una mirada admonitoria al Oculto mientras pasaba.

—La vida es riesgo. La vida es energía, vitalidad. Sin embargo habéis rechazado esas cosas. Al rechazarlas, rechazáis a la Fuerza.

No habéis traído nada a estas cavernas excepto vuestros cuerpos, e incluso entonces, no tenéis la decencia de empezar a pudriros como los cadáveres ordinarios.

Muchos de los kel dors parecieron ofendidos, incluido Chara. Este caminó hacia la plataforma, moviéndose hacia la parte delantera de la audiencia.

—Ahora simplemente estás siendo insultante.

—Lo que te hace enfadar, porque estás aproximadamente todavía entre los vivos. —Luke bajó la mirada hasta él—. Los muertos no se ofenden, Charsae Saal.

—Mi nombre es Chara.

Luke saltó hacia abajo y pasó más allá de Chara. Caminó hacia Ithia.

—Aquí hay una mujer que solía vencerte consistentemente en combate, Charsae Saal. Ahora ya no es tu igual. ¿Qué ha pasado?

¿Se ha vuelto débil con la edad?

Chara se encogió de hombros.

—Desde luego que no. Ella no entrena tanto aquí abajo.

—¿Por qué no?

—Hay menos necesidad.

—Desde luego que no hay necesidad. —Luke caminó entre los reunidos. Los kel dors se apartaron para dejarle pasar—. Pensando que estáis muertos, sabiendo que no tenéis futuro, elimináis toda energía y esperanza de vosotros. Os arrebata toda vuestra vida. Os disminuye en la Fuerza. ¿Cómo podéis incluso sentir una necesidad?

Luke se detuvo delante de Wyss.

—Y aquí tenemos un chico que abandonó su vida en la superficie para serviros en este lugar. ¿Y qué le dais aparte de comida, agua y la oportunidad de servir? No mucho. Ninguna oportunidad de aprender, de mejorar, *de crecer*. El crecimiento es para las cosas vivas. Aquí, es «De tal vida, tal muerte».

Uno de los Maestros, un hombre kel dor incluso más envejecido que el Oculto, llamado Burra, habló.

—Hemos debatido la filosofía que mencionas.

Luke volvió una sonrisa alegre, y además burlona, hacia Burra.

—¡Bien por vosotros! El debate parece ser algo bueno para que lo hicieran los muertos. Mantendría vivos los cementerios. ¿Y cómo resultó vuestra votación?

Burra pareció incómodo.

—Aquí no votamos.

—Porque vuestro señor de los muertos lo decide todo.

Burra dudó y luego asintió.

—Aquellos de vosotros que debatisteis, ¿apoyó la mayoría que los muertos aprendieran cosas nuevas?

—Ya es suficiente. —El Oculto se puso en pie—. Esta reunión ha terminado. Que todo el mundo vuelva a sus deberes.

—Vuestro deber es hacia los vivos —le espetó Luke— y ya habéis abandonado eso. ¿Por qué no abandonarlo durante cinco minutos más?

Hizo un gesto hacia la salida y las puertas blindadas allí se cerraron. Los kel dors que ya se dirigían hacia ella dudaron, confundidos, y se volvieron hacia el trono.

—Quieres salvar las enseñanzas Baran Do —dijo Luke—. Una meta noble. Quieres estar preparado en caso de que llegue otra purga. Eso es algo bueno. Koro Ziil, ¿sabes cómo sobrevivieron los Jedi a la última purga?

—Ese ya no es mi nombre.

—¿Lo sabes?

—Por suerte, dos Jedi sobrevivieron. Tus Maestros, Obi-Wan Kenobi y Yoda.

—No. —Luke negó con la cabeza—. Desde luego, ellos sobrevivieron a esos sucesos. Pero había otros Jedi y antiguos Jedi en la galaxia. Había recursos como el Holocrón Jedi. Los Jedi sobrevivieron porque estaban dispersos, porque su conocimiento estaba diseminado por la galaxia. Vosotros, los Baran Do, planeáis sobrevivir al concentrarlo. Pocos de vosotros dejasteis Dorin en primer lugar y vuestro plan de reserva, esta serie de cuevas, está simplemente a un paso de la extinción por una bomba tóxica o por un temblor de tierra. Aplaudo vuestra meta… pero vuestra ejecución está destinada al fracaso inevitable.

Hubo un murmullo entre los kel dors presentes. Ben tenía la sensación de que no era la conversación de gente siendo simplemente conscientes de un hecho, sino la conversación de gente que había expresado esas objeciones muchas veces antes, tranquila y fútilmente, contra un gobernante que se oponía a sus puntos de vista.

—Y esos serían modos afortunados de morir para vosotros —continuó Luke—. Rápidos y contundentes. Es más posible que la mayoría de vosotros simplemente se marchite. Como Ithia aquí presente. —Luke giró en un círculo lento, estableciendo contacto visual con tantos kel dors como pudo—. ¿Quién es vuestro mejor luchador?

—Ithia —dijo uno.

—Chara —dijeron dos o tres, incluida Ithia.

Luke asintió.

—Charsae Saal, porque tiene décadas de experiencia. Y porque, habiendo venido aquí recientemente, no es un apático reflejo sin vida de su antiguo yo. Pero aun así se ha

estado marchitando durante años. Se ha estado preparando para la muerte todo ese tiempo.

Apuesto a que es una sombra de *su* antiguo yo. Y que mi hijo, su inferior en experiencia por muchos, muchos años, puede vencerle.

Ben se quedó helado, intentando desesperadamente no parecer como una criatura del bosque atrapada por las luces de los faros de un deslizador que se acercaba. Consciente de los numerosos kel dors que le miraban ahora, les ofreció un gesto desdeñoso, una postura de tío duro.

—¿Y qué es lo que apuestas?

El Oculto estaba sentado en su trono otra vez. Su voz era fría.

—Si Ben falla, dejaré el tema mientras viva en estas cavernas.

—Muy bien. —El Oculto le hizo un gesto a Chara—. Hazlo.

Chara asintió, firme.

—Sí, Maestro.

Los kel dors se retiraron del centro de la sala, dejando el área rodeada de columnas vacía excepto por Chara, Ben y Luke.

Ben se volvió hacia su padre.

—Me lo estás haciendo otra vez —susurró.

—Sí, ¿verdad? Soy un papá terrible. —Luke le dirigió una sonrisa tranquilizadora—. Lo harás bien.

—¿Qué pasa si pierdo?

—Dos cosas. Primero, todavía demostrarás a toda esa gente que es lo que es estar vivo. Segundo, prometí que yo dejaría el tema… no que lo harías *tú*.

—Hey, *eres* un tramposo.

—Además, no perderás. A diferencia de ellos, tú tienes algo por lo que luchar.

Ben le entregó a Luke su sable láser.

Luke miró el arma.

—¿Estás seguro?

—No voy a convencer a nadie del valor de la vida cortándole a él por la mitad. Gane o pierda, lo haré sin mi sable láser.

Luke asintió y se retiró hasta el círculo de pilares.

Ithia le entregó a Ben un bastón, de un metro y medio de madera dura, nudoso, negro y pulido. Entonces ella también se retiró.

Ben y Chara se miraron uno a otro desde lados opuestos del espacio abierto.

Luke se recostó contra el pilar más cercano, intentando parecer relajado pero sin sentirse más impasible que durante la pelea que Ben había librado su primera noche en Dorin.

Ben se enfrentaba a su oponente, con sus rasgos fijos en la expresión neutral que asumía siempre cuando no quería que nadie supiera qué estaba pensando o sintiendo. Los ojos de Chara estaban fijos en el Oculto.

El Oculto miró a los dos oponentes y puso una pequeña expresión de disgusto.

—Adelante —dijo.

Ben y Chara se movieron el uno hacia el otro. Cuando alrededor de un metro y medio los separó, empezaron a girar en círculos.

Chara atacó, con el extremo inferior de su bastón centelleando hacia la entrepierna de Ben. Ben reaccionó casi demasiado tarde, rechazándolo torpemente. Chara respondió con una velocidad reflexiva, golpeando hacia la clavícula de Ben con el otro extremo de su arma. Ben también recibió este golpe interponiendo su propio bastón a meros centímetros de su piel. El golpe clavó su propia arma en su carne. Este le hizo tambalearse y mientras trastabillaba hacia atrás, Chara hizo un barrido con su bastón, alcanzando el tobillo de Ben y arrojándole sobre la piedra.

Ben continuó el giro hacia atrás con una pirueta y aterrizó sobre sus pies. Saltó arriba y abajo sobre las puntas de sus pies como un boxeador profesional ansioso por la acción. Luke podía decir que estaba probando su tobillo, determinando lo enérgicamente que había sido golpeado.

Había más que simple vigor en los saltos de Ben, sin embargo.

Luke podía sentir al chico volviéndose loco, enfadado consigo mismo por ser el primero en caer, enfadado con su padre por ponerle en esta situación, enfadado con los kel dors por forzar la jugada de Luke. Luke se contuvo para no enviar pensamientos calmantes a través de la Fuerza. Esta era la lucha de Ben y los muchos Sabios Baran Do presentes serían capaces de detectar cualquier interferencia de Luke.

Ben y Chara se acercaron para otro intercambio. Esta vez Ben se las arregló para dar un golpe que pasó rozando el bíceps de Chara antes de que el luchador más experimentado le golpeara a él. La respuesta de Chara conectó con el bastón de Ben, levantado en un bloqueo que le cruzaba el cuerpo, y todavía fue lo bastante fuerte para hacer caer a Ben.

De nuevo Ben giró hacia atrás para levantarse, pero esta vez Chara hizo un gesto, un esfuerzo a través de la Fuerza, y la pirueta de Ben continuó fuera de control. Ben se estrelló contra uno de los pilares de apoyo, con la espalda y la cabeza golpeando la piedra lo suficientemente fuerte para hacer que Luke hiciera una mueca.

Aturdido, Ben sacudió la cabeza. Mientras Chara avanzaba, con el bastón levantado y hacia atrás para dar un golpe de empuje y parecido a un lanzazo, los ojos de Ben se aclararon y se centraron.

Se alejó del pilar, un esfuerzo de la Fuerza permitiéndole deslizarse hacia delante como si la superficie bajo él fuera aceite en lugar de piedra dura. El empuje de Chara se estrelló en el pilar donde había estado su cabeza. La patada de Ben descargó en las entrañas de Chara, levantando al kel dor del suelo.

Ben saltó hacia arriba, aparentemente sin frenar, y Chara estaba en pie una fracción de segundo más tarde. Luke quiso vitorear. Podía sentir las emociones de su hijo, sentir que Ben estaba controlado, intenso pero concentrado. Ganara o perdiera, estaba luchando como un Jedi, no como un adolescente furioso.

Ahora la lucha iba en serio. Los dos combatientes movieron sus bastones a tal velocidad que los espectadores no acostumbrados al combate posiblemente no podían seguir sus movimientos. El suyo era un ritmo parecido a una danza, con uno de ellos convertido en agresor y haciendo retroceder al otro y a continuación al revés. Chara golpeó de nuevo el tobillo dañado de Ben, haciéndole más daño, y Ben ahora cojeaba cuando se movía. La siguiente vez que Chara intentó apuntar a la misma herida, Ben saltó por encima del golpe y giró su bastón como una extensión, con su extremo alcanzando completamente a Chara en la coronilla, derribando al kel dor.

—¡Chara! —Esta era una de los Baran Do, una mujer, gritando para animarle.

—¡Chara, *kayamash*! —gritó otro.

Ahora Luke ya no se preocupó de ocultar su sonrisa. Ellos lo estaban sintiendo, estos kel dors muertos hacía tanto, sentían la sangre circular por sus venas, sentía el bombear de la adrenalina. De repente eran fans de los deportes, animando a un hijo favorito.

Ben también lo sintió. Miró a su alrededor, dándose cuenta claramente de que era el extranjero que competía con el querido campeón. Eso no pareció desanimarle en lo más mínimo. Y Luke sintió el momento en el que el significado de todo ello encajó en su lugar en la mente de Ben. Ahora el chico lo tenía todo: emoción, concentración y propósito. Ben devolvió su atención a Chara.

Chara se levantó con rapidez, pero obviamente mareado. Ben se aproximó de nuevo, cojeando, un agresor acercándose para dar el golpe decisivo.

La atención de Luke fue atraída hacia el Oculto. El gobernante kel dor se estaba inclinando hacia delante, susurrando seriamente a una sirvienta, una mujer joven. Él asintió, animándola a actuar. Ella se alejó por la periferia de los allí reunidos y se dirigió hacia la salida principal. La puerta blindada se abrió para ella. Luke sintió una ráfaga de peligro, pero no podía dejar estos eventos para seguir a la chica.

Ben y Chara intercambiaron golpes y bloqueos, fintas y estratagemas a la velocidad de la luz. Se movieron en círculos, se golpearon, se esquivaron y se eludieron, todo ello acompañado por la percusión de los bastones al chocar uno contra otro.

Ben recibió un golpe fugaz en el lado de su rodilla izquierda. Su respuesta alcanzó a Chara en las costillas. Chara le atrapó contra un pilar. Ben apartó a Chara con un empujón, fintó con un golpe del bastón y giró para dar una patada lateral que alcanzó a Chara en el centro del pecho, haciendo un *crack* audible. Chara se estrelló de nuevo contra la piedra y se levantó lentamente.

Los cánticos de «Chara… Chara… Chara…» continuaron, pero los que cantaban sonaban más inseguros, como si no estuvieran seguros de que debieran animar a su campeón a recibir más daño.

En la Fuerza, Luke pudo sentir el cambio. Ben, herido por varios golpes, permanecía concentrado, afilado como una navaja. Chara estaba perdiendo la voluntad de ganar.

Ellos se acercaron otra vez. Ben dejó que Chara entrara en su guardia y trabara su bastón. No era, a primera vista, un error de inexperiencia. Chara dio un tirón, en un intento por desarmar a Ben, pero Ben no ofreció resistencia. El bastón de Ben salió volando, pero Chara trastabilló hacia atrás, desequilibrado. Ben le siguió, golpeando a Chara en el pecho y el estómago con una andanada de golpes de boxeo. Mientras Chara intentaba recuperarse, levantando su bastón, Ben golpeó a la propia arma, rompiéndola en dos. El golpe con la mano abierta continuó hacia delante para estrellarse contra la barbilla de Chara.

Chara cayó. Esta vez no luchó por levantarse inmediatamente.

La multitud se quedó principalmente quieta. Unos pocos kel dors ofrecieron pequeños rugidos de decepción.

Ben cojeó hasta donde descansaba su arma. La recogió e, impasible, se volvió para mirar de frente al Oculto. Ithia se acercó para arrodillarse al lado de Chara, que finalmente se estaba moviendo, intentando levantarse. Ella le ayudó a sentarse pero no le permitió ponerse en pie.

El Oculto miró a Ben. Su expresión era infeliz, pero Luke sospechaba que realmente sentía cierta cantidad de oscura satisfacción.

—Tú ganas. —El tono del Oculto era sereno, casi sin emoción—. Tu padre puede continuar con sus tediosas quejas mientras tenga aire en los pulmones. Pero todavía está equivocado sobre lo que estamos haciendo aquí. Sobre la vida entre nosotros.

—No, Maestro. —Este era Chara, con voz dolorida—. Él podría tener razón.

El Oculto se volvió para mirarle.

—Tú también no.

Chara luchó por levantarse. Abandonando su fútil intento de mantenerle tranquilo, Ithia le ayudó a ponerse en pie.

—Maestro —dijo él—, soy superior a este chico en habilidades de combate. Soy fuerte en la Fuerza. Pero él ganó. Ganó por la voluntad de ganar. Por la convicción, por la fortaleza de propósito. Yo perdí porque carezco de esas cosas.

—Quizás careces de ellas. —El Oculto sonó desdeñoso—. Pero es porque le has escuchado. —Hizo un gesto hacia Luke—. Él te ha confundido, te ha apartado de tu propósito. Una vez que se haya ido, volverás al camino correcto.

Luke caminó hacia delante para colocarse al lado de su hijo.

—¿Ido? ¿Entonces podemos irnos?

El Oculto negó con la cabeza.

—Nadie se va. Ya he dejado eso claro. No, no os vais a marchar.

Pero muy pronto, las cosas volverán a la normalidad. —Tomó aire profundamente, asumiendo una expresión pesarosa mientras miraba entre su gente—. Lo siento. Pero los Skywalker son claramente demasiado peligrosos para vivir entre nosotros y saben demasiado para quedar libres.

Luke devolvió el sable láser de Ben al chico.

—Así que vas a matarnos.

Burra, el kel dor anciano, negó con la cabeza vehementemente.

—Esa no es nuestra manera, Maestro.

—Yo no lo haré —dijo Ithia.

Otros repitieron su sentimiento.

El Oculto bajó la mirada hacia Luke.

—¿Ves lo que has hecho? Hasta vuestra llegada, ellos estaban satisfechos. La obediencia a nuestra meta, a nuestro destino, era nuestra principal preocupación. Ahora les has vuelto, les has vuelto…

—¿Vivos? —Luke mantuvo su tono burlón.

El Oculto le miró durante un momento y entonces volvió su atención hacia los kel dors.

—Desde luego que no les asesinaremos. Esa no es nuestra manera. —Mientras un suspiro de alivio circulaba entre sus seguidores, él añadió—: He informado a los de arriba que los Skywalker murieron en el derrumbe de la cueva que estaban excavando. Arriba, saben ahora que no van a enviar más botellas de oxígeno-nitrógeno. Nosotros no mataremos a los Skywalker… pero en cuestión de un día o dos, una vez que las botellas que les quedan se hayan agotado, la atmósfera de Dorin los matará.

Capítulo Veintiocho

Otro murmullo se elevó.

—Maestro, no —gritó Burra.

Pero el Oculto se frotó las manos como si se librara de una suciedad imaginaria.

—Está hecho. Ninguna rebelión sobre este asunto se tolerará. Ni será efectiva. Yo tenía los códigos de encriptación del comunicador preparados por adelantado. Si uno de vosotros es lo bastante tonto como para intentar enviar un mensaje no autorizado a aquellos que están por encima, vuestras palabras no serán entendidas. —Él miró a Luke y Ben—. Ahora, finalmente, como nosotros, debéis resignaros a la muerte.

Ithia dio un paso adelante. Su voz era suave, una súplica.

—Maestro, por favor. Invierte tu decisión. Y ojalá consideraras algo que me ha estado preocupando durante años, algo que he intentado presentarte muchas veces, algo que nunca has estado dispuesto a oír.

—¿Qué es?

—Nuestro propósito aquí. —Ella se detuvo durante un momento como si intentara reunir las palabras adecuadas—. Nuestras vidas aquí sólo tienen significado si lo peor ocurre, si los Baran Do de arriba son aniquilados y deben ser restaurados. Si eso nunca ocurre, nuestras vidas aquí se malgastan.

—Que es por lo que elegimos estar muertos antes de que descendiéramos a este lugar.

El Oculto sonó enfadado. No había signo en su cara de que las palabras de Ithia hubiesen significado nada para él.

—Maestro… —Una mirada de gran tristeza cruzó la cara de Ithia—. Estás *equivocado*. Estás equivocado en lo que les estás haciendo a los Skywalker. Y creo que es hora de que entiendas, y admitas, que este experimento es un fallo.

—*Esto no es un experimento.* —El Oculto de repente estaba en pie, con la voz elevada en un grito estridente, con su furia tan potente que todos los presentes excepto Luke y Ben retrocedieron un paso—. Es nuestro camino, y continuará siéndolo, y es hora que te calles y obedezcas.

—Como los muertos. —Tristemente, Ithia negó con la cabeza—. No, Maestro.

El Oculto estaba en pie en su plataforma, respirando con dificultad, y entonces bajó al suelo de piedra.

—Ya veo. No puedo dejar que estos humanos permanezcan entre nosotros incluso durante el tiempo que les llevaría ahogarse. Su influencia es demasiado fuerte. —Él levantó las manos. Pequeños crujidos de electricidad centellearon entre ellos—. *Yo* os mostraré la vida. Yo os mostraré la Fuerza.

—Ben —susurró Luke—. Quédate detrás.

Todo ocurrió a la vez. El Oculto haciendo un gesto hacia Luke, Ben saltando para alejarse y el centelleo del rayo en las manos del Oculto. No era el rayo púrpura del emperador Palpatine, que casi le había costado la vida a Luke cuarenta años antes. Era todo blancura brillante.

Luke tenía el sable láser activado y levantado a tiempo. El rayo crujió contra su brillante hoja. La fortaleza detrás del ataque, de la energía y la furia del Oculto, levantó a Luke del suelo y le lanzó hacia atrás. Se estrelló contra un pilar, sintiendo punzadas de dolor en la espina dorsal y la parte trasera de la cabeza.

Pero el rayo no le alcanzó. Su hoja lo mantuvo bajo control. Y, preparándose con la Fuerza, Luke dio un paso hacia delante.

El Oculto sacudió la cabeza. No era un gesto de furia. Luke sintió el movimiento como una ondulación de la Fuerza. El aire en la sala respondió, un viento se levantó y rugió alrededor de las paredes de la sala, ganando en velocidad y fortaleza. Abrió las ropas de los kel dor cercanos a las paredes mientras pasaba. Giró desde la pared hacia el trono y aulló hacia Luke, envolviéndole, intentando hacerle retroceder.

Luke apretó los dientes y se ancló al suelo. Entonces, ante la posibilidad de ser atacado por el viento y el rayo, dio otro paso hacia delante.

Los ojos del Oculto se abrieron por la sorpresa. Su cabeza giró de un lado a otro de sus hombros y el rugido del aire alrededor de Luke se intensificó. Le abrió las ropas, haciendo que estas se apartaran de su cuerpo, ondearan y chasquearan en el viento.

Luke dio otro paso hacia delante. Era una marcha lenta, porque los poderes del Oculto eran grandes, pero Luke ahora se sentía seguro en su paso y en su propia fortaleza.

Por el rabillo del ojo vio a los kel dor retirándose, algunos de ellos corriendo hacia las puertas blindadas, y a Ben haciéndoles gestos para que avanzaran.

La cara del Oculto, totalmente enrojecida, estaba retorcida en una máscara de furia. Chasqueó los dedos y el rayo cesó. Movió sus manos ahora libres en gestos circulares. Luke sintió que la ferocidad del viento se incrementó. La mayor parte giró alrededor de la cámara antes de golpearle, pero una parte, una corriente desviada, giró en un círculo cerrado directamente delante del Oculto. Mientras Luke miraba, la ráfaga de aire errante se tragó el polvo del suelo y las paredes, definiendo sus líneas exteriores como un embudo en miniatura, con unos pocos centímetros de ancho en su base y que se ensanchaba hasta los dos metros en el techo. Se retorcía como una serpiente mortalmente herida.

Con un gesto, el Oculto envió el viento giratorio directo contra Luke.

Luke se lanzó contra él, visualizándolo, retorciéndolo con la Fuerza. Su esfuerzo fue como un golpe físico mientras entraba en su interior. Él sintió intensificarse al viento durante un momento y entonces su ataque telequinético lanzó al torbellino fuera de su curso.

Este subió hacia un lado y se estrelló contra un pilar a la izquierda de Luke.

Luke dio otro paso hacia delante. Ahora estaba a más de medio camino del Oculto. Desactivó su sable láser. Podía encenderlo de nuevo con bastante rapidez si el Oculto volvía a atacar con el rayo una segunda vez.

El remolino se movió desde el pillar como si saltara. Cuando estuvo directamente detrás de Luke, permaneció allí. Luke mantuvo sus sentidos, tanto los físicos como los de

la Fuerza, alerta a sus movimientos. El remolino se estrelló contra el propio pilar y Luke pudo oír y sentir al soporte de permacreto de la parte superior empezar a romperse.

El soporte de la base también se rompió y el pilar se colapsó sobre Luke. Él oyó el grito de advertencia de Ben. Elevó su mano izquierda hacia atrás, utilizando el mismo esfuerzo que había hecho un momento antes contra el propio remolino y el pilar se detuvo, congelado en mitad de la caída. Él volvió a hacer un gesto y este invirtió su dirección, desplomándose sobre el suelo vacío.

Y Luke dio otro paso hacia delante.

El rugido de furia del Oculto fue como el de su propio viento. El trono de piedra tras él osciló y traqueteó en su plataforma.

Luke hizo un gesto de barrido, llevando su mano de detrás hacia delante y con ella vino el pilar derrumbado, volando hacia delante como una lanza. Mientras el trono se lanzaba hacia él, el pilar lo interceptó en mitad del aire, rompiendo el sitial de piedra en docenas de piezas, algunas de aristas suaves y algunas de aristas cortantes.

Luke dejó que el pilar cayera al suelo. Con un movimiento de su mano, envió el pilar rodando hacia el Oculto, que saltó lateralmente y por encima mientras se acercaba a él.

Luke ya estaba en movimiento mientras el Oculto saltaba. La concentración del kel dor se había roto y su control sobre el viento disminuyó, y Luke fue capaz de correr tres pasos hacia delante en el tiempo que le llevó al Oculto saltar por encima del pilar. Mientras el Maestro Baran Do volvió a bajar, Luke le dio una patada, una patada giratoria que alcanzó al kel dor en las entrañas, lanzándole hacia atrás. El Oculto se estrelló contra la parte delantera de la plataforma, destrozando su panel delantero de madera.

Remarcablemente, él se puso en pie tras el impacto, levantó sus manos para otro ataque… y se derrumbó, cayendo sobre su cara.

El viento acabó. El pilar rodante descansó contra uno que todavía estaba en pie y se detuvo allí. Todos los sonidos se apagaron excepto el de la respiración esforzada y frenética del Oculto.

Todavía había unos pocos kel dors en la sala, principalmente Maestros, y empezaron a acercarse.

Ithia corrió para arrodillarse junto al Oculto. Chara, moviéndose más despacio, se reunió con ella. Después de mirar al Oculto durante unos cuantos momentos, le dieron la vuelta cuidadosamente. Ithia se sentó junto a la plataforma y le levantó, de manera que pudiera estar parcialmente incorporado, apoyado contra ella.

Ella levantó la vista hacia los que estaba en la sala.

—Está exhausto —dijo ella—. Se recuperará.

El Oculto dijo algo, con la voz tan baja como para constituir un susurro, y entonces hizo un esfuerzo para hacerse oír.

—Haré lo que dices.

Ithia pareció aliviada.

—¿Liberarás a los Skywalker?

—Permitiré que los sirvientes aprendan. Nombraré a un consejo de asesores para que hagan recomendaciones sobre nuestros propósito… y nuestra moral. —El Oculto tragó aire durante un momento—. Le diré a los que están arriba que el mensaje fue un error. Pueden volver a enviar bombonas de oxígeno para los humanos. Y en un año o dos, podemos ver su situación con nuevos ojos…

—*¿Un año o dos?* —Este fue Ben, con su voz marcada por una expresión de pura rabia—. ¿No pillas que *perdiste*? No vas a tomar más decisiones como esa.

—Tiene razón, Maestro. —La voz de Ithia era más suave que la de Ben, pero igual de implacable—. Es hora de que ellos se vayan.

El Oculto negó con la cabeza, cansado.

—Todavía tomo las decisiones. Y nadie se va.

—Estás demasiado loco para aprender.

La mano de Ben se lanzó hacia arriba, apuntando hacia el techo que había por encima.

Luke, respirando pesadamente mientras se recuperaba de sus esfuerzos, oyó distintivamente un *clunk* metálico mientras que algo en el techo encajaba en su lugar.

Hubo un distante *boom* y ocurrió el más débil de los estremecimientos de las paredes y los pilares de la sala.

El Oculto se sentó recto, apartándose de Ithia. Sus ojos se abrieron por la sorpresa mientras se volvía hacia Ben.

—¿Qué has hecho?

—Lo mismo que tú nos hiciste a nosotros. —El tono y la expresión de Ben contenían desdén. Avanzó con dificultad hacia delante hasta que estuvo sólo a un par de metros del Oculto—. Te he arrebatado la elección. He activado tus bombas y he derrumbado el túnel de entrada. Ya no existe. Si quieres volver a abrirlo, prepárate para pasar unos cuantos cientos de años con tus picos y tus palas.

—Sólo te has condenado a ti mismo. —El Oculto parecía más angustiado que enfadado—. Ahora no puede llegar tu aire, mientras que nosotros podemos sobrevivir.

—Deja de *mentir*. Estoy harto de tus mentiras. Todo tu insignificante reino aquí abajo está basado en mentiras y eso es parte del mal que le estás haciendo a toda la gente que te sirve. Es patético.

La mandíbula del Oculto se movió, pero no dijo nada.

—¿Qué mentiras? —Este fue Chara, sentándose al borde la plataforma, presionando la palma de una mano contra sus costillas.

Ben suspiró.

—Bien, empecemos con vuestra llamada autosuficiencia. Sí, tenéis hidropónicos. Proporcionan buenas verduras frescas. Bien por vosotros. Pero si cubren todas vuestras necesidades de alimentación, no tendríais almacenes llenos de comida de la parte superior. El rey Paranoia aquí presente…

—Muestra respeto, Ben. —La voz de Luke era suave, pero dejó que una pizca de advertencia crepitara en ella.

—Sí, señor. —Ben hizo un par de profundas y calmantes inspiraciones—. Koro Ziil allí presente no toleraría el riesgo de que esos envíos de comida fueran detectados o seguidos hasta aquí abajo si la comida no fuera absolutamente necesaria. Por lo tanto, así están las cosas. Por lo tanto, al volar el túnel, nos he condenado a todos.

Nosotros nos ahogaremos y vosotros os moriréis de hambre.

»Excepto por las otras mentiras. Aquí está la siguiente. ¡Mirad!

Él hizo un gesto hacia la salida. La mayoría de los kel dors siguieron su mirada y luego volvieron a mirarle a él, confundidos.

—Puertas blindadas —dijo Ben, como si se lo explicara a una clase de niños no demasiado brillantes—. La mentira es que esas grandes puertas fueran hechas aquí. Vuestras fundiciones lo hacen bien en lo de reciclar contenedores de metal y construir piezas de metal. Pero no son lo bastante grandes para construir puertas blindadas. Las grandes piezas tienen que venir de una planta de metal de tamaño industrial. Y son demasiado grandes para pasar por vuestro pequeño túnel. Así que, ¿de dónde vinieron?

»Ahí está la mentira número tres, la realmente grande. Esa mentira dice que el túnel que habéis estado utilizando para los envíos, de doscientos kilómetros de puro tedio, es de cualquier manera necesario. No lo es.

»Aquí está el porqué. Mentira número cuatro. La mentira es que si lo peor ocurre y los Baran Do son exterminados arriba, esperaréis a que se asiente el polvo y entonces empezaréis a enseñar a nuevos Sabios por telepatía. No, no lo haréis. La técnica no existe. Si existiera, el Oculto habría impartido sus órdenes a la superficie por telepatía, no por comunicador. Esas puertas blindadas bajaron por túneles más grandes, los primeros túneles que se excavaron hasta este lugar, y si lo peor ocurría, ibais a volver a la superficie por esos túneles y a dispersaros para empezar vuestras enseñanzas.

»Esas son mentiras con las que la mayoría de vosotros habéis vivido aquí abajo durante no sé cuántos años. Probablemente sólo el Oculto y la primera generación de Sabios Baran Do saben dónde está el gran túnel. Pero está aquí y ahora lo necesitáis.

Ben miró, desafiante, al Oculto.

El Oculto intentó de nuevo levantarse. Ithia intentó mantenerle donde estaba, pero entonces desistió y el anciano kel dor se puso en pie. Se enfrentó a Ben, erguido e implacable.

—Entonces nos has matado a todos, no sólo a ti mismo. No entregaré los secretos de este lugar. Ni tampoco lo hará ningún otro.

Impávido, Ben le miró.

—Así que tu orgullo es más importante que tu misión. El hecho de que gobiernas aquí y sólo serías otro Maestro retirado arriba significa que casi cincuenta de tus seguidores tienen que morir.

El Oculto le miró enfurecidamente pero no respondió.

Burra sí lo hizo. Con expresión compungida, dio un paso hacia delante.

—El túnel de salida está justo encima del almacén de ropa.

El Oculto se volvió hacia él, con una mirada elocuente por la traición que sentía.

—Burra, *tú* no.

—El techo allí es de sintopiedra, artísticamente detallado para igualar la piedra natural que lo rodea. Unos cuantos golpes de cincel revelarán una escotilla deslizante. Por encima está una sala para el turboascensor. Su generador necesitará mantenimiento antes de que pueda ser activado.

El Oculto simplemente le miró. Entonces, con pasos lentos y pausados, se volvió hacia la salida de la sala.

El chico, Wyss, se acercó para colocarse bajo el brazo del Oculto y que se apoyara en él mientras caminaba.

Fue como dijo Burra. Unos cuantos minutos con herramientas mineras fracturaron la placa de sintopiedra, revelando una puerta montada en el techo y un panel de control a su lado. El panel de control, un único botón mecánico, no tenía luces o lecturas que indicaran si funcionaba, pero Burra no tenía dudas.

—Acciona una carga de capacitancia, que abre la puerta.

Y así fue. Una vez que se pulsó el botón, las puertas se abrieron y el aire, que se había mantenido encerrado y polvoriento durante más de sesenta años, flotó hasta las cavernas de la semilla de los Baran Do.

Mientras esperaban a que Burra y los otros pusieran en funcionamiento el generador de la sala superior, Luke se llevó a Ben a un lado.

—Actuaste, bueno, unilateralmente.

—Él no iba a cambiar, papá. La otra única cosa que podríamos haber hecho habría sido hacer que los otros se volvieran contra él y le forzaran a que revelase la información. ¿Habría sido eso mejor?

—No. Habría sido demoledor para ellos. Pero el Oculto, después de una noche de sueño, podría haberlo reconsiderado. Tú le arrebataste esa elección.

—Sí, lo hice. Eso resolvió el problema. No mató a nadie. Reveló algunas verdades sucias que todos ellos necesitaban saber. Papá, a veces no *deberías esperar* ese día extra. A veces tienes que cortarle el brazo al otro tío.

—Sí, si la Fuerza te guía a hacerlo. ¿Te guió la Fuerza para que hicieras esto?

—Yo… no estoy seguro. —Ben finalmente pareció un poco contrito—. ¿Fue algo equivocado?

—No estoy seguro.

—Oh, bien. Una respuesta realmente útil para variar.

Luke sonrió.

—Papá, tú también lo habías resuelto todo, ¿verdad? El tamaño del túnel, las puertas blindadas, la telepatía…

—Sí.

—Así que lo que hice realmente no te sorprendió. Sabías que yo no nos estaba encerrando para siempre.

—Sí. E incluso si fue algo equivocado, claramente no fue *muy* equivocado. Súmale a eso todo lo que hiciste bien mientras estuvimos aquí y todavía estás muy por delante en el juego.

Luke alargó la mano y revolvió el pelo de Ben cariñosamente.

—Papá, el *pelo*.

Capítulo Veintinueve

El turboascensor llevó a los Skywalker y a los primeros exploradores Baran Do un kilómetro hacia arriba. Este terminaba en un gran sala llena de deslizadores cubiertos por una tela, la mayoría de ellos de siete décadas o más de antigüedad, y una rampa que llevaba a una puerta al nivel de la superficie. La carga de capacitancia también funcionó y pronto estuvieron en la parte superior de la rampa, mirando al cielo estrellado de Dorin, con los ojos negros de los cercanos agujeros negros a cada lado.

El cuaderno de datos con el sistema de posición de Ben les situó a alrededor de treinta kilómetros al oeste de Dor'shan. Con la bendición de Ithia, destaparon un deslizador, revisaron el motor y las conexiones para asegurarse de que estaban en perfecto orden de funcionamiento y arrancaron el vehículo. En pocos minutos, se estaban acercando a las afueras de Dor'shan.

—¿Vamos a quedarnos y a ofrecerles ayuda? —preguntó Ben.

Luke negó con la cabeza.

—Podemos quedarnos un día o dos y relajarnos realmente, pero no necesitan ayuda. La Señora Tila Mong es capaz de manejar las cosas entre los vivos y Charsae Saal e Ithia son capaces de manejarlas entre los antiguos muertos. Y de verdad, dudo que quieran nuestra ayuda en este momento. Sospecho que serían más felices si no nos ven durante un tiempo.

—Probablemente tienes razón. ¿Qué le va a ocurrir al Oculto?

Luke lo pensó durante unos momentos, buscando entre sus sentimientos, su conocimiento del modo en que operaban tales sociedades de la Fuerza y su sentido del futuro.

—Probablemente, una de dos. Si se pone mejor, si encuentra una nueva dirección para su meta original, podría terminar distribuyendo los archivos de su Orden, o quizás organizando grupos de Baran Do para que salgan a la galaxia del modo en que lo hizo el Maestro Plo Koon. Si no, si no se pone mejor… bueno, probablemente se quedará en esas cavernas, manteniéndolas como un escondite para los Baran Do. El lugar simplemente será un poco menos seguro de lo que solía serlo.

—Ojalá pudiera sentir alegría por él.

—Siente alegría por los otros.

—Hey, hay algo que he estado pretendiendo hacer para ti. He estado practicando mientras tú no estabas cerca.

Luke le dirigió a su hijo una mirada sospechosa.

—Adelante.

Ben se quitó la máscara y tomó aire profundamente de la atmósfera de Dorin rica en helio.

—«Donde los campos crecieron una vez, un camino pasa a través, y los edificios ocultan el sol» —cantó, con una voz tan alta y ridícula como la de un ewok animado en un programa infantil.

—Ben, no lo hagas.

—«Donde la hierba verde se pudo ver una vez, sólo hay gris y marrón».

—Odio esa canción bajo circunstancias *normales*.

—«El hogar de mi niñez, mientras vagaba, en un lugar de tristeza se convirtió».

—Harás que se te irrite la garganta.

MINAS CALRISSIAN-NUNB, KESSEL

Habían pasado un par de días desde la expedición de los pilotos al interior de las cavernas de Kessel, y un día desde que la última de las cavernas que no había detonado prematuramente se había autodestruido. Ahora las cosas eran diferentes.

Los temblores de tierra habían cesado. Los sismólogos de Lando habían llegado a la conclusión de que los efectos de superficie del derrumbamiento de las cavernas se habían terminado de momento.

Los trabajadores de las minas y otros habitantes de Kessel estaban volviendo de manera escalonada de la luna guarnición.

No había más espectros que ver. Parecía que su continuada existencia había dependido del funcionamiento de la misteriosa maquinaria que revestía aquellas cavernas.

Lando y Tendra habían rellenado un informe sobre todo el asunto para el gobierno de la Alianza Galáctica y habían sido castigados por actuar sin consultar a las autoridades. La compañía de Lando tenía ahora órdenes estrictas de no volar nada más en Kessel hasta que los científicos del gobierno tuvieran la oportunidad de hacer un concienzudo estudio de la estructura inferior del planeta, una tarea que, Han lo sabía, requeriría varias generaciones sólo producir conclusiones preliminares.

Pero en ese momento, nadie estaba preocupado por los extintos espectros, la recuperación de los ecosistemas subterráneos o los dictados del gobierno de la AG. Hoy una celebración llenaba la cafetería del edificio principal, una sala que se había utilizado poco en las recientes semanas.

Pilotos de las tres fases de la operación, sismólogos, mecánicos, mineros que volvían, un equipo arqueológico que había llegado recientemente, esposas e hijos llenaban la habitación, atestando las mesas. Las conversaciones animadas y alegres, una rareza en Kessel durante muchos años y en las últimas semanas, se elevaron como una barahúnda.

En la primera mesa se sentaban los Calrissian, los Solo, Nien Nunb y varios de sus amigos. Tendra levantó su vaso.

—Por no tener más temblores de tierra, *jamás*.

Los otros levantaron sus vasos y bebieron. Leia, con las mejillas sonrojadas, dejó su vaso y se volvió hacia Lando.

—¿Eso es sólo una esperanza o es así?

—Es así. —Claramente más bebido que Leia, él se inclinó hacia ella y casi pierde el equilibrio. Se agarró a la mesa y se volvió a sentar derecho—. Más cavernas que han sido

debilitadas por los explosivos podrían derrumbarse, pero por las apariencias, que interactúen de algún modo es básicamente nula. Y la Gran Falla Kessel permanece estable.

Han le dirigió a Lando un encogimiento de hombros indiferente.

—Estable o no, es todo culpa tuya. Tuya y de Tendra y de Nien Nunb.

—Así es, viejo amigo. Todo culpa nuestra. La exploraremos a continuación, por cierto. ¿Quieres ganar algo de dinero fácil?

—Noooo. —Han puso un brazo alrededor de Leia—. Nosotros volvemos a Coruscant. Estamos intentando sentar la cabeza. Criar a una niña.

No añadió: *«Y necesitamos hacerlo en un mundo donde no esté aterrada de que algún espectro del espacio venga a por ella»*.

Allana no había mencionado ningún otro contacto de la misteriosa presencia que le había hablado, pero esa simple posibilidad hacía que la niña tuviera miedo, costándole el sueño.

Lando no desistiría.

—¿Quién sabe qué encontrarás ahí abajo? Arañas del tamaño de fragatas. Gigantescas barras luminosas que pueden dar luz a sistemas solares enteros. Antiguos Sith preservados en bloques de cristal durante miles de años.

Han negó con la cabeza, no incómodo, simplemente desinteresado.

—Son todo tuyos.

—Oh, bueno. —Lando levantó su vaso, haciendo un gesto hacia sus viejos y sus nuevos amigos—. Mi última copa de esta noche, entonces, y mi último brindis por ahora. —De repente sonó mucho más serio—. Kessel es un mundo feo sin mucho que elogiar. Es una demostración de vuestra generosidad de espíritu que todos hayáis venido a salvarlo. Tenéis mi respeto y mi agradecimiento.

—Y tu hospitalidad —dijo Wedge.

—Y mi hospitalidad. Por vosotros. —Lando bebió y dejó su vaso vacío. Se levantó y extendió su mano para ayudar a levantarse a Tendra—. Me despediré de vosotros cuando os vayáis durante los próximos días. Aquellos que os vais mañana, nos quejaremos de nuestras resacas juntos.

Sonriendo, los Calrissian se marcharon.

Han tomó aire profundamente y con satisfacción, lo dejó escapar lentamente y se volvió hacia Leia.

—¿A casa?

—A casa.

ESPACIOPUERTO DE DOR'SHAN, DORIN

Vestidos con ropas limpias y respirando la atmósfera parecida a la de Coruscant proporcionada por los sistemas de soporte vital de la *Sombra de Jade*, Ben y Luke estaban sentados en la pequeña zona del comedor del yate. Momentáneamente libres de

responsabilidad, podían relajarse por unos instantes. Ben estaba repantingado en una silla reclinable mientras que Luke repasaba deprisa varios días de grabaciones de holonoticias y comunicaciones.

—¿Qué hay de nuevo en la galaxia, papá?

—Tenía alrededor de una docena de consultas de Cilghal. El hecho de que no le respondiera la tenía un poco preocupada…

Simplemente le pedí que buscara en los informes nexos de la Fuerza de los que Jacen pudiera haber oído hablar mientras estaba aquí. No el de Dagobah o el que está enterrado bajo el Templo Jedi. Él ya era consciente de esos. Algún lugar diferente.

—Nexos. Emocionante.

—Cogieron a Seff Hellin. Jaina y algunos aliados le cogieron.

—¿El Jedi loco que la tía Leia mencionó?

—Ese mismo.

—Bien.

—Cilghal informa de algunas anomalías en su escáner cerebral.

Un lugar para empezar su investigación. Y… oh, excelente.

—¿Qué?

Luke giró la pantalla del monitor de manera que su hijo pudiera ver más claramente. Mostraba al aciano presentador de noticias Wolam Tser hablando con su modo usual y grave. Entonces la imagen cambió a Nawara Ven, bien vestido, de pie en las escaleras ante el Edificio de las Cortes de Justicia y rodeado por miembros de la prensa. Luke subió el volumen y la voz de Tser se pudo oír.

—… acción iniciada por el abogado Nawara Ven. El mandato del Tribunal Supremo de manera inmediata anula la orden ejecutiva de la Jefa de Estado, levantando muchas de las restricciones impuestas a la Orden Jedi en las últimas semanas. —Nawara levantó un puño, triunfante y gritó silenciosamente en respuesta a la pregunta de alguien. Entonces la imagen volvió a Wolam Tser—. La Jefa de Estado Natasi Daala todavía no ha hecho pública su reacción sobre el mandato. Privadamente, muchos de los observadores asignados a los Jedi, cuya misión terminó de manera abrupta esta tarde con la entrada en vigor del mandato, han expresado insatisfacción, declarando que la tendencia Jedi a la testarudez y la falta de obediencia hacia la ley convierten en crucial el papel de los observadores. El Maestro Jedi Kenth Hamner, al ser preguntado…

Luke volvió a bajar el volumen.

Ben levantó un puño, imitando el gesto de Nawara.

—Eso es uno a cero para nosotros. —Vio que su pare tomaba aire y añadió precipitadamente—: Sí, lo sé. Hay fuerzas peligrosas ahí fuera. El Oculto podría tener razón parcialmente. No debo ser arrogante. Papá, sólo por esta noche…

Luke sonrió.

—Sólo por esta noche, nada de admoniciones. Y nada de consejos.

—Gracias. ¿A dónde vamos a continuación?

—Veremos qué nos dice Cilghal. Hasta entonces, nos relajaremos.

Ben se puso las manos detrás de la cabeza y cerró los ojos.

Relajarse… *eso* podía hacerlo.

Y aunque estaba a incontables años-luz de su hogar, sólo habían pasado unas semanas de los diez años del exilio de su padre, estaba dolorido por el trabajo físico y había sido apaleado por un entrenador de combate, decidió que las cosas podían ser mucho peores.

Era bueno estar vivo.